Varlam Shalámov



Relatos de Kolimá

Volumen IV

La resurrección del alerce

En *La resurrección del alerce*, Varlam Shalámov ahonda —ofreciendo siempre una nueva perspectiva— en los episodios y personajes con los que compartió los largos años que pasó en el gulag. Como si se tratara de variaciones inagotables que pretenden dar cuenta de una realidad hasta entonces desconocida para el lenguaje, el autor convierte Kolimá en un texto que se expande y se transforma a través de cada relato. Pero si la obra del escritor ruso se revela como un documento esencial de la tragedia es porque instaura un género nuevo: reivindica una respuesta civilizada a ese infierno, artística, sofisticada incluso, una radical expresión literaria de un creador a la par que testigo. Este volumen es el cuarto de los seis que forman el ciclo general, que ahora se publica íntegro por primera vez en castellano y de acuerdo con la estructura que Shalámov dio a su obra.



Varlam Shalámov

La resurrección del alerce

Relatos de Kolimá - 4

ePub r1.0
mandius 06.12.2018

Título original: *Колымские рассказы*
Varlam Shalámov, 2011
Traducción: Ricardo San Vicente

Editor digital: mandius
ePub base r2.0





La resurrección del alerce
está dedicado a
Irina Pávlovna Sirotínskaya.
Sin ella este libro no habría existido.

El sendero

En la taiga tenía yo un sendero maravilloso. Yo mismo lo había abierto en verano mientras recogía leña para el invierno. En torno a la isba había mucha leña seca: los alerces, coniformes, grises, como si los hubieran moldeado en papel maché, se clavaban en el pantano cual estacas. La casita se encontraba junto a una colina rodeada de arbustos de *stlánik* con sus plumeros de pinaza verde; al llegar el otoño las piñas cargadas de piñones tiraban de las ramas hacia el suelo. Mi sendero discurría entre la maleza de *stlánik* hacia el pantano. El lugar no siempre fue una ciénaga; antes allí había crecido un bosque, pero con el paso de los años las raíces se pudrieron por el agua y los árboles murieron; de eso hacía mucho, mucho tiempo. El bosque vivo se apartó a un lado siguiendo el pie de la ladera hacia el riachuelo. La pista por la que pasaban los coches y la gente discurría por la otra vertiente de la colina, por encima de la ladera.

Los primeros días me dolía pisar los jugosos y rojos muguetes, los lirios parecidos por sus pétalos e irisaciones a enormes mariposas lilas, las nevadillas azules, grandes y gruesas que crujían desagradablemente bajo los pies. Las flores, como sucede con todas las flores del Extremo Norte, no olían; en un tiempo me había descubierto a mí mismo trazando aquel movimiento automático: arrancaba un ramo de flores y me lo acercaba a la nariz. Pero luego me obligué a deshacerme de aquel gesto.

Por las mañanas examinaba lo ocurrido durante la noche en mi sendero: un muguete que mi bota había aplastado el día anterior se había enderezado y, tras echarse a un lado, había revivido. En cambio otra mata, aplastada ya para siempre, yacía tumbada como un poste de telégrafo abatido con sus aislantes de porcelana, y las telarañas desgarradas colgaban de ella como cables rotos.

Luego el sendero quedó hollado y dejé de cruzarme en mi camino con ramas de *stlánik*; quebré las que me golpeaban en la cara y ya no vi más ramas rotas. A ambos lados del sendero se alzaban jóvenes alerces de unos cien años: los árboles se cubrían de verdor en mi presencia, y en mi presencia dejaban caer su leve pinocha en el sendero. Este se fue tornando cada día más oscuro y al final se convirtió en un grisáceo sendero de montaña común y corriente. Nadie salvo yo andaba por él. Lo atravesaban entre saltos azules las ardillas, y en un sinfín de ocasiones descubrí la huella egipcia y cuneiforme de las perdices, el rastro triangular de los conejos, pero, en fin, ni las aves ni los animales cuentan.

Por aquel sendero, por mi propia senda, anduve durante casi tres años. Era un buen lugar para escribir versos. Sucedía que regresabas de un viaje, te dirigías al sendero y en el recorrido te salía alguna que otra estrofa. Me acostumbré a él y lo empecé a frecuentar como quien va a su mesa de trabajo. Recuerdo que con la llegada del invierno, con el frío, el hielo atenazaba el barro en el sendero y este se azucaraba como la miel. Durante dos otoños, antes de que empezara a nevar, me dirigía a mi sendero para dejar en él unas profundas huellas, de modo que las pisadas se endurecieran ante mis ojos en el transcurso de todo el invierno. Y al llegar la primavera, cuando la nieve se fundía, volvía a ver mis señales del año anterior. Entonces recuperaba con mis pasos las viejas huellas y de nuevo los versos brotaban fáciles, ligeros. En invierno, claro está, aquella mesa mía de trabajo en el bosque quedaba vacía; el frío te impide pensar, solo es posible escribir en un lugar caliente. Pero en verano rememoraba el lugar en todos sus detalles; entonces todo se veía más frondoso, en aquel mágico sendero: el *stlánik*, los alerces, los arbustos de uva espina me evocaban inevitablemente alguna poesía, y si no me traían a la memoria algún verso ajeno acorde a mi ánimo, brotaban de mis labios balbuceantes los míos, versos que apuntaba al regresar a casa.

Pero el tercer verano pasó un hombre por mi sendero. En ese momento yo no estaba en casa; no sé si se trató de algún geólogo que andaría por aquellas tierras, o bien de un cartero que tal vez atravesara a pie las montañas, o de un cazador; el hombre dejó las marcas de unas pesadas botas. Desde entonces por aquel sendero los versos me dejaron de salir. La

huella extraña apareció en primavera, y en todo el verano no escribí ni una sola línea en mi sendero. En invierno me trasladaron a otro lugar; tampoco lo lamenté, pues mi sendero se había echado a perder irremisiblemente.

Muchas veces intenté escribir versos sobre él, pero lo cierto es que nunca lo logré.

[1967]

El grafito

¿Con qué se firman las condenas a muerte: con tinta química o con la de los pasaportes, con la tinta de los bolígrafos o con alizarina, disuelta en sangre pura?

Apuesto a que ninguna sentencia de muerte se ha firmado con un simple lápiz.

En la taiga no necesitábamos tinta. La lluvia, las lágrimas, la sangre disuelven cualquier tinta, cualquier lápiz químico. Los lápices químicos no se pueden mandar en los paquetes, en los registros los requisan, y ello por dos razones. La primera es que un preso podría falsificar cualquier documento; la segunda es que un lápiz de este tipo se convierte en la tinta tipográfica con que los comunes hacen sus cartas, las barajas, y por tanto…

Solo está permitido el lápiz de mina común, el simple grafito. En Kolimá el grafito tiene una importancia extraordinaria, capital.

Los cartógrafos hablan con el cielo, se agarran del cielo estrellado, se fijan en el sol, tras lo cual marcan un punto de apoyo en nuestra tierra. Y encima de ese punto una placa de mármol incrustada en una roca, sobre la cúspide de un monte, sobre la cima de un peñasco, se fija un trípode, una señal de madera. Este trípode señala exactamente un lugar en el mapa, y desde allí, desde la montaña, desde el trípode, por las laderas y los valles, a través de acantilados, eriales y pantanos, se extiende un hilo invisible: la invisible red de los meridianos y los paralelos. En la espesa taiga se abren cortafuegos, y cada claro, cada señal queda atrapada en la cruz de las líneas del nivel, del teodolito. Se ha medido la tierra; se ha medido la taiga, y cuando andamos por ella, en los recientes claros, nos encontramos la huella del cartógrafo, del topógrafo, del agrimensor: una simple marca de negro grafito.

La taiga de Kolimá está surcada por los cortafuegos de los topógrafos. Y sin embargo los cortafuegos no están en todas partes, sino solo en los bosques que rodean los poblados, los lugares de «producción». Los eriales, los claros, los matorrales de la tundra y las desnudas colinas se hallan surcados solo por líneas aéreas, imaginarias. En ellos no hay árboles donde colocar una señal, no hay puntos seguros. Los puntos se colocan en las rocas que siguen los cursos de los ríos, en las cimas de las montañas peladas. Y desde estos puntos de apoyo, seguros y bíblicos, se trazan las mediciones de la taiga, las coordenadas de Kolimá, las dimensiones de la prisión. Las marcas en los árboles dibujan la red de cortafuegos desde la cual, por el ojo del teodolito, se ve y se mide la taiga enmarcada en la cruz del visor.

Así es, para esas marcas solo sirve el simple lápiz negro. No un lápiz químico. La savia del árbol deshará, disolverá la tinta de este lápiz, del mismo modo que la borrarán la lluvia, el rocío, la niebla, la nieve. El lápiz artificial, el químico, no sirve para anotar la eternidad, para grabar la inmortalidad. El grafito, en cambio —el carbono comprimido a altísima presión durante millones de años y convertido, si no en carbón piedra, en un brillante, o en algo más valioso aún que el brillante, en lápiz, en grafito—, el grafito puede apuntar todo lo que sabe y ha visto… Es un milagro mayor que el del diamante, aunque la esencia química de ambos sea la misma.

Las instrucciones prohíben a los topógrafos el uso del lápiz químico y no solo en sus señales y cotas. En las mediciones ópticas, cualquier leyenda o borrador de una leyenda exige para ser inmortal el uso del grafito. La leyenda exige el grafito para alcanzar la inmortalidad. El grafito pertenece a la naturaleza, participa en la rotación de la Tierra, y a veces resiste el paso del tiempo mejor que la piedra. Las montañas calizas se derrumban bajo el efecto de la lluvia, del viento, del correr de los ríos; en cambio, el joven alerce —pues solo tiene doscientos años y le queda aún mucha vida por delante— guarda en su muesca la cifra y la cota que da fe del nexo entre el enigma bíblico y el presente.

La cifra, el signo convencional, se traza en un corte reciente, en la sangrante y fresca herida del árbol, de un árbol que destila su savia, que destila resina a modo de lágrimas.

En la taiga solo se puede escribir con grafito. Los topógrafos llevan siempre en sus chaquetones, en sus guerreras, en los pantalones, en los abrigos un trozo, una punta de lápiz de grafito.

Un papel, un cuaderno de notas, un bloc o una libreta, y el árbol con el corte.

El papel es uno de los rostros, una de las metamorfosis del árbol, que se torna diamante y grafito. El grafito es la eternidad. La máxima dureza convertida en la máxima blandura. La huella dejada en la taiga por el lápiz de grafito es eterna.

El corte se practica con cuidado. En el tronco del alerce, a la altura de la cintura, se trazan dos muescas con la sierra, y con el hacha se desprende un trozo de árbol aún vivo, para así dejar un lugar donde apuntar las cifras. Se forma un tejado, una casita, un tablero liso con un techado contra la lluvia, de modo que guarde la inscripción para siempre, casi eternamente, hasta el final de los seiscientos años de vida del alerce.

El cuerpo herido del árbol es semejante a un icono encontrado, a alguna Nuestra Señora de Chukotka, una Santa María de Kolimá que espera el milagro, que muestra el milagro.

Y el ligero y delicado olor de la resina, el olor de la savia del alerce, el olor de la sangre violentada por el hacha humana, se inspira como el olor de la infancia, el olor del recordado incienso.

Ya se ha escrito la cifra, y el alerce herido, quemado por el viento y el sol, guardará esta «referencia», una cifra que conduce al gran mundo desde las profundidades de la taiga, a través del cortafuegos, hasta el trípode más próximo, hasta la cota cartográfica en la cumbre de la montaña, donde bajo la señal hay un hoyo cubierto de piedras que esconde una placa de mármol sobre la que se ha garabateado la altitud y la latitud. Esta inscripción de ningún modo se hace con un lápiz de grafito. Y siguiendo las mil líneas que corren de trípode en trípode, las mil líneas que hay de muesca en muesca, regresamos a nuestro mundo para recordar eternamente la vida. El servicio topográfico es el servicio de la vida.

Pero en Kolimá no solo el topógrafo está obligado a usar lápiz de grafito.

Además del servicio de la vida, también se oficia aquí el servicio de la muerte, en el que asimismo está prohibido el uso del lápiz químico. Las instrucciones para el registro de las muertes de reclusos en el campo —el llamado «archivo n.º 3»— rezan de este modo: en el tobillo izquierdo del difunto procede atar una tablilla, una tablilla de madera con el número de su expediente personal. El número de dicho expediente debe anotarse con un simple lápiz de grafito, no con lápiz químico. También aquí el lápiz artificial es un obstáculo para la inmortalidad.

¿Por qué esta medida?, se pregunta uno. ¿Para una posible exhumación? ¿Para alcanzar la inmortalidad? ¿La resurrección? ¿Para un traslado de los restos mortales? Como si en Kolimá fueran pocas las fosas comunes donde se arrojan los cuerpos sin tablilla alguna. Pero las instrucciones son las instrucciones. Desde un punto de vista teórico, todos los huéspedes de la congelación eterna son inmortales y están listos para volver con nosotros, para que, tras quitarles las tablillas de sus tobillos izquierdos, esclarezcamos las relaciones de amistad o los lazos familiares que tenían con nosotros.

Pero, sobre todo, que el número se escriba en la tablilla con un lápiz negro corriente. El número del expediente no lo borrarán ni las lluvias, ni los manantiales subterráneos ni las aguas primaverales, pues no afectan al hielo de la congelación eterna, hielo que en ocasiones cede al calor del verano y pone al descubierto sus secretos subterráneos, aunque solo una parte.

El expediente personal, el formulario, es el pasaporte del preso, con la fotografía de frente y de perfil, con las huellas de los diez dedos de ambas manos, con la descripción de las características más reseñables. El empleado del registro, el funcionario del archivo n.º 3, debe levantar acta de la muerte del recluso en cinco ejemplares, con las huellas de todos los dedos e indicando si se le han arrancado los dientes de oro. En este caso se levanta un acta especial. Así ha sido siempre en los campos, desde los tiempos más remotos, de modo que en Kolimá las informaciones a propósito de los dientes arrancados en Alemania no sorprendían a nadie.

El Estado no quiere perder el oro de sus muertos. Las actas de los dientes arrancados a golpes se levantan desde tiempos inmemoriales en las administraciones penitenciarias y en las de los campos. El año treinta y siete

trajo a los despachos de los instructores y a los campos mucha gente con dientes de oro. El único oro que se entregó al Estado en las minas de oro de Kolimá fue el de los dientes arrancados tras su muerte a los caídos en las minas de Kolimá —que no vivieron mucho—. En cuanto a su peso, en las prótesis había más oro que el que estos hombres lograron extraer —cavar, picar o acarrear— en las galerías de Kolimá durante su breve paso por ellas. Por muy versátil que sea la ciencia estadística, es más que dudoso que se haya investigado este aspecto del asunto.

Los dedos del difunto se han de pintar con tinta tipográfica; los empleados del «registro» siempre tenían a su disposición una reserva de esta tintura, pues su consumo es enorme.

Por ello se cortan las manos de los fugitivos muertos, de modo que no se tenga que acarrear el cuerpo para identificarlos: dos manos humanas en el zurrón son una prueba más fácil de transportar que un cuerpo, que un cadáver.

Una tablilla en el pie es un signo de cultura. Andréi Bogoliubski no tenía una tablilla así, lo tuvieron que reconocer por los huesos, hubo que rememorar los cálculos de Bertillon.

Nosotros creemos en cambio en la dactiloscopia, un invento que nunca nos ha fallado por mucho que los hampones se desfiguraran las yemas de los dedos, quemándoselas con fuego, con ácido, cortándoselas con una navaja. La dactiloscopia no fallaba, pues los dedos son diez y ningún hampón se atrevía a quemarse los diez dedos.

No confiamos en Bertillon, jefe de la policía criminal francesa, padre del principio antropológico en la criminología, según el cual la auténtica identidad se establece merced a una serie de mediciones, a la correlación de las partes del cuerpo. Los descubrimientos de Bertillon acaso servirán para los artistas, los pintores; a nosotros la distancia entre la punta de la nariz y el lóbulo de la oreja no nos resolvía nada.

Nosotros creemos en la dactiloscopia, lodos saben marcar los dedos, «tocar el piano». En el treinta y siete, cuando se encerraba a todos los que antes ya habían estado presos, cada uno de los detenidos ponía con un gesto acostumbrado sus acostumbrados dedos en las acostumbradas manos del funcionario de la prisión.

Estas huellas se conservan eternamente en el expediente personal. La tablilla con el número del expediente conserva no solo el lugar de la muerte, sino también el secreto de la muerte. Y el número se escribe con grafito.

Tanto el cartógrafo, el hombre que abre nuevos caminos en la Tierra, nuevos caminos para los hombres, como el enterrador, el hombre que vigila el fiel cumplimiento de la inhumación, que controla las leyes de los muertos, están obligados a emplear lo mismo: el lápiz negro de grafito.

[1967]

El muelle del infierno

Las pesadas compuertas de la bodega se abrieron ante nosotros, y fuimos saliendo lentamente, de uno en uno, por la estrecha escalera de hierro, a cubierta. Los guardias del convoy estaban dispuestos en una nutrida hilera junto a la barandilla de popa del barco, sus fusiles nos apuntaban. Pero nadie les prestaba atención. Alguien gritaba: «¡Rápido, más deprisa!», y la multitud se hacinaba como en cualquier estación a la espera de tomar el tren. Se indicaba el camino solo a los primeros en salir: siguiendo los fusiles, hacia una ancha pasarela que conducía a una barcaza, y desde la barcaza, por otra pasarela, a tierra. Nuestra travesía había llegado a su fin. El barco había traído doce mil hombres, y mientras los descargaban hubo tiempo para mirar alrededor.

Atrás quedaron los días calurosos, los otoñales días de sol de Vladivostok, los purísimos colores en el cielo vespertino del Extremo Oriente, colores inmaculados y brillantes, sin semitonos ni matices, colores que se recuerdan el resto de la vida…

Del cielo blanquecino, turbio, algo siniestro y monocolor, caía una lluvia fría y fina. Las colinas desnudas, sin árboles, rocosas y algo verdes se alzaban frente a nosotros, y en las hondonadas que las separaban, justo a sus pies, se tejían deshilachadas unas nubes de un gris sucio. Como si las trizas de una enorme manta cubrieran aquel lúgubre lugar montañoso. Lo recuerdo bien: me sentía completamente tranquilo, dispuesto a lo que fuera, pero sin quererlo el corazón me empezó a palpitar y después se me encogió. Y apartando los ojos pensé: «Aquí nos han traído a morir».

La chaqueta se me estaba empapando poco a poco. Me había sentado encima de la maleta, la misma que, con el eterno ajetreo que invade a los hombres, me llevé de casa durante el arresto. Todos, todos llevaban cosas:

maletas, mochilas, rollos de mantas… Mucho más tarde comprendí que el mejor equipaje del preso es un pequeño morral de tela y una cuchara de madera en su interior. El resto, sea un trozo de lápiz o una manta, solo es una carga molesta. En cualquier caso, el desprecio hacia la propiedad privada era algo que se nos había inculcado hasta la saciedad.

Yo miraba el barco arrimado al muelle y me parecía muy pequeño, zarandeado por unas olas grises, oscuras.

A través del gris tamiz de la lluvia asomaban las siluetas siniestras de las rocas que rodeaban la bahía de Nagáyevo, y solo allí, desde donde había llegado el barco, se divisaba el infinito y encorvado océano, como si un enorme animal yaciera junto a la orilla suspirando pesadamente y el viento agitara su erizada piel formando olas escamadas, brillantes por la lluvia.

Tenía frío y miedo. La claridad ardiente y otoñal de los colores del soleado Vladivostok se había quedado Dios sabe dónde, atrás, en el otro mundo, el verdadero. Y aquí se abría un universo hostil y tenebroso.

Por los alrededores no se veía ni un edificio de viviendas. Y el único camino que envolvía la colina se alejaba hacia arriba, a lo desconocido.

Por fin terminó la descarga y, cuando anochecía, la etapa echó a andar con paso lento en dirección a las montañas. Nadie preguntaba nada. La muchedumbre de hombres mojados se arrastraba por el camino, deteniéndose a menudo para descansar. Las maletas se tornaron demasiado pesadas, la ropa estaba calada.

Dos curvas más y junto a nosotros, por encima de nuestras cabezas, sobre el saliente de la colina, vimos unas hileras de alambre de espino. Junto a la alambrada se apiñaban unos hombres. Gritaban algo, y de pronto unas hogazas de pan salieron volando en nuestra dirección. Lanzaban el pan por encima de la alambrada, nosotros lo atrapábamos, lo hacíamos pedazos y lo repartíamos. Atrás habíamos dejado meses de cárcel, cuarenta y cinco días de viaje en tren, cinco días de transporte por mar. Todos estábamos hambrientos. Nadie recibió dinero para el camino. Nos comíamos el pan con voracidad. El afortunado que atrapaba una hogaza la repartía entre todos los que le pedían, un gesto noble aquel, del que al cabo de tres semanas nos olvidamos pora siempre.

Nos conducían más lejos, más arriba. Las paradas se hacían cada vez más frecuentes. Por fin aparecieron las puertas de madera, el alambre de espino y, tras la alambrada, filas de tiendas de campaña de lona oscurecidas por la lluvia, unas tiendas blancas y de un verde claro, enormes. Nos distribuían a medida que nos contaban, llenando una tienda tras otra. En las tiendas se levantaban literas de dos pisos, como las que hay en los vagones; una litera para cada ocho hombres. Cada uno ocupaba su lugar. La lona dejaba pasar el agua, había charcos en el suelo y el agua caía sobre las literas, pero yo estaba tan agotado (lo cierto es que el resto no estaba menos cansado que yo: por la lluvia, el aire, el traslado, la ropa mojada, las maletas) que, tras acurrucarme como pude, sin pensar en secarme la ropa —¿dónde secarla, además?—, me acosté y me dormí. Estaba oscuro y hacía frío…

[1967]

El silencio

Todos, entre sorprendidos y desconfiados, precavidos y temerosos, nos encontrábamos en el comedor del campo; la brigada entera se sentaba a unas mesas sucias, pegajosas, en las que comíamos siempre, durante toda nuestra vida en aquel lugar. ¿Por qué las mesas estaban pegajosas, si aquí nadie derramaba la sopa? Nadie «fallaba al llevarse la cuchara a la boca» como en los cuentos[1] —a nadie le habría pasado si hubiera habido cucharas—, y de ser así habrían recogido la sopa derramada con los dedos, o simplemente la habrían lamido.

Era la hora de la cena del turno de noche. El mando había ocultado nuestra brigada haciéndola trabajar en el turno de noche, la había puesto lejos de la vista de cualquiera —¡en el caso de que ese cualquiera tuviera ojos!—; en nuestra brigada se reunían los más débiles, los peores, los más hambrientos. Éramos unos desechos humanos, y no obstante era necesario darnos de comer, alimentarnos, por lo demás no con desechos —ni mucho menos—, ni siquiera con las sobras. También a nosotros nos destinaban ciertas grasas, alguna carne y, lo principal, pan, un pan exactamente de la misma calidad que el que recibían las mejores brigadas, los hombres que aún conservaban algunas fuerzas, que todavía cumplían el plan en la producción principal del campo, que daban oro, oro, oro…

Aunque si bien era cierto que nos daban de comer, lo hacían en ultimísimo lugar, fuera de día o de noche.

Esa noche también llegamos en último lugar.

Vivíamos en el mismo barracón, en la misma sección. Yo conocía a algunos de aquellos mediocadáveres; los conocía de la prisión, de las cárceles de tránsito… Yo me movía a diario junto con aquellos bultos cubiertos de chaquetones destrozados, tocados con unas gorras de trapo que

nunca nos quitábamos de un baño a otro, con un calzado que apañábamos con pantalones rotos, chamuscados junto a las hogueras, y solo adivinaba de memoria que entre ellos se encontraba también el tártaro carirrojo Mutálov, el único habitante de todo Chimkent[2] que tenía una casa de dos pisos con tejado de hierro, así como Yefrémov, el ex primer secretario del comité urbano del partido de Chimkent, el hombre que en el año treinta liquidó a Mutálov como «enemigo de clase».

Aquí se encontraba también Oksman, exjefe de la sección política de una división, a quien el mariscal Timoshenko[3], cuando aún no era mariscal, echó de su división por judío.

Estaba también Lupílov, ayudante de Vishinski, fiscal general de la URSS[4]. Y Zhávoronkov, un maquinista del depósito de locomotoras Savióllovski. Y el exjefe del NKVD de la ciudad de Gorki, que en cierta ocasión, en una cárcel de tránsito, se enfrascó en una discusión con uno de sus «protegidos»:

—¿Que te han sacudido? Bueno, ¿y qué? ¿No has firmado? Pues entonces eres un enemigo, confundes al poder soviético y no nos dejas trabajar. Por culpa de cerdos como tú me han colgado quince años.

Yo intervine:

—Te escucho y no sé qué hacer, si reírme o escupirle a la cara…

Había gente muy diferente en aquella brigada de «terminales» medio difuntos. Había también un creyente de la secta «Dios sabrá»; o a lo mejor la secta se llamaba de otro modo, pero esta era la única y eterna respuesta que daba a todas las preguntas de los jefes.

El apellido de aquel creyente lo guardo en la memoria, por supuesto: Dmítriev se llamaba, aunque el hombre nunca respondía a él. Las manos de los compañeros, del jefe de brigada, movían de un lado a otro a Dmítriev, lo colocaban en la fila, lo guiaban.

A menudo cambiaban a los escoltas del convoy, y casi cada nuevo guardia se esforzaba por descubrir el misterio de aquel hombre que se negaba a responder al amenazador grito de «¡Contesta!» cuando nos formaban para ir a trabajar, para dirigirnos a aquello que llamaban trabajo.

En pocas palabras, el jefe de brigada ponía en claro el asunto y el guardia, aliviado, seguía pasando lista.

Todos estaban hartos de aquel creyente. Por las noches no dormíamos a causa del hambre, y nos calentábamos, nos acercábamos al calor de la estufa de hierro, la abrazábamos con las manos cazando los restos del calor de la estufa que se enfriaba, acercando la cara a la plancha.

Con ello, como es natural, impedíamos que aquel triste calor llegara al resto de los habitantes del barracón que yacían —sin dormir como nosotros a causa del hambre— en los rincones alejados y cubiertos de escarcha. Y de ahí, de los rincones alejados cubiertos de escarcha, saltaba alguien con derecho a gritar, e incluso con derecho a pegar, y echaba de la estufa a los hambrientos presos entre gritos y patadas.

Se permitía estar junto a la estufa, secar legalmente tu pan, pero ¿quién tenía pan que pudiera poner a secar?… Y además, ¿cuántas horas te podías pasar secando un trocito de pan?

Odiábamos a los jefes, nos odiábamos los unos a los otros, pero a quien odiábamos más era a aquel creyente, por sus cantos, sus himnos, sus salmos…

Todos callábamos abrazados a la estufa. Pero el creyente cantaba, cantaba con su voz ronca, constipada; lo hacía en voz baja, pero no paraba de cantar himnos, salmos, versículos. Era inacabable aquella letanía.

Yo trabajaba de pareja con el religioso. El resto de los habitantes de la sección, durante el trabajo, descansaba de aquel canto de himnos, de salmos, descansaba del religioso, pero yo no podía quitarme aquel peso de encima.

—¡Cállate!

—Habría muerto hace tiempo si no fuera por el canto. Me habría ido, a que el frío me matara… Pero no tengo fuerzas. Si tuviera un poco de fuerza. No le pido a Dios que me traiga la muerte. El lo ve todo.

En la brigada también había gente desconocida, envuelta en harapos, todos ellos sucios y hambrientos por igual, con el mismo brillo en los ojos. ¿Quiénes eran? ¿Generales? ¿Héroes de la guerra de España? ¿Escritores rusos? ¿Koljosianos de Volokolamsk?

Estábamos sentados en el comedor sin comprender por qué no nos daban de comer, a quién esperaban. ¿Qué buena nueva nos iban a dar? Para nosotros cualquier novedad era buena. Pasado el Rubicón, todo lo que le

pueda suceder a un hombre es para bien. Una noticia solo podía ser buena. Y todos lo comprendían, lo comprendían con el cuerpo, no con el cerebro.

Se abrió por dentro la portezuela de la ventana de reparto, y empezaron a darnos sopa en escudillas, ¡sopa caliente! ¡Gachas calientes! ¡Y gelatina —el postre— casi fría! A cada uno nos dieron una cuchara, el jefe de la brigada nos advirtió que debíamos devolver las cucharas. Pues claro que las íbamos a devolver. ¿Para qué queríamos una cuchara? ¿Para cambiarla por tabaco en otro barracón? Claro que las íbamos a devolver. ¿Para qué una cuchara? Hacía tiempo que habíamos aprendido a comer por el borde de la escudilla. ¿Para qué una cuchara? Lo que quedara en el fondo lo podíamos empujar con el dedo hacia el borde de la escudilla, a la salida…

¿Para qué pensar en nada? Ante nosotros teníamos comida, alimento. Distribuyeron el pan: un trozo en mano para cada uno, doscientos gramos por cabeza.

—Pan, solo la ración —declaró ceremonioso el jefe de brigada—; del resto, cuanto os quepa.

Y comimos cuanto nos cupo.

Toda sopa se compone de dos partes: la espesa y la del caldo. Nos dieron cuanto quisimos, pero solo caldo. Sin embargo, en el segundo plato las gachas eran de verdad, no había trampa ni cartón. El postre era un agua algo tibia, con un leve regusto de almidón y un rastro casi imperceptible de azúcar disuelto. Eso era la gelatina.

Los estómagos de los presos no se tornan toscos, sus facultades gustativas no quedan en modo alguno entorpecidas por el hambre ni por la burda bazofia que nos daban de comida. Al contrario, la sensibilidad gustativa del estómago hambriento del preso es inaudita. La reacción cualitativa que se produce en el estómago del recluso no es menos sutil que la que se puede dar en cualquier laboratorio físico de cualquier país en la segunda mitad del siglo veinte.

Ningún estómago de un hombre libre habría descubierto la presencia de azúcar en el plato que nos estábamos comiendo —bebiendo, mejor dicho— aquella noche en Kolimá, en la mina Partizán.

Y aquella gelatina nos parecía dulce, perfectamente dulce, nos parecía un milagro, y cada uno recordaba que el azúcar aún existía en este mundo y

que a veces incluso iba a parar a la olla del preso.

¿Quién era el mago que…?

El mago no estaba lejos. Lo descubrimos después del primer plato de la segunda comida.

—Pan, solo la ración —dijo el jefe de brigada—; del resto, cuanto os quepa —y miró hacia el mago.

—Que sí, que sí —dijo el mago.

Era un tipo pequeño, un hombrecillo oscuro, limpito, bien lavado, con la cara aún sin las marcas de las congelaciones.

Nuestros superiores, nuestros encargados, capataces, contramaestres, jefes del campo, escoltas, todos habían probado ya el poder de Kolimá, ¡y en todos, en todos y cada uno de los rostros, Kolimá había escrito sus palabras, había dejado su huella, había clavado sus arrugas, había plantado para siempre la mancha de las congelaciones, un sello imborrable, su hierro eterno!

La cara rosada del hombrecillo aseado y moreno no mostraba aún ni una mancha, ninguna señal.

Era el nuevo educador jefe de nuestro campo, recién llegado del continente. El educador jefe estaba realizando un experimento.

El hombre había convencido al jefe del campo, con su insistencia había conseguido romper la rutina de Kolimá. Siguiendo una vieja costumbre, una tradición secular o quién sabe si milenaria, los restos de la sopa y del engrudo —lo que quedaba en el fondo, «lo espeso del fondo»— se llevaban a diario de la cocina al barracón de los hampones, y también se repartían en los barracones de las mejores brigadas; no se destinaban a las brigadas más hambrientas sino para reforzar las menos desnutridas, y así contribuir al plan, que consistía en convertirlo todo en oro; todo: las almas y los cuerpos de los jefes, los guardias y los presos.

Aquellas brigadas —al igual que los hampones— ya se habían habituado a contar con esos restos. De modo que aquello era una pérdida también moral.

Pero el nuevo educador, que no estaba de acuerdo con aquella costumbre, insistió en que los restos de la comida se repartieran entre los

más débiles, entre los más hambrientos, para, según decía, despertar su conciencia.

—En lugar de conciencia, les ha crecido un cuerno —dijo un capataz intentando tomar parte en el asunto, pero el educador se mantuvo firme y obtuvo el permiso para realizar su experimento.

Para la prueba se eligió a la brigada más hambrienta, la nuestra.

—Ya lo veréis; la gente comerá y, para agradecérselo al Estado, trabajará mejor. ¿Cómo se puede exigir que trabajen estos «terminales»? «Terminales», ¿o no lo digo bien? —Era la primera palabra de la jerga del hampa que había aprendido en Kolimá—. ¿Lo digo bien?

—Sí, muy bien —contestó el jefe de la zona, un libre, un viejo habitante de Kolimá que había mandado «bajo el monte[5]» a más de un millar de hombres en aquella mina. Había venido a contemplar el experimento.

—A esta gente, a estos haraganes, a estos simuladores habría que darles de comer carne y chocolate y dejarlos descansar un mes entero… Y ni siquiera entonces trabajarían. Algo se les ha roto para siempre en la sesera. Son escoria, escombros. ¡Para producir, valdría más dar de comer a quienes aún trabajan, no a estos tramposos!

Junto a la ventanilla de la cocina estalló una discusión, se oían gritos. El educador decía algo acaloradamente. El jefe de la zona lo escuchaba con cara de pocos amigos, y cuando sonó el nombre de Makárenko[6] lo dejó por imposible y se apartó a un lado.

Cada uno de nosotros rezaba a su dios, y el creyente de la secta al suyo. Rezábamos por que la ventanilla no se cerrara, por que el educador se saliera con la suya. La voluntad prisionera de dos docenas de hombres se puso al rojo, y el educador venció.

Seguíamos comiendo sin querer apartarnos del milagro.

El jefe de zona sacó su reloj, pero la señal ya estaba sonando: la penetrante sirena del campo nos llamaba al trabajo.

—Bien, mis trabajadores —pronunció inseguro el nuevo educador, pues aquella palabra era impropia del lugar—. He hecho todo lo que he podido. Y lo he hecho por vosotros. Ahora es vuestro turno de responder con trabajo, solo con trabajo.

—Ya verá cómo vamos a trabajar —pronunció con aire importante el ex ayudante del fiscal general de la URSS atándose con una toalla sucia su capote y soplándose en los guantes, echando en ellos aire caliente.

La puerta se abrió dejando entrar el blanco vapor, y nos arrastramos hacia el helado exterior para recordar durante el resto de nuestras vidas —al menos aquellos de nosotros que sobrevivieran— el feliz experimento. El frío nos pareció menos helado, más llevadero. Pero la sensación no duró mucho tiempo. La helada era demasiado poderosa como para no poner las cosas en su sitio.

Llegamos a la mina, nos sentamos en círculo esperando al jefe de brigada, nos sentamos en el mismo lugar donde en otro tiempo encendíamos la hoguera y nos calentábamos, donde respirábamos con la cara dirigida a la llama dorada, donde nos chamuscábamos los guantes, las gorras, los pantalones, los chaquetones, el calzado, intentando en vano entrar en calor, salvarnos del frío. Pero la hoguera pertenecía a un pasado lejano, por lo visto a un año atrás. Este invierno habían prohibido calentarse a los que trabajaban, solo tenía una hoguera el guardia de escolta. Nuestro guardián se sentó, reunió las brasas de su fuego y avivó las llamas. Se arrebujó en su abrigo de piel, se sentó sobre un tronco y colocó a un lado el fusil.

Una blanca oscuridad invadía la galería iluminada tan solo por la hoguera del escolta. El religioso, que estaba sentado a mi lado, se levantó, pasó junto al guardia y se dirigió hacia la niebla, al cielo…

—¡Alto! ¡Alto!

El guardia no era un mal tipo, pero conocía bien su fusil.

—¡Alto!

Luego sonó el disparo, el seco tiro de un fusil. El creyente aún no había desaparecido en la niebla. Y otro disparo…

—Ya lo has visto, cabestro —dijo en la jerga del hampa el jefe de zona dirigiéndose al educador jefe. Ambos habían venido a la mina. Pero el educador no se atrevió a mostrar su sorpresa por aquella muerte; en cuanto al jefe de zona, este no sabía asombrarse ante tales cosas.

—Ahí tienes tu experimento. Los muy perros ahora trabajan aún peor. Una comida de más, y más fuerzas les quedan para luchar contra el frío. Lo

único que los echa a trabajar, recuérdalo, cabestro, es el frío. Ni tu comida ni mis tortazos, solo el frío. ¿No ves que es para calentarse por lo que menean los brazos? Y nosotros lo que hacemos es colocar en sus manos los picos y las palas (qué más da con qué se muevan los brazos), les ponemos las carretillas, las cajas, los carros, y la mina cumple el plan. Nos da su buen oro. Pero ¿ahora qué? Mientras estén llenos no trabajarán. Hasta que se enfríen. Y entonces empezarán a darle a la pala. La has cagado a base de bien con esta comida, hermano. Por esta vez, pase. Todos hemos hecho alguna vez el cabestro.

—No sabía que fueran tan malos bichos —dijo el educador.

—Así la próxima vez escucharás a los mayores. A uno lo han despachado hoy. Era un haragán. Medio año comiendo pan del Estado en vano. Un haragán. Repítelo.

—Un haragán —repitió el educador.

Yo estaba junto a ellos, pero no les importaba mi presencia. Además, yo tenía una buena razón para estar allí. El jefe de brigada debía destinarme otra pareja para el trabajo.

Me destinó a Lupílov, el ex ayudante del fiscal general de la Unión Soviética. Y empezamos a llenar las cajas con piedra que habían dinamitado, a hacer el trabajo que antes hacía yo con el religioso.

Volvíamos por el conocido camino de siempre, como de costumbre sin haber cumplido la norma, sin preocuparnos de la norma. Pero al parecer teníamos menos frío de lo habitual.

Nos habíamos esforzado por trabajar, pero era demasiado grande la distancia entre nuestra vida y aquello que se podía expresar en cifras, en carretillas, en porcentajes del plan. Las cifras eran un sacrilegio. Pero, por cierto tiempo, durante algunos instantes, nuestras fuerzas —las físicas y las anímicas— crecieron después de aquella comida.

Y de pronto me quedé helado ante el descubrimiento. Comprendí que aquella comida nocturna le había dado al creyente la fuerza necesaria para suicidarse. Aquella era la porción de engrudo que le faltaba para decidirse a morir; a veces el hombre ha de darse prisa para no perder la voluntad de morir.

Como siempre, rodeamos la estufa. Solo que aquel día no había nadie para cantar himnos. Y, probablemente, hasta me sentí aliviado de que entonces reinara el silencio.

1966

Dos encuentros

Mi primer jefe de brigada fue Kotur, un serbio que acabó en Kolimá después de que en Moscú desmantelaran el Club Internacional[7]. Kotur se tomaba muy en serio sus obligaciones, pues comprendía que su suerte, como la de todos nosotros, no se decidía en las minas de oro sino en un lugar muy diferente. De todos modos, Kotur nos colocaba en nuestros lugares de trabajo, medía con el inspector los resultados y meneaba con reproche la cabeza. Los resultados eran lamentables.

—A ver, tú, tú conoces el campo de trabajo. Enséñales cómo hay que manejar la pala.

Tomé la pala y, después de desmenuzar la tierra, llené la carretilla. Todos se echaron a reír.

—Así solo trabajan los que se escaquean.

—Ya hablaremos del tema dentro de veinte años.

Pero no tuvimos ocasión de hablar del tema pasados veinte años. Llegó a la mina un nuevo jefe, Leonid Mijáilovich Anisímov. A la primera revista de las galerías echó del trabajo a Kotur. Y Kotur desapareció…

Nuestro jefe de brigada estaba sentado en una carretilla y no se levantó cuando se acercó el superior. La carretilla, ni que decir tiene, está bien diseñada para el trabajo. Pero su caja aún lo está mejor para el descanso. Es difícil ponerse de pie, levantarse de un profundo sillón, necesitas mucha fuerza de voluntad, necesitas fuerza física. Kotur estaba sentado en la carretilla y no se levantó cuando se acercó el nuevo jefe, no tuvo tiempo de hacerlo. En una palabra: lo fusilaron.

Al principio, cuando llegó el nuevo jefe, Kotur ocupó el cargo de subjefe de la mina, y cada día, cada noche sacaban a gente de los

barracones y se los llevaban. Ninguno regresaba a la mina. Alexándrov, Klivanski… Los apellidos se me han borrado de la memoria.

La nueva remesa ya no tenía ni nombres. En el invierno de 1938 las autoridades decidieron mandar a pie a los presos de Magadán a las minas del Norte. De una columna de quinientos hombres llegaban a Yágodnoye, tras quinientos kilómetros de marcha, entre treinta y cuarenta presos. El resto se quedaba en el camino, como un poso: congelados, muertos por el hambre, fusilados. A estos recién llegados nadie los llamaba por sus apellidos; eran individuos de otras etapas, que no se distinguían los unos de los otros ni por la ropa, ni por la voz, ni por las manchas de las congelaciones en las mejillas, ni por las ampollas de los dedos congelados.

El contingente de las brigadas disminuía: por la carretera que llevaba a Serpantinka, el lugar donde se fusilaba en la Administración del Norte, corrían día y noche los camiones y regresaban de vacío.

Las brigadas se esfumaban: faltaba personal; entretanto, el Gobierno prometía más mano de obra y reclamaba que se cumpliera el plan. Cualquier jefe de mina sabía que nadie iba a pedirle cuentas por los hombres. Faltaría más. Aunque en los cursos de formación política les hubieran enseñado que no hay nada más valioso que los hombres, que los cuadros, era en las canteras de oro de la mina donde recibían la verdadera ilustración práctica de su cometido.

Por entonces el jefe de la mina Partizán de la Administración minera del Norte era Leonid Mijáilovich Anísimov, futuro gran jefe de Kolimá, hombre que dedicó toda su vida al Dalstrói[8], jefe de la Administración del Oeste y director de Chukotstrói[9].

Pero donde Anísimov empezó su carrera en los campos fue en la mina Partizán, en mi mina.

Fue justamente en sus tiempos cuando los guardias inundaron la mina, cuando se levantaron las «zonas», cuando se creó el aparato de los responsables «operativos» y cuando se empezaron a fusilar presos, brigadas enteras. Durante los recuentos, en las revisiones, se empezaron a leer las interminables órdenes de fusilamientos. Estas órdenes iban firmadas por el coronel Garanin, pero quien escogía los apellidos de las personas de la mina Partizán —y estos eran muchísimos— y se los entregaba a Garanin era

Anísimov. La mina Partizán era una explotación pequeña. En el año 1938 había en ella dos mil hombres, como constaba en las listas. Las minas vecinas Verjni At-Uriaj y Shturmovói tenían una población de doce mil hombres cada una.

Anísimov era un jefe aplicado. Recuerdo muy bien dos conversaciones personales con el ciudadano Anisímov. La primera se produjo en enero de 1938, cuando al final de la jornada de trabajo el ciudadano Anisímov tuvo la gentileza de presentarse; se encontraba algo apartado, mirando como sus ayudantes, bajo la mirada del jefe, se movían con más premura de la acostumbrada. Pero no lo suficiente rápido para Anisímov.

Nuestra brigada estaba formando y el capataz Sótnikov, tras señalarme con el dedo, me sacó de la formación y me colocó ante Anisímov.

—Aquí tiene a uno que se escaquea. No quiere trabajar.

—¿Quién eres?

—Soy periodista, escritor.

—Latas de conserva es lo que me vas a escribir aquí. Te pregunto quién eres.

—Picador de la brigada de Firsov, el detenido tal, cinco años de condena.

—¿Por qué no trabajas? ¿Por qué te dedicas a sabotear al Estado?

—Estoy enfermo, ciudadano jefe.

—¿Tú enfermo? ¡Si estás hecho un toro!

—El corazón.

—El corazón, ya. Yo también estoy mal del corazón. Los médicos me han prohibido vivir en el Extremo Norte. En cambio, aquí me tienes.

—En su caso es diferente, ciudadano jefe.

—Míralo, cuántas palabras por minuto. Lo que tienes que hacer es callar y trabajar. Recapacita, antes de que sea demasiado tarde. Ya os vamos a arreglar las cuentas.

—A sus órdenes.

Mi segunda conversación con Anísimov fue en verano, bajo la lluvia, en el cuarto sector, donde nos obligaba a quedarnos quietos, calados hasta los huesos. Cavábamos pozos. Hacía tiempo que, con motivo de la lluvia, habían dejado que la brigada de los hampones se marchara a los barracones

pero nosotros éramos del artículo 58 y estábamos en los pozos, en aquellos agujeros poco profundos, con el agua hasta las rodillas. El convoy se guarecía bajo una sombrilla.

Mientras caía aquella lluvia, aquel aguacero, nos visitó Anisímov acompañado del encargado de los explosivos de la mina. El jefe había venido a ver si estábamos bien mojados, si se cumplían sus órdenes en lo que se refiere a los presos del artículo 58, presos a los que estaba prohibido aplicarles excepción alguna, y que debían prepararse para ir al cielo, solo al cielo y nada más que al cielo.

Anisímov llevaba un impermeable largo con un capuchón un tanto peculiar. El jefe avanzaba agitando sus guantes de cuero.

Yo conocía la costumbre de Anísimov de azotar en la cara a los presos con sus guantes. Conocía aquellos guantes, prenda que durante la temporada de invierno se veía sustituida por unas manoplas que le llegaban hasta los codos, conocía su costumbre de golpear en la cara a los presos. Había visto decenas de veces aquellos guantes en acción. Sobre aquella peculiaridad de Anísimov se hablaba mucho en los barracones de la mina Partizán. He sido testigo de violentas discusiones, de disputas casi sangrientas en el barracón, sobre si el jefe usaba los puños o los guantes cuando pegaba, o si lo hacía con un palo, o con un bastón, o con una fusta, o aplicando un «revólver de bolsillo». El hombre es un ser complicado. Estas discusiones casi acababan en peleas, y lo curioso es que los que intervenían en ellas eran exprofesores, militantes del partido, koljosianos, militares.

Por lo general todos alababan a Anísimov. Era verdad, pegaba, pero ¿quién no lo hacía? Además, los guantes de Anísimov no dejaban cardenales. Y si le rompía a alguien la nariz con sus manoplas, ello se debía a «las alteraciones patológicas del propio sistema circulatorio de la persona a causa de lo prolongado de la reclusión», como nos aclaró un médico a quien en la época de Anísimov no le dejaban practicar la medicina, obligándolo a trabajar igual que a todos los demás.

Yo hacía tiempo que me había prometido a mí mismo que si alguien me pegaba, ese sería el final de mi vida. En tal caso golpearía al superior y me fusilarían. Por desgracia, entonces era un pobre ingenuo. Cuando me

debilité, también se tornó débil mi voluntad, mi entendimiento. Me convencí sin dificultad de que lo más conveniente era soportar la ofensa, y en mi espíritu no hallé las fuerzas suficientes para responder al golpe con un golpe, para suicidarme, para protestar. Era el más común de los «terminales» y vivía según las leyes que rigen la psicología de los «terminales». Pero todo esto no pasaría hasta mucho tiempo después; cuando nos encontramos con el ciudadano Anisímov, todavía me quedaban fuerzas, me quedaba firmeza, fe y decisión.

Los guantes de cuero se me acercaron y yo preparé el pico.

Pero Anisímov no me golpeó. Sus hermosos y grandes ojos de un castaño oscuro se encontraron con mi mirada y Anisímov apartó la suya.

—Todos son así —le comentó el jefe de la mina a su acompañante—. Todos. No tienen remedio.

[1967]

El termómetro de Grishka Logún

El cansancio era tal que, antes de dirigirnos a casa, nos sentamos junto al camino directamente sobre la nieve.

En lugar de los cuarenta grados bajo cero del día anterior, estábamos a tan solo veinticinco; parecía un día de verano.

Grishka Logún, el maestro de obras de la zona vecina, con el chaquetón de piel desabrochado sobre el cuerpo desnudo, pasó junto a nosotros. Llevaba en la mano un mango nuevo para un pico. Grishka era un tipo joven, de una piel asombrosamente roja y con un temperamento ardiente. Antes había sido capataz, incluso capataz de segunda, y a menudo no podía evitar ponerse a empujar con su propio hombro algún coche embarrancado en la nieve, o ayudar a levantar un tronco, arrancar de su sitio una caja llena de tierra pegada al hielo —conducta del todo impropia de un maestro de obras—. Constantemente se olvidaba de que era un superior.

A su encuentro iba la brigada de Vinográdov, unos trabajadores tan «espléndidos» como nosotros. Su composición era exactamente la misma que la nuestra: ex secretarios de partido a escala regional o local, profesores de universidad, militares de baja graduación…

La gente se arracimó temerosa junto al montón de nieve de la cuneta, los hombres que venían de trabajar dejaron paso a Grishka Logún. Pero también Grishka se detuvo, la brigada trabajaba en su zona. De entre los hombres salió Vinográdov, un charlatán, exdirector de una MTS[10] de Ucrania.

Logún había tenido tiempo de alejarse del lugar en que nos encontrábamos nosotros; no se oían sus voces, pero no hacía falta ninguna palabra para entenderlo todo. Vinográdov agitaba las manos, le explicaba algo a Logún. Luego este le clavó el mango del pico en el pecho y aquel

cayó redondo… Vinográdov no se levantaba. Logún le saltó encima con los pies y lo pisoteó agitando el palo. Ninguno de los veinte hombres de la brigada hizo el más mínimo movimiento en defensa de su jefe. Logún recogió el gorro caído, amenazó con el puño y siguió su camino. Vinográdov se levantó y echó a andar como si nada hubiera sucedido. El resto de los hombres —la brigada pasaba en ese momento junto a nosotros— no dio muestra alguna ni de compasión ni de indignación. Al pasar a nuestro lado, Vinográdov torció el gesto y mostrando sus dientes rotos y llenos de sangre comentó:

—Vaya con el termómetro de Logún.

—«Pateo»: así llaman al baile los hampones —dijo en voz baja Vavílov—; o «darle al esqueleto».

—¿Y eso? —me dirigí a Vavílov, un compañero mío; directamente desde la cárcel Butirka, ambos habíamos ido a parar juntos a aquella mina—. ¿Qué me dices a eso? Hay que hacer algo. Hasta hoy aún no nos han pegado. Pero pueden hacerlo mañana. ¿Qué habrías hecho tú si Logún te da una tunda como a Vinográdov, eh?

—Me habría aguantado, creo —respondió con voz queda Vavílov. Y comprendí que desde hacía tiempo mi compañero ya no excluía esta posibilidad e incluso la consideraba como algo inevitable.

Más tarde comprendí que, en lo que se refiere a los jefes de brigada, a los vigilantes y responsables de barracón, es decir a toda la gente sin armas, todo se reducía a su superioridad física. Mientras yo sea más fuerte no me pegarán. Pero en cuanto me vean débil me sacudirá cualquiera. El vigilante del barracón, el encargado del baño, el peluquero y el cocinero, el capataz y el jefe de brigada, todos pegan; incluso cualquier común, hasta el más débil, pega. La superioridad física del guardia de la escolta está en su arma.

La fuerza del superior que me golpea está en la ley, en el juicio, en el tribunal, en la escolta y en las tropas. No les resulta difícil ser más fuertes que yo. La fuerza de los comunes está en su número, en su «colectivo», en que a la segunda palabra te pueden cortar el cuello (cuántas veces no lo habré visto). Pero yo aún soy fuerte. Me pueden pegar el jefe, el escolta, el hampón. Pero el encargado del barracón, el capataz o el peluquero aún no pueden.

En cierta ocasión, Polianski, un preso, en el pasado un hombre dedicado al deporte, que recibía muchos paquetes y que nunca compartió con nadie ni un gramo de lo que recibía, me comentó, echándomelo en cara, que no entendía en absoluto cómo la gente se podía abandonar hasta el extremo de dejarse pegar, y se indignó ante mis objeciones. Pero no pasó un año y volví a ver a Polianski convertido en un «terminal», en un deshecho que recogía colillas y que no pensaba en otra cosa que en rascarle las plantas de los pies a cualquier cabecilla hampón por un plato de sopa.

Polianski era un hombre honesto. Ciertos pensamientos misteriosos lo torturaban, y sus reflexiones eran un tormento tan poderoso, tan punzante e insistente que lograron abrirse paso entre el hielo, a través de la muerte, la indiferencia y las palizas, a través del hambre, el insomnio y el terror.

Llegó, en cierta ocasión, un día de fiesta. Durante las festividades nos encerraban bajo llave —lo llamaban «aislamiento festivo»—, y se dieron casos de gente que se encontraba, se conocía y trababa cierta relación de confianza justamente en estas jornadas de aislamiento. Por pavoroso y humillante que fuera el encierro, para los presos del 58 era una medida más soportable que el trabajo. Pues el aislamiento representaba un descanso, por breve que fuera, aunque durara un minuto, si bien entonces nadie podía determinar con seguridad si era un minuto, un día, un año o un siglo el tiempo que necesitábamos para regresar a nuestro cuerpo de antes, porque a nuestra alma de antes nadie confiaba en regresar. Y no regresamos a ella, claro, nadie lo hizo.

Pues bien, Polianski era honrado y fue mi vecino de litera en una de aquellas jornadas de aislamiento.

—Hace tiempo que te quería preguntar una cosa.

—¿Qué?

—Cuando hace unos meses te miraba y veía cómo andabas, que no podías pasar por encima de un tronco cruzado en tu camino y tenías que rodearlo, un tronco que podría saltar hasta un perro… Cuando arrastrabas los pies por el suelo, y un pequeño desnivel, el más diminuto de los montículos, te parecía un obstáculo infranqueable que te provocaba palpitaciones, ahogo, y te obligaba a un prolongado descanso…, yo te

miraba y pensaba: «Mira el vago este, cómo se escaquea el muy zorro, valiente simulador».

—¿Y? ¿Luego lo comprendiste?

—Después lo comprendí. Lo entendí. Cuando yo mismo me quedé sin fuerzas. Cuando todos me empezaron a dar empujones, golpes, cuando para el hombre no hay mejor sensación que la de comprobar que hay alguien más débil, alguien que está aún peor que tú.

—¿Por qué a los obreros de choque los invitan a las reuniones, por qué la fuerza física es un baremo moral? Ser físicamente más fuerte significa ser mejor, más moral, más ético que yo. ¡Cómo no! Aquel levanta una mole de diez *puds*[11] y yo me doblo ante una piedra de medio *pud*.

—Todo esto lo he comprendido y te lo quería decir.

—Te lo agradezco en lo que vale.

Polianski murió al poco tiempo; cayó al suelo en una galería. El jefe de brigada le había dado un puñetazo en la cara. No fue Grishka Logún, sino su propio jefe, Fírsov, un militar del artículo 58.

Recuerdo muy bien la primera vez que me golpearon. El primero de los centenares de miles de golpes que recibía día tras día, noche tras noche.

No hay modo de recordar todos los golpes recibidos, pero del primero me acuerdo bien; y eso que estaba preparado tras observar la conducta de Grishka Logún, tras ver la resignación de Vavílov.

En medio del hambre y el frío, en una jornada de catorce horas en la helada y blanca oscuridad, en la rocosa galería de una mina de oro, de pronto algo distinto se encendió, algo parecido a la felicidad, a una limosna dejada caer sobre la marcha: una limosna no en forma de pan, o de una medicina, sino una limosna en forma de tiempo, de un momento imprevisto de descanso.

El vigilante de la mina, el capataz de nuestra zona, era Zúyev, un libre, pero antiguo preso, un hombre que había estado en la piel de un preso del campo.

Había algo en los ojos negros de Zúyev: cierta expresión que se podía interpretar como la de una persona que comprende el amargo destino del ser humano.

El poder corrompe. Liberada de las cadenas, la fiera que habita en el alma del hombre busca con avidez un modo de satisfacer su esencia humana más ancestral, y lo encuentra en la violencia, en la muerte.

No sabría decir si quien firma una condena a muerte, un fusilamiento, obtiene alguna satisfacción. Puede que también en esto haya algún siniestro placer, el de imaginar un hecho que no necesita justificación.

He visto gente, y mucha, que durante un tiempo ordenaba fusilar, y después era a ellos a quienes eliminaban. Unos hombres de los que no brotaba otra cosa que no fuera cobardía, que no fueran chillidos: «¡Tiene que haber algún error, no es a mí a quien hay que matar en pro del Estado, yo mismo sé matar!»

No he conocido a personas que dieran las órdenes de fusilamiento. Las he visto solo de lejos. Pero me parece que la orden de fusilar se fundamenta en las mismas fuerzas anímicas, en los mismos cimientos espirituales que el propio fusilamiento, que el hecho de asesinar con tus propias manos.

El poder corrompe.

La embriaguez que engendra el poder sobre otros hombres, la impunidad, el escarnio, las humillaciones, los incentivos, todo ello constituye la medida moral de la carrera administrativa de un jefe.

Pero Zúyev pegaba menos que los demás; habíamos tenido suerte.

Acabábamos de llegar al trabajo y la brigada se apretujaba a cubierto, los hombres se guarecían de un viento cortante bajo el saliente de una roca. Cubriéndose la cara con las manoplas se nos acercó Zúyev, el capataz. Nos encomendaron a cada uno un trabajo, en las galerías, pero a mí no me dieron tarea alguna.

—Te tengo que pedir algo —dijo Zúyev con la voz ahogada ante su propia osadía—. Te lo pido, no te lo mando. Escríbeme una petición a Kalinin[12]. Para que me retiren los antecedentes. Ya te contaré de qué se trata.

Me lo contó en la pequeña caseta del capataz, donde ardía una estufa y donde los nuestros tenían prohibida la entrada: te echaban de allí a patadas, a guantazos, expulsaban a cualquier preso que se atreviera a abrir la puerta para, aunque fuera por un solo instante, dar una bocanada del aire caliente de la vida.

El instinto de fiera herida nos conducía hacia aquella puerta. Nos inventábamos todo género de preguntas: «¿Qué hora es?» «¿La galería hacia dónde sigue, a la derecha o a la izquierda?» «¿Me da fuego?» «¿Está aquí Zúyev?» «¿Por dónde para Dobriakov?»

Pero aquellas preguntas no engañaban a nadie en la caseta. De la puerta abierta echaban a los intrusos a patadas. Y sin embargo conseguías un instante de calor…

Ahora no me echaban; estaba sentado justo al lado de la estufa.

—¿Quién es este, un jurista? —silbó alguien con desprecio.

—Me lo han recomendado, Pável Ivánovich.

—Bueno, bueno —mugió el capataz jefe; así condescendía el hombre al ruego de su subordinado.

El caso de Zúyev, que había cumplido su condena el año anterior, era de lo más corriente en las aldeas; lo procesaron por culpa de la pensión que debía pasar a sus padres, que fueron quienes lo mandaron a la cárcel. Y cuando ya faltaba poco para concluir la condena, los de arriba se las arreglaron para mandarlo a Kolimá. Si se quería colonizar aquellas tierras era imprescindible cumplir a rajatabla la línea política trazada, que consistía en crear todo género de obstáculos de modo que nadie abandonara Kolimá y en que el Estado proporcionara todo género de ayudas y pusiera todo el cuidado para la importación y transporte de hombres a Kolimá. El convoy de presos era el medio más sencillo para poblar aquellas inhóspitas tierras.

Zúyev quería saldar sus cuentas con el Dalstrói, pedía que se le borraran los antecedentes penales, que al menos lo dejaran regresar al continente.

Me resultaba muy difícil escribir, y no solo porque se me hubieran encallecido las manos, porque los dedos se me doblaran adaptándose a la forma del mango de la pala o del pico y me costara horrores abrirlos. Para escribir no había más remedio que envolver el lápiz y la pluma con un trapo para así imitar con su grosor el mango de la pala, el tamaño del pico.

Solo cuando se me ocurrió hacerlo así estuve en condiciones de trazar las letras.

Pero también me costaba escribir porque, al igual que las manos, se me había encallecido el cerebro, porque me sangraba el cerebro tal como me sangraban las manos. Tenía que dar vida a las palabras, resucitarlas, a unas

palabras que habían abandonado mi vida, que se habían marchado, así me lo parecía, para siempre.

Me puse a escribir aquel papel sudando y lleno de alegría. En la caseta hacía calor, al momento los piojos se pusieron en movimiento, echaron a correr por todo mi cuerpo. Tenía miedo de rascarme y de que me echaran al frío por piojoso, temía que mi salvador sintiera repugnancia por mí.

Al anochecer acabé de escribir la solicitud a Kalinin. Zúyev me dio las gracias y me metió en el bolsillo una ración de pan. La ración debía comérmela allí mismo, pues no se debe dejar para mañana todo lo que uno se pueda comer al momento; esto ya lo tenía yo bien aprendido.

El día tocaba a su fin, al menos según el reloj de los capataces, pues la blanca oscuridad era la misma tanto a medianoche como llegado el mediodía, y nos condujeron a casa.

Yo me dormí como siempre y tuve mi sueño recurrente en Kolimá: en el aire flotaban unas barras de pan que llenaban todas las casas, todas las calles, toda la tierra.

Por la mañana aguardé el encuentro con Zúyev. A lo mejor, quién sabe, me invitaba a fumar.

Y Zúyev llegó. Sin importarle la presencia de la brigada ni del convoy de escolta, el hombre rugió sacándome del refugio a la intemperie:

—¡Me has engañado, perro!

Por la noche había leído la solicitud. El documento no le había gustado. Sus compañeros, los capataces, también lo habían leído y tampoco les había gustado. El tono era demasiado seco. Pocas lágrimas. Era completamente inútil dar curso a la solicitud. Una bobada como aquella no ablandaría a Kalinin.

Yo no podía, me resultaba imposible exprimir ni una palabra superflua de mi cerebro desecado por el campo. No podía acallar el odio. No cumplí con mi tarea, y no porque el abismo que separaba Kolimá del mundo libre fuera demasiado profundo, ni tampoco porque mi cerebro se hallara agotado, extenuado, sino porque en el lugar donde se guardaban los adjetivos de la emoción no había nada, nada salvo odio.

Imagínense por un momento al pobre Dostoievski; el escritor se pasó los diez años enteros de su servicio de soldado después de la Casa Muerta

escribiendo cartas llenas de dolor y lágrimas, llenas de humillación, cartas que lograron enternecer el corazón de sus superiores. Dostoievski incluso escribió versos a la emperatriz. Pero la Casa Muerta no era Kolimá. En Kolimá Dostoievski se habría quedado mudo, a Dostoievski le habría invadido la misma mudez que me impidió escribir a mí la solicitud de Zúyev.

—¡Me has engañado, perro! —rugía Zúyev—. ¡Ya te enseñaré yo a no mentirme!

—No le he engañado…

—Un día entero metido en la caseta, caliente. ¡Se me puede caer el pelo por tu escaqueo, maldito gusano! ¡Pensaba que eras un hombre!

—Soy un hombre —logré susurrar moviendo inseguro mis labios azules, congelados.

—¡Ahora te voy a enseñar lo hombre que eres!

Zúyev lanzó hacia delante el brazo y noté un contacto ligero, casi ingrávido, no más fuerte que una ráfaga de viento, un viento que ya me había tumbado en aquella misma mina en más de una ocasión.

Caí al suelo y, cubriéndome con las manos, lamí algo dulce y pegajoso que brotó de la comisura de mis labios.

Zúyev me clavó varias veces su bota en el costado, pero yo no sentí ningún dolor.

1966

La redada

Un Willys con cuatro uniformados viró bruscamente abandonando la carretera y avanzó a todo gas, dando tumbos, por el terreno cubierto de terrones, por el resbaladizo y traidor camino del hospital cubierto de piedra caliza. El Willys se abría paso hacia el hospital, y el corazón de Krist se llenó de una sorda alarma, de la inquietud que suele acompañar al encuentro con la autoridad, con un convoy, con el destino.

El Willys dio un brinco y se quedó clavado en el barro.

Desde la carretera hasta el hospital habría unos quinientos metros. El médico jefe construyó aquel trozo del camino por el procedimiento económico, mediante el método estatal del trabajo voluntario, que en Kolimá llaman «trabajo de choque». Era justamente el mismo método con el que se realizaban todas las obras de los planes quinquenales. A los convalecientes los echaban a trabajar en este camino, a acarrear una piedra, o dos, a llevar angarillas de grava. Los sanitarios reclusos —porque a los civiles les estaba prohibido trabajar en aquel hospital penitenciario— iban sin rechistar a estos trabajos voluntarios, de choque, pues en caso contrario les esperaban la mina, los yacimientos de oro. A estos trabajos voluntarios nunca se mandaba a los que trabajaban en la sección quirúrgica: los dedos rasgados, heridos, ponían fuera de combate por largo tiempo a los presos de la sección. Pero para convencer de ello a las autoridades del campo hacía falta una orden de Moscú. Este privilegio, el de no participar en los trabajos voluntarios, lo envidiaban los otros presos, lo envidiaban dolorosa, locamente. ¿Qué tiene de envidiable, se diría uno? ¿Qué tiene de grave dar el callo dos o tres horas como voluntario, al igual que el resto? Pero resulta que a unos compañeros los eximen de este trabajo, y a ti, en cambio, no. Y

esta circunstancia resulta inconmensurablemente humillante y se te graba en el alma para el resto de tu vida.

Los pacientes, los médicos, los sanitarios, cada uno agarraba una piedra, a veces dos, y se acercaba al borde de la ciénaga y la tiraba al pantano.

De este modo construía caminos, llenaba mares Gengis Khan; solo que Gengis Khan tenía más hombres que el médico jefe de aquel hospital central de distrito para presos, tal como pomposamente se llamaba el centro.

Gengis Khan tenía más gente, y además lo que llenaba eran mares y no un insondable terreno de hielos perpetuos que no se fundían más que durante el corto verano de Kolimá.

El camino en verano era mucho peor que en invierno, no había nada que pudiera reemplazar la nieve y el hielo. Cuanto más se fundía la ciénaga, más insondable se tornaba, más piedras se necesitaban, de modo que la hilera de enfermos no había podido durante tres veranos empedrar como es debido el camino. Solo al llegar el otoño, cuando la tierra empezaba a endurecerse por el frío y la descongelación de los hielos perpetuos se detenía, se podía alcanzar algún éxito en esta obra propia de Gengis Khan. Lo inútil de este empeño estaba claro desde hacía tiempo tanto para el médico jefe como para los enfermos dedicados a este trabajo, pero igualmente hacía mucho que todos se habían acostumbrado a lo absurdo de su trabajo.

Cada verano los convalecientes, los médicos, los practicantes y los sanitarios llevaban piedras a este maldito camino. El pantano chapoteaba, se abría y se tragaba, se zampaba sin dejar rastro todas las piedras. El camino cubierto de blancas rocas calizas no era un empedrado seguro.

Se trataba de una *charusd*, una ciénaga, un pantano intransitable, y el caminito cubierto de frágil y blanca caliza solo mostraba el trayecto, señalaba la dirección. Estos quinientos metros los podía recorrer el preso, el jefe o el guardián saltando de piedra en piedra, de losa en losa, dando saltos de una a otra. El hospital se levantaba al pie de una colina, diez barracones de una planta que el viento batía por los cuatro costados. No rodeaba el hospital la acostumbrada valla de alambre de espino. Para recoger a los presos que se daban de alta mandaban un convoy procedente de la administración, que se encontraba a seis kilómetros.

El Willys aceleró, dio un brinco y se quedó definitivamente clavado en el barro. Los soldados bajaron de un salto del coche, y entonces Krist vio algo insólito. Sobre los viejos capotes de los militares se veían unos galones plateados… Era la primera vez que Krist veía unos galones de verdad. Solo los había visto durante las filmaciones de películas, además de en el cine, en la pantalla y en revistas del tipo de *El sol de Rusia*. Y también, después de la revolución, entre las brumas de la ciudad provinciana en la que había nacido Krist, este había visto como arrancaban los galones de cierto oficial atrapado en la calle, un hombre que se erguía en posición de firmes ante… ¿Ante quién se encontraba el oficial? Krist no lo recordaba. Después de la primera infancia vino la adolescencia, la juventud, una juventud en la que cada año —por su sinfín de acontecimientos y por su intensidad, por su importancia vital— era de tal calibre que en cada uno de ellos habrían cabido decenas de vidas. Krist pensaba que en el camino de su vida no había habido ni oficiales ni soldados. Pero en aquel momento un oficial y unos soldados estaban sacando el Willys del pantano. No se veían operadores de cine por ninguna parte, como tampoco se veía a ningún director llegado a Kolimá para filmar alguna obra de teatro actual. Los dramas que se estrenaban aquí contaban con la invariable participación del propio Krist; el resto de las obras a Krist le importaban un nabo. Era evidente que el Willys plantado en el barro, los soldados y el oficial representaban un espectáculo, una escena con la participación de Krist. El que llevaba los galones era un jefe de batallón. No, ahora se les llamaba de otro modo; tenientes.

El Willys, tras superar el tramo más inseguro, se acercó al hospital, al horno de pan, de donde el guarda cojo, que bendecía la suerte de ser inválido, de tener una sola pierna, salió deprisa para recibir con un saludo militar al oficial que se disponía a abandonar la cabina del Willys. Sobre los hombros del oficial brillaban unas hermosas estrellas plateadas, dos estrellas nuevecitas. El oficial salió del Willys, el guarda cojo hizo un movimiento rápido, dio varios pasos de cojo, saltó Dios sabe hacia dónde, a un lado. Pero el oficial lo agarró firmemente y sin displicencia por el chaquetón.

—No hace falta.

—Ciudadano jefe, permítame…

—Que no hace falta, te he dicho. Ve al horno. Ya nos arreglaremos nosotros.

El teniente alzó los brazos señalando a derecha e izquierda y los tres soldados echaron a correr rodeando el poblado, que de pronto quedó desierto y en silencio. El conductor salió del coche. Y el teniente, con el cuarto soldado, echó a correr hacia el porche de la sección de cirugía.

Desde la colina, haciendo repicar los tacos de sus botas militares, bajaba una mujer, la médica jefe, a quien el guarda no había tenido tiempo de poner sobre aviso.

El jefe de aquel centro penitenciario era un excombatiente de veinte años, exento de ir al frente por padecer una hernia estrangulada, o al menos eso era lo que decían, aunque lo más probable es que no estuviera allí por una hernia, sino que fuera un enchufado: una mano de las alturas había trasladado al teniente, con su nueva graduación, a Kolimá, lejos de los tanques de Guderian.

Las minas demandaban hombres, más hombres. La extracción de oro —una actividad rapaz, agotadora, antes prohibida— era incentivada ahora por el Estado. Al teniente Soloviov lo habían mandado allí para que demostrara su arte, sus conocimientos, su saber, y su autoridad.

Los jefes de las administraciones de los campos no se dedican personalmente a mandar las expediciones, no se entrometen en las historias clínicas, no examinan los dientes de la gente, de los caballos, no palpan los músculos de los esclavos.

En los campos, todo esto lo hacen los médicos.

En verano el contingente de reclusos censados, la mano de obra de las minas, se esfumaba día a día; en Kolimá cada noche que pasaba eran cada vez menos y menos los que salían a trabajar. La gente de las minas de oro iba a parar o «bajo el monte» o al hospital.

La administración ya hacía tiempo que había exprimido todo lo exprimible, que había reducido todo lo reducible, salvo, claro está, a los asistentes personales y responsables de día, como los llaman en Kolimá, salvo a los asistentes de los altos mandos, salvo a los cocineros y los

sirvientes personales que había tomado de entre los presos. En todas partes lo habían limpiado todo.

Solo una unidad controlada por el joven jefe no pagaba el merecido tributo: ¡el hospital! Allí era donde se ocultaban las reservas. Los criminales de los médicos ocultan a los simuladores.

Nosotros, esas reservas, sabíamos a qué había venido el jefe al hospital, con qué fin había llegado con su Willys a las puertas del hospital. Aunque el hospital, por cierto, no tenía ni puertas ni vallas. El hospital de distrito se encontraba en medio de aquella ciénaga boscosa, al pie de la colina; dabas dos pasos y te encontrabas entre bayas, tejones y ardillas. El hospital se llamaba Bélicha, «de las ardillas», aunque desde hacía mucho no había en él ardilla alguna. En aquel valle montañoso, bajo un esponjoso musgo de un rojo encendido, corría un riachuelo frío, helado. El hospital se alzaba allí donde el arroyo desembocaba en el río. Ni el arroyo ni el río tenían nombre.

El teniente Soloviov ya conocía la topografía del lugar cuando planeó su operación. En aquel pantano en medio de la taiga, para cercar aquel hospital no bastaría ni con un regimiento. La decisión fue otra. Los conocimientos militares del teniente no dejaban de atormentarlo en busca de una solución a su juego mortal que no conllevara para él ningún riesgo de derrota, en busca de una salida a aquel combate con el mundo de los presos, con unos seres privados de todo derecho.

Aquel juego de caza hacía que a Soloviov le hirviera la sangre; era una caza al hombre, una caza de esclavos. El teniente no buscaba comparaciones literarias: era un juego militar, una operación que él había planeado hacía tiempo, era su día D.

Los soldados del convoy sacaban del hospital a la gente, las piezas cazadas por Soloviov. A todos los que estaban vestidos, a todos los que el jefe atrapó de pie y no en la cama, así como a todos los que estaban en la cama pero cuyo color de piel moreno había suscitado las sospechas de Soloviov, los conducían al almacén, donde estaba aparcado el Willys. El conductor sacó la pistola.

—¿Tú quién eres?

—Soy médico.

—¡Ve al almacén! Allí lo aclararemos.

—¿Y tú?

—Practicante.

—¡Al almacén!

—¿Y tú quién eres?

—El sanitario de noche.

—Al almacén.

El teniente Soloviov llevaba a cabo personalmente la operación destinada a completar con nueva mano de obra las minas de oro.

El jefe revisó en persona todos los armarios, todos los desvanes, todos los subterráneos donde, en su opinión, podían esconderse los que se escaqueaban del metal, del «primer metal».

El guarda cojo también fue a parar al almacén; allí lo aclararemos.

Fueron a parar al almacén cuatro mujeres, las enfermeras; allí lo aclararemos.

Ochenta y tres personas se apretujaban junto al almacén.

El teniente pronunció un breve discurso:

—Ya os enseñaré yo cómo reunir una expedición. Destruiremos vuestro antro. ¡Los papeles!

El conductor sacó del portamapas de su jefe varias hojas de papel.

—¡Los médicos, un paso al frente!

Salieron tres médicos. No había más en el hospital.

También avanzaron dos practicantes; los otros cuatro se quedaron donde estaban. Soloviov tenía en sus manos el listado del personal del hospital.

—Las mujeres, que salgan. ¡El resto, a esperar!

Soloviov llamó por teléfono desde la oficina del hospital. Ya el día anterior los camiones que había encargado el teniente habían salido hacia el hospital.

Soloviov tomó lápiz y papel.

—Ven a identificarte. Sin el artículo ni la condena. Solo el apellido; allí lo aclararemos. ¡A ver!

Y el jefe confeccionó con sus propias manos la lista de la expedición, una expedición a las minas de oro, a la muerte.

—¿Tu apellido?

—Estoy enfermo.

—¿Qué tienes?

—Poliartritis —señaló la médica jefe.

—No me suena. Está hecho un toro. A la mina.

La médica jefe no discutió.

Krist se encontraba entre el grupo, y un sentimiento conocido de furia le retumbaba en las sienes. Sabía ya lo que había que hacer.

Krist no se movía y pensaba con calma. «Qué poco confían en ti, jefe, si tienes que ir en persona a inspeccionar los desvanes del hospital, a mirar con esos tus hermosos ojos debajo de cada camastro del hospital. Con dar la orden te habría bastado, te habrían traído a todo el mundo sin necesidad de este espectáculo. Pero dado que eres el jefe, el amo del servicio del campo en las minas, ya que te dedicas a escribir las listas de tu propio puño y letra, a cazar en persona…, en este caso te voy a enseñar cómo hay que correr. Que nos den aunque sea un minuto para recoger nuestras cosas…»

—¡Cinco minutos para recoger vuestras cosas! ¡Rápido!

Estas eran las palabras que Krist esperaba. Y, tras entrar en el barracón donde vivía, Krist no recogió sus cosas, tomó solo el chaquetón, la gorra de orejeras, un pedazo de pan, cerillas, *majorka*, un trozo de periódico. Echó en el bolsillo todos sus bártulos, se guardó en el chaquetón una lata de conservas vacía y salió, pero no para dirigirse al almacén, sino hacia la parte de atrás del barracón, en dirección a la taiga, evitando sin problemas al centinela, al soldado para quien la operación, la caza, ya había terminado.

Krist anduvo una hora entera por el arroyo, río arriba, hasta encontrar un lugar seguro, y entonces se acostó sobre el musgo seco y se dispuso a esperar.

¿Qué lo había llevado a tomar esta decisión? Pues lo siguiente. Si se trataba de una simple redada —es decir, a aquel que atrapaban lo metían en el camión y se lo llevaban a la mina—, entonces por una sola persona no harían esperar al camión hasta la noche. Pero si era una cacería de verdad, ya mandarían a alguien a por Krist al anochecer; no le dejarían regresar al hospital y harían todo lo posible por atraparlo, por sacarlo de debajo de las piedras si hacía falta y mandarlo a la mina.

Por una ausencia como aquella no le echarían otra condena. Si no lo alcanzaba ninguna bala durante su escapada —y la verdad es que hasta el

momento no le habían disparado—, Krist regresaría a su trabajo de sanitario en el hospital. Y si a quien habían de mandar a la mina era justamente a Krist, entonces ya se encargaría de ello la médica jefe, sin la intervención del teniente Soloviov.

Krist llenó de agua la lata, sació su sed, se fumó un pitillo tapándolo con la manga, se quedó un rato tumbado y cuando el sol empezó a ponerse se dirigió desfiladero abajo hacia el hospital.

En la pasarela se encontró con la médica jefe. Esta sonrió y Krist comprendió que seguiría con vida.

El hospital, muerto, vacío, recobraba la vida. Nuevos pacientes se enfundaban las viejas batas y recibían el cargo de sanitarios, empezando así, quién sabe, su camino hacia la salvación. Los médicos y los practicantes repartían las medicinas, medían la fiebre y el pulso de los enfermos graves.

1965

Ojos valientes

El mundo de los barracones estaba aprisionado por el estrecho desfiladero de la montaña. Limitado por el cielo y las rocas. Aquí el pasado surgía tras el muro, la puerta o la ventana; dentro nadie recordaba nada. Dentro era el mundo del presente, el mundo de las pequeñeces cotidianas, un mundo que sin embargo ni siquiera se podía llamar cotidiano, pues este mundo dependía de otra voluntad, de una voluntad ajena, no de la nuestra.

Salí por primera vez de este mundo por un sendero trazado por los osos.

Estábamos en una base de exploración y cada verano, cada breve verano, conseguíamos hacer pequeñas incursiones en la taiga: marchas de unos cinco días siguiendo el curso de los arroyos, las fuentes de riachuelos sin nombre.

A los que se quedaban en la base, les tocaba hacer zanjas, trampas, hoyos, y a aquellos que se iban de expedición, recoger muestras. Los que se quedaban en la base eran más fuertes, y los que se iban de expedición, más débiles. Como Kalmáyev, aquel eterno discutidor, buscador de la justicia y remolón.

En las expediciones se construían barracones; reunir en aquellos parajes de bosque escaso los serrados troncos de alerce de ocho metros de largo era un trabajo para los caballos. Pero no había caballos, así que los troncos los arrastraban los hombres, con cuerdas, con maromas, como los bateleros, un, dos y arriba. Este trabajo no le gustó a Kalmáyev.

—Veo que os hace falta un tractor —le decía al capataz Bistrov en el cambio de turno—. Y un tractor es lo que tenéis que encerrar en este campo y trabajar con él para arrastrar estos troncos. Yo no soy un caballo.

Su pareja era Pikuliov, un siberiano de cincuenta años, carpintero. No había entre nosotros persona más callada que Pikuliov. Pero el capataz

Bistrov, con su ojo experimentado, curtido en el campo, captó en Pikuliov una particularidad.

—Menudo carpintero estás hecho —decía Bistrov a Pikuliov—, con ese trasero que no para de buscar donde posarse. En cuanto acabas un trabajo, no te quedas de pie ni un momento, no das un paso que ya te sientas en un tronco.

Al viejo aquello le resultaba duro, pero Bistrov era convincente en sus palabras.

El tercero era yo, un viejo enemigo de Bistrov. Ya en invierno, el invierno anterior, cuando me sacaron por primera vez a trabajar y me acerqué al capataz, Bistrov me dijo, repitiendo satisfecho su frase ingeniosa preferida, una broma en la que ponía toda su alma, todo su profundísimo desprecio, su animadversión y odio hacia las personas como yo:

—¿Qué trabajo se le ofrece al señor, blanco o negro?

—Me da igual.

—Blanco no lo tenemos. De modo que a cavar zanjas.

Y aunque yo conocía este dicho a la perfección, y sabía hacer de todo, cualquier tipo de trabajo, al menos no peor que el resto, e incluso podía enseñar a hacerlo a los demás, el capataz Bistrov me trataba con hostilidad. Yo, por supuesto, no pedía nada, no le hacía la pelota ni sobornaba o prometía nada, y eso que bien podría haberle ofrecido alcohol a Bistrov, pues a veces nos daban. Pero, en definitiva, cuando hizo falta un tercer hombre para una expedición, Bistrov pronunció mi apellido.

El cuarto era un contratado, el geólogo Majmútov, un empleado libre.

El geólogo era joven. Lo sabía todo. Durante el camino se pasaba el rato chupando ora azúcar, ora chocolate, comía aparte y sacaba galletas y conservas de su saco. Nos había prometido cazar una perdiz u otra ave silvestre, y ciertamente dos veces durante la marcha se oyó el aleteo no de una perdiz sino de las pintadas alas de un urogallo, pero el geólogo disparaba nervioso y erraba el tiro. No sabía disparar al vuelo. La esperanza de que cazara algún ave se esfumó. Las latas de conserva las cocinábamos para el geólogo en una cazuela aparte, pero esto no se consideraba una transgresión de la norma. En los barracones de los presos nadie reclamaba que se compartiera la comida, y menos aún aquí, donde se daba la particular

convivencia de dos mundos diferentes. De todos modos, por la noche, a los tres, tanto a Pikuliov como a Kalmáyev y a mí, nos despertaban el crujido de los huesos, los chasquidos y los regüeldos de Majmútov. Pero esto no nos irritaba mucho.

La esperanza de hacernos con alguna pieza se esfumó ya el primer día. Estábamos montando la tienda cuando oscurecía en la orilla de un arroyo, una corriente que como un hilo de plata corría a nuestros pies; cubría el otro lado del arroyo una espesa hierba, unos trescientos metros de frondosa hierba que se extendía hasta la rocosa orilla derecha… La hierba crecía en el fondo del arroyo; aquí en primavera el agua lo inundaba todo, y el prado, parecido a una hondonada montañosa, mostraba todo su espléndido verdor.

De pronto todos nos pusimos alerta. Aún no había oscurecido del todo. Por la hierba, agitándola, se movía un animal: un oso, un zorro, un lince… En aquel mar de hierba todos veían el movimiento del animal: Pikuliov y Kalmáyev agarraron las hachas, y Majmútov, sintiéndose un héroe de Jack London, se quitó del hombro la escopeta de pequeño calibre, cargada con un cartucho lleno de plomo para cazar osos, y se la colocó en posición de disparar.

Pero los arbustos dejaron de agitarse y se nos acercó, arrastrándose sobre la panza y moviendo la cola, el cachorro *Henrich*, el hijo de nuestra perra *Tamara*, a la que habían dado muerte.

El cachorro había recorrido veinte kilómetros por la taiga hasta alcanzarnos. Después de hablarlo, decidimos mandarlo de vuelta. El animal tardó mucho en captar por qué lo recibíamos tan cruelmente. Pero al fin lo comprendió y se arrastró de nuevo por la hierba; la vegetación se puso de nuevo en movimiento, pero en esta ocasión en el sentido opuesto.

Llegó la noche. Y el día siguiente amaneció con sol y con un viento fresco. Ascendíamos por las bifurcaciones de incontables e infinitos riachuelos, buscábamos derrumbes por las pendientes, para acercarnos a la roca desnuda que estudiaba Majmútov y para que el geólogo pudiera descifrar la calidad del carbón. Pero la tierra callaba, y seguimos subiendo por la senda de los osos, no había otro camino que atravesara aquel bosque destrozado, entre aquel caos de troncos que los vientos habían amontonado durante varios siglos en el desfiladero. Kalmáyev y Pikuliov llevaron la

tienda a rastras río arriba, y el geólogo y yo nos adentramos en el bosque, encontramos la senda de los osos y, abriéndonos paso a través de los troncos caídos, seguimos la senda hacia lo alto.

Los alerces se cubrían de verdor, el aroma de la pinaza nos llegaba a través del fino olor a podrido de los troncos caídos; hasta el moho parecía primaveral, verde, se diría que vivo, y los troncos muertos emanaban un olor a vida. El moho verde que cubría los troncos parecía vivo, parecía un símbolo, el signo de la primavera. Cuando en realidad es el color de lo marchito, el color de la descomposición. Pero Kolimá nos planteaba preguntas aún más complicadas, y el parecido entre la vida y la muerte no nos turbaba el ánimo.

La senda era segura, antigua, un sendero de osos a toda prueba. Aquel día la seguían, por primera vez desde la creación del mundo, unos hombres. Un geólogo con su escopeta, con el martillo de geólogo en la mano, y detrás yo con el hacha.

Era primavera, las flores florecían todas a la vez, los pájaros entonaban sus trinos al unísono y los animales se apresuraban a alcanzar a los árboles en su febril deseo de multiplicarse.

El sendero se veía interceptado por un oblicuo tronco muerto de alerce, un enorme tocón, un árbol cuya cima había sido abatida por una tormenta, destruida… ¿Cuándo? ¿Hacía un año, doscientos? Yo no sé interpretar las señales de los siglos, ni siquiera sé si existen. No sé cuántos años se mantienen en pie en Kolimá los árboles caídos, ni qué huellas deposita el tiempo sobre los tocones año tras año. Los árboles vivos cuentan los años en anillos, a un anillo por año. Cómo se reflejan los cambios en los tocones, en los árboles muertos, es algo que ignoro. Cuánto tiempo se puede usar un alerce muerto, una roca derruida, un bosque abatido por una tempestad, usar a modo de madriguera, de guarida, eso es algo que saben los animales. Yo lo ignoro. Qué obliga a un oso a buscar una nueva guarida. Qué impulsa a un animal a recogerse dos, tres veces en la misma madriguera.

La tormenta había inclinado el alerce partido, pero no había podido arrancarlo, la tormenta no había tenido la fuerza suficiente. El tronco quebrado colgaba sobre el sendero, y la senda de los osos se torcía y,

vadeando el caído tronco muerto, se enderezaba de nuevo. Resultaba fácil calcular la altura del cuadrúpedo.

Majmútov golpeó el tronco con su martillo de geólogo y el árbol le contestó con un sonido sordo, el sonido de un árbol hueco, el sonido del vacío. El vacío era un hueco, una corteza era la vida. Del hueco cayó directamente al suelo una comadreja, un animalillo diminuto. Pero el animal no se esfumó entre la hierba, en la taiga, en el bosque. La comadreja alzó hacia los hombres su mirada, unos ojos llenos de desesperación y de coraje. El animal estaba a punto de parir, los espasmos del parto se estaban produciendo allí mismo, ante nosotros. Y antes de que yo tuviera tiempo de hacer nada, de gritar, de comprender, de detenerlo, el geólogo le disparó a la comadreja a bocajarro con su escopeta cargada con un cartucho lleno de plomo para cazar osos. Majmútov no solo disparaba mal al vuelo…

La comadreja herida se arrastró por el sendero directamente hacia Majmútov, y Majmútov retrocedió, retirándose ante su mirada. Una pata trasera del animal había sido arrancada, y la comadreja arrastraba tras de sí el amasijo de sus crías, que aún no había dado a luz pero que estaban a punto de nacer, unas crías que habrían nacido una hora más tarde, cuando Majmútov y yo hubiéramos estado lejos del alerce caído que habrían nacido y entrado a formar parte del mundo duro y serio de los animales del bosque.

Yo veía como la comadreja se arrastraba hacia Majmútov, veía su valor, su ira, su venganza, la desesperación en sus ojos. Veía que no había en ellos ni un ápice de miedo.

—¡Me va a agujerear las botas, la maldita! —exclamó el geólogo retrocediendo y poniendo a salvo sus botas nuevas de goma. Y tras agarrar la escopeta por el cañón, colocó la culata delante del morro del agonizante animal.

Pero los ojos de la comadreja se apagaron y el odio desapareció de su mirada.

Se nos acercó Pikuliov, se inclinó sobre el animal muerto y dijo:

—Tenía unos ojos valientes.

¿Había comprendido algo? ¿O no? No lo sé. Siguiendo el sendero de los osos salimos a la orilla del río, al lugar de encuentro. Al día siguiente iniciaríamos el camino de regreso, pero no por esta, sino por otra senda.

1966

Marcel Proust

El libro había desaparecido. El enorme y pesado infolio que se encontraba sobre el banco desapareció ante los ojos de varias decenas de enfermos. Quien hubiera visto el robo no hablaría. En el mundo no hay delito sin testigos, ya sean testigos vivos o inanimados. Pero ¿y si lo hay? El robo de una novela de Marcel Proust no era un misterio que diera miedo olvidar. Además, la gente calla incluso ante una amenaza que se lanza sobre la marcha y sin destino concreto, pero que, no obstante, funciona de modo indefectible. Quien lo haya visto callará por un «tengo miedo». Y lo beneficioso de este silencio no solo se ve confirmado por todo lo que acontece en la vida del campo, sino también por toda la experiencia de la vida civil. El libro lo había podido robar cualquier «civil» por orden de un ladrón, para así demostrar su valentía, su deseo de pertenecer al mundo del hampa, al mundo de los amos de la vida carcelaria. Pudo robarlo un preso corriente porque sí, porque el libro no estaba a buen recaudo. Y el libro, en efecto, no estaba a buen recaudo: se hallaba en el borde mismo del banco, en el enorme patio hospitalario de un edificio de ladrillo de dos pisos. En el banco estábamos sentados yo y Nina Bogatiriova. Yo había dejado a mis espaldas los oteros de Kolimá, diez años de desdichas por aquellos espacios montañosos, y Nina había dejado atrás el frente. Nuestra conversación, triste y llena de inquietud, hacía mucho rato que había terminado.

En los días de sol, a los pacientes les permitían salir a pasear —las mujeres aparte—, y Nina, como enfermera, vigilaba a los enfermos.

Acompañé a Nina hasta la esquina, regresé, el banco seguía vacío: los enfermos tenían miedo de sentarse en aquel banco, dando por hecho que era el banco de los practicantes, de las enfermeras, de la vigilancia, de la escolta.

El libro había desaparecido. ¿Quién iba a leer aquella prosa extraña, casi etérea, se diría que dispuesta a volar al cosmos, un texto donde se hallan alteradas, desplazadas todas las escalas, donde no había nada ni grande ni pequeño? Ante el recuerdo, como ante la muerte, todos son iguales, y es privilegio del autor recordar el vestido de la sirvienta y olvidarse de las joyas que luce la señora. Los horizontes del arte de la palabra se abren en esta novela de manera inusitada. Yo, un habitante de Kolimá, un *ze-ka*[13], me vi transportado a un mundo perdido hacía mucho, a otros hábitos, a unos usos olvidados, inútiles. Tenía tiempo de leer. Era el practicante de las guardias nocturnas. Me vi abrumado por *El mundo de Guermantes.* Con *Guermantes*, el cuarto tomo, empezó mi contacto con Proust. El libro se lo habían mandado a Kalítinski, un practicante conocido mío que ya se paseaba por el pabellón enfundado en unos pantalones de raso para jugar al golf y con una pipa entre los dientes, seguido por el increíble aroma de Capstan. Tanto el tabaco Capstan como los pantalones de golf venían en el paquete junto con el *Guermantes* de Proust. ¡Oh, esposas, esposas, ingenuas amigas! En lugar de *majorka*, Capstan; en lugar de pantalones de tela resistente, unos de golf y de raso, y en lugar de una bufanda de lana de camello bien ancha y de dos metros de largo, algo etéreo y sutil más parecido a un lazo, a una pajarita, una suntuosa bufanda de seda que colgaba del cuello como una cinta del grosor de un lápiz.

Unos pantalones idénticos y una bufanda de seda como aquella se los mandaron en el treinta y siete a Fritz David, un comunista holandés, o puede que tuviera otro apellido, mi vecino en el RUR —en la Compañía de Régimen Intensivo—. Fritz David no podía trabajar, estaba demasiado extenuado, y los pantalones de terciopelo con aquella fastuosa corbata de seda en forma de lazo no se podían cambiar en la mina ni siquiera por pan. Y Fritz David murió; cayó al suelo del barracón y se murió. Por cierto, estábamos tan apretujados —todos dormíamos de pie— que el difunto tardó en llegar al suelo. Mi vecino Fritz David primero se murió y luego cayó al suelo.

Pero esto ocurría diez años antes… ¿Qué tiene que ver todo esto con *En busca del tiempo perdido*? Kalítinski y yo, ambos, rememorábamos nuestro mundo, nuestro tiempo perdido. En mi tiempo no había pantalones de golf,

pero Proust sí estaba, y *yo* me sentía feliz de poder leer *Guermantes.* No iba a dormir a la residencia. Proust era más valioso que el sueño. Además, Kalítinski me metía prisa.

El libro había desaparecido. Kalítinski estaba loco de rabia, fuera de sí. No nos conocíamos mucho, el hombre estaba convencido de que era yo mismo quien lo había robado, para venderlo más caro. El robo «al vuelo», sobre la marcha, era muy común en Kolimá, un hábito surgido del hambre. Las bufandas, los peales, las toallas, los pedazos de pan, la *majorka* —el «descuideo», el tirón— desaparecían sin dejar huella. En Kolimá sabían robar, en opinión de Kalítinski, todos. Yo pensaba lo mismo. El libro lo habían robado. Hasta el anochecer aún se podía esperar que algún voluntario, algún chivato heroico se acercara y te «soplara» dónde estaba el libro, quién era el ladrón. Pero pasó la tarde, decenas de tardes, y del *Guermantes* no quedó ni rastro.

¡Si al menos se lo hubieran vendido a un amante de la lectura! Pero ¡¿un admirador de Proust entre los jefes de los campos?! En nuestro mundo, podías encontrarte como mucho a un lector de Jack London, pero ¡¿de Proust?! No; con él harían cartas: el *Guermantes* era un infolio pesado. Su peso era una de las razones por las que, en lugar de tener el libro sobre mis rodillas, lo dejé en el banco. Era un tomo grueso. Harían cartas, cartas, seguro… Lo cortarían, y adiós libro.

Nina Bogatiriova era una belleza, una belleza rusa. Había llegado hacía poco del continente, y la mandaron a nuestro hospital. Traición a la patria. 58, punto 1/a o 1/b.

—¿De territorio ocupado?

—No, nuestras tierras no las ocuparon. Era en la zona del frente. Me echaron veinticinco y cinco[14]; no había alemanes. Fue cosa de un mayor. Me arrestaron, el mayor quería que viviera con él. No quise. Y me condenaron. A Kolimá. Y aquí me tienes, en este banco. Todo es verdad. Y todo es mentira. No quise vivir con él. Si ha de ser así, mejor con el que yo quiera. Contigo, por ejemplo…

—Estoy ocupado, Nina.

—Ya lo he oído.

—Mal lo vas a pasar, Nina. Por tu belleza.

—Por mi belleza, maldita sea.

—¿Qué te han prometido los de arriba?

—Dejarme aquí de sanitaria. Estudiaré para enfermera.

—Aquí las mujeres no se quedan, Nina. Por ahora.

—Pues a mí me han prometido dejarme. Tengo aquí un hombre. El me ayudará.

—¿Quién es?

—Es un secreto.

—Ándate con cuidado; este hospital es oficial, del Estado. Aquí nadie tiene poder para eso. De entre los presos, claro. Da igual que sea médico o practicante. No es una clínica de la mina.

—Da igual. Me siento feliz. Haré pantallas. Y luego iré a los cursos, como tú.

Nina se quedó en el hospital a hacer pantallas de papel para las lámparas. Y cuando se acabaron las pantallas, la mandaron de nuevo a los campos.

—¿No es tu fulana esa que se llevan?

—La mía.

Me di la vuelta. A mis espaldas se encontraba Volodia, un viejo lobo del lugar, un practicante sin formación médica. En el pasado, un funcionario de enseñanza o secretario de algún soviet local.

Volodia había rebasado con creces los cuarenta, y conocía Kolimá desde hacía tiempo. Kolimá también lo conocía a él desde hacía mucho. Sus trapicheos con los hampones, sus sobornos a los médicos. Aquí lo mandaron para los cursos, para apuntalar su cargo con algún conocimiento. Hasta tenía un apellido —Raguzin, creo—, pero todos lo llamaban Volodia. ¿Volodia, el protector de Nina? La idea era demasiado pavorosa.

A mis espaldas la voz serena de Volodia decía:

—En cuanto a las mujeres, en el continente las cosas me han ido de primera. Como aquí: en cuanto me empiezan a «soplar» que si vivo con tal o cual, las apunto en la lista y ¡arreando! A la mina. Y me busco una nueva. A hacer pantallas. Y otra vez todo en orden.

Nina se fue. En el hospital se quedó su hermana, Tonia. Esta vivía con el cortador del pan —una buena amistad—, con Zolotinski, un tipo moreno,

sano como un toro y de buena planta, de los comunes, pero no un hampón. Zolotinski llegó al hospital para el cargo de cortador de pan —un empleo que prometía y en verdad daba unas rentas millonarias— gracias a un imponente soborno, entregado, según contaban, en propia mano al director del hospital. Todo andaba a la perfección, pero el apuesto moreno resultó ser un sifilítico; se imponía renovar el tratamiento. Al cortador de pan lo retiraron de su cargo y lo mandaron a la zona venérea para hombres, un campo para los afectados de este género de enfermedades. En el hospital, Zolotinski estuvo pocos meses, pero el tiempo suficiente para contagiar a una mujer, a Tonia Bogatiriova. Y a Tonia se la llevaron a la zona venérea para mujeres.

En el hospital cundió la alarma. Todo el personal médico fue sometido a análisis, a la reacción de Wassermann. Y al practicante Volodia le pusieron cuatro cruces. El sifilítico Volodia desapareció del hospital.

Al cabo de varios meses llegó bajo escolta al hospital un grupo de mujeres enfermas, entre ellas Nina Bogatiriova. Pero a Nina la llevaban a otra parte; en el hospital solo paró a descansar. La llevaban a la zona venérea para mujeres.

Salí a ver la expedición.

Solo unos grandes ojos claros profundamente hundidos, eso era todo lo quedaba de la Nina de antes.

—Ya ves, a la zona venérea…

—Pero ¿por qué a la venérea?

—¿Tú, un practicante, y no sabes por qué mandan a alguien a la venérea? Ahí tienes las pantallas de Volodia. Tuve mellizos. Pero no vivieron mucho. Murieron.

—¿Los niños murieron? Tuviste suerte, Nina.

—Tienes razón. Ahora soy libre como un pájaro. Voy a que me curen. ¿Encontraste tu libro?

—No, no lo encontré.

—Fui yo quien te lo cogió. Volodia me pidió algo para leer.

1966

La fotografía desleída

Uno de los principales sentimientos que se experimentan en el campo es el de comprobar lo ilimitado de la humillación, el de consolarte con el hecho de que, en cualquier situación, sean las que sean las circunstancias, siempre hay alguien que está peor que tú. Esta gradación es muy variada. Este consuelo es salvador, y quizá en él se esconda el mayor secreto del hombre. Este sentimiento… Este sentimiento es salvador, como una bandera blanca, y al mismo tiempo representa la conciliación ante lo inconciliable.

Krist acababa de salvarse de la muerte, de sobrevivir hasta el día siguiente, no más, pues para el detenido el día siguiente ya representaba un enigma imposible de descifrar. Krist era un esclavo, un gusano, seguro que lo era, pues el gusano al parecer es el único ser vivo que no tiene corazón.

Krist estaba ingresado en el hospital, su seca y pelagrosa piel se escamaba, las arrugas habían dibujado en la cara de Krist su última condena. Mientras trataba de encontrar en el fondo de su alma, con las últimas células que le quedaban en su huesudo cuerpo, alguna fuerza, ya fuera física o espiritual, para alcanzar con vida el día siguiente, Krist se ponía la sucia bata de sanitario, barría los pabellones, arreglaba las camas, lavaba y les tomaba la temperatura a los enfermos.

Krist ya era un dios, y los nuevos seres hambrientos, los nuevos enfermos lo miraban como si fuera el señor de su destino, una divinidad que podía ayudarlos, que era capaz de librarlos de aquello que ni el paciente sabía muy bien qué era. El enfermo lo único que entendía es que se hallaba ante un sanitario, elegido de entre los otros enfermos, que podía interceder ante el médico para que al paciente le permitieran quedarse un día más en el hospital. Y que incluso, después de que el enfermo recibiera el alta, podía

transferirle el cargo, su escudilla de sopa, su bata de sanitario. Y si esto no ocurría, tampoco era grave, muchas eran las decepciones en esta vida.

Krist se había puesto la bata y se había convertido en un dios.

—Te lavaré la camisa. La camisa. En el baño, por la noche. Y te la secaré sobre la estufa.

—Aquí no hay agua. La traen de fuera.

—Guárdame entonces medio cubo.

Hacía tiempo que Krist quería lavarse la chaqueta. El mismo se la habría lavado, pero se caía de cansancio. La chaqueta era aún la de la mina, la cubrían manchas de sudor; se parecía más a un trapo que a una chaqueta. Y puede que al lavarla se convirtiera en nada, en polvo, en un despojo. Un bolsillo se había arrancado, aunque el segundo seguía entero, y en él Krist llevaba todo lo que por alguna razón le parecía importante y necesario.

Y no obstante, había que lavarla. Al fin y al cabo aquello era un hospital, Krist era un sanitario y la prenda estaba sucia. Krist recordó que varios años atrás lo habían cogido para transcribir unas fichas destinadas a la sección económica: eran las fichas de las vituallas decenales, según los porcentajes de trabajo realizado. Y que todos sus vecinos de barracón lo odiaron por aquellas noches en blanco que le permitían conseguir un talón de comida de más. Y que estos vendieron al momento, que lo «echaron a rodar» dirigiéndose a cierto contable civil de los comunes al que le mostraron el cuello de Krist, un cuello del cual asomaba un piojo, un piojo tan famélico como el propio Krist. Un piojo pálido, como Krist. Y como Krist fue echado al instante de la oficina y arrojado a la calle por cierta mano de hierro.

Sí, más valía lavar la chaqueta.

—Tú vete a dormir, que ya te la lavaré yo. Por un trocito de pan, y si no hay pan, pues por nada.

Krist no tenía pan. Si embargo, en lo más hondo de su alma algo le gritaba que, aunque se quedara hambriento, en cualquier caso la chaqueta debía ser lavada. Y Krist dejó de resistirse a la voluntad ajena, terrible, del hombre hambriento.

Dormía como siempre, como alguien que cae en un desmayo, no como quien conciba el sueño.

Un mes atrás, cuando Krist aún no había ingresado en el hospital e iba dando tumbos entre la enorme muchedumbre de los terminales, del comedor al ambulatorio, del ambulatorio al barracón en medio de la blanca oscuridad del campo de trabajo, se había producido una desgracia. A Krist le habían robado la petaca. Una petaca vacía, por supuesto. Hacía tiempo que en la petaca no había ni una brizna de tabaco. Pero en ella llevaba, dios sabe para qué, fotografías y cartas de su mujer, muchas cartas. Muchas fotografías. Y aunque Krist nunca leía aquellas cartas, ni miraba las fotografías —era demasiado duro—, cuidaba aquel paquete, seguramente en espera de tiempos mejores. Era difícil de explicar por qué Krist llevaba en todas sus andanzas carcelarias aquellas cartas escritas con una caligrafía infantil. En los registros no se las confiscaban. El montón de cartas se apilaban en la petaca. Y he aquí que un día le roban esa petaca. Pensarían tal vez que habría dinero, que entre las fotos se habría introducido algún finísimo billete de rublo. Pero no, allí no había ningún rublo… Krist no encontró nunca aquellas cartas. Según las conocidas reglas de los robos, que se mantienen también en el mundo libre, que cumplen tanto los hampones como aquellos que los imitan, los documentos han de arrojarse a los cubos de la basura y las fotografías mandarlas por correo o tirarlas a algún vertedero. Pero Krist sabía que estos vestigios de humanidad habían sido extirpados por completo del mundo de Kolimá. Las cartas las quemaron, cómo no, en alguna hoguera, en la estufa de algún barracón, para que este se iluminara de pronto con una viva llama; las cartas no se las devolverían, estaba claro, no se las harían llegar. Pero las fotografías, las fotos, ¿para qué?

—No las encontrarás —le dijo a Krist un vecino—. Se las han quedado los hampones.

—¿Qué falta les hacen?

—¡Qué preguntas! ¿Es una foto de mujer?

—Así es.

—Será para una «sesión».

Y Krist dejó de preguntar.

En la petaca Krist guardaba las cartas viejas. Porque la última carta y la foto más reciente, una pequeña foto nueva de pasaporte, las llevaba en el

bolsillo izquierdo, en el único bolsillo de la chaqueta.

Krist dormía, como siempre, como quien se hunde en un desmayo, no como alguien que conciba el sueño. Y lo despertó una extraña sensación: hoy debía sucederle algo bueno. No tardó mucho tiempo en recordar. ¡La chaqueta limpia! Krist dejó caer sus pesadas piernas del catre y se dirigió a la cocina. Lo recibió el enfermo del día anterior.

—La estoy secando. La seco en la estufa.

De pronto Krist notó como le corría un sudor frío.

—¿Y la carta?

—¿Qué carta?

—La del bolsillo.

—No te he desabrochado los bolsillos. ¿Cómo podría yo desabrochar tus bolsillos?

Krist alargó las manos hacia la chaqueta. La carta estaba entera, pero era una carta húmeda, mojada. La chaqueta estaba casi seca, pero la carta seguía mojada, con las letras corridas por el agua o las lágrimas. Y la fotografía se veía desleída, borrada, deformada, y solo por el aspecto general recordaba al rostro que conocía Krist.

Las letras de la carta estaban borradas, desdibujadas, pero Krist se sabía toda la carta de memoria y pudo leer cada una de las frases.

Era la última carta que Krist había recibido de su mujer. No la había llevado consigo por mucho tiempo. Las palabras de aquella misiva pronto se habían descolorido, disuelto, y Krist empezó a recordar el texto con dificultad. La fotografía y la carta se borraron definitivamente, se esfumaron. Desaparecieron en Magadán, después de cierta desinfección especialmente esmerada, durante los cursos de practicante, que acabarían convirtiendo a Krist en toda una divinidad, en un dios verdadero, no inventado, en Kolimá.

Para hacer aquellos cursos ningún precio era lo suficientemente alto, ni ninguna pérdida se le antojó desmesurada.

Así castigó a Krist el destino. Pasados muchos años, tras una madura reflexión, Krist reconoció que el destino había tenido razón: entonces aún no tenía derecho a que otras manos lavaran su ropa.

1966

El jefe de la dirección política

El coche pitaba, pitaba sin parar… Llamaba al jefe del hospital, en son de alarma… Los visitantes subían ya por los peldaños de la escalera. Llevaban encima unas batas blancas y los galones reventaban las hombreras de las batas, porque la ropa del hospital era demasiado estrecha para aquellos militares.

Dos escalones por delante de todos, avanzaba un hombre alto, de pelo canoso, cuyo apellido conocía todo el hospital, pero a quien nadie había visto en persona.

Era domingo, domingo para los libres; el jefe del hospital jugaba al billar con los médicos, ganándoles a todos; todos perdían con el jefe.

El jefe enseguida adivinó el sentido de la aullante sirena y se limpió el yeso de sus dedos sudados. Mandó un mensajero para anunciar que ahora iba.

Pero los visitantes no esperaron.

—Empecemos por la quirúrgica…

En la sección quirúrgica se alojaban unos doscientos pacientes; eran dos salas de ochenta personas, una de cirugía limpia, otra de cirugía purulenta. En la limpia estaban todas las fracturas cerradas, todos los esguinces, y las pequeñas salas de postoperatorios. Y el pabellón de pacientes agonizantes de la sección purulenta: las septicemias, las gangrenas.

—¿Dónde está el cirujano?

—Se ha marchado al pueblo. A ver a su hijo. Tiene allí a su hijo, estudia en la escuela.

—¿Y el cirujano de guardia?

—El de guardia vendrá ahora.

Pero el cirujano de guardia, Utrobin, al que todo el hospital llamaba Ugrobin[15], estaba borracho y no se presentó a la llamada de la autoridad suprema.

Era el practicante mayor, un preso, quien acompañaba por la sección quirúrgica a la suprema autoridad.

—No, tus explicaciones, tus historias clínicas no nos interesan. Ya sabemos cómo las redactáis —le dijo la alta autoridad al practicante al entrar en la sala grande y cerrar tras de sí la puerta—. Y de momento no dejéis entrar al jefe del hospital.

Uno de sus ayudantes, un capitán mayor, se situó junto a la puerta de la sala.

—Escuchen —dijo el jefe canoso después de plantarse en medio de la sala y abarcar con el movimiento de una mano las camas colocadas en dos hileras a lo largo de las paredes—. Atiendan a mis palabras. Yo soy el nuevo jefe de la dirección política del Dalstrói. Aquellos que hayan padecido fracturas o golpes, en las minas o en el barracón, a manos de sus capataces o jefes de brigada, que, en una palabra, hayan recibido alguna paliza, háganmelo saber. Hemos venido a investigar los traumatismos. El traumatismo es algo horrible. Pero nosotros vamos a acabar con esto. Todo el que haya recibido algún trauma de este tipo que se lo comunique a mi ayudante. ¡Mayor, tome nota!

El mayor abrió un bloc de notas y sacó una pluma.

—¿Y bien?

—¿Y las congelaciones, ciudadano jefe?

—Eso no. Solo los golpes.

Yo era el practicante de aquella sala. De los ochenta pacientes, setenta habían sufrido traumatismos, y todo estaba recogido en las historias clínicas. Pero ninguno respondió a aquella llamada de la autoridad. Nadie creía en aquella autoridad. Eso mismo, tú abre la boca y verás como, sin alejarte ni un paso de la cama, te arreglan las cuentas. En cambio, si te muestras sumiso y sensato, seguro que te lo agradecen con unos cuantos días más en el hospital. De modo que más valía callar.

—A mí me ha roto el brazo un militar.

—¿Un militar? ¿Desde cuándo nuestros soldados pegan a los reclusos? Seguramente no era un soldado de la escolta, sino algún jefe de brigada.

—Sí, seguramente…

—Hay que ver qué mala memoria tiene usted. Y eso que una visita como la mía aquí no ocurre todos los días. Yo represento el control supremo. No permitiremos los golpes. En definitiva, hay que terminar de una vez por todas con las groserías, con los malos tratos, con la palabra soez. En este sentido he hablado en la reunión de personal. Y les he dicho que si el jefe del Dalstrói no es respetuoso en su trato con el jefe de la administración, entonces el jefe de la administración de minas, al reprender a los jefes de mina, se permitirá el uso de la palabra soez y el insulto, y hará que el jefe de una mina trate del mismo modo a los jefes de zona. Y será un blasfemar continuo. Aunque esto aún serán blasfemias del continente. Pero en Kolimá, cuando el jefe de zona pone a caldo a los capataces y a los jefes de brigada lo que suelta son puros denuestos del hampa. ¿Y entonces qué le queda hacer al jefe de brigada o al capataz? Pues agarrar un palo y sacudir a los trabajadores. ¿Es así o no?

—Así es, camarada jefe —dijo el mayor.

—En aquella misma conferencia intervino Nikishov. Decía que nosotros éramos gente nueva, que no conocíamos Kolimá, que aquí las condiciones eran especiales, como especial era la moral. Pero yo le contesté: «Piemos venido aquí a trabajar y vamos a trabajar, pero no vamos a hacerlo como nos dice Nikishov, sino como lo dice el camarada Stalin».

—Eso mismo, camarada jefe —comentó el mayor.

Los pacientes, al oír que la cosa había llegado ya a Stalin, enmudecieron definitivamente.

Tras la puerta se agolpaban los responsables de la sección; los habían ido a buscar a sus casas. También se encontraba el jefe del hospital esperando el final del discurso de la suprema autoridad.

—No me digan que han echado a Nikishov —preguntó Baikov, el responsable de la segunda sección terapéutica, pero lo hicieron callar, así que enmudeció.

El jefe de la dirección política salió de la sala y saludó dándoles la mano a los médicos.

—Pasen a tomar algo —dijo el jefe del hospital—. La comida está servida.

—No, no —replicó el jefe de la dirección política mirando el reloj—. Hemos de irnos, tenemos que llegar por la noche a Západnoye, a Susumán. Mañana hay reunión. Aunque… No vamos a comer, sino… Deme la cartera. —Y el canoso jefe tomó la cartera que le entregó el mayor—. ¿Me podría poner glucosa?

—¿Glucosa? —repitió el jefe del hospital sin comprender.

—Como lo oye, glucosa. Si me podría poner una inyección intravenosa. Porque yo no tomo nada de alcohol desde niño… No fumo. Pero cada dos días me pongo glucosa. Veinte centímetros cúbicos de glucosa en vena. Me lo ha recomendado mi médico de Moscú. No se lo va a creer. Es el mejor tonificante. Mejor que todos esos ginsengs y testosteronas. Siempre traigo glucosa conmigo. Pero no llevo jeringa. Las inyecciones me las ponen en cualquier hospital. Así que ahora me la pondrán ustedes.

—Yo no sé —dijo el jefe del hospital—. Mejor le aguanto la goma. Ahí tiene al cirujano de guardia: él es el más indicado.

—No —dijo el cirujano jefe—. Yo tampoco sé. Son unas inyecciones, camarada jefe, que no las pone cualquier médico.

—Bueno, que sea el practicante.

—No tenemos practicantes que no sean presos.

—¿Y este?

—Es un recluso.

—Qué extraño. Bueno, da igual. ¿Lo puedes hacer?

—Sí.

—Hierve la jeringa.

Herví la jeringa, la dejé enfriar. El jefe canoso sacó de su cartera una caja con glucosa, y el jefe del hospital se roció las manos con alcohol y junto con el responsable político rompió la ampolla y llenó la jeringa de glucosa. El jefe del hospital colocó la aguja en la jeringa, me entregó la jeringa y con una goma envolvió el brazo de la alta autoridad; yo le inyecté la glucosa y apreté con un algodón el lugar del pinchazo.

—Tengo las venas de un camionero —bromeó condescendiente conmigo el jefe.

Yo guardé silencio.

—Bien, ya he descansado. Es hora de ponerse en marcha.

Y el jefe canoso se puso en pie.

—¿Y la sección terapéutica? —preguntó el jefe del hospital, temeroso de que si los visitantes regresaban para examinar a los pacientes terapéuticos, le cayese una amonestación por no recordarlo en su momento.

—Allí no tenemos nada que hacer —dijo el jefe de la dirección política—. Nuestro viaje persigue otros objetivos.

—¿Y la comida?

—Nada de comidas. La misión es lo primero.

El coche lanzó un ronquido y el automóvil del jefe de la dirección política desapareció en la helada oscuridad.

[1967]

Riabokón

En el hospital, en la cama vecina de Riabokón —un catre con un colchón relleno con ramas de *stlánik*—, estaba Peters, un letón que, como todos los letones, había luchado en todos los frentes de la guerra civil. Kolimá era el último frente de Peters. El enorme cuerpo del letón se asemejaba al de un ahogado: de una blancura azulada, abotargado, hinchado por el hambre. Un cuerpo joven con una piel cuyos pliegues parecían planchados, sin una arruga; un cuerpo en el que todo estaba claro, todo dicho, todo descubierto. Peters callaba desde hacía muchos días, temeroso de hacer un movimiento de más; las llagas olían ya, hedían. Y sus ojos blanquecinos solo observaban atentos al médico, al doctor Yampolski, cuando este entraba en el pabellón. El doctor Yampolski, el jefe de sanidad, no era médico. Tampoco era practicante. El doctor Yampolski era simplemente un soplón y un canalla que se había abierto camino a golpe de denuncias. Pero Peters no lo sabía y trataba que la esperanza asomara a sus ojos.

Riabokón conocía a Yampolski, pues, en cualquier caso, Riabokón era un antiguo hombre libre. Pero odiaba por igual a Peters y a Yampolski y callaba lleno de ira.

Riabokón no se parecía a un ahogado. Enorme, huesudo, de fibras resecas. Su colchón era demasiado corto para él, la manta apenas le llegaba a los hombros, pero todo esto le daba igual. De la cama colgaban unos pies del tamaño de los de Gulliver, y sus huesudas y amarillas plantas, parecidas a unas bolas de billar, resonaban contra el suelo de madera cuando Riabokón se movía para doblarse y asomar la cabeza por la ventana; no había modo de sacar sus huesudos hombros al exterior, al cielo, a la libertad.

El doctor Yampolski esperaba que el letón muriera de un momento a otro; distróficos como aquel no debían vivir mucho tiempo. Pero el letón se aferraba a la vida y ya sobrepasaba la media de días en cama. También Riabokón esperaba la muerte del letón. Peters dormía en el único camastro largo del hospital, y después del letón el doctor Yampolski le había prometido la cama a Riabokón. Riabokón respiraba junto a la ventana sin miedo al aire frío y embriagador de la primavera, respiraba a pleno pulmón y se imaginaba como se acostaría en la cama de Peters después de que este la diñara, pensaba que, aunque fuera por unos días, podría estirar las piernas. Lo único que hacía falta era tumbarse y estirarse para dejar descansar Dios sabe qué músculos importantes, y entonces Riabokón viviría.

La ronda médica había terminado. No había con qué curar a los enfermos: el permanganato y el yodo hacían milagros incluso en las manos de Yampolski. Así pues, no había con qué curar a los enfermos; Yampolski se mantenía en su cargo acumulando experiencia y años de servicio. No cargaba con la culpa de aquellas muertes. Aunque, ¿a quién se culpaba de las muertes?

—Hoy te daremos un baño, un baño caliente. ¿Te parece?

El odio brilló en los ojos blanquecinos de Peters, pero el hombre no dijo, no murmuró nada.

Cuatro sanitarios de entre los pacientes y el doctor Yampolski embutieron el enorme cuerpo de Peters en una bota de madera, de las de solidol[16], una bota hervida y lavada.

El doctor Yampolski fijó el tiempo en su reloj de pulsera, —un regalo de los hampones de la mina en la que el querido doctor había trabajado antes de ir a parar a aquella ratonera de piedra.

Al cabo de quince minutos el letón lanzó un ronco gemido. Los sanitarios y el médico sacaron al paciente de la bota y lo arrastraron hasta el colchón, el largo colchón. El letón pronunció con voz clara:

—¡La ropa! ¡La ropa!

—¿Qué ropa? —preguntó el doctor Yampolski—. No tenemos ropa.

—Está pidiendo un sudario —adivinó Riabokón.

Y mientras examinaba la temblorosa barbilla de Peters, los ojos que se entornaban, los hinchados dedos azules que palpaban su cuerpo, Riabokón pensó que la muerte de Peters era una suerte para él, para Riabokón, no solo por el largo colchón, sino también porque Peters y él eran viejos enemigos, pues se las habían tenido en los combates librados no lejos de Shepetovka[17].

Riabokón había luchado con Majnó[18]. Su sueño se había realizado: consiguió la cama de Peters. La cama de Riabokón la ocupé entonces yo, y ahora escribo este relato.

Riabokón tenía prisa por contar su vida; él se apresuraba a contármela y yo a recordarla. Ambos conocíamos bien tanto la muerte como la vida.

Conocíamos la ley de los memorialistas, su ley primera, constitucional: lleva la razón quien escribe el último, quien sobrevive, quien sobrenada el torrente de los testigos y pronuncia su sentencia con el aire de un hombre en posesión de la verdad absoluta.

La historia de los doce Césares de Suetonio está construida de esta sutil suerte, a modo de vulgar lisonja dirigida a los contemporáneos y acompañada de maldiciones destinadas a los muertos, maldiciones a las que ningún vivo responde.

—¿Te crees que Majnó era antisemita? Todo eso no son más que bobadas. Cosas de vuestra propaganda. Sus consejeros eran judíos. Judas Grossman-Roschin. Barón. Yo, por ejemplo, fui un simple combatiente de *tachanka*[19]. Formaba parte de los dos mil hombres que el «padre» Majnó se llevó a Rumanía. Rumanía no me acabó de gustar. Al cabo de un año crucé la frontera de vuelta. Me colgaron tres años de exilio; regresé a casa, trabajé en un koljós y en el treinta y siete me echaron el guante…

—¿Una detención profiláctica? Literalmente «cinco años en territorios lejanos» —añadió en ucraniano.

La caja torácica de Riabokón era redonda, enorme, sus costillas sobresalían como los aros de una cuba. Se diría que, de haber muerto antes Riabokón que Peters, de la caja torácica del guerrillero se podrían haber hecho las argollas para la bota, para el baño mortífero del letón según receta del doctor Yampolski.

La piel se apretaba al esqueleto de Riabokón y todo él parecía una muestra para los estudios de anatomía topográfica, una obediente y viva muestra de esqueleto, no un maniquí. No hablaba mucho, pero aún hallaba fuerzas para evitar llagarse: se daba la vuelta en la cama, se levantaba y paseaba. La piel seca se le descascarillaba en todo el cuerpo, y las manchas azuladas de las futuras llagas le afloraban en las caderas y la cintura.

—Así que llego. Eramos tres. Majnó en el porche. «¿Sabes disparar?» «¡Sí, "padre" Majnó!» «Bien, a ver, dime, si se te echan tres encima, ¿qué harías?» «Algo se me ocurriría, "padre"» «¡Bien dicho, chaval! De haberme soltado: "Los rajo a los tres", no te habría admitido en mi tropa. Hay que ser listo, más listo». Aunque dale que te pego con Majnó. Un atamán[20], y punto. Todos hemos de morir. He oído, por cierto, que ha muerto…

—Sí. En París.

—Pues que en gloria esté. Es hora de dormir.

Riabokón se cubría la cabeza con la vieja manta, dejaba al descubierto las piernas hasta las rodillas y se ponía a roncar.

—Oye una cosa…

—¿Sí?

—Cuéntame la historia de Marusia, de su banda.

Riabokón retiró la manta de su cara.

—¿Qué te voy a contar?, pues que era una banda como otra cualquiera. Anarquista era, la Marusia esa. Se cascó veinte años entre rejas. Logró escapar de la prisión Novínskaya de Moscú. Slaschov[21] la fusiló, eso fue en Crimea. «¡Viva la anarquía!», gritó, y se murió. ¿Sabes qué era la tipa? Se apellidaba Nikíforova. Un hermafrodita de verdad. ¿Lo sabías? Bueno, a dormir.

Cuando aquel guerrillero nato de Majnó cumplió sus cinco años de condena, lo pusieron en libertad, pero sin derecho a abandonar Kolimá. A aquellos hombres no se les permitía regresar al continente. Y el guerrillero de Majnó tuvo que trabajar de descargador en el mismo almacén donde se había pasado los cinco años de condena dando el callo. Se quedó de «liberto», de hombre libre, pero en el mismo almacén, en el mismo trabajo. Aquello fue para él una ofensa insoportable, una bofetada, un insulto que pocos eran capaces de soportar. Salvo los especialistas, claro. Porque ¿en

qué confía el recluso? Su mayor esperanza es que la liberación le traiga algo diferente, una vida distinta. Un viaje, un traslado, un cambio de lugar pueden también calmar los ánimos, salvar al hombre.

El sueldo era bajo. ¿Robar del almacén, como antes? No, los planes de Riabokón eran otros.

Junto con tres antiguos *ze-ka*, Riabokón se fue «a los hielos», huyó a las profundidades de la taiga. Así se organizó una partida de bandidos, toda ella formada por «civiles», ajena al mundo del hampa, pero que durante varios años había respirado el aire de ese mundo.

Fue la única fuga de libres en Kolimá, de hombres que no eran presos, como a los que escoltan y recuentan en las revistas cuatro veces al día; una fuga de ciudadanos libres. Entre ellos se encontraba el contable jefe de la mina, un exrecluso como Riabokón. Así es. En la banda no había contratados, por supuesto —los trabajadores con contrato viajan al Norte «por la pasta»—; todos eran antiguos *ze-ka*, exreclusos. A estos últimos no les corresponden los complementos, de modo que solo pueden conseguir la «pasta» a mano armada.

Durante un año los cuatro asesinos se dedicaron a asaltar aquella carretera de miles de kilómetros —la carretera central—. Se pasaron un año de parranda, asaltando coches y casas de los poblados. Se hicieron con un camión, y su garaje era un barranco entre las montañas.

Riabokón y sus amigos mataban sin problemas. A ninguno lo asustaba una nueva condena.

Un mes, un año, diez, veinte eran penas casi iguales al modo de ver de Kolimá, según la moral del Norte.

Y la cosa acabó como acaban siempre estos asuntos. Un pelea, una disputa, un mal reparto del botín. La pérdida de autoridad del atamán, que era el contable. No se sabe qué datos falsos del contable, o una metedura de pata. Luego, el juicio. Y veinticinco años de campos y cinco sin derechos. Entonces no se fusilaba por los asesinatos.

En aquella banda no había ni un criminal reincidente. Todos eran simples «civiles». También Riabokón lo era. Riabokón conservó su alegría en el matar a lo largo de toda su vida, un arte que aprendió en Guliái-Pole[22].

1966

La vida del ingeniero Kipréyev

Durante muchos años pensé que la muerte era una forma de la vida y, tranquilizado por lo frágil de este razonamiento, me dediqué a elaborar una fórmula que me permitiera defender activamente mi existencia en este triste mundo.

Pensaba que el hombre podía considerarse hombre mientras sintiera en todo momento y con todo su cuerpo que estaba en condiciones de quitarse la vida, que estaba dispuesto a intervenir personalmente en su propia existencia. Esta conciencia es la que le proporciona a uno la voluntad de vivir.

Lo he comprobado en mí mismo repetidamente, y sintiéndome con fuerzas para morir, decidía seguir con vida.

Mucho más tarde comprendí que sencillamente me había construido un refugio, que había rehuido de la cuestión, pues en el momento de tomar la decisión ya no sería como era ahora, cuando la vida y la muerte eran un juego de voluntades. Me debilitaría, cambiaría, y me traicionaría. Dejé de pensar en la muerte, pero sentí que la solución a la que previamente había llegado necesitaba de una respuesta diferente, que las promesas que uno se hace a sí mismo, que los juramentos que se hacen cuando se es joven son demasiado ingenuos y convencionales.

De ello me convenció la historia del ingeniero Kipréyev.

Nunca en mi vida he traicionado a nadie, nunca he vendido a nadie. Pero no sé cómo me habría portado si me hubieran pegado. He tenido muchísima suerte en todas las instrucciones de mis causas, que superé sin que me pegaran, sin que me aplicaran el «método número 3». En todas mis causas, los instructores no me tocaron ni un pelo. Fue una casualidad, nada más que eso. Sencillamente sucedió que instruyeron mis causas en la

primera mitad del año treinta y siete, antes de que empezaran a aplicar la tortura.

Pero al ingeniero Kipréyev lo arrestaron en 1938, y el hombre conoció todo el feroz espectáculo de las palizas durante la instrucción de su caso. Kipréyev resistió esos golpes lanzándose sobre su instructor y, tras recibir otra paliza, fue encerrado en una celda de castigo. No obstante, los instructores consiguieron fácilmente que Kipréyev firmara: lo asustaron amenazándolo con detener a su esposa, y Kipréyev firmó.

Este horroroso golpe moral Kipréyev lo arrastró durante toda su vida. Son incontables los episodios humillantes en la vida de un preso, los hechos que lo corrompen. En los diarios de los protagonistas del movimiento de liberación de Rusia, se habla de un terrible trauma: la solicitud del indulto. Antes de la revolución esto se consideraba algo vergonzoso, como un estigma imborrable. Y después de la revolución se rechazó categóricamente que los llamados «solicitantes» —es decir, aquellos que por una razón u otra solicitaban al zar que los liberaran o que les aliviaran el castigo— ingresaran en los círculos de presos políticos y deportados.

En los años treinta no solo se perdonaba a los «solicitantes», sino también a aquellos que firmaban falsedades flagrantes, a veces incluso sangrientas.

Los ejemplos vivos de todo esto hace tiempo que envejecieron, hace tiempo que sucumbieron a los campos, a las deportaciones, y aquellos que fueron detenidos y superaron la instrucción de sus causas eran en su inmensa mayoría «solicitantes». Por eso nadie podía imaginar a qué tormentos morales se condenaba el ingeniero Kipréyev cuando se dirigía al mar de Ojotsk, a Vladivostok, a Magadán.

Kipréyev era un ingeniero físico del Instituto de Física de Járkov, del mismo donde se llegó por primera vez en la Unión Soviética a la reacción nuclear. Allí trabajaba también Kurchátov[23]. El Instituto de Járkov no logró evitar las purgas. Y, en nuestra ciencia atómica, una de las primeras víctimas fue el ingeniero Kipréyev.

Kipréyev era consciente de su valía. Pero sus jefes no. Además, resultó que la firmeza moral tenía poco que ver con el talento, con la experiencia científica, con la pasión científica incluso. Eran cosas diferentes. Enterado

de que en los interrogatorios daban palizas, Kipréyev se preparó de una manera muy simple: se defendería como una fiera, respondería a cada golpe con otro, sin pararse a pensar en quién era el ejecutor y quién el creador de ese sistema, el método número 3. Y Kipréyev, después de recibir una paliza, era arrojado a una celda de castigo. Y todo volvía a empezar. Las fuerzas físicas le empezaron a flaquear y, tras la entereza física, le traicionó la anímica. Kipréyev firmó. Lo amenazaron con la detención de su mujer. Y se sintió inmensamente avergonzado por haber sido tan débil, por el hecho de que, en su choque con la fuerza, él, el intelectual Kipréyev, hubiera cedido. Y allí mismo, en la cárcel, juró que nunca más en su vida volvería a cometer un acto vergonzoso como aquel. Aunque la verdad es que aquel acto solo le parecía vergonzoso a Kipréyev. A su lado, en las literas, se encontraban otros presos que, como él, también se habían calumniado a sí mismos y firmado sus confesiones. Allí estaban y no se morían. La vergüenza no tiene fronteras o, mejor dicho, esas fronteras siempre son personales, y las exigencias hacia uno mismo son diferentes para cada habitante de una celda de instrucción.

Kipréyev apareció en Kolimá con una condena de cinco años, convencido de que hallaría alguna vía para reducir la pena, de que podría alcanzar la libertad, el continente. A un ingeniero seguro que lo valorarían. Y un ingeniero se ganaría sus días de redención de pena, alcanzaría la libertad, la reducción de la condena. El, que despreciaba el trabajo físico del campo, comprendió enseguida que al final de aquel camino no había más salida que la muerte. La cuestión era trabajar en algún empleo en el que se aplicara aunque solo fuera una sombra de sus conocimientos especiales, y entonces saldría en libertad. Así al menos no perdería su alta cualificación profesional.

La experiencia del trabajo en el yacimiento, los dedos rotos atrapados en la pala, la debilidad física, incluso su complexión endeble, todo ello condujo a Kipréyev al hospital, y del hospital al campo de tránsito.

A ello se añadía la desgracia de que, en medio de aquel caos diario del campo en el que se encontraba, el ingeniero no podía ni inventar ni buscar soluciones científicas o técnicas.

Porque el campo, las autoridades del campo no veían en Kipréyev más que un esclavo. Su energía, por la que se había maldecido a sí mismo mil veces, buscaba una salida.

Solo que en aquel juego la apuesta debía ser digna de un ingeniero. Y la apuesta era la libertad.

Kolimá no era un «planeta maravilloso» solo porque allí «el invierno durara nueve meses». Durante la guerra allí se llegaba a pagar cien rublos por una manzana, y un error en la distribución de los tomates frescos traídos del continente desembocaba en dramas sangrientos. Todos estos elementos, tanto las manzanas como los tomates, tenían que ver, por supuesto, con el mundo de los contratados libres, al que el recluso Kipréyev no pertenecía. Era aquel «un planeta maravilloso» no solo porque allí «la ley fuera la taiga». No solo porque Kolimá fuera un campo estalinista especial de exterminio. No solo porque la *majorka* y el té *chifir* fueran un bien escaso, la divisa del lugar, su verdadero oro, con el que se conseguía todo.

Y no obstante, el bien más escaso era el vidrio: los artículos de vidrio, los recipientes del laboratorio o los instrumentos. Los fríos agravaban la fragilidad de este material, pero aun así la norma «por motivo de rotura» no se había incrementado. Un simple termómetro médico valía trescientos rublos. En el mercado negro no había termómetros. El médico debía informar de su petición al responsable de la sección de distrito, ya que esconder un termómetro era más difícil que hacer desaparecer la *Gioconda*. Pero los médicos no hacían petición alguna. Simplemente pagaban trescientos rublos y se traían el termómetro de casa para medirles la fiebre a los enfermos graves.

En Kolimá un bote de conservas es un poema. Un bote de conservas de hojalata es una unidad de medida, una medida cómoda que uno tiene siempre a mano. Sirve para medir el agua, la sémola, la harina, la gelatina, la sopa, el té. Es la taza que sirve para hacer *chifir*. ¡Resulta tan cómodo hacerte un buen *chifir*! Es una taza estéril, limpiada por el fuego. El té, la sopa se calientan, se hierven en la estufa, sobre las llamas de una hoguera.

Un bote de tres litros es el perol clásico de los «terminales», con un asa hecha con un alambre, un asa que se sujeta bien al cinto. ¿Y quién en Kolimá no había sido o iba a ser un «terminal»?

Un bote de vidrio es una luz en el marco de un trenzado de madera, es una luz porosa, calculada por los trozos de cristal. Es ese bote transparente en el que resulta tan cómodo guardar las medicinas en el ambulatorio.

Un bote de medio litro es la vajilla ideal para el postre en el comedor del campo.

Pero no son los termómetros, ni el instrumental del laboratorio, ni los botes de conservas el bien más escaso en Kolimá.

El artículo más escaso es la bombilla eléctrica.

En Kolimá hay centenares de yacimientos, de vetas, miles de parcelas, taludes, minas, decenas de miles de galerías de oro, uranio, plomo, wolframio, decenas de expediciones, de poblados de contratados libres, de zonas de campo y barracones de unidades de guardia, y en todas partes hace falta luz, luz, luz. Kolimá vive nueve meses sin sol, sin luz. Y la impetuosa e indesmayable luz del sol no salva, no da nada.

La luz y la energía la producen dos tractores conectados o las locomotoras.

Los aparatos industriales, los lavaderos, las galerías necesitan luz. Las galerías iluminadas por las linternas alargan el turno de noche, hacen más productivo el trabajo.

En todas partes hacen falta bombillas. Las traen del continente, bombillas de trescientas, quinientas y mil bujías, dispuestas a iluminar barracones y galerías. La intensidad irregular de los generadores condena a la bombilla a consumirse antes de hora.

En Kolimá, las bombillas eléctricas son un problema de Estado.

No solo la galería debe estar iluminada. También lo ha de estar el campo de trabajo, el alambre de espino con sus torres de vigilancia, según dicta la norma, norma que en el Extremo Norte solo aumenta, no decrece.

Las unidades de vigilancia deben abastecerse de luz. Aquí no basta con levantar un acta (como ocurre en las galerías de la mina); aquí hay gente que puede huir, y aunque es evidente que en invierno no hay adonde escapar, que en Kolimá nadie se ha fugado nunca en invierno, la ley sigue siendo la ley, y si no hay luz o no hay bombillas, se colocan antorchas encendidas en torno a la zona y se las deja hasta la mañana, hasta que llega el día. Una antorcha es un trapo untado de brea o de bencina.

Las bombillas eléctricas se funden rápido. Y no hay modo de repararlas.

Kipréyev redactó una nota oficial que sorprendió al jefe del Dalstrói. El jefe ya casi se veía con una medalla en la guerrera; en una guerrera, claro está, no en una chaqueta ni en una americana.

Las bombillas se podían reparar; bastaba con que el vidrio estuviera entero.

Y así fue como unas órdenes cargadas de amenazas corrieron por las tierras de Kolimá. Que todas las bombillas fundidas se trasladaran como oro en paño a Magadán. En el complejo industrial del kilómetro cuarenta y siete se construyó una fábrica. Una fábrica para el restablecimiento de la luz eléctrica.

El ingeniero Kipréyev fue nombrado jefe del taller de la fábrica. El resto del personal de aquella instalación civil crecida en torno a la reparación de bombillas eléctricas era solo de contratados libres. La provechosa empresa se puso en manos de gente segura, de empleados libres. Pero Kipréyev no prestaba atención a tales detalles. Porque a él los creadores de la fábrica no podían ignorarlo.

El resultado fue brillante. Es cierto que las bombillas no duraban mucho después de repararlas. Pero cuántas horas, cuántas preciosas jornadas ahorró Kipréyev a Kolimá. Las jornadas fueron muchas. El Estado obtuvo un provecho enorme, un provecho militar, un beneficio de oro.

El director del Dalstrói recibió la medalla de Lenin. Se condecoró a todos los jefes relacionados de algún modo con la reparación de las bombillas.

Pero ni a Moscú ni a Magadán se les ocurrió siquiera reconocer la labor del recluso Kipréyev. Para ellos Kipréyev era un esclavo, un esclavo inteligente, pero nada más.

De todos modos, al director del Dalstrói no le pareció oportuno olvidarse del hombre perdido en la taiga que le había dado la idea.

Durante la gran fiesta que Moscú celebró en Kolimá, entre el reducido círculo de los escogidos, en la solemne velada en honor de… ¿en honor de quién?, en honor del director del Dalstrói, a cada uno de los que habían recibido las condecoraciones y los agradecimientos —pues, además de la orden gubernamental, el director del Dalstrói promulgó su propia orden de

agradecimientos, condecoraciones y estímulos—, a todos los participantes en la reparación de las bombillas, a todos los responsables de la fábrica donde se encontraba el taller para el restablecimiento de la luz, además de las condecoraciones y de los agradecimientos, se les preparó también unos paquetes con la ayuda norteamericana. Estos paquetes, que formaban parte de la Lend-Lease[24], contenían un traje, corbatas, camisas y zapatos. El traje al parecer había desaparecido durante el traslado; pero los zapatos —unos zapatos americanos de piel roja y suelas gruesas— eran el sueño de cualquier jefe.

El director del Dalstrói lo consultó con su ayudante, y todos estuvieron de acuerdo en que el recluso ingeniero no podía ni soñar siquiera con una fortuna mayor, con un regalo mejor que aquel.

Que le redujeran la condena al ingeniero o que lo dejaran en libertad era algo que al director ni se le había ocurrido pedir a Moscú, en aquellos tiempos llenos de zozobra. El esclavo debe sentirse satisfecho incluso con los viejos zapatos del amo, con un traje usado de su dueño.

De estos regalos hablaba todo Magadán, todo Kolimá. Los jefes del lugar habían recibido más que suficientes medallas y agradecimientos. Pero un traje norteamericano o unos zapatos con suela gruesa eran casi como un viaje a la Luna, un vuelo al otro mundo.

Y llegó el solemne día: las rutilantes cajas de cartón que contenían los trajes llenaban la mesa cubierta con un paño rojo.

El director del Dalstrói leyó la orden, en la que, por descontado, el nombre de Kipréyev ni se mencionaba, no podía mencionarse.

El jefe de la dirección política leyó la lista de los agasajados. Y el último apellido que citó fue el de Kipréyev. El ingeniero se acercó a la mesa brillantemente iluminada por unas bombillas —sus bombillas— y tomó la caja de manos del director del Dalstrói.

Kipréyev pronunció con voz bien alta y clara: «Yo no me voy a poner unos andrajos norteamericanos». Y dejó la caja sobre la mesa.

Fue arrestado allí mismo y le echaron ocho años más de condena por no se sabe qué artículo, aunque en Kolimá esto no tiene importancia alguna y tampoco le interesa a nadie.

Por cierto, ¿qué artículo se aplica por negarse a recibir un regalo norteamericano? Aunque no solo era eso. En las conclusiones del instructor de la «nueva» causa contra Kipréyev, se podía leer: «El acusado ha declarado que Kolimá es un Auschwitz sin hornos».

Kipréyev recibió esta segunda condena sin inmutarse. El ya sabía qué se jugaba al negarse a recibir el regalo norteamericano. No obstante, el ingeniero tomó alguna que otra medida de seguridad. Las medidas fueron estas. Kipréyev le pidió a un conocido que escribiera una carta al continente, a su esposa, comunicándole que él, Kipréyev, había muerto. Y dejó de escribir cartas.

De la fábrica, al ingeniero lo mandaron a una mina, a trabajos comunes. Pronto acabó la guerra, y el sistema de los campos se hizo aún más complejo. A Kipréyev, como reincidente, le esperaba un campo de castigo.

El ingeniero enfermó y fue a parar al hospital central para presos. Aquí Kipréyev resultó ser muy necesario: había que montar y hacer que funcionara un aparato de rayos X, montarlo a partir de piezas viejas, de piezas-chatarra. El jefe del hospital, el doctor Dóktor, le prometió la libertad, una reducción de la pena. El ingeniero Kipréyev no creía mucho en tales promesas. Constaba allí como «paciente», y los días trabajados solo se los contabilizaban a los empleados civiles del hospital. Pero uno quería creer en las promesas del jefe; el gabinete de rayos X no era una mina, no era un yacimiento de oro.

Allí nos enteramos de lo de Hiroshima.

—Ahí la tienes, la bomba. En eso trabajábamos en Járkov.

—El suicidio de Forrestal[25]. El torrente de telegramas insultantes.

—¿Entiendes lo que pasa? Para un intelectual occidental, tomar la decisión de lanzar una bomba atómica es algo muy complicado, muy duro. La depresión psíquica, la locura, el suicidio: tal es el precio que el intelectual occidental ha de pagar por decisiones como esa. Nuestro Forrestal no se volvió loco. ¿Cuántas buenas personas te has encontrado en la vida? ¿Personas auténticas, a las que hubieras querido imitar, servir?

—Espera que haga memoria: el ingeniero Millar, condenado por sabotaje, y otras cinco personas más.

—Eso es mucho.

—La Asamblea firmó el protocolo contra el genocidio.

—¿Genocidio? ¿Y eso cómo se come?

—Nosotros firmamos la convención. Porque lo del año treinta y siete no fue un genocidio, claro. Solo exterminamos a enemigos del pueblo. De modo que podemos firmar la convención.

—El régimen está apretando las tuercas al máximo. No debemos callar. Como en el libro de lectura: «No somos esclavos. Esclavos no somos[26]». Tenemos que hacer algo, demostrárnoslo a nosotros mismos.

—Lo único que uno puede demostrarse a sí mismo es su propia estupidez. Vivir, sobrevivir, esta es nuestra tarea. Y no caer en el camino… La vida es algo mucho más serio de lo que crees…

Los espejos no conservan los recuerdos. Pero lo que guardo en mi maleta cuesta llamarlo un espejo: es un pedazo de vidrio que se asemeja ligeramente a la superficie del agua cuando se enturbia, como si el río se hubiese quedado turbio, sucio para siempre, tras recordar algo importante, algo infinitamente más importante que el torrente cristalino de un río transparente, sincero hasta el fondo. El espejo se ha enturbiado y ya no refleja nada. Pero en otro tiempo el espejo fue un espejo, fue un regalo desinteresado que me acompañó durante dos decenios de campos, de una libertad parecida a un campo y de todo lo que vino después del XX Congreso del partido. El espejo que me regalaron no era un negocio del ingeniero Kipréyev; era un experimento, una prueba científica, el rastro de esta prueba realizada en la oscuridad del gabinete de rayos X. A este pedazo de espejo yo le hice un marco de madera. No se lo hice, lo encargué. El marco sigue entero aún hoy, lo hizo cierto carpintero, un letón, un enfermo convaleciente, por una ración de pan. Por entonces yo ya podía desprenderme de una ración de pan para encargar algo tan personal, tan frívolo.

Miro este marco, un marco burdo pintado con barniz, como el que se usa para pintar suelos; en el hospital estaban haciendo obras y el carpintero pidió un poco de pintura. Luego laqueó el marco, pero la laca hace mucho que se ha borrado. En el espejo no se ve nada, aunque en otro tiempo me afeitaba ante él en Oimiakón, y todos los libres me envidiaban. Me envidiaron hasta 1953, cuando en el poblado, cierto civil, un tipo sabio,

hizo que le mandaran un paquete lleno de espejos, de espejos baratos. Y estos espejos diminutos de un copec, redondos y cuadrados, se vendían a unos precios que recordaban los precios de las bombillas eléctricas. Pero todos sacaban su dinero de las libretas de ahorro y los compraban. Los espejos se agotaron en un día, en una hora.

Entonces mi espejo artesano dejó de ser la envidia de mis visitantes.

El espejo sigue conmigo. No es un amuleto. Si el espejo me da suerte, no lo sé. Tal vez el espejo atraiga los rayos del mal, tal vez refleje los rayos del mal y no deje que me disuelva en el torrente humano, donde nadie salvo yo conoce Kolimá ni sabe nada del ingeniero Kipréyev.

A Kipréyev le daba todo igual. Cierto preso común, casi un hampón reincidente pero algo más culto que el resto, un hampón con estudios a quien el jefe había puesto a estudiar para que dominara los misterios del gabinete de rayos X, para que conectara y desconectara las clavijas, y que respondían al apellido de Rógov, estaba aprendiendo de Kipréyev el oficio de radiotécnico.

Aquí las intenciones de los de arriba no eran tan simples; en quien menos pensaba la autoridad era en Rógov, el hampón. El caso es que Rógov se instaló junto con Kipréyev en el gabinete de rayos X, y controlaba el asunto, vigilaba, denunciaba, participando en aquella tarea de importancia estatal en calidad de amigo del pueblo. Informaba constantemente, avisaba de todo género de conversaciones, de visitas. Y si bien no molestaba, sí denunciaba, es decir, que cumplía con su cometido.

Este era el objetivo principal de las autoridades. Además, Kipréyev preparaba a un preso de los comunes para que se convirtiera en el relevo a su propia persona.

En cuanto Rógov aprendiera el oficio —y aquella era una profesión para toda la vida—, mandarían a Kipréyev a Berlag, a un campo de castigo para reincidentes.

Todo esto Kipréyev lo comprendía, y no trataba de oponerse a su destino. Instruía a Rógov sin pararse a pensar en sí mismo.

La suerte de Kipréyev era que Rógov no era un buen estudiante. Como todo común que comprendía lo principal, es decir, que las autoridades no se olvidarían de un común bajo ninguna circunstancia, Rógov no prestaba

mucha atención a sus estudios. Pero llegó la hora. Rógov anunció que podía hacer el trabajo, y a Kipréyev lo mandaron al campo de castigo. No obstante, en el gabinete de rayos X algo dejó de funcionar y, por mediación de los médicos, mandaron de nuevo a Kipréyev al hospital. El gabinete de rayos X volvió a funcionar.

Fue en esta época cuando Kipréyev hizo sus experimentos con el diafragma.

El diccionario de palabras extranjeras de 1964 aclara el significado de la palabra «diafragma» de este modo: «… 4) obturador de apertura cambiante que se emplea en fotografía, en los microscopios y en radioscopia».

Veinte años antes, en el diccionario de palabras extranjeras no se mencionaba esta acepción del término «diafragma». Era una novedad de los tiempos de la guerra, era un invento colateral, relacionado con el microscopio de electrones.

A Kipréyev le cayó en las manos una página arrancada de una revista técnica, y el diafragma se aplicó en el gabinete de rayos X del hospital para presos ubicado en la orilla izquierda del Kolimá.

El diafragma era el orgullo del ingeniero Kipréyev, su esperanza, aunque una esperanza pequeña, es cierto. Del diafragma se habló en una conferencia de médicos, y se envió un informe sobre el invento a Magadán, a Moscú. Sin respuesta alguna.

—¿Y un espejo, lo podrías hacer?

—Pues claro.

—Un espejo grande. De pared.

—El que sea. Con que haya plata…

—¿Valen las cucharas de plata?

—Valen.

Se encargó en el almacén un vidrio grueso de los que se usan en las mesas de los despachos oficiales y se trasladó al gabinete de rayos X.

La primera prueba no resultó, y Kipréyev, en un ataque de furia, agarró un martillo e hizo añicos el espejo.

Uno de aquellos trozos se convirtió en mi espejo, regalo de Kipréyev.

En la segunda ocasión todo salió bien y la autoridad recibió de manos de Kipréyev su sueño hecho realidad, un espejo de pared.

Al jefe no se le ocurrió siquiera agradecérselo de alguna manera. ¿Por qué razón? Un esclavo instruido se ha de contentar con lo que tiene, debería dar las gracias por tener una litera en el hospital. Si el diafragma hubiera llamado la atención de los de arriba, estos habrían expresado su agradecimiento, pero nada más. El espejo de pared era una realidad, en cambio el diafragma no era más que un mito, humo… Kipréyev estaba del todo de acuerdo con su jefe.

Pero por las noches, al acostarse en su camastro en un rincón del gabinete de rayos X, tras esperar a que se fuera la visitante de turno de su ayudante, alumno e informador, Kipréyev no quería dar crédito ni a Kolimá ni a sí mismo. Porque el diafragma no era ninguna broma. Era una proeza técnica. Y aun así, tanto a Moscú como a Magadán les importaba un pepino el diafragma del ingeniero Kipréyev.

En el campo de trabajo no te contestan a las cartas y tampoco les gusta que se lo recuerdes. Lo único que te queda es esperar. Una oportunidad, algún encuentro importante.

Toda esta situación nos sacaba de quicio, y si al menos esta piel de zapa, desgarrada y hecha jirones, hubiera estado entera…

La esperanza, para un preso, siempre se convierte en unos grilletes. La esperanza siempre coarta la libertad. La persona que confía en algo cambia su proceder, se muestra deshonesta, con más frecuencia que una persona que ha perdido la esperanza. Mientras esperaba una decisión sobre el maldito diafragma, el ingeniero se mordía la lengua, hacía oídos sordos a todas las bromas, inoportunas o no, con las que se distraían sus jefes inmediatos, por no hablar de su ayudante, que esperaba el día y la hora en que se convertiría en el amo de todo aquello. Rógov también había aprendido a hacer espejos, de modo que tenía garantizadas sus ganancias, su tajada.

Todo el mundo estaba al corriente de lo del diafragma. Y todos le tomaban el pelo a Kipréyev, todos, incluido el secretario de la organización del partido del hospital, el farmacéutico Krugliak. El farmacéutico, un muchacho de cara prominente, no era un mal tipo, aunque tenía la sangre caliente; en todo caso, lo importante era que le habían enseñado que los presos eran unos gusanos. Y este Kipréyev… El farmacéutico hacía poco

que había llegado al hospital, nadie le había contado aún la historia de la recuperación de las bombillas eléctricas. Nunca habría pensado que en aquel lugar perdido, en la taiga del Extremo Norte, valiera la pena montar aquel gabinete de rayos X.

El diafragma le parecía a Krugliak una hábil estratagema de Kipréyev, ganas de «levantar una cortina de humo», de «montarse una bola», expresiones que el farmacéutico ya había aprendido.

En la sala de curas de la sección quirúrgica, Krugliak insultó a Kipréyev. El ingeniero agarró un taburete y amenazó con lanzarlo contra el secretario del partido. A Kipréyev le arrancaron al instante el taburete de las manos y se lo llevaron a la sala.

Al ingeniero podían fusilarlo. O mandarlo a una mina de castigo, a una zona especial, algo aún peor que no que te fusilen. Kipréyev tenía muchos amigos en el hospital, y no solo por los espejos. La gente recordaba bien la historia de las bombillas, que aún seguía fresca en la memoria de todos. Y salieron en su ayuda. Pero aquello olía a artículo 58, punto 8: a terrorismo.

Entre el personal médico, fueron las mujeres quienes se encargaron de ir a ver al jefe del hospital. A Vinokúrov, el jefe del hospital, no le gustaba Krugliak. Vinokúrov apreciaba la valía de Kipréyev, esperaba los resultados de la consulta sobre el diafragma y, lo que es más importante, no era mala persona. No era un jefe que emplease su poder para hacer daño. El aprovechado y arribista Vinokúrov no ayudaba a los demás, pero tampoco le deseaba el mal a nadie.

—De acuerdo, no daré curso al informe para que el responsable de Interior abra el caso contra Kipréyev —dijo Vinokúrov—, pero solo en el caso de que no haya informe de Krugliak, del propio damnificado. Si hay informe, se abre el caso. Y la mina de castigo será lo mínimo.

—Gracias.

Los que hablaron con Krugliak fueron los hombres, sus amigos.

—¿Acaso no entiendes que al pobre lo van a fusilar? ¿No ves que está indefenso? No es ni tú ni yo.

—Pero me ha levantado la mano.

—No te ha levantado ninguna mano. Nadie lo ha visto. De haber sido yo quien se hubiera peleado contigo, a la segunda frase te habría roto la

cara, porque te metes con todos y con todos te las tienes.

Krugliak, que en el fondo era un buen chico, carente por completo de las dotes de mando necesarias para Kolimá, se rindió ante la persuasión de sus amigos. Krugliak no presentó el informe.

Kipréyev se quedó en el centro. Pasó otro mes y se presentó en el hospital el general mayor Derevianko, el subdirector del Dalstrói, responsable de los campos, el jefe más alto para los reclusos.

A las autoridades les gustaba hacer una parada en el hospital. Allí el alto mando del Norte tenía un lugar donde parar, donde tomar un trago y acompañarlo con algo, donde descansar.

El general mayor Derevianko, enfundado en una bata blanca, iba de una sección a otra para estirar las piernas antes de la comida. El general mayor estaba de un espléndido humor, de modo que Vinokúrov decidió arriesgarse.

—La cosa es que tengo a un recluso que ha realizado un trabajo de gran valor para el Estado.

—¿De qué se trata?

El jefe del hospital le explicó como pudo al general mayor qué era aquello del diafragma.

—Quisiera presentar al recluso para una liberación anticipada.

El general mayor se interesó por los datos del expediente y, tras ser informado, rezongó:

—Escucha lo que te digo, director, una cosa es el diafragma y otra el recluso. Yo de ti mandaba a este… Kornéyev…

—Kipréyev, mi general.

—Eso, Kipréyev. Mándalo allá donde debería estar conforme a su expediente.

—A sus órdenes, mi general.

Al cabo de una semana mandaron a Kipréyev a su destino; a la semana volvió a fastidiarse el aparato de rayos X, y de nuevo reclamaron a Kipréyev de vuelta al hospital.

Pero ahora la cosa ya no estaba para bromas. Vinokúrov temía que la ira del general mayor cayera sobre su cabeza.

El jefe de la administración no se creería que el aparato se había estropeado, y Kipréyev fue inscrito en la siguiente etapa destinada a los campos. Pero entonces se puso enfermo y se quedó.

Ahora era imposible que pudiera trabajar en el gabinete de rayos X, y el ingeniero lo comprendía bien.

Kipréyev tenía una mastoiditis. Durante su estancia en la mina, en la litera del campo había cogido frío en la cabeza, y ahora se imponía operarlo. Pero nadie quería creer ni en la fiebre del paciente ni en los diagnósticos de los médicos. Vinokúrov tronaba exigiendo que lo operaran cuanto antes.

Los mejores cirujanos del hospital se reunieron para operar la mastoiditis de Kipréyev. El cirujano Braude era casi un especialista en mastoiditis. En Kolimá los resfriados no faltan, de modo que Braude tenía una amplia experiencia, había practicado centenares de operaciones como aquella. Pero Braude solo podía hacer de asistente. La operación tenía que llevarla a cabo la doctora Novikova, una destacada otorrinolaringóloga, discípula de Voyachek, que había trabajado muchos años en el Dalstrói. Novikova nunca había estado en prisión, pero hacía ya muchos años que solo trabajaba en los lugares más alejados del Norte. Y no porque persiguiera el dinero fácil. Sino porque en el Extremo Norte a Novikova se le perdonaban muchas cosas. Novikova era una alcohólica empedernida. Después de la muerte de su marido, aquella doctora de gran talento y belleza había vagabundeado durante años por el Extremo Norte. Los primeros pasos en cada nuevo destino eran siempre brillantes, pero luego se le perdía el rastro durante semanas enteras.

Novikova tendría unos cincuenta años. En cuanto a su cualificación, no había persona por encima de ella. Por entonces la doctora estaba en pleno viaje etílico, empezaba a salir de una borrachera, y el director del hospital dio permiso para retener a Kipréyev unos cuantos días.

Novikova se recuperó en el transcurso de esos días. Las manos dejaron de temblarle y la doctora operó magistralmente a Kipréyev, le hizo a su radiólogo, como quien dice, un buen regalo de despedida, un presente médico de verdad. Braude le hizo de asistente. Kipréyev fue trasladado al hospital.

Kipréyev comprendió que ya no había nada en qué confiar, que en el hospital no se quedaría ni una hora de más.

Le esperaba un campo de castigo, un campo donde los presos van al trabajo en formación de a cinco, codo con codo, donde, mientras los conducen como ganado, llegan a rodear la columna hasta treinta perros.

En esta última fase, perdida ya toda esperanza, Kipréyev no cambió de actitud. Cuando el responsable de la sección le prescribió al ingeniero —un paciente operado de mastoiditis, una operación seria— un menú especial, es decir, una alimentación dietética, una alimentación mejorada, Kipréyev la rechazó con el argumento de que en aquella sección de trescientos pacientes había enfermos más graves que él y con mayor derecho a un menú especial.

Y un día se llevaron a Kipréyev.

Busqué a Kipréyev durante quince años. Dediqué a su memoria una obra de teatro: este decidido medio que el hombre emplea para intervenir en el mundo de ultratumba.

Pero no bastaba con escribir una obra sobre Kipréyev y dedicarla a su memoria. Hacía falta además que en una calle céntrica de Moscú, en un apartamento comunal donde vivía una vieja conocida mía, apareciera una nueva vecina. Un cambio que se debió a un anuncio y a un intercambio de viviendas.

La recién llegada, en su ronda de saludos con los vecinos de la casa, entró en un cuarto y vio la obra de teatro dedicada a Kipréyev sobre la mesa; la hojeó y dijo:

—Las iniciales coinciden con las de un conocido. Lo único es que él no estuvo en Kolimá, sino en otro lugar completamente distinto.

Mi conocida me llamó. Yo no quería seguir con aquella conversación. Se trataba de un error. Y además en la obra el héroe es un médico y Kipréyev era un ingeniero físico.

—Justamente es eso: un ingeniero físico.

Tras vestirme me dirigí a casa de la nueva vecina de aquel apartamento comunal.

Qué curiosos arabescos trenza el destino. ¿Y para qué? ¿Por qué han hecho falta tantas coincidencias para que la voluntad del destino haya

actuado de un modo tan convincente? Nos buscamos poco los unos a los otros, y el destino toma en sus manos nuestras vidas.

El ingeniero Kipréyev había sobrevivido, vivía en el Norte. Obtuvo la libertad hace diez años. Se lo habían llevado a Moscú, donde trabajó en campos secretos. Después de obtener la libertad regresó al Norte. Quería trabajar en el Norte hasta su jubilación.

Me vi con el ingeniero Kipréyev.

—Ya no seré un científico. Un ingeniero del montón, eso sí. Regresé, pero sin mérito alguno, y muy retrasado: todos mis compañeros, los colegas de carrera, hace tiempo que son eminencias.

—Bobadas.

—No, no son bobadas. Respiro mejor en el Norte. Y así seguiré mientras me llega la jubilación.

[1967]

El dolor

Es esta una historia extraña, tan extraña que no la podrá entender quien no haya estado en un campo, quien no conozca las oscuras profundidades del mundo criminal, del reino del hampa. El campo es el fondo de la vida. El mundo criminal no es el fondo del fondo. Es algo completamente distinto, del todo diferente, es algo no humano.

Existe una frase banal. La historia se repite: primero en forma de tragedia y luego a modo de farsa.

No, hay un tercer reflejo de los mismos hechos, del mismo argumento: el reflejo en el espejo curvo del mundo subterráneo. El argumento es inimaginable y no obstante real, existe de verdad y vive junto a nosotros.

En este espejo curvo de los sentimientos y de los actos, se reflejan —reales por entero— las horcas que se alzan en los «correctivos» de las minas, en los «juicios de honor» de los hampones. Aquí se juega a la guerra, se repite el espectáculo de la guerra y se vierte sangre de verdad.

Existe el mundo de las fuerzas superiores, el mundo de las divinidades homéricas, unos dioses que descienden hasta nosotros para mostrarse a los hombres y mejorar con su ejemplo la naturaleza humana. Los dioses, también es cierto, llegan tarde. Homero alababa a los aqueos, nosotros en cambio admiramos a Héctor; el clima moral ha cambiado un poco. A veces los dioses llaman a los hombres a su cielo para que sean testigos de «espectáculos sublimes». Todo esto lo desveló hace mucho tiempo el poeta. Existe el mundo y el hades subterráneo, de donde a veces los hombres logran regresar, en donde no desaparecen para siempre. ¿Para qué regresan? El corazón de estos seres está lleno de una zozobra eterna, de un horror eterno ante el mundo de las tinieblas, ante un mundo que no es en ningún caso de ultratumba.

Ese mundo es más real que los cielos de Homero.

Shelgunov se había «apalancado» en el campo de tránsito de Vladivostok; era un desharrapado, un sucio y hambriento remolón al que la escolta aún no había rematado por negarse a trabajar. Había que vivir, y las naves, como las carretillas para las cámaras de gas de Auschwitz, viajaban con su cargamento hacia más allá del mar, barco tras barco, «etapa» tras «etapa», sin cesar. Shelgunov ya había estado el año anterior en la tierra de más allá del mar, de donde nadie regresaba: en el valle de la muerte cercano al hospital, y había conseguido que lo mandaran de vuelta al continente; los huesos de Shelgunov ya no servían para arrancar oro.

Entonces el peligro se acercó de nuevo; Shelgunov percibía cada vez con más precisión lo inestable de su vida de preso. Y de esta inestabilidad, de esta pérdida de toda esperanza no había escapatoria.

El campo de tránsito era un poblado enorme, un espacio cortado en diversas direcciones por unas exactas zonas cuadradas, rodeado de alambre de espinos batido por un centenar de torres de vigilancia, iluminado, barrido por mil focos que cegaban los débiles ojos de los prisioneros.

Las literas de aquel inmenso campo de tránsito —la puerta de Kolimá— tan pronto se vaciaban como se volvían a llenar de hombres extenuados y mugrientos, de nuevas «etapas» llegadas de la libertad.

Los barcos regresaban, el campo regurgitaba una nueva porción de gente, se vaciaba y se volvía a llenar.

En la zona en que se encontraba Shelgunov —la mayor de aquel campo de tránsito— se vaciaban todos los barracones menos el noveno. En este barracón vivían los hampones. Allí reinaba el propio Korol, el Rey[27], su cabecilla. Los vigilantes no se asomaban al lugar, y los servicios del campo recogían cada día, tirados junto a la puerta, los cadáveres de aquellos que defendían sus derechos frente a Korol.

A aquel barracón los cocineros llevaban sus mejores platos, y todo cuanto hubiera de valor —los trapos de todas las «etapas»— se jugaba sin falta en el noveno barracón, el barracón «real».

Shelgunov, descendiente directo de los Shelgunov de Zemlia i volia[28] —el padre había sido académico en sus años de libertad, y la madre profesora de universidad—, había vivido desde niño entre libros y para los libros; amante de las letras y lector empedernido, había mamado la cultura rusa junto con la leche de su madre. El XIX, el siglo de oro de la humanidad, había formado a Shelgunov.

Comparte tu saber. Cree en los hombres, ámalos —eso enseñaba la gran literatura rusa—, y Shelgunov se sentía desde hacía tiempo con fuerzas para devolver a la sociedad lo que él había recibido en herencia. Sacrificarse, entregarse a los demás. Alzarse contra la mentira, por nimia que esta fuera, sobre todo si la mentira estaba cerca.

La cárcel y los campos fueron la primera respuesta del Estado a los intentos de Shelgunov por vivir tal como le habían enseñado los libros, tal como enseñaba el siglo XIX.

Shelgunov se vio aturdido por la bajeza de los hombres que lo rodeaban. En los campos no había héroes. Shelgunov no quería creer que el siglo XIX lo hubiera engañado. La profunda decepción por los hombres que había sentido durante la instrucción de la causa, la «etapa», el campo de tránsito, se vio de pronto sustituida por el ánimo de antes, por su anterior entusiasmo. Shelgunov buscó y encontró lo que buscaba, aquello en lo que soñaba: ejemplos vivos. Se encontró con la fuerza sobre la que tanto había leído, y la fe en esta fuerza penetró en sus venas. Era la fuerza del mundo criminal, del hampa.

Hasta los jefes del campo, que pisoteaban, golpeaban y despreciaban a los vecinos y amigos de Shelgunov y al propio Shelgunov, temían a los criminales y se postraban ante ellos.

Ese era el mundo que se había enfrentado con valor al Estado, el mundo que podía ayudarlo a saciar su romántica y ciega sed de bien, su sed de venganza…

—¿Hay aquí algún novelista?

Alguien se estaba cambiando de calzado con un pie apoyado en una litera. Por la corbata, por los calcetines, en un mundo en el que durante muchos años solo habían existido los peales, Shelgunov supo con toda certeza que se trataba de alguien del noveno.

—Hay uno. ¡Eh, tú, escritor!

—¡Aquí está el escritor!

Shelgunov se abrió paso en la oscuridad.

—Vamos a ver al Rey, le «montarás» alguna historia.

—No iré.

—¿Cómo que no irás? ¡No durarás hasta la noche, estúpido!

La literatura había preparado bien a Shelgunov para su encuentro con el mundo del hampa. Lleno de reverencia, Shelgunov atravesó el umbral del noveno barracón. Lodos sus nervios, toda su ansia de hacer el bien se hallaban en tensión, vibraban como cuerdas. Shelgunov debía salir vencedor de aquella empresa, debía conquistar sin falta el interés, la confianza, el cariño del egregio oyente, del dueño de aquel mundo, el Rey. Y Shelgunov alcanzó el éxito. Todas las desgracias se acabaron para él en el preciso instante en que los labios del Rey se abrieron en una sonrisa.

¡Qué no le llegó a «montar» Shelgunov! —¡Dios nos conserve la memoria!—. Shelgunov no quiso abrir su juego con la carta segura de *El conde de Montecristo*. No. Shelgunov resucitó ante el Rey las crónicas de Stendhal y la autobiografía de Cellini, las sangrientas leyendas de la Italia medieval.

—¡Buen chico, buen chico! —dijo con voz ronca el Rey—. Menudo baño de cultura.

Desde aquella tarde se acabaron para siempre los trabajos del campo para Shelgunov. Le trajeron comida, tabaco, y al día siguiente transfirieron al noveno barracón su residencia permanente, si tales certificados de residencia se dieran en los campos.

Shelgunov se convirtió en el novelista de la corte.

—¿Por qué pones esa cara, novelista?

—Pienso en mi casa, en la mujer…

—¿Y?

—Pues eso, la instrucción, la «etapa», este campo. No me dejarán cartearme hasta que no me lleven a la mina de oro.

—Vaya un cabestro estás hecho. ¿Y nosotros para qué estamos? Escribe a tu tesoro, que nosotros mandamos el papel, sin buzones de correos, por nuestros mensajeros. ¿Qué dices a eso, novelista?

—Le estaré agradecido el resto de mi vida.

—Escribe tu carta.

Y una vez a la semana Shelgunov escribía a Moscú.

La esposa de Shelgunov era actriz, una artista de Moscú, hija de un general.

Hacía tiempo, cuando el arresto, se habían abrazado.

«Que pase un año o dos sin cartas, no importa. Te esperaré. Siempre estaré contigo».

«Te escribiré antes —tranquilizaba a su esposa Shelgunov con gesto convencido, con el aplomo de los hombres—. Ya encontraré mis canales. Por esos canales recibirás mis cartas. Y contestarás a ellas».

«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

—¿Llamo al novelista? ¿No te aburre? —le preguntó solícito Kolia Karzubi a su jefe—. ¿Te traigo mejor a un Petiúnchik de la nueva «etapa»?… Si quieres, de los nuestros, o si lo prefieres, del 58.

Los hampones llamaban Petiúnchik a los pederastas.

—No. Llama al novelista. Nos hemos dado un buen atracón de cultura, es verdad. Pero todo eso son «novelitas», teoría. Ahora con este gusanito vamos a jugar a otro juego. Tiempo nos basta y nos sobra.

—Qué ilusión me haría, novelista —dijo el Rey cuando todo el ritual previo al sueño se hubo cumplido: bien rascadas las plantas, la cruz colgada al cuello, puestas las ventosas en la espalda, hechos todos esos pellizcos y cortes—, la ilusión que me haría, no lo sabes bien, novelista, que me escribiera de la calle una tipa como la tuya. ¡Vaya caramelo! —y el Rey agitó en la mano la fotografía rota y gastada de Marina, la mujer de Shelgunov, una fotografía que este había conservado tras mil registros, desinfecciones y robos—. ¡Un bombón! Perfecta para una «sesión». ¡Hija de un general! ¡Artista! Qué suerte la vuestra, gusanos; en cambio a nosotros nos tocan las guarras sifilíticas. De modo que hasta una gonorrea es un regalo. Bueno, al sobe. Que me viene un sueño.

Y a la noche siguiente el novelista ya no «montó» una novela.

—No sé por qué me caes bien, gusano. Un cabestro es lo que eres, pero por las venas te corre algo de sangre legal. Escríbele una carta a la mujer de un compañero mío, un hombre hecho y derecho. Tú eres escritor. Dile algo

suave y fino, si tantas novelas sabes. Puede que hasta una piedra se derrita con tu carta. Porque nosotros ¿qué? Nosotros somos gente de pocas luces. A ver, escribe. Que alguien ya la copiará y la hará llegar. Hasta os llamáis igual: Alexandr. Qué risa. Se hace llamar Alexandr, es verdad, aunque solo por esta causa, por la que está aquí pringando. Pero qué importa eso, es Alexandr y ya está. Shura, o sea, Shúrochka[29].

—Nunca he escrito cartas así —dijo Shelgunov—. Aunque puedo probarlo.

El Rey le contaba cada carta, el meollo de cada carta, con sus propias palabras, y Shelgunov-Cyrano daba vida a las ideas del Rey.

Cincuenta cartas de esas escribió Shelgunov.

En una de ellas se decía: «Lo he confesado todo, y suplico al poder soviético que me perdone…»

—¿Desde cuándo un criminal, quiero decir uno de los vuestros —preguntó Shelgunov interrumpiendo involuntariamente la redacción de la carta—, solicita el perdón?

—¿Y por qué no? —dijo el Rey—. Este papel es una bola, una trampa, un pegote. Una maniobra militar.

Shelgunov dejó de hacer preguntas; escribía sumiso todo lo que le dictaba el Rey.

Shelgunov releía las cartas en voz alta, corregía el estilo, se sentía orgulloso del poder que tenía su aún brillante cerebro. El Rey lo felicitaba ensanchando ligeramente los labios con su real sonrisa.

Pero todo se acaba y también se acabaron aquellas redacciones de cartas para el Rey. Quizá por alguna razón de peso; corría el rumor, el bulo carcelario de que por fin el Rey se iba de «etapa», que lo mandaban a Kolimá, allá adonde él había enviado, matando y engañando, a tantos. O sea que, medio dormido, lo iban a agarrar, a atar de pies y manos, y directo al barco. Ya era hora de dar por terminada aquella correspondencia; ya hacía casi un año que Shelgunov-Cyrano mandaba a Roxana aquellas frases de amor con la voz de Christian. Pero había que cerrar el juego a la manera de los hampones, debía correr sangre, sangre de verdad…

La sangre se secó en la sien del hombre cuyo cadáver yacía a los pies del Rey.

Shelgunov quiso taparle la cara, aquellos ojos que miraban con reproche.

—¿Ves quién es? Es tu tocayo Shura, el mismo, al que le escribías las cartas. Lo han dejado listo, le han cortado la cabeza con un hacha. Se ve que iba cubierto con una bufanda. Apunta: «Le escribe un compañero de su Shura. Ayer fusilaron a Shura, y me apresuro a escribirle que sus últimas palabras fueron…» ¿Lo has apuntado? —dijo el Rey—. Lo copiaremos, y listos. Ya no hay que mandar más cartas. Esta podría haberla escrito sin tu ayuda —sonrió el Rey—. Pero nosotros valoramos a los instruidos, escritor. Somos gente de pocas luces…

Shelgunov escribió la carta de pésame.

El Rey había adivinado su suerte. Lo agarraron por la noche y lo metieron en un barco.

En cuanto a Shelgunov, al perder todo contacto con los suyos, perdió también toda esperanza. Se batió en solitario un año, dos, tres; de un lugar de trabajo iba a parar al hospital y de la cama a un nuevo trabajo, maldiciendo a su mujer, que resultó ser una zorra o una miedosa, pues no echó mano de los «canales seguros» para ponerse en contacto con él, se olvidó de él, de Shelgunov, e hizo añicos toda huella de recuerdo.

Pero también el infierno del campo llegó a su fin, y Shelgunov salió en libertad, regresó a Moscú.

La madre le dijo que no sabía nada de Marina. El padre había muerto. Shelgunov dio con una amiga de Marina, una compañera del teatro, y fue a verla. Entró en el apartamento en que esta vivía.

La amiga se puso a gritar.

—¿Qué pasa? —preguntó Shelgunov.

—¿No estás muerto, Shura?…

—¿Cómo que si no estoy muerto? ¿Y entonces quién soy yo?

—Vivirá eternamente —se asomó de la habitación vecina un individuo—. Es buena señal.

—Eternamente tal vez sea demasiado —pronunció en voz baja Shelgunov—. Pero ¿qué pasa? ¿Dónde está Marina?

—Marina murió. Cuando se enteró de que te habían fusilado, se tiró a la vía del tren. No donde Anna Karénina, sino en Rastorgúyevo. Puso la

cabeza en los rieles. Y el tren le cortó de un tajo la cabeza. Después de lo de tu confesión… Marina no quería ni oír hablar de eso, creía en ti.

—¿Qué confesión?

—Pero si tú mismo lo decías en tu carta. Luego un amigo tuyo mandó la noticia de tu fusilamiento. Allí tienes su cofre.

En el cofre se encontraba la cincuentena de cartas que Shelgunov le había escrito a Marina por sus canales desde Vladivostok. Los canales trabajan a la perfección, pero no para los «gusanos» como él.

Shelgunov quemó sus cartas, las cartas que mataron a Marina. Pero ¿dónde estaban las cartas de Marina, dónde la fotografía que Marina había mandado a Vladivostok? Se imaginó al Rey leyendo las cartas de amor. Se imaginó como aquella foto servía para sus «sesiones». Y Shelgunov rompió a llorar. Luego lloró cada día, toda la vida.

Shelgunov corrió a ver a su madre para encontrar siquiera algo, al menos una línea escrita por Marina. Aunque no fuera dirigida a él. Encontró dos cartas, dos hojas gastadas, y se aprendió aquellas cartas de memoria.

La hija de un general, una actriz, escribe cartas a un hampón. En la jerga del hampa existe la palabra *jlestatsa*, que significa «jactarse de algo». La expresión llegó a la sucia jerga extraída de la gran literatura. *Jlestatsa* significa «ser Jlestakov[30]». El Rey tenía de qué *jlestatsa*, de qué jactarse:

«Aquel gusano, el novelista… Me parto de la risa. Mi querido Shura… Así hay que escribir las cartas; en cambio tú, perra de mierda, ni dos palabras sabes poner juntas…»

El Rey leía fragmentos de su propia «novelita» a Zoya Talítova, una prostituta.

«No tengo instrucción».

«No tiene instrucción, dice. A ver si aprendéis, microbios».

Todo esto se imaginaba con facilidad Shelgunov de pie en un oscuro portal moscovita. La escena de Cyrano, Christian y Roxana ejecutada en el noveno círculo del infierno, casi en los hielos del Extremo Norte. Shelgunov creyó en los hampones y estos lo obligaron a matar a su mujer con sus propias manos.

Las dos cartas se deshicieron, pero la tinta no se esfumó, el papel no se convirtió en cenizas.

Shelgunov leía cada día aquellas cartas. ¿Cómo conservarlas eternamente? ¿Con qué cola cubrir las ranuras, las grietas en las hojas oscuras de papel de correo, en otro tiempo blancas? De ninguna manera con cristal líquido. El cristal líquido las quemaría, las destruiría.

En todo caso, sí existe un modo de pegar las cartas para que vivan eternamente. Cualquier archivero conoce el método, sobre todo si es un archivero de un museo literario. Hay que hacer hablar las cartas, eso es todo.

El entrañable rostro femenino quedó enmarcado en un cristal junto a un icono ruso del siglo XII, algo por encima del icono de la Virgen de la Adoración. Aquel rostro femenino —la fotografía de Marina— estaba en su sitio, superaba incluso al icono… ¿Por qué Marina no podía ser una madre de Dios, una santa? ¿Por qué? ¿Por qué había tantas mujeres santas, comparables a los apóstoles y a los grandes mártires, y Marina era una simple actriz, una actriz que había colocado su cabeza sobre la vía del tren? ¿Era porque la religión ortodoxa no admitía entre sus ángeles a los suicidas? La fotografía se escondía entre los iconos, y ella misma era un icono.

A veces Shelgunov se despertaba por la noche y, sin encender la luz, buscaba a tientas sobre la mesa la fotografía de Marina. Los dedos congelados en el campo no podían distinguir el icono de la foto, la madera del cartón.

O tal vez Shelgunov estuviera simplemente borracho. Shelgunov bebía cada día. El vodka es por supuesto malo, el alcohol es un veneno, y el Antabus[31] un bien. Pero ¿qué hacer si sobre la mesa está el icono de Marina?

—Oye, Guenka, ¿te acuerdas de aquel gusano, del novelista, del escritor aquel? ¿Eh? ¿O ya te has olvidado de él? —preguntaba el Rey cuando llegaba la hora de retirarse a dormir y ya se habían cumplido todos los rituales de rigor.

—¿Cómo me iba a olvidar de él? Pues claro que me acuerdo. ¡Era el cabestro aquel, el asno! —y Guenka agitaba la mano con los dedos abiertos

tras su oreja derecha.

1967

La.gata.sin.nombre

La gata no tuvo tiempo de escapar a la calle y el chófer Misha la atrapó en el zaguán. Misha tomó un viejo buril, una corta barra de acero, y le rompió a la gata la columna y las costillas. Tras agarrar al animal por la cola, el chófer abrió con un pie la puerta y arrojó a la gata a la calle, a la nieve, en medio de la noche, con un frío de cincuenta grados bajo cero. La gata era de Krugliak, el secretario de la organización del partido en el hospital. Krugliak ocupaba todo un apartamento en una casa de dos pisos situada en el poblado de los libres, y en una habitación que se encontraba justo encima de la de Misha criaba un cerdo. El estucado del techo de Misha se cubrió de humedad, se hinchó y se volvió oscuro; el día anterior se había hundido y el estiércol se había precipitado desde el techo sobre la cabeza de Misha. Misha se dirigió a pedirle explicaciones a su vecino, pero Krugliak echó de su casa al chófer. Misha no era un mal tipo, pero la ofensa había sido grande, y cuando el gato cayó en manos de Misha…

Arriba, en el piso de Krugliak, todo el mundo había guardado silencio, nadie había salido en respuesta de los gemidos, de los gritos pidiendo ayuda de la gata. Además, ¿era ayuda lo que pedía a gritos el animal? La gata no creía que los hombres pudieran ayudarla, Krugliak o el chófer, quien fuera daba igual.

Recobrados los sentidos, la gata salió del montón de nieve al helado y brillante camino iluminado por la luz de la luna. Yo pasaba por allí y me la llevé al hospital, a un hospital penitenciario.

En los pabellones no nos permitían tener gatos, aunque había nubes de ratas y ninguna estricnina, ningún arsénico servía para nada, sin hablar ya de las ratoneras, de los cepos. El arsénico y la estricnina se guardaban bajo siete llaves y no se destinaban a las ratas.

Le rogué al practicante de la sección de neurología y psiquiatría que, por lo que más quisiera, se llevara el gato con los locos. Allí el animal se recuperó y recobró sus fuerzas. Se le cayó la cola helada y le quedó un muñón. Tenía una pata y varias costillas rotas. Pero el corazón seguía entero y los huesos se soldaron. Al cabo de dos meses la gata ya luchaba contra las ratas, y limpió de roedores la sección de neurología y psiquiatría del hospital.

Quien se erigió en protector de la gata fue Lionia, un simulador a quien hasta daba pereza desenmascarar, una nulidad de persona a la que, por un capricho inexplicable, había mantenido a salvo durante toda la guerra el doctor, un protector de los hampones a quien hacía temblar cualquier reincidente, pero no de miedo sino de admiración, respeto y veneración. «¡Un gran ladrón!», exclamaba el respetable doctor ante sus pacientes, evidentes impostores. No es que el médico persiguiera un fin comercial, fueran sobornos o favores. No. Sencillamente al doctor le faltaba la energía necesaria para apostar por el bien, de ahí que lo gobernaran los ladrones. Porque los verdaderos enfermos no sabían cómo conseguir que los ingresaran en el hospital, no sabían ni siquiera cómo llegar hasta el doctor. Por lo demás, ¿dónde está el límite que separa una verdadera enfermedad de una imaginaria, sobre todo en un campo de trabajo? El simulador, el paciente que exagera su enfermedad, y el realmente enfermo se distinguen poco el uno del otro. Un verdadero enfermo ha de convertirse en un simulador para ingresar en un hospital.

Pero a la gata el capricho de estos locos le salvó la vida. Al poco la gata se quedó embarazada y tuvo gatitos. La vida sigue.

Luego llegaron a la sección unos hampones que mataron a la gata y a dos de sus crías; las cocinaron en un perol, y a mi amigo, el practicante de guardia, le dieron una olla de sopa de carne, por su silencio y en signo de amistad. El practicante salvó para mí un garito, la tercera cría, una bolita gris cuyo nombre ignoré: me daba miedo dárselo, bautizarlo, pensaba que así llamaría a la mala suerte.

Entonces me marché a mi destino en la taiga y me llevé en el regazo a la cría, una hija de aquella gata tullida sin nombre que se comieron los hampones. En mi ambulatorio le di de comer, le fabriqué un ovillo, un

juguete, y le dejé un bote con agua. Lo malo era que mi trabajo me obligaba a viajar.

No podía encerrar al animal en el ambulatorio durante varios días. Tenía que dejarlo con alguien a quien su cargo en el campo le permitiera dar de comer a otro, ya fuera una persona o un animal, daba igual. ¿Un capataz? Los capataces odian a los animales. ¿Los guardianes? En su local la escolta solo tenía perros, perros pastores; dejar la gata allí era condenarla a una incesante tortura, a burlas, a ataques y a golpes diarios.

Dejé el garito con el cocinero del campo, Volodia Buyánov. Volodia era el repartidor de la comida en el hospital en el que antes había yo trabajado. Cierta vez en la sopa de los pacientes apareció una rata cocida. Volodia montó un escándalo, aunque todo aquel ruido no fue muy grande y era además inútil, porque ningún enfermo habría rechazado un plato más de sopa con la rata. La historia acabó con Volodia acusado de haberlo hecho aposta; en fin, la eterna letanía. La responsable de la cocina era una empleada libre, una contratada. De manera que a Volodia lo echaron del trabajo y lo mandaron al bosque a cortar leña. Allí es donde trabajaba yo de practicante. La venganza de la responsable de la cocina alcanzó a Volodia también en la taiga. El cargo de cocinero es un empleo envidiable. Contra Volodia se mandaban denuncias, había voluntarios para vigilarlo día y noche. Todo el mundo sabía que no le iba a tocar en suerte aquel empleo, pero de todos modos lo denunciaban, vigilaban, desenmascaraban… Finalmente a Volodia lo retiraron del cargo y el hombre me trajo de vuelta el animal.

Entonces le di el gato al barquero.

El río, o el «manantial» Duskania, como lo llaman en Kolimá, por cuyas riberas bajan nuestras talas del bosque, era, como todos los ríos y torrentes de Kolimá, de una anchura indeterminada, inestable, pues dependía del agua, y el agua bajaba en función de la lluvia, de la nieve, del sol. Por muy seco que se quedara el manantial en verano, era en cualquier caso imprescindible un transbordador, una barca para trasladar a los hombres de una orilla a otra.

Junto al río se levantaba una isba; en ella vivía el barquero, que también era el pescador.

Los cargos hospitalarios que se conseguían bajo mano no siempre eran fáciles de sobrellevar. Por lo general se realizaban tres trabajos en lugar de uno, y para los pacientes adscritos a las camas y con una «historia clínica», la cosa era aún más complicada, más sutil.

El barquero elegido debía además pescar para los jefes. Pescado fresco para la mesa del director del hospital. En el manantial Duskania había pesca, poca, pero la había. Quien pescaba personalmente para los jefes del hospital era el barquero, y lo hacía con bastante entrega. Cada día al atardecer, el chófer y transportista de leña del hospital pasaba a recogerle al pescador un oscuro y mojado saco cargado de peces y de hierba húmeda, echaba el saco a la cabina y el camión se dirigía al hospital. Por la mañana el chófer le devolvía al pescador el saco vacío.

Si la pesca era abundante, el director, tras escoger las mejores piezas, llamaba al médico jefe y al resto del personal de rango inferior.

Al pescador los de arriba ni siquiera le daban nunca *majorka*, pues consideraban que el empleo ya se veía compensado por la «historia», es decir, por su historia clínica.

Personas de confianza, es decir, jefes de brigada y oficinistas, vigilaban voluntariamente que el pescador no vendiera el pescado a espaldas de sus jefes. Y una vez más, todos escribían informes, desenmascaraban, denunciaban.

El pescador era un viejo preso y comprendía a la perfección que ante el primer fracaso daría con sus huesos en una mina. Pero no había fracasos.

Tímalos, salmones, peces omul se escondían en las partes sombreadas por las rocas, a lo largo del claro curso del río, siguiendo la corriente, la rápida corriente, sumergiéndose en la oscuridad, en las aguas más profundas, más tranquilas y seguras.

Pero allí mismo se encontraba la barca del pescador, y las cañas colgaban de la proa tentando a los tímalos. La gata se mantenía quieta, petrificada, como un pescador que vigila las boyas.

Y parecía que hubiera sido ella quien había plantado aquellas cañas, aquellos cebos. La gata se acostumbró rápidamente al pescador.

Cuando la arrojaban de la barca al agua, la gata nadaba ligera y de mala gana hasta la orilla, hasta casa. No hizo falta enseñarle a nadar. Aunque no

aprendió a alcanzar a nado al pescador cuando este amarraba la barca a dos varas de modo que quedara atravesada en la corriente, y pescaba. La gata esperaba paciente en la orilla el regreso del amo.

De un lado a otro del río, y a veces a lo largo de la orilla, atravesando remansos y pozas, el pescador colocaba palangres tirantes, sedales con anzuelos, con alevines como cebo. Así se pescaban piezas más grandes. Más tarde el pescador taponó con unas rocas uno de los brazos del río dejando cuatro canales, y cerró los canales con nasas que él mismo había trenzado con mimbre. La gata observaba atentamente aquella tarea. Las nasas se colocaban de antemano para que, cuando empezara la migración otoñal de los peces, la pesca no cayera en saco roto.

Para el otoño aún faltaba mucho, pero el pescador comprendía que la migración otoñal de los peces era lo último que haría en el hospital. Lo mandarían a la mina. Es cierto que durante un tiempo el pescador podría recoger bayas, setas. Alargaría la estancia una semanita más, que tampoco estaba mal. En cuanto al animal, la gata no sabía recoger ni bayas ni setas.

Pero el otoño no iba a llegar ni mañana ni pasado mañana.

De momento la gata pescaba con la pata en las partes poco profundas, agarrándose con fuerza a la grava de la orilla. Esta pesca era poco provechosa, pero el pescador le regalaba al animal los restos.

Después de cada pesca, de cada día de pesca, el pescador seleccionaba las capturas: los peces más grandes para el director del hospital, que guardaba en un escondite especial entre las mimbreras, en el agua. Los peces de tamaño mediano para los jefes inferiores, pues todos quieren comer pescado fresco. Y los más pequeños para él y la gata.

Los soldados de nuestra «expedición» se trasladaron a un nuevo lugar y dejaron con el pescador un cachorro de perro de unos tres meses, con la idea de recogerlo más tarde. Los soldados se proponían vender el cachorro a algún jefe, pero, o bien no apareció ningún comprador, o bien no llegaron a un acuerdo en cuanto al precio, y el caso es que nadie vino a recoger al cachorro hasta bien entrado el otoño.

El animal se adaptó sin problemas a la familia del pescador, trabó amistad con la gata, que era mayor que él, no en años, sino en sabiduría de la vida. La gata no le tenía ningún miedo y el primer ataque juguetón del

cachorro lo recibió de uñas, arañándole en silencio el hocico. Luego hicieron las paces y fueron amigos.

La gata le enseñaba a cazar al cachorro. Y tenía todo lo necesario para hacerlo. Haría unos dos meses, cuando la gata vivía aún con el cocinero, habían matado un oso y le habían arrancado la piel; la gata se arrojó sobre el oso, triunfante, y clavó sus uñas en la carne fresca y roja de la fiera. El cachorro, en cambio, se escondió entre gemidos bajo una litera del barracón.

La gata nunca había cazado con su madre. Nadie le había enseñado aquel arte. Yo la había alimentado con leche tras la muerte de su madre. Y sin embargo, era aquella gata un animal de armas tomar, que sabía todo lo que debía saber un gato.

Cuando aún estaba con el cocinero, aquel minúsculo gatito cazó un ratón, su primer ratón. Los ratones de campo de Kolimá son de gran tamaño, algo más pequeños que un gatito. Y aquella cría estranguló a su enemigo. ¿Quién le enseñó a sentir aquella furia, aquel odio? Una cría de gato bien alimentada, instalada en una cocina.

La gata se pasaba horas enteras junto a la madriguera de un ratón de campo. Y el cachorro se quedaba petrificado como la gata, imitándola en cada uno de sus movimientos, esperando el resultado de la cacería, el salto.

La gata compartía su botín con el cachorro, como si fuera otro gatito; le arrojaba el ratón cazado, y el cachorro rugía, aprendía a cazar ratas.

La gata no aprendía nada. Lo sabía todo de nacimiento. Cuántas veces vi como nacía en ella el instinto de la caza, y no solo el instinto, sino el saber, el arte de la caza.

Cuando la gata acechaba los pájaros, el cachorro, presa de una excitación extrema, se quedaba quieto esperando el salto, el golpe.

Había muchos ratones y pájaros. Y la gata no se mostraba perezosa.

La gata trabó una estrecha amistad con el cachorro. Juntos se inventaron un juego del que me habló mucho el pescador, pero también yo lo pude contemplar en tres o cuatro ocasiones.

Delante de la isba del pescador se extendía un claro, y en medio de este se levantaba un grueso tocón de alerce que medía unos tres metros de alto. El juego empezaba así: el cachorro y la gata se internaban corriendo en la

taiga y empujaban al claro a unas ardillas siberianas —unos diminutos animalillos rayados de ojos saltones— y las azuzaban una tras otra. El cachorro daba vueltas tratando de dar caza a la ardilla y la ardilla se salvaba, se ponía a salvo sin problemas encaramándose al tocón y esperaba a que el cachorro se distrajera para saltar y desaparecer en la taiga. El cachorro corría dando vueltas para ver el claro, el tocón y la ardilla encaramada al tronco.

Por entre la hierba venía corriendo la gata, subía en busca de la ardilla. El roedor saltaba del tronco y caía en las fauces del cachorro. La gata bajaba del tronco y el cachorro soltaba su presa. La gata examinaba la ardilla y con una pata se la acercaba al cachorro.

Yo recorría a menudo aquel camino; me preparaba en la isba un *chifir*, comía, dormía antes de emprender una larga travesía a pie por la taiga: tenía que recorrer veinte kilómetros hasta llegar a casa, al ambulatorio.

Yo observaba la gata, el cachorro, al pescador, su alegre ir y venir corriendo el uno tras el otro, y en cada ocasión pensaba en lo implacable del otoño, en lo frágil de aquella felicidad y en el derecho que tenía cada uno a esa fragilidad, el animal, el hombre, el ave. El otoño los separará, pensaba. Pero la separación llegó antes del otoño. El pescador tuvo que viajar al campo en busca de provisiones y cuando regresó la gata ya no estaba en casa. El hombre la buscó durante dos noches, remontó el río hasta muy lejos, examinó todos los cepos, todas las trampas, la llamó a gritos, la llamó por el nombre que el gato no tenía, ni conocía.

El cachorro estaba en casa, pero no pudo contar nada. El cachorro aullaba, llamaba a la gata.

Pero la gata no regresó.

[1967]

El pan ajeno

Aquel era un pan ajeno, el pan de mi compañero. Este confiaba solo en mí. Al compañero lo pusieron a trabajar en el turno de día y el pan se quedó conmigo en un pequeño cofre ruso de madera. Ahora ya no se hacen cofres así, pero en los años veinte las muchachas presumían de tener uno, uno de aquellos maletines deportivos, de piel de «cocodrilo» artificial. En el cofre guardaba el pan, una ración de pan. Si sacudía la caja, el pan se removía en su interior. El cofrecillo se encontraba bajo mi cabeza. No pude dormir mucho. El hombre hambriento duerme mal. Pero yo no dormía justamente porque tenía el pan bajo mi cabeza, un pan ajeno, el pan de mi compañero. Me senté en la litera… Tuve la impresión de que todos me miraban, de que todos sabían lo que me proponía hacer. Pero el encargado de día se afanaba junto a la ventana poniendo un parche sobre algo. Otro hombre, de cuyo apellido no me acordaba y que trabajaba como yo en el turno de noche, descansaba en aquel momento en una litera que no era la suya, en el centro del barracón, con los pies dirigidos hacia la cálida estufa de hierro. Aquel calor no llegaba hasta mí. El hombre yacía sobre la espalda, boca arriba. Me acerqué a él, tenía los ojos cerrados. Miré hacia las literas superiores; allí, en un rincón del barracón, alguien dormía o descansaba cubierto por un montón de harapos. Me acosté de nuevo en mi lugar con la firme determinación de dormirme. Conté hasta mil y me levanté de nuevo. Abrí el cofre y saqué el pan. Era una ración, un molde de trescientos gramos, frío como un trozo de madera. Me lo acerqué en secreto a la nariz y mi olfato percibió el casi imperceptible olor a pan. Volqué la caja y dejé caer sobre mi palma unas cuantas migas de pan. Me lamí la mano con la lengua y al instante la boca se me llenó de saliva y las migas se fundieron. Dejé de dudar. Pellizqué tres pedazos de pan, pequeños como la uña de un dedo

meñique, coloqué el pan en el cofre y me acosté. Desmenuzaba y sorbía las migas de pan. Y me dormí, orgulloso de no haberle robado el pan a mi compañero.

[1967]

El robo

Nevaba, el cielo se veía gris, también la tierra estaba gris y la hilera de hombres que se arrastraba de un montículo de nieve a otro se extendía por todo el horizonte. Luego tuvimos que esperar largo rato, mientras el jefe de brigada conseguía hacer formar toda la brigada, como si tras una de las colinas de nieve se escondiera algún general.

La brigada se formó de a dos y abandonó el sendero, el camino más corto a casa, al barracón, y dobló por otro camino, el de los caballos. Hacía poco que por allí había pasado un tractor, la nieve aún no había tenido tiempo de cubrir sus huellas, unas marcas parecidas a las de una fiera prehistórica. Caminar por allí costaba mucho más que por el sendero; todos se apresuraban, a cada instante alguien se apartaba del camino y, algo rezagado, se quitaba con premura el chaquetón de trapo cubierto de nieve para echar a correr y dar alcance a sus compañeros. De pronto, tras una curva, junto a un montón de nieve, apareció la figura negra de un hombre con un enorme abrigo de piel blanco. Solo cuando nos acercamos más descubrí que el blanco montón no era sino una pila pequeña de sacos de harina. Al parecer, un camión había embarrancado en el lugar, se había desecho de la carga y un tractor se lo había llevado de vacío.

La brigada avanzaba directamente hacia el guardián, a paso ligero junto a la pila. Luego redujo un poco la marcha, las filas se rompieron. Por fin, abandonando la oscuridad, los presos emergieron a la luz de la gran lámpara eléctrica que colgaba en el portón del campo.

La brigada se formó presurosa y desigual ante la entrada, los hombres se quejaban del cansancio y del intenso frío. Salió el vigilante, abrió el portón y dejó entrar a los hombres en la zona. Dentro del campo, la gente siguió

avanzando en formación hasta el barracón, y yo seguía sin entender lo que pasaba.

Solo al llegar la mañana del día siguiente, cuando empezaron a repartir la harina, sacándola con una cazoleta a modo de medida, comprendí que por primera vez en mi vida había participado en un robo.

El hecho no me produjo un gran trastorno: no había tiempo para pensar, cada uno tenía que cocinar su parte como pudiera, de alguno de los modos posibles en aquel lugar: hacer pasta con la harina, hervirla, preparar los célebres *rvantsí*[32], o simplemente hacer tortas de centeno, tortas o tortitas.

[1967]

La ciudad sobre la colina

A aquella ciudad sobre la colina me trasladaron por segunda y última vez en mi vida en el verano del año cuarenta y cinco. Dos años antes me habían sacado de aquella ciudad para llevarme a juicio, ante un tribunal; me echaron diez años y estuve rondando por las expediciones «vitamínicas», un destino que me prometía la muerte, en el que me dediqué a arrancar ramas de *stlánik*. Tras un tiempo en el hospital, me mandaron de nuevo a una expedición y me fugué, pues las condiciones en El manantial Almazni[33] eran insoportables; allí me capturaron y me dieron a juicio otra vez. Mi nueva condena no había hecho más que comenzar cuando el instructor llegó a la conclusión de que era poco el provecho que el Estado podría sacar de aquella nueva causa, de una nueva condena, de un volver a empezar el cumplimiento de mi pena, de un nuevo recuento de años de mi vida penitenciaria. El memorándum hablaba de una mina de castigo, de un campo especial donde debía permanecer desde entonces hasta el final del siglo. Pero yo no quise decir amén.

En los campos existe la norma de no devolver, de no enviar «de etapa» a los condenados a la misma mina en la que habían trabajado con anterioridad. Tras aquella medida se escondía un gran sentido práctico. Así el Estado protege la vida de sus «soplones», de sus informadores secretos, de sus perjuros, de sus falsos testigos. Aquello era lo mínimo que les tocaba por derecho.

Pero conmigo se comportaron de otro modo, y no solo por desidia del instructor. No, a los héroes de mis careos, a los testigos de mi causa anterior ya se los habían llevado de aquel campo especial. El jefe de brigada Nesterenko y el capataz, el segundo jefe de brigada Krivitski, el periodista Zaslavski[34] y Sháilevich —un hombre al que yo no conocía de nada— ya

no estaban en el campo de Dzhelgalá. A estos hombres, tratándose de presos reinsertados, de personas que habían demostrado su fidelidad, ya se los habían llevado de aquel campo especial. Por lo visto, el Estado pagaba honradamente el trabajo de sus falsos testigos y sus «soplones». Mi sangre, mi nueva condena eran el precio, el pago.

Ya no me llamaban a los interrogatorios, de modo que me encontraba no sin cierto contento en la abarrotada celda de instrucción de la Administración del Norte. Yo no sabía qué iban a hacer conmigo; no podía saber si considerarían mi fuga como un abandono no autorizado del puesto de trabajo, delito incomparablemente menos grave que el de una fuga.

Al cabo de tres semanas me mandaron llamar y me trasladaron a la celda de tránsito, donde junto a la ventana se sentaba un hombre con una gabardina, calzado con unas buenas botas y cubierto con un sólido chaquetón, casi nuevo. El hombre me «retrató» al momento, como dicen los hampones: comprendió enseguida que yo era el más común de los «terminales», un ser para el que estaban cerradas las puertas al mundo de su vecino. También yo lo «retraté»: en cualquier caso, yo no era un simple «gusano», sino un «gusano viejo». Tenía ante mí a un hampón al que, según deduje, iban a trasladar conmigo a alguna parte.

Nos llevaban a la «zona», al campo especial, a mi conocido Dzhelgalá.

Al cabo de una hora la puerta de nuestra celda se abrió.

—¿Quién es Iván Grek?

—Yo.

—Tienes un paquete —y el guardia le entregó a Iván algo envuelto; el hampón depositó el envoltorio con gesto parsimonioso encima de la litera.

—¿Falta mucho?

—Ya han llamado el coche.

Tras unas horas de viaje, entre acelerones y nubes de humo, el camión alcanzó Dzhelgalá y se plantó ante el portón de entrada.

El *stárosta*[35] salió del cuerpo de guardia y examinó nuestros documentos: los de Iván Grek y los míos.

Aquel campo era el mismo en el que yo había estado: el campo donde se formaba «sin último», donde los perros —fui testigo de ello— echaban del barracón a todo el mundo, a los sanos y a los enfermos, sin excepción

alguna, los echaban hacia el cuerpo de guardia, junto al portón del campo, desde donde salía un abrupto camino cuesta abajo, un camino que volaba a través de la taiga. El campo se encontraba sobre una colina, pero se trabajaba abajo, lo cual era una prueba más de que la crueldad humana no tiene límites. En la plazoleta, ante el cuerpo de guardia, dos vigilantes agarraban de manos y pies a todo el que se negara a trabajar —es decir, a los últimos en llegar— y, tras zarandearlos, los arrojaban cuesta abajo. El preso rodaba dando tumbos unos trescientos metros, abajo lo esperaba un escolta, y si el preso no se levantaba, no echaba a andar sacudido a patadas, a golpes, entonces lo ataban a un trineo y los caballos arrastraban al «remolón» a su lugar de trabajo; hasta las galerías había no menos de un kilómetro. Aquella escena yo la había visto a diario, hasta que me sacaron de Dzhelgalá. Ahora había regresado.

Que arrojaran a la gente montaña abajo no era lo más duro: así estaba pensado aquel campo especial. Tampoco lo era que un caballo arrastrara al preso a su lugar de trabajo. Lo peor era el final de la jornada, pues después del extenuante esfuerzo en medio de la helada intemperie, después de toda una jornada de trabajo, había que encaramarse, agarrándote de las ramas, los arbustos, los tocones, hasta el campo. Arrastrarte y además cargar con la leña hasta el barracón, «para su propio uso», como decía el mando.

Dzhelgalá era una empresa seria. Tenía, por descontado, brigadas de choque, como la de Margarián, aunque las había peores, como la nuestra, y también había hampones. Y, como en todas las minas de los campos de primera categoría, había un cuerpo de guardia con la inscripción: «Honor y gloria al trabajo, ejemplo de entrega y heroísmo».

Tampoco faltaban, por descontado, las denuncias, los piojos, la instrucción de causas y los interrogatorios.

En la sección sanitaria de Dzhelgalá ya no estaba el doctor Mojnach, un médico que, por orden del instructor, y tras verme cada día durante meses enteros en la cola del ambulatorio, escribió en mi presencia la nota: «El *ze-ka* tal, nombre y apellidos, está sano y nunca se ha dirigido a la unidad sanitaria de Dzhelgalá para pedir ayuda médica».

El instructor Fiódorov me decía entre carcajadas: «De entre toda la gente del campo, deme diez apellidos cualesquiera. Y verá como después de

pasar por mi despacho todos lo acusarán de algo». Era la pura verdad, y yo lo sabía tan bien como Fiódorov…

Fiódorov ya no estaba en Dzhelgalá; lo habían trasladado a otro destino. Tampoco estaba el doctor Mojnach.

¿Quién se encontraba entonces en la unidad sanitaria de Dzhelgalá? El doctor Yampolski, un contratado libre y antiguo *ze-ka*.

El doctor Yampolski no era siquiera practicante. Pero en la mina Spokoini[36], donde nos encontramos por primera vez, curaba a los enfermos solo con permanganato y yodo, aunque ningún profesor habría extendido una receta distinta a las del doctor Yampolski… Los mandos superiores, sabiendo que no había medicinas, tampoco exigían mucho. Luchar contra los piojos —una lucha inútil, imposible—, extender los vistos buenos formales en las actas de la unidad sanitaria, mantener el «control» del personal: eso era todo lo que el mando exigía del doctor Yampolski. Lo paradójico del caso es que, sin responder ante nadie ni de nada, sin curar a un solo enfermo, poco a poco Yampolski iba acumulando experiencia y no se le valoraba menos que a cualquier otro médico de Kolimá.

Yo había tenido con él un enfrentamiento bastante singular. El médico jefe del hospital en el que yo antes había estado internado le había mandado una nota a Yampolski rogándole que me ayudara a trasladarme al hospital. Y a Yampolski no se le ocurrió nada mejor que transmitir aquella carta al jefe del campo, es decir, algo así como denunciarme. Pero Yemeliánov no entendió la verdadera intención de Yampolski, y una vez nos encontramos y me dijo: «Ya lo mandaremos, ya lo mandaremos». Y me trasladaron. Ahora nos encontrábamos de nuevo. Y ya en la primera visita Yampolski me hizo saber que no iba a liberarme del trabajo, que iba a desenmascararme, a sacarme el agua clara.

Dos años antes yo había entrado en este campo con una negra «etapa» militar, gracias a la lista del señor Kariakin, el jefe de zona de la mina Arkagalá. Reunieron aquella «etapa» de víctimas según una lista confeccionada con presos de todas las administraciones, de todas las minas, y la mandaron al Auschwitz de turno, a los campos especiales de Kolimá,

campos de exterminio después del año treinta y ocho, cuando toda Kolimá ya era un campo de exterminio.

Dos años antes me habían sacado de aquí para llevarme a un juicio, a dieciocho kilómetros por la taiga, y lo que era un paseo para los soldados de la escolta —que además tenían prisa por llegar al cine—, no lo era en modo alguno para un hombre que se había pasado un mes en una celda de castigo ciega, a oscuras, con una taza de agua y una ración de pan de trescientos gramos al día.

También ahora encontré la celda de castigo, o, más exactamente, los restos de la celda; el pabellón de aislamiento era nuevo, la obra crecía. Recordé como el responsable de la celda, un soldado de escolta, tenía miedo de soltarme a lavar los platos al sol, en un chorro de agua, no en el río sino con el agua que salía de un caño de madera; era verano, hacía sol, el agua… El responsable de las celdas de castigo tenía miedo de dejarme ir a lavar los platos; no es que le diera pereza lavarlos él mismo, sencillamente ofendía a su dignidad de jefe. Era algo que no le correspondía por su grado. Pero el único arrestado, el único encerrado sin poder salir, era yo. Los demás castigados a celdas podían salir, y eran justamente sus platos los que se debían lavar. Y yo lo hacía con gusto, por el aire libre, por el sol, por el plato de sopa que me daban. Quién sabe si, de no ser por aquel paseo diario, habría alcanzado el edificio del tribunal, soportado todas las palizas que me cayeron por el camino…

Habían desmontado el viejo edificio de las celdas de castigo, solo quedaban de él los restos de los muros, los huecos chamuscados de las estufas. Me senté sobre la hierba y recordé el juicio, mi «proceso».

Era un montón de hierros viejos, un atado que se deshizo fácilmente, y revolviendo los hierros de pronto vi mi cuchillo, una pequeña navaja que en su tiempo me había regalado para el camino el practicante del hospital. La navaja no me hacía mucha falta en el campo, pasaba muy bien sin ella. Pero no hay ningún preso del campo que no se sienta orgulloso de poseer semejante tesoro. Por ambos lados de la cuchilla, la navaja estaba marcada con una cruz hecha con una lima. Aquel cuchillo me lo habían quitado en un registro hacía dos años. Y ahora de nuevo estaba en mi poder. Coloqué el cuchillo en el montón de hierros oxidados.

Dos años atrás yo había llegado aquí con Varpajovski, que hace tiempo que está en Magadán, con Zaslavski, que hace mucho que se encuentra en Susumán… ¿Y yo? Yo volvía por segunda vez al campo de castigo.

Se llevaron a Iván Grek.

—Acércate.

Sabía de qué se trataba. La tira que se veía en mi chaquetón, el cuello postizo de mi chaquetón, una bufanda tejida de algodón, una ancha bufanda de metro y medio de largo que inútilmente intentaba esconder, había atraído la experimentada mirada del *stárosta*.

—¡Desabróchate!

Me desabroché el chaquetón.

—Te lo cambio —el hombre señaló la bufanda.

—No.

—Mira que saldrás ganado.

—No.

—Luego será tarde.

—No.

Así empezó una cacería en toda regla tras mi bufanda, pero yo la cuidé bien, me la ataba durante el baño, nunca me la quitaba. Pronto la bufanda se llenó de piojos, pero me resigné a soportar aquella tortura con tal de salvar mi bufanda. A veces por la noche, para descansar de las picadas de los piojos, me la quitaba y veía como a la luz mi bufanda se movía, andaba. Tantos eran los piojos que tenía. Una noche no pude soportarlo más, habían encendido la estufa y hacía un calor desacostumbrado, de modo que me quité la bufanda y la dejé a mi lado sobre la litera. Y en aquel mismo instante la bufanda desapareció, se esfumó para siempre. Al cabo de una semana, al salir a formar resignado a caer en las manos de los vigilantes y salir volando pendiente abajo, vi al *stárosta* junto al portón. El cuello del hombre estaba envuelto en mi bufanda. La prenda, como es obvio, la habían lavado, hervido y desinfectado. El *stárosta* ni siquiera me miró. Yo tampoco miré más mi bufanda. Con dos semanas había tenido bastante de aquella guerra de nervios. Seguramente el *stárosta* le había dado menos pan al ladrón que el que me hubiera pagado el día de mi llegada. Quién sabe. Yo

no pensaba en eso. Me sentí aliviado incluso; se me empezaron a curar las picaduras y hasta pude dormir mejor.

Y sin embargo, nunca olvidaré aquella bufanda, aquella prenda de la que tan poco disfruté.

En mi vida en los campos casi no hubo manos anónimas que me ayudaran en las tormentas, en las ventiscas, compañeros sin nombre que me salvaran la vida. Pero recuerdo cada trozo de pan comido de manos ajenas, de manos que no fueran oficiales, cada uno de los pitillos de *majorka*. Muchas veces he dado con mis huesos en el hospital, he vivido nueve años yendo y viniendo del hospital a la galería, sin esperar nada, aunque tampoco sin despreciar una sola limosna. En muchas ocasiones he salido de un hospital para que en el primer campo de tránsito me desnudaran los hampones o los jefes del campo.

Aquel campo especial había crecido: el cuerpo de guardia, el pabellón de castigo, los edificios batidos desde las torres de vigilancia eran nuevos, como lo eran también las propias torres; pero el comedor era el mismo. Allí en mis tiempos, hace dos años, el exministro Krivitski y el experiodista Zaslavski se distraían, a la vista de todas las brigadas, con un terrible juego. Dejaban un trozo de pan, una ración de trescientos gramos, sobre una mesa, como si aquel trozo de pan no fuera de nadie, como si un cretino hubiera «abandonado» su pan; entonces alguno de los «terminales», esos seres medio idos por el hambre, se arrojaba sobre el pan, lo agarraba de la mesa, se lo llevaba a un rincón y, con sus encías escorbúticas, dejando huellas de sangre sobre la corteza, intentaba tragárselo. Pero el exministro, también exmédico, sabía que el hombre hambriento no podía tragarse el pan de golpe, no tenía dientes para ello, y dejaba que el espectáculo se desplegara en todo su esplendor para que no hubiera vuelta atrás, para que la prueba fuera irrefutable.

Una muchedumbre de presos furiosos se arrojaba sobre el ladrón pescado con el «cebo». Y cada uno se sentía en el deber de golpearlo, de castigarlo por su crimen, y aunque los golpes de aquellos hombres extenuados no podían romperle los huesos, el alma sí se la quebraban.

Aquella falta de piedad era del todo humana. Un rasgo que nos muestra cuán grande es la distancia entre el hombre y el animal.

El desdichado ladrón, apaleado, cubierto de sangre, se escondía en algún rincón del barracón, y entonces el exministro, el ayudante del jefe de brigada, pronunciaba ante los reunidos algún discurso retumbante sobre la maldad del robo y sobre el valor sagrado de la ración del campo.

Todo esto se producía ante mi vista, y yo, cuando miraba durante la comida a los «terminales», que lamían las escudillas con el movimiento clásico, el gesto ágil de la lengua, igual como la lamía yo con igual gesto ágil, pensaba: «Ahora no tardará en aparecer sobre la mesa el trozo de pan, el cebo, el pan en el anzuelo. Ya deben de estar por ahí el exministro, el experiodista, los provocadores, los fabricantes de causas, los falsos testigos». En mi tiempo, en aquel campo estaba muy extendido el juego del «cebo».

Aquella despiadada práctica recordaba a los tratos amorosos entre los hampones y las hambrientas prostitutas (si es que eran prostitutas), cuando los «honorarios» por el servicio consistían en una ración de pan o, mejor dicho, tal como se acordaba de antemano, en la cantidad de la ración que era capaz de comerse la mujer mientras estaban juntos. Y todo lo que no tenía tiempo de comerse la mujer se lo quitaba el hampón para llevárselo consigo.

—El cacho de pan aquel, yo antes voy y lo congelo en la nieve, y luego se lo meto en la boca: no conseguirá tragar mucho de aquel cacho helado… De modo que cuando acabo, el pan sigue enterito.

Esta impiedad en el amor de los hampones era algo ajeno al hombre. A un ser humano no se le puede ocurrir una cosa así, eso solo puede salir de la mente de un hampón.

Un día tras otro yo avanzaba hacia la muerte y no esperaba nada.

Seguía, no obstante, haciendo lo posible por alcanzar la puerta del campo, por salir a trabajar. Todo antes que negarme a trabajar. Por tres negativas te fusilaban. Así era en el treinta y ocho. Ahora corría el cuarenta y cinco, el otoño del cuarenta y cinco. Las leyes seguían siendo las mismas, sobre todo en los campos especiales.

A mí los guardianes aún no me arrojaban pendiente abajo. Esperaba a que el escolta alzara el brazo, y entonces me lanzaba al borde de la montaña helada y me deslizaba hacia abajo asiéndome de las ramas, agarrándome a

los salientes de la rocas, a los trozos de hielo. Lograba colocarme en la formación y echar a andar entre las maldiciones de toda la brigada porque marcaba mal el paso, aunque lo cierto era que no lo hacía mucho peor, que no era mucho más lento que el resto. Pero esa insignificante diferencia en mis fuerzas bastaba para convertirme en el objeto de la furia de los demás, del odio general. Mis compañeros se diría que me odiaban más que los guardianes.

Con mi calzado crujiendo por la nieve, me movía hacia el lugar de trabajo, mientras un caballo arrastraba a nuestro lado la víctima de turno del hambre y las palizas. Cedíamos el paso al caballo y nosotros mismos seguíamos a duras penas la misma dirección, hacia el comienzo de la jornada de trabajo. Nadie pensaba en el final de la jornada. Esta se acababa por sí sola, y se diría que no nos importaba si iba a terminar o no, si una nueva noche, si un nuevo día, iba a llegar o no.

El trabajo se hacía más pesado cada día, y yo notaba que era necesario tomar alguna medida.

—Gúsev. ¡Gúsev! Gúsev me ayudará.

Gúsev era mi pareja desde el día anterior; debíamos limpiar un nuevo barracón: quemar la basura y el resto echarlo afuera, bajo tierra, a la eterna congelación.

Yo conocía a Gúsev. Dos años atrás habíamos coincidido en la mina; fue justamente Gúsev quien me ayudó a encontrar el paquete que me robaron, quien me indicó a quién tenía que pegar; todo el barracón le dio una paliza al ladrón y el paquete apareció. Entonces le di a Gúsev un pedazo de azúcar, un puñado de frutos secos; tampoco se lo iba a dar todo por su ayuda, por la denuncia. En Gúsev podía confiar.

Encontré una salida. Romperme la mano. Con una barra de hierro corta me di en la mano izquierda, pero no conseguí otra cosa que hacerme unos morados. Tal vez ya no tuviera la fuerza necesaria para romper una mano humana, o tal vez tuviera en mi interior un guardián que me impedía golpear como es debido. Se lo propuse a Gúsev.

Gúsev se negó.

—Podría denunciarte. La ley castiga a los que se mutilan; te caerían tres años de propina. No he olvidado el azúcar. Pero no me pidas que te dé con

la barra, no lo voy a hacer.

—¿Por qué?

—Porque cuando te empiecen a sacudir en el interrogatorio, les dirás quién te lo ha hecho.

—No lo diré.

—Ni una palabra más.

Tenía que buscar un trabajo más ligero aún, más llevadero, y le pedí al doctor Yampolski que me cogiera para la construcción de la clínica. Yampolski me odiaba, pero sabía que yo antes había trabajado de enfermero.

Resulté ser un trabajador inútil.

—¿Qué pasa —me decía Yampolski rascándose su barba asiria—, que no quieres trabajar?

—No puedo.

—«No puedo»… Y me lo dices a mí, a un médico.

«Qué vas a ser tú médico», quise decir, pues sabía quién era Yampolski. Pero «si no te lo crees, pues tómalo por un cuento». En el campo todo el mundo es —da igual que sea preso o libre, peón o jefe— aquello por lo que se hace pasar… Y es algo que se tiene en cuenta tanto en la teoría como en la práctica.

Lo que estaba claro es que el doctor Yampolski era el jefe de sanidad y yo un peón, un preso castigado, un preso de un campo de castigo.

—Ahora sí que te he calado —decía lleno de furia el doctor—. Te voy a enseñar a vivir.

Yo callaba. Cuánta gente me había enseñado a vivir…

—Mañana lo verás. Mañana te enterarás de lo que es bueno…

Pero aquel «mañana» no llegó.

Por la noche, tras abrirse paso hasta nuestra ciudad sobre la colina, torrente arriba, llegaron dos camiones que, entre rugidos y estruendo, alcanzaron las puertas del campo y comenzaron a descargar.

Los camiones llevaban hombres, gente vestida con elegante ropa extranjera.

Eran repatriados. Venían de Italia, eran unidades de trabajo llegadas de Italia. ¿Gente de Vlásov? No. A nosotros, viejos habitantes de Kolimá,

arrancados como estábamos del mundo, el nombre de Vlásov nos sonaba a algo demasiado confuso; para los novatos, en cambio, era un nombre muy cercano y vivo. El instinto de autodefensa les decía: ¡A callar! A nosotros, en cambio, la ética de Kolimá nos impedía hacer preguntas.

En nuestro campo de castigo, en la mina de Dzhelgalá, se rumoreaba hacía tiempo que iban a traernos a unos repatriados. Gente sin años de condena. Sus veredictos llegarían más tarde, venían tras ellos. Pero eran hombres vivos, más vivos que los «terminales» de Kolimá.

Para los repatriados era el final del camino, de un camino iniciado en Italia, en los mítines. La Patria os llama, la Patria os concede el perdón. Y desde la misma frontera rusa se formó un corredor de escoltas que conducía hasta los vagones. Los repatriados llegaron directamente a Kolimá, llegaron para separarme del doctor Yampolski, para salvarme del campo de castigo.

A los repatriados no les quedaba nada más que su ropa de seda, sus recién estrenados uniformes militares extranjeros. Los relojes de oro, los trajes, las camisas, todo eso lo cambiaron por pan en el camino. Yo lo sabía bien, el viaje era largo y yo lo conocía. De Moscú a Vladivostok, cuarenta y cinco días de vagones de ganado. Luego el barco de Vladivostok a Magadán: cinco días; le siguen las interminables jornadas de los campos de tránsito, y he aquí el final del trayecto: Dzhelgalá.

En los vehículos que habían traído a los repatriados se llevaron a la dirección —hacia lo desconocido— a cincuenta hombres, presos condenados a campos de castigo. Yo no me encontraba en las listas, pero en ellas cayó el doctor Yampolski, un individuo al que no volví a ver nunca más en la vida.

También se llevaron al *stárosta*, y por última vez vi en su cuello mi bufanda, la prenda que tantos disgustos y sufrimientos me había ocasionado. Los piojos los habían exterminado, quemado, claro está.

De modo que ahora les tocaba a los repatriados: ahora era a ellos a quienes los guardias iban a columpiar y a arrojar pendiente abajo, y allí los iban a atar a los caballos y a arrastrarlos a trabajar hasta la mina. Como habían hecho con nosotros…

Estábamos a principios de septiembre, empezaba el invierno de Kolimá…

A los repatriados se los sometió a un registro, y aquello les produjo a todos una enorme conmoción. Los experimentados guardias del campo lograron descubrir algo que había pasado desapercibido en decenas de registros en «libertad», los cuales habían empezando ya en Italia: un pequeño papel, un documento, ¡el manifiesto de Vlásov! Pero la noticia no nos produjo ni la más mínima impresión. De Vlásov, de su ROA[37] nosotros ni siquiera habíamos oído hablar, y de pronto aparecía aquel manifiesto.

—¿Qué les va a pasar por eso? —preguntó uno que secaba el pan junto a la estufa.

—Pues nada.

Yo no sabía cuántos de ellos eran oficiales. A los oficiales de Vlásov los fusilaban; a juzgar por algunas cualidades de su psicología, de la manera de ser rusa, posiblemente todos aquellos hombres fueran soldados rasos.

Al cabo de dos años de aquellos hechos, me tocó trabajar de practicante en un campo de japoneses. Allí para cualquier cargo —ya fuera el de responsable de barracón, jefe de brigada o sanitario— se elegía siempre a un oficial, y, aunque los oficiales japoneses presos no llevaban uniformes en la zona del hospital, era algo que se daba por hecho.

Entre nosotros, en cambio, los repatriados se desenmascaraban, se denunciaban los unos a los otros siguiendo el más conocido y viejo de los modelos.

—¿Trabaja usted en la unidad sanitaria?

—Sí, allí trabajo.

—Han nombrado enfermero a Malinovski. Permítame informarle que Malinovski ha colaborado con los alemanes, trabajaba en las oficinas, en Bolonia. Yo mismo lo he visto.

—No es asunto mío.

—¿De quién, entonces?

—No lo sé.

—Es extraño. ¿A alguien le interesa una camisa de seda?

—No lo sé.

Se me acercó radiante el encargado del barracón; el hombre se marchaba, se iba, salía libre del campo especial.

—¿Qué, muñeco, te han pescado? ¿En guerrera italiana y al trullo? Os está bien empleado. ¡No haber servido a los alemanes!

Y entonces el novato dijo en voz baja:

—¡Nosotros al menos hemos visto Italia! ¿Y vosotros?

Al hombre se le nubló la cara, no dijo nada.

Kolimá no espantó a los repatriados.

—La verdad es que este sitio no está mal. Se puede vivir. Solo hay una cosa que no entiendo: ¿por qué los vuestros nunca se comen el pan, sus doscientos o trescientos gramos, según lo trabajado? Porque aquí esto se mide en tantos por ciento, ¿no?

—Así es.

—Os coméis la sopa y las gachas sin pan, y, Dios sabe por qué motivo, la ración de pan os la lleváis al barracón.

Por casualidad, el repatriado había dado con la piedra angular de las costumbres de Kolimá.

Pero no tuve ganas de contestarle:

«Pasarán dos semanas, y cada uno de vosotros hará lo mismo».

[1967]

El examen

Sobreviví, logré salir del infierno de Kolimá, solo porque me hice sanitario, porque acabé los cursos de practicante en el campo y aprobé el examen estatal. Pero antes, diez meses antes, hubo otro examen, el de ingreso, mucho más importante, especialmente valioso tanto para mí como para mi destino. La prueba de ruptura había sido superada. El plato de sopa del campo se diría que era algo parecido a la ambrosía; en la escuela no tuve noticia de este manjar de los dioses. No lo sabía por la misma razón por la que ignoraba la fórmula química del yeso.

El mundo en el que viven los dioses y los hombres es el mismo. Hay acontecimientos igualmente aciagos tanto para los hombres como para los dioses. Las fórmulas de Homero son muy ciertas. Pero en los tiempos de Homero no existía el subterráneo mundo del crimen, el mundo de los campos de concentración. El universo subterráneo de Plutón parece el paraíso, el cielo, comparado con este mundo. Pero también este mundo nuestro está tan solo un piso por debajo del de Plutón; los hombres se elevan de allí a los cielos, y los dioses nunca descienden, nunca bajan por la escalera más abajo del infierno.

El Estado ordenó que en estos cursos se admitiera a los presos «comunes»; y entre los del artículo 58, solo a los del punto 10: «propaganda», ningún punto más.

Yo tenía justamente el 58 punto 10; fui condenado durante la guerra por declarar que Bunin era un clásico ruso. Lo cierto es que yo había sido condenado dos y tres veces por artículos que me invalidaban para aquellos cursos. Pero valía la pena probar: en la administración del campo, después de las acciones del año treinta y siete, y más aún después de la guerra, había

tal desbarajuste que valía la pena jugársela, aunque la apuesta fuera tu propia vida.

El destino es un burócrata, un formalista. Es bien sabido que tan difícil es detener la espada del verdugo alzada sobre la cabeza del condenado como parar la mano del carcelero que abre la puerta de la libertad. La suerte, la ruleta, Montecarlo, el símbolo de la ciega casualidad poetizado por Dostoievski resultaron ser de pronto un esquema científicamente identificable, objeto de una ciencia superior. La apasionada voluntad de descubrir el «sistema» en un casino ha vuelto científica la suerte, la ha abierto al estudio.

La fe en la felicidad, en la suerte, en el final de esta suerte ¿es algo accesible a la comprensión humana? Y la intuición, la voluntad ciega, animal, de elegir, ¿acaso no tiene mayor fundamento que la casualidad? «Mientras tengas suerte, tienes que estar conforme con todo», me decía un cocinero del campo. ¿Se reduce todo a una cuestión de suerte? La desgracia es imparable. Pero también lo es la fortuna. O mejor dicho, aquello que los presos llaman fortuna, la suerte del preso.

¿Entregarse a la suerte cuando sopla el viento favorable y repetir por millonésima vez el viaje de la *Kon-tiki* por los mares de la humanidad?

O bien incrustarse en la grieta de una celda —¡toda celda tiene una grieta!— y lograr escabullirse afuera, a la oscuridad. O meterse como sea en un cajón que llevan hacia el mar y donde no hay sitio para ti; mientras se aclara la cosa, las formalidades burocráticas te salvarán.

Todo esto es la milésima parte de los pensamientos que entonces me podrían haber venido a la cabeza, pero que no se me ocurrieron.

La sentencia fue ensordecedora. Mi peso corporal ya había adquirido las condiciones necesarias para la muerte. La instrucción de la causa en una celda de castigo ciega, sin ventanas ni luz, bajo tierra. Un mes con una taza de agua y trescientos gramos de pan al día.

Aunque he estado en celdas de castigo peores. La expedición organizada para construir la carretera de Kadikchán se encontraba en una zona de castigo. Las zonas de castigo, las zonas especiales, los Auschwitz de Kolimá y las minas de oro de Kolimá cambian de lugar, se hallan en constante y siniestro movimiento, dejando tras de sí fosas comunes y celdas

de castigo. En la expedición de Kadikchán habían excavado una celda de castigo en la roca, en los hielos perpetuos. Allí bastaba pasar una noche para morirse, para helarse hasta perder la vida. Ni ocho kilos de leña podían salvarte en una celda de castigo como aquella. Usaban aquella celda los peones camineros. Los peones camineros tenían su propia administración, sus leyes sin escolta, sus prácticas. Después de los peones camineros, la celda de castigo se traspasó al campo de Arkagalá, y el jefe del sector de Kadikchán, el ingeniero Kiseliov, también consiguió el derecho de encerrar a sus presos «hasta la mañana». El primer experimento fracasó: dos hombres, dos pulmonías, dos muertes.

El tercero fui yo. «Desnudo hasta quedar en ropa interior y a la celda de castigo hasta la mañana». Pero yo tenía más experiencia que ellos. Había allí una estufa, pero era absurdo quemar leña, pues las paredes de hielo se fundían para congelarse de nuevo. Hielo encima de la cabeza, como también debajo de los pies. Un suelo cuyos tablones habían quemado hacía tiempo. Me pasé toda la noche caminando, con la cabeza escondida en el chaquetón, y salí con tan solo dos dedos de los pies congelados.

El sol de julio quemó mi pálida piel hasta tornarla marrón en dos o tres horas. Me juzgaron en julio, en un cuarto diminuto en la aldea de Yágodnoye, donde todos se sentaban pegados los unos a los otros, los miembros del tribunal y las escoltas, los acusados y los testigos, donde costaba distinguir quién era el acusado y quién el juez.

Resultó que, en lugar de la muerte, la condena me trajo la vida. Mi delito se castigaba según un artículo más llevadero que el que me había traído a Kolimá.

Los huesos me dolían sin parar, las úlceras-heridas no querían cerrarse. Y, lo principal, yo no sabía si podría estudiar. Tal vez las cicatrices que el hambre, las palizas y los empujones me habían producido en el cerebro fuesen ya eternas y yo estuviese condenado a rugir como una fiera sobre el plato del campo y a no pensar en otra cosa que en el campo hasta el final de mis días. Pero valía la pena arriesgarse; aún conservaba en el cerebro algunas celdas, las suficientes como para tomar esta decisión. La decisión salvaje de saltar como una fiera para dar con el camino que lleva al reino del hombre.

¿Y si me apalean y me arrojan del zaguán que lleva a los cursos, y me mandan de nuevo a la mina, a la odiada pala, al pico? ¡Qué le vamos a hacer! Simplemente continuaré siendo una fiera, eso es todo.

Tal era mi secreto, un enigma muy fácil de guardar, bastaba con no pensar en él. Y eso era lo que hacía.

El camión había abandonado hacía mucho tiempo la aplanada carretera central, la carretera de la muerte, avanzaba dando tumbos a causa de los baches, baches y más baches, mientras yo me golpeaba con los bordes de la caja. ¿Adonde me llevaba el camión? Me daba igual; no sería peor que lo que había dejado atrás en aquellos nueve años de ir y venir por los campos de trabajo de la mina al hospital. La rueda del mecanismo penitenciario me llevaba hacia la vida, y yo quería creer ansiosamente en que esta rueda no se detendría nunca.

Así es: me inscriben en la administración del campo, me ingresan en la zona. El vigilante de guardia abrió el paquete y no me gritó: «¡Apártate a un lado! ¡Espera!» Llega el baño, y entonces arrojo la ropa interior, que es un regalo del médico, pues en mis andanzas de mina en mina no siempre tenía ropa interior. Un regalo para el camino. Ropa blanca nueva. Aquí, en el campo de ese hospital, rigen otras normas, aquí la ropa interior está «despersonalizada», como estaba de moda en los viejos tiempos. En lugar de una ropa sólida de percal, me entregan unos harapos remendados. Me da igual que sean harapos. Que la ropa esté «despersonalizada». Pero no me alegro por mucho tiempo de recibir aquella ropa. Si es que «sí», aún tendré oportunidad de lavarme como es debido en los próximos días de baño, pero si es que «no», tampoco vale la pena hacerlo. Nos conducen a los barracones, barracones de dos literas, como los que hay en los vagones. De modo que es que sí, sí, sí… Pero todo estaba aún por llegar. Todo se sumerge en un mar de rumores. A los del artículo 58 punto 6 no los admiten. Después de esta noticia, a uno de nosotros, a Lúnev, se lo llevan y el hombre desaparece de mi vida para siempre.

A los del artículo 58 punto 1 —¡ah!— no los admiten. A los de KRTD [38], de ninguna manera. Eso es peor que cualquier traición a la patria.

¿Y los de la KRA[39]? KRA es lo mismo que el 58 punto 10. A los de la KRA sí que los admiten.

¿Y la ASA[40]? ¿Quién tiene la ASA? «Yo», responde un tipo con la cara sucia y pálida de haber estado encerrado, el mismo con quien hemos viajado dando tumbos en el camión.

La ASA es lo mismo que la KRA. ¿Y los de KRD[41]? Eso no es la KRTD, por supuesto, pero tampoco la KRA. A los de KRD no los admiten en los cursos.

Lo mejor es tener un 58 punto 10 sin más, sin ningún añadido de letras.

El 58 punto 7 es sabotaje. No te admiten. 58 punto 8. Terrorismo. Tampoco.

Yo tengo el 58. Con el punto 10. Yo me quedo en el barracón.

La comisión de admisión de los cursos de practicante adscrita al hospital penitenciario me permitió presentarme a las pruebas. ¿A las pruebas? Sí, a los exámenes. Al examen de admisión. ¿Qué pensaban? Los cursos son una institución seria, que concede un título. Los cursos deben saber con quién se las tienen.

Pero no se asusten. Hay un examen para cada materia. Lengua rusa: examen escrito; matemáticas: también escrito, y química: examen oral. Tres materias, tres pruebas. Los médicos del hospital, los profesores de los cursos mantendrán entrevistas con todos los futuros estudiantes antes del examen. Dictado. Durante nueve años no se había abierto la palma de mi mano, doblada por los siglos de los siglos para amoldarse al mango de una pala, una mano que no se abría si no era con un crujido, con un gran dolor, y solo en el baño, desagarrotada con el agua caliente.

Desdoblé los dedos con la mano izquierda, coloqué entre ellos una pluma, mojé el plumín en un tintero escolar y con mano temblorosa, cubierto de un sudor frío, escribí aquel maldito dictado. ¡Por Dios!

En el año veintiséis, hacía veinte años, había pasado por última vez un examen de lengua rusa: fue cuando ingresé en la Universidad de Moscú. En el tema «libre» saqué un doscientos por ciento y quedé exento de las pruebas orales. Aquí, en el campo, no había pruebas orales. ¡Razón de más! Razón de más para prestar atención: ¿era Turguénev o Babayevski[42]? Me daba exactamente igual. No era un texto difícil… Comprobé las comas, los puntos… Después de la palabra «mastodonte», punto y coma. Seguramente

sería Turguénev. En Babayevski no podía haber ningún mastodonte. Puntos y comas tampoco.

«Quise proponer un texto de Dostoievski o Tolstói, pero me asusté al pensar que me acusarían de propaganda contrarrevolucionaria», me contó más tarde el examinador, el practicante Borski. Todos los profesores, todos los maestros en pleno se habían negado a llevar a cabo el examen de lengua rusa, pues no confiaban en sus conocimientos.

Al día siguiente daban los resultados. Un sobresaliente. El único. En general los resultados del dictado habían sido lamentables.

Las entrevistas de matemáticas me asustaron. Las soluciones de los sencillos problemas que debía resolver me llegaban como una revelación, como un hallazgo, provocándome un horroroso dolor de cabeza. Pero, de todos modos, los resolví.

Estas entrevistas previas, que al principio me asustaron, me devolvieron la calma. Esperaba ansioso el último examen, o, mejor dicho, la última entrevista, la de química. Yo no sabía química, si bien pensaba que mis compañeros me ayudarían. Pero nadie se preocupaba por los demás, cada uno trataba de recordar lo suyo. En el campo no se acostumbra a ayudar a los demás, y yo no me ofendía por eso. Sencillamente esperaba mi destino, confiaba en mi entrevista con el profesor. En los cursos enseñaba química el académico de la Academia de Ucrania, profesor Boichenko, condenado a veinticinco años más cinco de destierro. También era Boichenko quien examinaba.

Al final del día, cuando se anunciaron los exámenes de química, nos dijeron que Boichenko no iba a realizar ninguna entrevista previa. Pues no lo consideraba necesario. Ya lo aclararía todo en el examen.

Para mí aquello era una catástrofe. Nunca había estudiado química. En la escuela, durante la guerra civil, a nuestro profesor de química, Sokolov, lo fusilaron. Me pasé largo rato tumbado en el barracón de los aspirantes aquella noche de invierno, recordando los tiempos de la guerra civil en Vólogda. Encima de mí dormía Suvórov, que había venido al examen desde una administración minera tan lejana como la mía y que padecía incontinencia urinaria. Me daba pereza pelearme con él. Temía que me propusiera intercambiar nuestros sitios, porque entonces sería él quien se

quejaría de su vecino de arriba. Sencillamente aparté la cara de aquel maloliente goteo.

Yo había nacido y pasado mi infancia en Vólogda. Esta ciudad del norte es extraordinaria. Allí, durante siglos, se fueron asentando los desterrados del zarismo: protestantes y rebeldes; durante varias generaciones, críticos diversos crearon en el lugar un clima moral específico, de un nivel superior al de cualquier otra ciudad de Rusia. En Vólogda las exigencias éticas y las pretensiones culturales eran mucho mayores. Allí la juventud pretendía seguir antes que en otros lugares los ejemplos vivos de sacrificio, de entrega personales.

Siempre me pareció sorprendente que Vólogda fuera la única ciudad de Rusia donde nunca había habido ni un solo levantamiento contra el poder soviético. Rebeliones parecidas sacudieron todo el norte: Múrmansk, Arjánguelsk, Yaroslavl, Kotlas. En la periferia del norte ardían las revueltas hasta Chukotka, hasta Olá, y eso sin hablar del sur, donde no había ciudad que no experimentara más de un cambio en el poder.

Y solo Vólogda, la nevada Vólogda, la Vólogda de los desterrados, callaba. Yo sabía por qué… El hecho tenía su explicación.

A Vólogda llegó en 1918 el jefe del Frente del Norte M. Kedrov[43]. Para fortalecer el frente y la retaguardia, su primera orden fue que se fusilara a los rehenes. Doscientas personas fueron pasadas por las armas en Vólogda, en una ciudad cuya población alcanzaba los dieciséis mil habitantes. Kotlas y Arjánguelsk fueron casos aparte.

Kedrov era el mismo Shigaliov[44] que anunciara Dostoievski.

La acción fue hasta tal punto inhabitual, incluso para aquellos tiempos sangrientos, que a Kedrov le pidieron explicaciones en Moscú. Kedrov ni pestañeó. Puso sobre la mesa ni más ni menos que una nota personal de Lenin. La nota se publicó en la revista *Historia militar* a principios de los años sesenta, o puede que antes. Este es su texto aproximado: «Estimado Mijaíl Stepánovich. Se le otorga un cargo importante para la república. Le ruego que no se muestre débil. Lenin».

En los años siguientes, Kedrov trabajó en la VChKMVD[45], siempre dedicado a desenmascarar, denunciar, vigilar, comprobar y eliminar enemigos de la revolución. En Yezhov[46], Kedrov vio al jefe de Interior

más leninista, más estalinista. En cambio Beria, quien sustituyó a Yezhov, no era del agrado de Kedrov. Kedrov mandó vigilar a Beria… Kedrov decidió entregar los resultados de aquel seguimiento a Stalin. Para entonces ya se había hecho mayor el hijo de Kedrov, Igor, que trabajaba en el Ministerio del Interior. Ambos acordaron que el hijo diera curso al informe siguiendo la cadena de mando, y si lo arrestaban, el padre informaría a Stalin de que Beria era un enemigo. Kedrov tenía un contacto muy seguro.

El hijo informó de los hechos por el canal reglamentario y fue arrestado y fusilado. El padre escribió la carta a Stalin, fue arrestado y sometido a un interrogatorio del que se encargó el propio Beria. Beria le rompió a Kedrov la columna vertebral con un palo de hierro.

Kedrov le escribió una segunda carta a Stalin contándole lo de su espalda rota y los interrogatorios de los que se había encargado Beria.

Después de esto, Beria le pegó un tiro a Kedrov en su celda. Stalin también le había enseñado esta segunda carta a Beria. La carta apareció junto con la primera después de la muerte de Stalin, en su caja fuerte.

Sobre estas dos cartas, sobre su contenido y las circunstancias que rodearon esta correspondencia «al más alto nivel», habló con toda claridad Jruschov en el XX Congreso del partido. Y el biógrafo de Kedrov repitió todo lo dicho en su libro.

¿Se acordaría Kedrov antes de morir de los rehenes de Vólogda a los que había fusilado? No lo sé.

A Sokolov, nuestro profesor de química, lo fusilaron entre aquellos rehenes. Por esta razón yo nunca había estudiado química. No conocía la ciencia del señor Boichenko, quien no pudo encontrar el tiempo necesario para responder a nuestras consultas.

De modo que mi destino era regresar a la galería y no llegar nunca a ser una persona. Poco a poco se agolpó en mí, me empezó a latir en las sienes una antigua furia y dejé de sentir miedo de nada. Algo tenía que pasar, me decía. La racha de buena suerte es tan inevitable como la de la mala, esto lo sabe cualquier jugador de cartas, sea el juego que sea… La apuesta era muy alta.

¿Pedir a los compañeros un manual? No había manuales. ¿Pedir que me explicaran algo de química? Pero ¿qué derecho tenía yo a robarles su

tiempo? Una maldición, esa era la única respuesta que yo podía recibir.

No me quedaba otra que concentrarme, reunir fuerzas y esperar.

Cuántos sucesos de orden superior entraban a formar parte de mi vida de modo imperioso, indiscutible, dictándome qué hacer, salvándome, apartándome, hiriéndome, sucesos inmerecidos, inesperados… Un capítulo importante de mi vida estaba relacionado con este examen, con aquel fusilamiento de hacía un cuarto de siglo.

Fui de los primeros en examinarme. Tenía ante mí a un sonriente Boichenko, superlativamente bien dispuesto hacia mí. Y en efecto, si bien ante el profesor no se encontraba un académico de la Academia de Ciencias de Ucrania, o un doctor en química, yo sí que era una persona diría que instruida, un periodista, alguien que había obtenido dos sobresalientes. Es cierto que vestido pobremente, escuálido además, seguramente un remolón, un simulador. Boichenko aún no había ido más allá del kilómetro veintitrés de Magadán, del nivel del mar. Era su primer invierno en Kolimá. Por muy gandul que fuera el hombre que se encontraba ante él, había que ayudarlo.

El libro de protocolos —las preguntas, las respuestas— se hallaba ante Boichenko.

—Bueno, no creo que con usted tardemos mucho. Escríbame la formula del yeso.

—No la sé.

Boichenko se quedó de piedra. Tenía ante él a un insolente, a un tipo que no quería estudiar.

—¿Y la fórmula de la cal?

—Tampoco la sé.

Ambos enloquecimos de furia. El primero en contenerse fue Boichenko. Aquella respuesta ocultaba algún misterio que Boichenko no quería o no sabía comprender, pero era posible que fuese un enigma que debía tratarse con respeto. Por lo demás, ya lo habían avisado. Se trataba de un aspirante bastante adecuado. No sea usted quisquilloso.

—Según el reglamento he de hacerte tres preguntas y anotarlas —Boichenko ya había pasado a tutearme—. Dos ya te las he formulado. Ahora viene la tercera: «El sistema periódico de Mendeléyev».

Me quedé callado, reclamando de mi cerebro, de mi garganta, de mi boca y labios todo lo que pudieran saber sobre el sistema periódico de los elementos. Sabía, por supuesto, que Blok había estado casado con la hija de Mendeléyev, podía contarle todos los detalles de ese extraño romance. Pero no era esto lo que esperaba de mí el doctor en química. Farfullé como pude algo muy alejado del sistema periódico bajo la mirada desdeñosa de mi examinador.

Boichenko me puso un aprobado y yo salvé la vida, salí del infierno.

Acabé los cursos, cumplí mi condena, alcancé a ver la muerte de Stalin y regresé a Moscú.

Boichenko y yo no tuvimos más trato, ni siquiera entablamos conversación alguna. Mientras estudié en los cursos, Boichenko me odió; debía de haberse tomado mis respuestas en el examen como un insulto infligido a un hombre de ciencia.

Boichenko nunca supo nada sobre la suerte de mi profesor de química, fusilado como rehén en Vólogda.

Y luego siguieron ocho meses de felicidad, de una felicidad ininterrumpida, durante los que me dediqué a absorber ávidamente, a succionar conocimientos, a estudiar, allí donde la nota de paso significaba para cada aspirante seguir con vida, y donde, conscientes de ello, los profesores —todos salvo Boichenko— entregaban a aquella muchedumbre variopinta y desagradecida todos sus conocimientos, todo su saber, que habían obtenido en trabajos de un rango no inferior al de Boichenko.

Superé el examen cuyo aprobado era la vida, aprobé el examen estatal. Todos obtuvimos el derecho a curar, a vivir, a albergar esperanzas. Me mandaron a trabajar de practicante a la sección quirúrgica de un gran hospital de campo; allí curé, viví y me fui convirtiendo, muy lentamente, en una persona.

Pasó cerca de un año.

Inesperadamente me llamó el director del hospital, el doctor Dóktor. Era un antiguo responsable político que había dedicado toda su vida a olfatear, desenmascarar, vigilar, investigar, denunciar y perseguir a presos condenados en Kolimá por causas políticas.

—El recluso practicante tal se presenta…

El doctor Dóktor tenía el pelo claro, algo pelirrojo, y llevaba unas patillas al estilo de Pushkin. Estaba sentado a la mesa y hojeaba mi expediente.

—Dime, a ver, ¿cómo viniste a parar a estos cursos?

—¿Cómo un preso puede ir a parar a unos cursos, ciudadano jefe? Un día lo llaman, toman su expediente personal, entregan el expediente a un guardia de escolta, lo meten en un coche y lo conducen a Magadán. ¿Cómo si no, ciudadano jefe?

—Largo de aquí —dijo el doctor Dóktor palideciendo de ira.

[1966]

Tras la carta

El radiotelegrafista, medio borracho, abrió de par en par mi puerta.

—Tienes carta del centro, pasa por mi choza —y desapareció entre la nieve en la oscuridad.

Aparté de la estufa las piezas de liebre que había traído de mi viaje; la cosecha había sido buena, uno casi no tenía tiempo de poner los lazos, y el techo del barracón estaba medio cubierto de liebres, de piezas congeladas… No había dónde venderlas, y como regalo —diez piezas— no eran un gran obsequio para pagar, para devolver algún favor. Pero antes había que descongelarlas. Yo entonces no estaba para liebres.

Una carta de la administración —un telegrama, un radiograma o un mensaje telefónico a mi nombre—: era la primera noticia que recibía en quince años. Una noticia atronadora, alarmante, como ocurre en las aldeas, donde cualquier telegrama anuncia una tragedia, o tiene que ver con alguna muerte. Me llamaban para anunciarme la liberación; no, para darte la libertad no se dan prisas, y además hacía tiempo que a mí me habían liberado.

Me dirigí a la casa del radiotelegrafista, a su palacio fortificado, a la estación, con sus troneras y sus tres cinturones de protección, con sus tres puertas con pestillos y candados que iba abriendo delante de mí la mujer del radiotelegrafista, y me abrí paso a través de ellas acercándome a la vivienda del amo. Llegué a la última puerta y penetré en un estruendo de alas, me envolvió un hedor de excrementos de aves; avancé entre gallinas que batían sus alas, cantos de gallo, inclinándome, protegiéndome la cara, y atravesé otro umbral, pero tampoco allí estaba el radiotelegrafista. Allí solo había cerdos, tres lechones bien limpios y cuidados y una puerca algo más grande. Aquel fue el último obstáculo.

El radiotelegrafista se hallaba sentado entre cajones con plantones de pepino y cajas con cebolla tierna. Se había propuesto convertirse de verdad en millonario. Aquel era también un modo de hacerse rico en Kolimá. El dinero fácil —un sueldo alto, la ración polar, los incontables tantos por ciento de complemento— era uno de los caminos. El segundo era el trapicheo del tabaco, del té. Y el tercero, la cría de aves y de cerdos.

Apretujado entre toda aquella fauna y flora, desde el borde mismo de la mesa, el radiotelegrafista me alargó un montón de papeles —todos eran iguales—, como el loro que ha de extraer mi papeleta de la suerte.

Rebusqué entre los telegramas, pero no entendía nada, no encontraba el mío, y el radiotelegrafista, con gesto condescendiente, sacó mi telegrama con la punta de los dedos…

«Venga por carta», es decir, «venga a por una carta»; en el Correo economizaban las palabras, pero el destinatario comprendía, cómo no, de qué se trataba.

Fui a ver al responsable de la zona y le mostré el telegrama.

—¿Cuántos kilómetros?

—Quinientos.

—Qué le vamos a hacer…

—Me las apañaré en cinco días.

—De acuerdo. Pero no tardes. No esperes el coche. Mañana los yakutos te acercan con los perros hasta Baragón. Allí los renos del correo te echarán una mano, vamos, si no eres tacaño. Lo principal es que llegues hasta la carretera central.

—Bien, gracias.

Salí de ver al jefe y comprendí que no alcanzaría aquella maldita carretera, que ni siquiera iba a llegar hasta Baragón, porque no tenía abrigo de piel. Yo era un habitante de Kolimá sin abrigo. Y la culpa era solo mía. Un año antes, al ser liberado del campo, el almacenero Serguéi Ivánovich Korotkov me había regalado un chaquetón de piel, blanco y medio nuevo. También una almohada. Pero mi intención era despedirme de todos los hospitales y marcharme al continente, de modo que vendí el abrigo y la almohada; lo hice sencillamente para no tener cosas de más, objetos que solo podían tener un destino: o me los robarían o me los quitarían los

hampones. Así lo decidí entonces. Pero no conseguí abandonar aquellas tierras: el departamento de personal, con el visto bueno del MVD de Magadán, no me dio el permiso de salida, de modo que cuando se acabó el dinero me vi obligado a ingresar de nuevo en los servicios del Dalstrói. E ingresé, y me mandaron allí donde estaba el radiotelegrafista y sus gallinas voladoras, pero no tuve tiempo de comprarme un abrigo de piel. ¿Pedirlo prestado a alguien para cinco días? En Kolimá simplemente se reirían de semejante favor. No quedaba otra alternativa que comprarme un abrigo en el poblado.

Y lo cierto es que di con la prenda y con quien me la vendiera. Aunque el abrigo —negro con un cuello espléndido de oveja— era más bien un chaquetón corto, no tenía ni bolsillos, le faltaban los faldones, solo le quedaban el cuello y unas anchas mangas.

—¿Qué pasa, le has cortado los bajos o qué? —le pregunté al vendedor, al vigilante del campo Ivánov.

Ivánov era soltero y de natural hosco. Había cortado los faldones del abrigo para hacer unas manoplas de piel, que por entonces estaban de moda. Del abrigo le salieron cinco pares de guantes, y cada par valía lo mismo que un abrigo entero. De modo que lo que había quedado de él ni siquiera podía llamarse medio abrigo.

—A ti qué más te da. Te vendo el abrigo. Por quinientos rublos. Y tú lo compras. O sea que la pregunta de si le he cortado o no los bajos sobra.

Tenía razón, la pregunta sobraba, así que me di prisa en pagarle a Ivánov y me llevé el abrigo a casa, me lo probé y me puse a esperar.

El trineo de perros, el yakuto, la veloz mirada de sus ojos negros, los dedos insensibles con los que yo me agarraba al trineo, el vuelo, las curvas, un río, los arbustos que me azotaban dolorosamente en la cara. Pero yo lo llevaba todo atado, bien sujeto. Diez minutos de viaje, volando, y apareció el poblado de correos, donde…

—Maria Antónovna, ¿me acercarán?

—Cómo no.

Aquí el año anterior, en verano, se había perdido un niño yakuto, un niño de cinco años, y Maria Antónovna y yo habíamos intentado emprender la búsqueda de la criatura. Nos lo impidió la madre. La mujer estuvo largo

rato fumando sin moverse de su asiento y luego dirigió hacia nosotros sus ojos negros:

—No hay que buscarlo. Vendrá solo. No se perderá. Esta es su tierra.

—Allí tiene los renos. Los cascabeles, el trineo, el palo del conductor. Este palo se llama *joréi*, no es un *ostol* como el que se usa con los perros.

Maria Antónovna se aburre tanto en el lugar que no hay viajero al que no acompañe lejos, más allá de las puertas de la taiga, a lo que aquí llaman «las puertas de la taiga».

—Hasta pronto, Maria Antónovna.

Corro junto al trineo, pero paso más tiempo sentado, me monto, me agarro del trineo, caigo de él y corro de nuevo. Hacia el atardecer aparecen las luces de la carretera, el rugido de los coches que surcan la oscuridad.

Pago a los yakutos, me acerco a un lugar para entrar en calor, una estación en la carretera. La estufa está apagada; no hay leña. Aunque al menos me encuentro bajo techo, entre cuatro paredes. Hay una cola para tomar un vehículo hacia el centro, a Magadán. La cola es corta, de una sola persona. Un coche hace sonar la bocina, el hombre sale corriendo a la oscuridad. Una bocina. Y el hombre se marcha. Ahora me toca a mí salir corriendo al frío exterior.

Un camión de cinco toneladas tiembla casi sin detenerse a mi lado. Hay un lugar libre en la cabina. Para ir tan lejos, con aquel frío, no se puede viajar en la caja.

—¿Adonde?

—A la orilla izquierda.

—No hay trato. Llevo carbón a Magadán, hasta la orilla izquierda no me sale a cuenta.

—Te pagaré hasta Magadán.

—Eso ya es otra cosa. Sube. ¿Sabes cuál es la tarifa?

—Sí. A rublo el kilómetro.

—La pasta por adelantado.

Saqué el dinero y pagué.

Al cabo de un rato el camión se zambulló en una blanca oscuridad, redujo la marcha. No se podía seguir: había niebla.

—Paramos a dormir, ¿eh? En Yevrashka.

¿Qué es Yevrashka? Yevrashka es como llaman a las marmotas. La estación de la marmota.

Nos acurrucamos en la cabina con el motor en marcha. Así nos quedamos hasta que amaneció, hasta que la blanca y nevada oscuridad dejó de parecemos tan aterradora como durante la noche.

—Ahora me meto un *chifir*, y en marcha.

El chófer hirvió un paquete de té en una lata de conservas, la enfrió en la nieve y se la bebió. Hirvió otra porción de agua, un «segundón», se tomó el té y guardó la lata.

—¡En marcha! ¿De dónde eres?

Se lo dije.

—He estado por esas tierras. Hasta he trabajado de chófer en vuestra zona. En vuestro campo hay un chorizo, Ivánov se llama, un vigilante. Me robó un abrigo de piel. Me pidió que se lo dejara para un viaje, hacía frío el año pasado, y si te he visto no me acuerdo. Ni rastro de él. Y no me lo ha devuelto. Se lo hice saber por otra gente. Y el tipo va y me contesta: «No sé nada de ningún abrigo, y punto». Hace tiempo que tengo pensado pasarme por ahí para sacarle mi abrigo. Un abrigo negro, bien peludo. ¿Para qué lo necesitaría, el abrigo aquel? Si acaso para hacer manoplas y venderlas. Ahora están de moda. Yo mismo podría haberlo hecho, pero ahora ni manoplas ni abrigo, ni Ivánov.

Me di la vuelta escondiendo el cuello de mi medio abrigo.

—Negro como el tuyo era. El muy perro. Bueno, ya hemos echado un sueño, ahora a meterle gas.

El camión echó a volar entre rugidos y zumbidos cuando tomaba una curva; el conductor, después del *chifir*, estaba en forma.

Kilómetro tras kilómetro, puente tras puente, mina tras mina. Ya era de día. Los coches se adelantaban, se cruzaban. De pronto todo crujió, se hundió, y el camión se detuvo agarrándose a la cuneta.

—¡Todo al diablo! —gritaba bailando el chófer—. ¡El carbón al diablo! ¡La cabina al diablo! ¡La caja al diablo! ¡Cinco toneladas de carbón al diablo!

El hombre no se había hecho ni un rasguño, yo no tenía ni idea de qué podía haber pasado.

Un Tatra checo que venía de frente había arrollado nuestro camión. En su carrocería de hierro no había ni un arañazo. Los que iban en el Tatra frenaron y bajaron del vehículo.

—¡Cuenta rápido! —gritó el conductor del Tatra—. Echa la cuenta de cuánto va a costarte el estropicio. Tu carbón y el parachoques nuevo. Te lo pagamos. Pero nada de actas, ¿está claro?

—De acuerdo.

—¿Y yo?

—Te subiré al primero que pase. Te faltan unos cuarenta kilómetros. Te llevarán. Hazme ese favor. Cuarenta kilómetros son una hora.

Acepté, me senté en la caja de un camión y me despedí del conocido del vigilante Ivánov.

Antes de convertirme en un trozo de hielo el camión empezó a frenar. Llegamos al puente. La orilla izquierda. Bajé.

Tenía que buscar un sitio para pasar la noche. No podía quedarme a dormir donde guardaban la carta.

Entré en el hospital; yo había trabajado allí en otro tiempo. Pero en un hospital penitenciario a la gente de fuera no le está permitido ponerse a buen recaudo, de modo que solo me quedé un minuto para entrar en calor. Vi pasar a un practicante al que conocía y le pedí que me diera cobijo.

Al día siguiente llamé a la puerta de la casa, entré y me entregaron en mano una carta, un sobre escrito con una letra que conocía bien, fulminante, voladora, y al mismo tiempo clara, precisa.

Era una carta de Pasternak[47].

1966

La medalla de oro

Al principio fueron las explosiones. Pero antes de las explosiones, antes de la isla Aptekarski, donde la dacha de Stolipin[48] saltó por los aires, fue el instituto femenino de Riazán y la medalla de oro. Por los logros y conducta sobresalientes.

Busco los callejones. Leningrado, ciudad museo, protege los rasgos de Petersburgo. Encontraré la dacha de Stolipin en la isla Aptekarski, pasaje Fonarni. La calle Morskaya, la avenida Zagorodni. Entraré en el bastión Trubetskói de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde se realizó el juicio y se pronunció la condena, texto que me sé de memoria y cuya copia, con el sello de plomo de la Oficina notarial de Moscú, he tenido hace poco en mis manos.

«En agosto de 1906, siendo miembro de la asociación criminal autodenominada Organización de Combate de Social-Revolucionarios Maximalistas, cuyos miembros se proponían el declarado objetivo de alterar por medio de la fuerza el modo fundamental de gobierno establecido por la ley…

…Constituye una necesaria colaboración en el atentado contra la vida del ministro del Interior mediante la explosión de la dacha sita en la isla Aptekarski en la que este residía con motivo del cumplimiento de sus obligaciones oficiales…»

A los jueces no les importa la gramática. Uno repara en los errores gramaticales de las sentencias al cabo de cincuenta años, no antes.

«A la noble Natalia Serguéyevna Klímova, de veintiún años de edad, y a la hija de un comerciante Nadezhda Andréyevna Teréntieva, de veinticinco… condenarlas a la pena de muerte mediante ahorcamiento, con todas las consecuencias que se derivan del artículo 28».

Lo que el tribunal entiende por las «consecuencias del ahorcamiento» es algo que saben los abogados, los hombres de leyes.

Ni Klímova ni Teréntieva fueron ejecutadas.

El presidente del tribunal de la circunscripción recibió durante la instrucción una solicitud del padre de Klímova, abogado de Riazán. La solicitud tenía un tono muy extraño, no se parecía ni a una petición ni a una queja, era algo parecido a un diario, a una conversación consigo mismo.

«… Habrá de parecerle cierta mi idea de que en el presente caso se halla usted ante una muchacha atolondrada que se ha visto atraída por la actual época revolucionaria…

Siempre ha sido una muchacha buena, dulce, bondadosa, pero también influenciable. No hace más de un año y medio se sintió atraída por las enseñanzas de Tolstói, quien predicaba el “no matarás” como el primer mandamiento. Durante unos dos años llevó una vida de vegetariana y se comportaba como una simple trabajadora: no permitía que las sirvientas la ayudaran a lavar su ropa, ni a limpiar su habitación, ni a fregar los suelos. Y ahora, de pronto, se convierte en la cómplice de este horrible asesinato, el motivo del cual estriba, en su opinión, en que la política del señor Stolipin no se corresponde con las condiciones actuales.

Me atrevo a asegurarle que mi hija no entiende nada de nada de política, que seguramente ha sido una marioneta en manos de individuos más fuertes, a quienes la política de Stolipin se les antoja, tal vez, perniciosa en grado sumo.

Me he esforzado en inculcar a mis hijos unas ideas correctas, pero he de reconocer que, en un tiempo tan caótico, la influencia de un padre no tiene efecto alguno. Nuestros jóvenes ocasionan grandes desgracias y sufrimientos a todos aquellos que los rodean, incluidos sus progenitores…»

La argumentación es original. Los comentarios al margen, extraños. Pero lo asombroso es el tono mismo de la misiva.

Esta carta salvó a Klímova. O mejor dicho, más que la propia carta, lo que la salvó fue la repentina muerte de Klímov, que se produjo al poco de haberla escrito y mandado.

La muerte concedía a la petición tal carga ética y elevaba todo el proceso judicial a tales cotas morales que ningún general de gendarmes se

habría atrevido a ratificar la pena de muerte a Natalia Klímova. ¡Guárdeme de semejante honor!

En el original de la sentencia aparece la ratificación siguiente:

«Ratifico la condena del tribunal, pero con la sustitución de la pena de muerte a ambas imputadas por la deportación a trabajos forzados *sine die* con todas las consecuencias derivadas de dicho castigo.

A 29 de enero de 1907. El segundo comandante en jefe, general de infantería Gazenkampf.

Fiel al original. Cotejado: el secretario del Tribunal, el consejero de Estado Menchukov.

Sello del Tribunal de la Circunscripción de Sata Petersburgo».

En la sesión del tribunal sobre el caso de Klímova y Teréntieva se produjo una escena en extremo peculiar, única, algo sin precedentes en los procesos políticos de Rusia, y no solo de Rusia. El incidente se recoge en el acta del juicio con una escueta fórmula propia de un oficinista.

A las acusadas se les ofreció la oportunidad de pronunciar un alegato final.

La sesión judicial celebrada en el bastión Trubetskói de la fortaleza de Pedro y Pablo fue muy breve: no superó las dos horas.

Las acusadas renunciaron a su derecho de réplica al discurso del fiscal. A pesar de admitir su participación en el atentado contra Stolipin, no se reconocieron, sin embargo, culpables. Las acusadas renunciaron al recurso de casación.

Y he aquí que, en sus últimas palabras, antes de morir, antes de que la ejecutaran, Klímova, aquella «muchacha influenciable», de pronto dio rienda suelta a su naturaleza, a su sangre salvaje, y dijo, hizo tales cosas que el presidente del tribunal, tras interrumpir aquellas postreras palabras, obligó a Klímova a abandonar la sala por su «conducta indecente».

La memoria respira a sus anchas en Petersburgo. Es algo que cuesta más en Moscú, donde las avenidas han cortado Jamóvniki por la mitad y el barrio de Presnia se ha visto aplastado, donde se ha desgarrado el entramado de las callejuelas, quebrado el devenir continuo de los tiempos…

El callejón Merzliakovski. Visité a menudo el Merzliakovski en los años veinte, cuando estudiaba en la universidad. En el callejón se encontraba la residencia universitaria femenina; en aquellas mismas habitaciones, veinte años antes, a principios de siglo, vivía la estudiante del Instituto Pedagógico de Moscú, la futura maestra Nadia Teréntieva. Aunque no llegó a maestra.

Povarskaya, 6 era la dirección de la residencia conjunta de Natalia Klímova y Nadezhda Teréntieva que constaba en el libro de registros de inquilinos del año 1905, tal como lo muestra la documentación del caso.

La casa a la que Natalia Klímova logró llevar las tres pesadas bombas de dinamita está en la calle Morskaya, 49, apartamento 4.

¿No sería en la Povarskaya, 6 donde Mijaíl Sokolov, *el Oso*, se encontró con Klímova para conducirla a la muerte y a la gloria? Porque no hay víctimas inútiles ni hazañas sin nombre. En la historia nada se pierde, solo se alteran las proporciones. Y si el tiempo quiere borrar el nombre de Klímova, lucharemos contra el tiempo.

¿Dónde está la casa?

Busco por los callejones. De joven era una de mis distracciones: subir las escaleras ya señaladas por la historia pero aún no convertidas en museo. Adivino, repito los movimientos de las personas que subieron esos escalones, que se detuvieron en los mismos cruces de calles para acelerar el curso de los acontecimientos, para apresurar el correr del tiempo.

Y el tiempo se puso en marcha.

Al altar de la victoria se llevan niños. Es una antigua tradición. Klímova tenía veintiún años cuando la condenaron.

La Pasión de Cristo, los misterios en que los revolucionarios desempeñaban sus papeles en el teatro de capa y espada, cambiándose de disfraz, escondiéndose en los portales, sustituyendo un tranvía por un veloz coche de caballos; el arte de escapar a un sabueso constituía uno de los primeros exámenes en esta universidad rusa. Quien acababa el curso completo iba a parar a la horca.

Sobre todo esto se ha escrito mucho, demasiado.

Pero lo que necesito no son libros, sino personas, no los mapas de las calles, sino los silenciosos callejones.

Al principio fue la causa. Al principio fueron las explosiones, la condena a muerte de Stolipin, tres *puds* de dinamita colocados en tres carteras de cuero negro; en cambio, de qué estaban hechos los envoltorios y qué aspecto tenían las bombas es algo que me callo. «Las bombas las traje yo, pero cuándo y de dónde, así como en qué, es algo que me callo».

¿Qué hace crecer a una persona en estatura? El tiempo.

El período de esplendor coincidió con el cambio de siglo, que fue cuando la literatura, la filosofía, la ciencia rusas, la moral de la sociedad rusa se elevaron a una altura hasta entonces nunca vista. Todo lo que acumuló el gran siglo XIX de moralmente importante, poderoso, todo se transformó en hechos vivos, en auténtica vida, en vivo ejemplo, y fue lanzado en un último combate contra la autocracia. La capacidad de sacrificio, la entrega hasta el anonimato: cuántos terroristas perecieron y nunca nadie supo sus nombres. El espíritu de sacrificio que halló en la unión de las palabras y los hechos la más suprema libertad, la fuerza suprema. Empezaron por el «no matarás», por el «Dios es amor», por el vegetarianismo y la entrega al prójimo. Las exigencias morales y la entrega personal eran tan altas que los mejores de los mejores, tras sentirse decepcionados por la no violencia, pasaron del «no matarás» a las «acciones», a los revólveres, a las bombas y a la dinamita. Y no tuvieron tiempo de sentirse decepcionados con la dinamita: todos los terroristas morían jóvenes.

Natalia Klímova era originaria de Riazán. Nadezhda Teréntieva había nacido en la fábrica de Beloretsk, en los Urales. Mijaíl Sokolov provenía de Sarátov.

Los terroristas nacían en provincias. En Petersburgo morían. El hecho tenía su lógica. La literatura clásica y la poesía del siglo XIX, con sus exigencias morales, se interiorizaba más profundamente en provincias, y justamente allí conducía a la necesidad de dar una respuesta al interrogante: «¿Qué sentido tiene la vida?»

Y este sentido de la vida se buscaba con pasión, con total entrega. Klímova encontró el sentido de la vida preparándose para repetir, para superar la hazaña de Peróvskaya[49]. Resultó que a Klímova no le faltaba fortaleza espiritual, no en vano había pasado su infancia en una familia más

que notable: la madre de Natalia Serguéyevna fue la primera mujer médico de Rusia.

Faltaba tan solo cierto encuentro personal, un ejemplo vivo, para que todas las fuerzas anímicas, espirituales y físicas se pusieran en máxima tensión, y la rica naturaleza de Natalia Klímova la impulsara y situara enseguida entre las mujeres más destacadas de Rusia.

Este impulso, esta relación personal fue el encuentro de Natasha Klímova con Mijaíl Sokolov *el Oso*.

La relación con Sokolov condujo el destino de Natalia Klímova a las más altas cimas del heroísmo revolucionario ruso, a la prueba de la entrega y la inmolación personal.

La «causa» que le inspiró el maximalista Sokolov fue la lucha contra la autocracia. Organizador hasta la médula, Sokolov era además un conocido teórico del partido. El terrorismo agrario y el terrorismo obrero fueron aportaciones del Oso al programa de la «oposición» social-revolucionaria.

Tras ser el jefe máximo en los combates de Presnia durante la Sublevación de Diciembre —Presnia le debe el mérito de haber resistido tanto tiempo—, Sokolov, que no hacía buenas migas con el partido, lo abandonó después de la Sublevación de Moscú y creó su propia «Organización de Combate de Social-revolucionarios Maximalistas».

Natasha Klímova fue su ayudante y esposa.

¿Esposa?

El casto mundo de la clandestinidad revolucionaria ofrece una respuesta particular a esta pregunta simple.

«Vivía con un pasaporte a nombre de Vera Sháposhnikova, con su marido Semión Sháposhnikov».

«Quisiera añadir que no sabía que Semión Sháposhnikov y Mijaíl Sokolov fueran la misma persona».

¿Con un pasaporte? En cambio, Natalia Klímova vivía en la calle Morskaya con otro pasaporte a nombre de Yelena Morózova, con su marido Mijaíl Morózov, el mismo que saltó por los aires con su propia bomba en la recepción de Stolipin.

El mundo clandestino de los pasaportes falsos y los sentimientos auténticos. Se consideraba que todo lo personal debía reprimirse, quedar

subordinado al gran objetivo de la lucha, en que la vida y la muerte significaban lo mismo.

He aquí un extracto del manual de la policía *Historia del Partido Social-Revolucionario*, escrito por el general de gendarmes Spiridónovich:

«El 1 de diciembre se detuvo en la calle al propio Sokolov, que fue ejecutado por sentencia del tribunal el día 2.

El día 3 se descubrió el apartamento secreto de Klímova, donde entre otras cosas se localizaron un *pud* y medio de dinamita, 7.600 rublos en billetes y siete sellos de diversas administraciones del Gobierno. Arrestaron a la propia Klímova y a otros destacados maximalistas».

¿Por qué Klímova se encontraba aún en Petersburgo tres meses largos después de la explosión en la isla Aptekarski? Esperaban al Oso. Los maximalistas tenían un congreso en Finlandia y no fue hasta finales de noviembre cuando el Oso y otros maximalistas regresaron a Rusia.

Natasha se enteró de la muerte de Sokolov durante la breve instrucción de su causa. No hubo nada de inesperado en aquella ejecución, en aquella muerte, y sin embargo Natasha seguía viva y el Oso no. En su *Carta antes de la ejecución*, ella habla sin aspavientos de la muerte de sus amigos íntimos. No obstante, Natasha nunca olvidaría a Sokolov.

En las celdas del Centro de Reclusión Provisional de Petersburgo, Natalia Klímova escribe su célebre *Carta antes de la ejecución*, que dio la vuelta al mundo.

Es una carta filosófica, escrita por una muchacha de veinte años. No es un adiós a la vida, sino un canto a la alegría de vivir.

Teñida de un espíritu de comunión con la naturaleza —actitud a la que Klímova permaneció fiel durante toda su vida—, la carta era extraordinaria. Por la frescura de sus sentimientos, por su sinceridad. En ella ni siquiera hay fanatismo, o vocación didáctica. Es una carta sobre la libertad suprema, sobre la felicidad que nace de la unión de las palabras con los hechos. La carta no era una pregunta, sino una respuesta. Se publicó en la revista *Instrucción*, junto con la novela de Marcel Prévost.

Yo he leído esa carta, un texto plagado de recortes y de elocuentes puntos suspensivos. Cincuenta años más tarde se volvió a publicar en Nueva York; los cortes eran los mismos, y tenía idénticas inexactitudes y

erratas. En esa copia neoyorquina la censura del tiempo también practicó sus cortes —el texto se chamuscó, se borró—, pero las palabras conservaron toda su fuerza, no traicionaron su elevado significado. La carta de Klímova llenó de emoción a Rusia.

Todavía hoy, en 1966, por muy lejanos que queden aquellos tiempos, el nombre de Klímova resuena al instante en los corazones y en la memoria de los intelectuales rusos.

—¡Ah, sí, Klímova! Su *Carta antes de la ejecución…* Sí, sí…

Esa carta no solo contiene las rejas de la cárcel, la horca, el eco de la explosión. No. En la carta de Klímova hay algo especialmente significativo para el hombre, particularmente importante.

El filósofo Frank[50] dedica a la carta de Klímova un enorme artículo titulado «La superación de la tragedia», publicado en el importante periódico de la capital *La Palabra*.

Frank ve en el documento la aparición de una nueva conciencia religiosa y escribe que «estas seis páginas superarán por su valor moral el sinfín de volúmenes dedicados a la filosofía actual y a la poesía de la tragedia».

Perplejo ante la profundidad de los sentimientos y las reflexiones de Klímova —que entonces tenía veintiún años—, Frank compara la carta con *De profundis*, de Oscar Wilde. Es una carta-liberación, una carta-salida, una carta-respuesta.

Y entonces, ¿por qué no estamos en Petersburgo? Porque tanto el atentado contra Stolipin como la *Carta antes de la ejecución* no fueron, al parecer, suficientes para esa vida grandiosa, singular, una vida que, sobre todo, supo sintonizar con su tiempo.

La *Carta antes de la ejecución* se imprimió en otoño de 1908. Las ondas luminosas, sonoras y magnéticas que provocó la carta recorrieron el mundo entero, y al cabo de un año, cuando aún no se habían acallado, calmado, una noticia asombrosa recorrió de pronto todos los callejones del globo terráqueo. Trece presas y la vigilante penitenciaria Tarásova habían escapado de la cárcel de mujeres moscovita Novínskaya.

Esta es la «Relación de elementos fugados en la noche del 30 de junio al 1 de julio de 1909 de la Cárcel Provincial de Mujeres de Moscú»:

«N. 6. Natalia Serguéyevna Klímova, condenada a pena de muerte mediante ahorcamiento por el Tribunal Militar de la Circunscripción de Petersburgo el 29 de enero de 1907, pero cuya ejecución se vio sustituida, a instancias de la Comisión de Indultos del Tribunal Militar de la Circunscripción de Petersburgo, por una cadena perpetua de presidio.

De veintidós años, constitución fuerte, cabello oscuro, ojos azules, cara rosada, tipo ruso».

La fuga pendió de un hilo tan fino que un retraso de media hora hubiera resultado fatal, pero finalmente fue un éxito completo.

Guerman Lopatin[51], que entendía bastante de fugas, llamó amazonas a las presas huidas de la prisión Novínskaya. En boca de Lopatin este calificativo no era simplemente una alabanza amistosa, algo irónica y aprobatoria. Lopatin captó la realidad del mito.

Lopatin comprendía como nadie qué significaba la fuga con éxito de una celda por parte de unas presas que habían sido reunidas allí casualmente y desde hacía poco, y cuyas «causas», intereses y trayectorias eran de lo más diversos. Lopatin comprendía que para convertir aquel variopinto colectivo en una unidad de combate, forjada en la disciplina de la clandestinidad, la cual es superior a la militar, hacía falta la fuerza de voluntad de un organizador. Y ese organizador justamente había sido Natalia Serguéyevna Klímova.

Cuyas «causas» eran de lo más diversas. En la fuga participó la anarquista Maria Nikíforova, la futura atamán Maruska de los tiempos de Majnó durante la guerra civil. El general Sláschev fusiló a la atamán Maruska. Maruska hacía tiempo que se había convertido en la imagen cinematográfica de la bella bandolera, en cambio Maria Nikíforova era el más auténtico de los hermafroditas y estuvo a punto de echar a perder la fuga.

En la celda (en la celda n.º 8) también había presas comunes, dos reclusas con sus hijos.

Esta es la fuga para la cual cosió la ropa la familia de Mayakovski, y el propio Mayakovski pasó un tiempo encerrado por este caso (lo estuvieron interrogando sobre el asunto).

Las presas se aprendieron de memoria el guión del futuro espectáculo, se estudiaron al dedillo su papel cifrado.

La fuga se preparó durante mucho tiempo. Para preparar la liberación de Klímova, vino del extranjero un representante del Comité Central del partido de los SR, el «general», como lo llamaban Koridze y Kaláshnikov, los organizadores de la fuga. Los planes del general fueron rechazados. Los SR moscovitas Koridze y Kaláshnikov ya estaban montando su «trama». Era una liberación «desde dentro», contando con las propias presas. A las presas debía liberarlas la vigilante penitenciaria Tarásova, quien también huiría con ellas al extranjero.

En la noche del 1 de julio las presas desarmaron a las vigilantes y escaparon a las calles de Moscú.

Sobre la fuga de las trece, sobre la «liberación de las trece» se escribió mucho en revistas y libros. Esta fuga pertenece también a la antología de la Revolución rusa.

Vale la pena recordar como la llave, colocada en el ojo de la cerradura que abría la puerta de salida, no giró en las manos de la vigilante Tarásova, que iba delante del grupo. Y como esta, impotente, se dio por vencida. Y como los fuertes dedos de la presa Guelma tomaron la llave de las manos de Tarásova, la colocaron en el ojo de la cerradura, la hicieron girar y abrieron la puerta hacia la libertad.

Vale la pena recordarlo: las presas salían de la cárcel cuando en la mesa de la vigilante de guardia sonó el teléfono. Klímova descolgó el auricular y respondió imitando la voz de la vigilante. Le hablaba el jefe de la policía: «Disponemos de informaciones de que en la cárcel Novínskaya se prepara una fuga. Tomen medidas». «Cumpliremos sus órdenes, excelencia. Se tomarán medidas». Y Klímova colgó el teléfono.

Vale la pena recordar la burlona carta de Klímova. Aquí está. Tengo en mis manos dos hojas arrugadas, aún vivas, de papel de carta. Una carta escrita el 22 de mayo a unos niños, a sus hermanos y hermanas menores, a quienes, siendo aún unas criaturas, su madrastra, la tía Olga Nikíforova Klímova, había llevado consigo más de una vez a las entrevistas con Natasha en Moscú. Estas entrevistas con los niños en la cárcel las había propuesto la misma Natalia Serguéyevna. Klímova consideraba que, para el

espíritu de esos niños, aquellas impresiones, aquellos encuentros en la cárcel podían ser muy provechosos. De modo que el 22 de mayo escribe una carta que concluye con unas palabras que no habían aparecido en ninguna de las cartas anteriores de la reclusa a cadena perpetua: «¡Hasta la vista! ¡Hasta un pronto encuentro!» La carra fue escrita el 22 de mayo. El 30 de junio Klímova se fugó de la cárcel. En mayo la fuga no solo ya estaba decidida, sino que todos los papeles ya habían sido aprendidos, y Klímova no pudo resistirse a hacer aquella broma. Por cierro, de todos modos el pronto encuentro no se produjo; los hermanos y hermanas nunca se encontraron con su hermana mayor. La guerra, la revolución, la muerte de Natasha.

Las presas liberadas, acogidas por sus amigos, desaparecieron en una cálida y negra noche de primeros de julio. Natalia Serguéyevna Klímova era la figura más relevante en esta fuga, y su salvación, su huida, entrañaba dificultades especiales. Por aquel entonces las organizaciones políticas estaban llenas de provocadores, y Kaláshnikov adivinó las intenciones de la policía y resolvió aquella partida de ajedrez. Kaláshnikov se encargó personalmente de sacar a Klímova; aquella misma noche puso a Natalia Serguéyevna en manos de un hombre que no tenía ningún tipo de conexión con el partido, era un conocido, nada más, un ingeniero ferroviario que simpatizaba con la revolución. Klímova vivió un mes en Moscú, en casa del ingeniero. Tanto Kaláshnikov como Koridze hacía tiempo que estaban detenidos, toda Riazán había sido puesta patas arriba con tanto registro y emboscada.

Pasado un mes, el ingeniero viajó con Natalia Serguéyevna como si se tratara de su esposa por la Gran Carretera de Siberia. En camello, a través del desierto de Gobi, Klímova llegó hasta Tokio. Y en barco, desde Japón hasta Italia. Hasta París.

Llegaron a París una decena de presas. A tres las atraparon el mismo día de la fuga: a Kartashova, Ivánova y Shishkariova. Las procesaron, les añadieron otra pena, y quien intervino en el juicio como abogado fue Nikolái Konstantínovich Muraviov, el futuro presidente de la Comisión del Gobierno Provisional encargado de interrogar a los ministros del zarismo, el futuro abogado de Ramzin[52].

Así se trenzan en la vida de Klímova los apellidos de personas procedentes de los más diversos peldaños de la escala social, pero siempre los mejores de los mejores, los más capaces de los más capaces.

Klímova era una persona incombustible. Sin apenas haber descansado después de dos años de presidio, después de aquella fuga a través de medio mundo, Klímova busca de nuevo entrar en combate. En 1910 el Comité Central del Partido Social-Revolucionario encarga a Sávinkov[53] que forme un nuevo grupo de combate. Elegir un grupo no es tarea fácil. Por encargo de Sávinkov, un miembro del grupo llamado Chernavski recorre Rusia, llega a Chitá. Los excombatientes no quieren volver a las bombas. A su regreso Chernavski informa de su fracaso.

Este es su informe, publicado en la revista *Penales y deportaciones:*

«Mi viaje (a Rusia, a Chitá, para visitar a A. V. Yakímova y V. Smirnov) no permitió completar el grupo. Los dos candidatos previstos se negaron a unirse a él. En el viaje de vuelta me imaginaba por anticipado cómo afectaría este fracaso al ánimo ya de por sí decaído de los camaradas. Mis temores no se vieron confirmados. El fracaso del que informé fue compensado por un éxito que se produjo en mi ausencia. Me presentaron a un nuevo miembro del grupo, a Natalia Serguéyevna Klímova, conocida maximalista huida no hacía mucho de una prisión penal moscovita con un grupo de presidiadas políticas. Uno de los miembros del Comité Central sabía dónde se hallaba nuestro grupo en cada momento, de modo que nos pusimos en contacto. Fue a través de este miembro como N. S. informó a Sávinkov de su deseo de entrar a formar parte del grupo, y, como es evidente, fue aceptada con los brazos abiertos. Todos comprendíamos perfectamente hasta qué punto el ingreso de N. S. reforzaba al grupo. Ya he señalado antes que en mi opinión M. A. Prokófieva era el elemento más poderoso del grupo. Ahora teníamos a dos miembros de peso, y yo, sin querer, los comparaba, sopesaba su poder. Me vino a la memoria el conocido poema en prosa de Turguénev *El umbral*. Una muchacha rusa traspasa el fatídico umbral, a pesar de las voces de advertencia que desde más allá del umbral le anunciaban todo género de desgracias: “Frío,

hambre, odio. Burlas, desprecio, ofensas, cárcel, enfermedad y muerte", hasta que llega a sentirse desencantada de aquello en lo que creía. Klímova y Prokófieva hacía tiempo que habían traspasado aquel umbral y en buena medida ya habían experimentado las desdichas que les anunciaban las voces precavidas, pero su entusiasmo no se había debilitado ni en un ápice a pesar de las pruebas soportadas; su voluntad incluso se había templado y fortalecido. Desde el punto de vista de la entrega a la revolución, de su disposición al sacrificio fuera este el que fuera, entre ambas mujeres se podía establecer sin temor alguno un signo de igualdad: eran igual de fuertes y valiosas. Pero bastaba con observarlas atentamente durante varios días para convencerse de que en realidad no se parecían tanto y que en determinados aspectos eran diametralmente opuestas. Sobre todo saltaba a la vista el contraste entre su estado de salud. Klímova, que había tenido tiempo de recuperarse tras el presidio, se mostraba como una mujer floreciente, saludable, fuerte; Prokófieva padecía tuberculosis, y el proceso estaba tan avanzado y se reflejaba con tanta evidencia en su aspecto físico que, sin quererlo, uno tenía la impresión de hallarse ante una vela a punto de consumirse.

Igualmente diferentes eran sus gustos, su actitud ante el entorno, todo su fuero interno.

Prokófieva había crecido en una familia de viejos creyentes en la que, generación tras generación, se transmitían unos hábitos ascéticos y un espíritu sectario. La escuela y, posteriormente, su entrega al movimiento de liberación expulsaron de su visión del mundo las ideas religiosas, pero en su manera de ser quedó la huella casi imperceptible de algo parecido al desprecio hacia todas las alegrías de la vida, el rastro de una aspiración imprecisa hacia lo sublime, a separarse de la tierra y de las pequeñeces mundanas. Es posible que este matiz de su carácter se viera en parte alimentado y subrayado por su dolencia. Klímova representaba todo lo contrario. La mujer hacía suyas todas y cada una de las alegrías de la vida, porque aceptaba la vida en su integridad, con todas sus amarguras y alegrías, como si estas estuvieran orgánica e inseparablemente unidas las unas con las otras. No se trataba de una concepción filosófica, sino de la percepción inmediata de una personalidad rica y poderosa. Klímova

consideraba el acto heroico y el sacrificio como las alegrías más poderosas y más deseadas de la existencia.

Llegó a nosotros pletórica de vida, risueña, y llenó nuestro grupo de una gran animación. Se diría que ya no había nada que esperar. ¿Por qué no ponerse manos a la obra con las fuerzas existentes? Pero Sávinkov nos indicó que sobre el grupo pendía de nuevo un interrogante. Nos contó que en mi ausencia había vivido con el grupo Kiriujin, llegado de Rusia y que al cabo de poco tiempo despertó las sospechas de Sávinkov.

—Miente mucho —explicó Sávinkov—. En cierta ocasión me vi obligado a soltarle todo un discurso sobre la necesidad de ser más comedido con su chachara. Puede que se trate tan solo de una lengua demasiado suelta. Ahora está otra vez en Rusia, ha tenido una hija. Ha de volver de un día a otro. Habría que observarlo más de cerca.

Al poco de mi llegada a Guernsey, en nuestro horizonte apareció otro punto negro. “Ma” (M. A. Prokófieva) parecía apagarse por momentos, cada día estaba más débil. Como es natural, surgió el temor de que aquella vela mortecina se extinguiera pronto. Todos sentían lo valiosa y necesaria que era su luz serena y pura en nuestra tenebrosa clandestinidad, y todos se sintieron alarmados. El médico del lugar nos aconsejó que ingresáramos a la enferma en un sanatorio especial; lo mejor era llevarla a Davos. Sávinkov tuvo que poner no poco empeño para convencer a M. A. de que se dirigiera a Davos. Después de un prolongado combate llegaron a un acuerdo, que al parecer se produjo sobre la siguiente base: Sávinkov se comprometía a avisarla cuando el grupo estuviera preparado para dirigirse a Rusia, y a ella se le concedía el derecho, en función de cómo se sintiera, a decidir si proseguir con la cura o abandonar el sanatorio y unirse al grupo.

Para entonces Sávinkov había tenido noticias de que el compañero F. A. Nazárov, a quien él conocía, había acabado su pena de presidio y había sido mandado a su destino de deportación. Nazárov había matado al provocador Tatárov, pero lo habían condenado por alguna otra causa a una breve pena. Al mismo tiempo que M. A. era enviada a Davos, Sávinkov mandó de París a Siberia a un joven para que fuera a ver a Nazárov y le propusiera que se integrara en el grupo. Ese joven, cuando se estaba formando el grupo, se

ofreció como candidato, pero lo rechazaron. Esta vez le habían prometido que si cumplía con éxito la misión lo admitirían en el grupo.

De la isla de Guernsey, el grupo se trasladó al continente y se instaló en una pequeña aldea francesa a unos cinco o seis kilómetros de Dieppe. Llegó Kiriujin. Ahora éramos siete: Sávinkov y su mujer, Klímova, el Fabrikant, Moiseyenko, Kiriujin y Chernavski. Kiriujin se mostró como siempre, sencillo y tranquilo. No le descubrí ninguna mentira. Nuestra vida era un aburrimiento. Una costa llana, triste. Un tiempo otoñal melancólico. Durante el día recogíamos los trozos de madera que el mar arrojaba en la playa, para hacer leña. Desde los tiempos de nuestra estancia en New Key no habíamos tocado las cartas, también nos olvidamos del ajedrez. De nuestras charlas de antaño no quedaba ni rastro. De vez en cuando intercambiábamos alguna que otra frase corta, pero sobre todo permanecíamos callados. Cada uno atendía a las figuras que dibujaba el fuego y fundía en ellas sus nada alegres pensamientos. Se diría que todos nos convencimos de que, según nuestra propia experiencia, la labor más agotadora era la de esperar con los brazos cruzados, sin saber cuánto tiempo de espera nos quedaba aún.

En cierta ocasión alguien propuso: “¿Por qué no asamos patatas en el fuego? Así mataremos dos pájaros de un tiro: 1) tendremos por las tardes una ocupación interesante y 2) nos ahorraremos la cena”.

La propuesta fue aceptada, pero todos aquellos intelectuales resultaron ser muy malos cocineros; solo el marinero (Kiriujin) mostró en este campo un gran talento. Pido mil excusas por dedicar tanta atención a estas tonterías. Pero no puedo dejar de lado la historia de las patatas asadas.

Pasó cerca de un mes; debíamos de estar en diciembre de 1910. Todos nos moríamos de aburrimiento, pero Kiriujin más que nadie. Empezó a visitar Dieppe de vez en cuando y un día regresó achispado. Al atardecer Kiriujin se sentó en su lugar junto al fuego y se entregó a su labor acostumbrada. Junto al hogar ya perdió del todo el oremus: las patatas no le obedecían e incluso sus manos se resistían a su voluntad. Natasha Klímova se burló de él:

—A lo que parece, Yákov Ipátich, ha perdido usted su arte en algún lugar de Dieppe. Veo que hoy no le va a salir nada…

Empezó un toma y daca. Kiriujin soltaba cada vez más a menudo la elocuente frase de «como si no supiéramos quiénes son».

—No sabe usted nada. A ver, dígame, ¿qué es lo que sabe?

Kiriujin perdió por completo los estribos:

—¿Que se lo diga? ¿Se acuerda de cuando ustedes, los maximalistas, se reunieron en un apartado del restaurante Palkin como si fueran a montar una juerga? Aquel día, en la sala común del restaurante se hallaba el vicedirector del departamento de policía. ¿Se acuerda? Y después de la reunión, ¿se acuerda usted de adonde fue? ¡Y no estaba sola! —concluyó con aire triunfal.

Del asombro, a Natasha se le abrieron los ojos como platos, a punto de salirse de sus órbitas. Entonces llamó a Sávinkov y le dijo que, ciertamente, bajo la apariencia de una fiesta organizaron una reunión en un apartado del restaurante. Se les había informado de que en la sala común se hallaba el vicedirector del departamento de policía. No obstante, celebraron la reunión hasta el final y luego cada uno se fue por su lado sin problemas. Natasha se marchó a pasar la noche con su marido al hotel, a las islas.

Por la mañana a Kiriujin se le preguntó de dónde había obtenido aquellos datos. Dijo que se lo había contado Feit Sávinkov se dirigió a París, convocó allí a Kiriujin y al poco regresó solo. Resultó que Feit no le había dicho nada, ni se lo podría haber dicho, ya que desconocía los hechos referidos. A Kiriujin se le preguntó de nuevo dónde se había enterado de aquello. Y entonces contestó que se lo había contado su mujer, y que esta se había enterado por unos conocidos que eran gendarmes. Lo expulsaron.

Tras reunirse con el grupo, Sávinkov planteó votar la cuestión de si teníamos derecho a declarar que Kiriujin era un provocador. Y el resultado afirmativo fue unánime. Decidimos dirigirnos al Comité Central y preguntar si podíamos publicar en el órgano del partido el anuncio de que Kiriujin era un provocador. Cuando después de las deliberaciones de New Key llegamos al convencimiento de que Rotmistr era un provocador, aun así no nos decidimos a declararlo como tal, pues creíamos no tener los datos suficientes para dar ese paso. Por eso nos limitamos a informar al Comité Central sobre su exclusión del grupo por sospechar que era un provocador.

Sabíamos que iba a instalarse en Meudon (creo que cito bien el nombre de aquella pequeña ciudad cercana a París), alejado de los emigrantes.

Los inesperados acontecimientos relacionados con Kiriujin nos mostraron lo ridículos e insensatos que éramos jugando al escondite por los apartados rincones de Europa occidental, mientras el departamento de policía sabía de nosotros todo lo que quería saber: de haberlo querido, hasta se habría enterado de a quién de nosotros le gustaban más las patatas asadas. Por eso abandonamos aquella aldea y nos trasladamos a París. Esta fue la primera conclusión que sacamos de lo acontecido. La segunda fue la decisión de revisar el caso de Rotmistr. Dado que nuestra perspicacia en lo que se refería a Kiriujin había quedado en entredicho, naturalmente surgió la duda de si habíamos cometido el mismo grave error, solo que en el sentido contrario, en el caso de Rotmistr, es decir, si no habríamos sospechado de una persona inocente. Después de que Kiriujin mostrase su verdadera cara con tal claridad que en su caso no quedó duda alguna, era natural preguntarse: “¿Qué hay de Rotmistr? ¿Y si no fuera un provocador?” Sávinkov decidió verse con Rotmistr y pedirle una explicación sincera. Entretanto, a Moiseyenko y a mí nos propuso que nos dirigiéramos a Davos para informar a Prokófieva sobre los importantes acontecimientos sucedidos en el grupo.

Me parece recordar que estuvimos en Davos unas dos semanas. Cada día visitábamos a Ma en el sanatorio. Su salud había mejorado considerablemente. Poco a poco aumentaba de peso, los médicos suavizaron paulatinamente el rigor del régimen, la dejaron salir de paseo, etcétera. Quisimos alargar nuestra estancia en Davos, pero recibimos de Sávinkov un inesperado telegrama: «Regresad. Rotmistr ha muerto.

Cuando nos encontramos con Sávinkov me asombró su aspecto extremadamente deprimido. Me entregó una hoja de papel y dijo en tono sombrío: “Lea. Nos hemos cargado a un hombre”. Era la carta de despedida de Rotmistr. Era corta, no superaba las diez líneas, estaba escrita con palabras sencillas; no tenía nada que ver con la carta grandilocuente que nos había mandado a New Key. No me voy a esforzar en recordarla. Les transmito tan solo lo esencial: “O sea que era esto. Sospechabais que era un

provocador. Y yo que creía que todo se debía a mi disputa con B. V. ¡Gracias por todo, camaradas!”

Eso fue lo que sucedió. Sávinkov le pidió a Rotmistr que se dirigiera a París para mantener una conversación. Sávinkov le contó lo del fiasco con Kiriujin, reconoció que a él, a Rotmistr, lo había apartado por sospechar que era un provocador. Lo conminó a que fuera sincero, le preguntó por qué había mentido sobre lo del tren y lo del baño. Rotmistr reconoció que tanto lo uno como lo otro era mentira, pero no le dio explicación alguna, se mantuvo callado con aire tenebroso. Por desgracia, no consiguieron concluir la conversación, ya que al piso donde se celebraba la reunión llegaron unos visitantes que les impidieron proseguir la entrevista. Sávinkov le pidió que regresara al día siguiente para acabar la conversación. Rotmistr le prometió que iría pero no se presentó, lo encontraron muerto de un tiro en su habitación, donde también hallaron la nota de despedida.

No tuvimos tiempo de digerir el autodesenmascaramiento de aquel “hombre con la conciencia tranquila” que nos arrojaba un cadáver a la cara. Todo se revolvió en nuestras cabezas. Y todos aceptamos la fórmula de Sávinkov, “nos habíamos cargado a un hombre”.

Al cabo de cierto tiempo tuvimos que internar a V. O. Fabrikant en un sanatorio de enfermos nerviosos. Todos estábamos deprimidos, pero de momento aguantábamos, creíamos que “llegaría Nazárov y al poco nos dirigiríamos a Rusia”. No recuerdo cuánto tiempo nos vimos obligados a esperar. Finalmente llegó un joven venido de Siberia. Nos contó que Nazárov se había mostrado de acuerdo en formar parte del grupo, pero que, tras llegar ambos a la frontera, en el instante de atravesarla Nazárov se echó atrás. En las cercanías de la frontera se habían escondido en un cobertizo. El joven tuvo que salir por alguna razón y cuando regresó Nazárov ya no estaba. Seguramente lo habían arrestado: así lo creyó el joven, y lo mismo pensamos nosotros. Esta desgracia acabó de destrozar al grupo, que se disolvió.

Después de liquidado el grupo, un día en París alguien me llamó en plena calle. Era Misha. Yo sabía que, después de haberlo excluido del grupo, a petición de Sávinkov lo habían colocado de chófer en una

compañía de automóviles. En aquel instante estaba parado con su coche a la espera de algún cliente. Charlamos del pasado, del presente. Y entonces me propuso: “Me gustaría darle un paseo. Suba”. Me negué. Seguimos charlando, pero al poco noté que los ojos de Misha se llenaban de lágrimas y me apresuré en marcharme.

“Sigue igual de desequilibrado”, pensé.

Me marché a Italia. Al cabo de varios meses recibí allí la noticia de que Misha se había pegado un tiro y que en su nota de adiós pedía que lo enterraran junto a Rotmistr…»

Vemos qué cerca andaba la muerte de la vida de estos hombres en su día a día. Con qué facilidad se tomaban las decisiones sobre su propia muerte. El derecho a morir se ejercitaba ampliamente y sin problemas.

El grupo de Sávinkov, Guernsey, Dieppe, París eran los itinerarios combativos de Natalia Klímova. Es poco probable que se sintiera defraudada por el fracaso. Eso no se correspondía con su carácter. Klímova se había acostumbrado a la muerte, se había entrenado para soportarla, y difícilmente la villanía humana podía ser para ella una novedad en la clandestinidad revolucionaria. Hacía tiempo que había sido desenmascarado Azef[54], asesinado Tatárov. Los fracasos del grupo no podían convencer a Natalia Serguéyevna del carácter omnímodo de la tiranía ni de lo inútil de sus esfuerzos. Y no obstante, era el último trabajo de Klímova. Este trauma seguro que le había dejado alguna huella en la psique.

En 1911 Natalia Serguéyevna trabó amistad con un social-revolucionario, un combatiente que se había fugado del penal de Chitá. Se trataba de un paisano de Mijaíl Sokolov, el Oso.

No resultaba difícil enamorarse de Natalia Serguéyevna. Ella misma lo sabía perfectamente. El invitado viajó a aquella colonia de «amazonas» con una carta dirigida a Natalia Serguéyevna y con un consejo que le dieron en broma: «No te enamores de Klímova». Abrió la puerta de la casa Alexandra Vasílievna Tarásova, la misma que liberó a las «amazonas» de la cárcel Novínskaya. El recién llegado, tras tomar a Tarásova por la dueña de la casa y recordar el consejo de sus amigos, se asombró por la falta de fundamento

de los juicios humanos. Pero entonces apareció Natalia Serguéyevna y el huésped, que tras la visita había partido a casa, al llegar a la primera estación dio media vuelta.

Un romance y un matrimonio presurosos.

Todo su apasionado espíritu de autoafirmación lo volcó en la maternidad. Un primer hijo. Un segundo. Y un tercero. La dura vida cotidiana de unos emigrantes.

Klímova era una mujer de gran temple. A los treinta y tres años de vida, el destino alzó a Natalia Klímova hasta las más altas y peligrosas crestas de las olas que agitaban la tempestad revolucionaria y que hacían temblar la sociedad rusa, pero ella logró dominar esa tempestad.

Lo que la perdió fue el mar en calma.

Una calma a la que Natalia Serguéyevna se entregó con la misma pasión, con la misma abnegación con la que se había entregado a la tempestad… La maternidad, el primer hijo, el segundo, el tercero, todo ello se llevaba a cabo con el mismo espíritu sacrificado, con la misma plenitud con que había forjado su vida, su vida de dinamitera, de terrorista.

La calma chicha la mató. El matrimonio fallido, el cepo de lo cotidiano, de las pequeñeces, el pedestre frenesí de la vida la ataron de pies y manos. Siendo mujer, hizo suyo este destino al atender la voz de la naturaleza, a la que tan acostumbrada estaba a seguir desde niña.

Un matrimonio fallido: Natalia Serguéyevna nunca olvidó al Oso, fuera él su marido o no, lo cual no tenía la más mínima importancia. Su marido es paisano de Sokolov, es un expreso, un activista clandestino, una persona digna en grado superlativo, y su romance se desarrolla con toda la entrega y ceguera. Pero el marido de Klímova era un hombre corriente, mientras que el Oso era un hombre de gran temple, el primer y único amor de la estudiante de los cursos de Lojvitskaya-Skalon[55].

En lugar de moverse entre bombas de dinamita, hay que hacerlo entre pañales, entre montañas de pañales infantiles, y lavar, planchar, limpiar.

¿Los amigos de Klímova? Los más íntimos cayeron en la horca en 1906. Nadezhda Teréntieva, compañera en el juicio por la bomba de la isla Aptekarski, no era amiga íntima de Natasha. Teréntieva era una compañera en las tareas revolucionarias y nada más. Se tenían respeto mutuo, simpatía,

eso es todo. No hubo ni correspondencia, ni encuentros, ni deseos por parte de ninguna de las dos de conocer más detalles sobre la vida de la otra. Teréntieva cumplió su condena en el penal Maltsevski, en los Urales, donde está Akatui, y salió en libertad después de la revolución.

De la cárcel Novínskaya, donde había una colección de presas muy variopinta, Natalia Serguéyevna incorporó a su vida solo una amistad, la de la celadora Tarásova. Una amistad que conservó para siempre.

De la isla de Guernsey entraron a formar parte de la vida de Klímova más personas: Fabrikant, que se casó con Tarásova, y Moiseyenko se convirtieron en sus amigos íntimos. Natalia Serguéyevna no mantenía estrechas relaciones con la familia de Sávinkov y no pretendió nunca fortalecer estas relaciones.

Al igual que Teréntieva, Sávinkov fue para Klímova un compañero de la organización, nada más.

Klímova no era una pensadora, ni una fanática, ni una agitadora, tampoco una propagandista. Todos sus impulsos, sus acciones, respondían a su temperamento, a una mezcla de sentimientos y filosofía.

Klímova servía para todo menos para la vida cotidiana. Resaltó que para ella había cosas más difíciles que los largos meses de espera y hambre, cuando para cenar asaban patatas.

Los desvelos por encontrar trabajo o ayudas, dos niños pequeños que reclamaban atención y decisiones.

Después de la revolución, el marido viajó a Rusia antes que la familia y el contacto se rompió por varios años. Natalia Serguéyevna no pensaba en otra cosa que en regresar a Rusia. Embarazada de su tercer hijo, se trasladó de Suiza a Francia para viajar a Rusia vía Londres. Los hijos de N. S. enfermaron y no pudieron viajar en el barco especial para niños.

Cuántas veces, en sus cartas desde la prisión para presos políticos de Petersburgo, le había dado consejos a sus hermanas pequeñas, a las que su madrastra, Olga Klímova, prometía llevar de Riazán a Moscú para que vieran a Natasha en la prisión.

Mil consejos: No os constipéis. No os pongáis junto a la ventana. Porque en ese caso puede que no podáis viajar. Y las niñas obedecían los

consejos de su hermana mayor y, a salvo del constipado, viajaban a Petersburgo para su cita en la prisión.

En 1917 Natalia Klímova no tenía a nadie que la aconsejara. Los niños se constiparon; el barco se marchó. En septiembre nace el tercer hijo, una niña, que vive poco tiempo. En 1918 Natalia Serguéyevna hace el último intento de viajar a Rusia. Ha comprado los billetes para el barco. Pero las dos hijas de Natalia Serguéyevna, Natasha y Katia, enferman de gripe. Cuidándolas, enferma la propia Klímova. La gripe de 1918 es una epidemia mundial, la gripe española. Klímova muere y sus hijas pasan al cuidado de los amigos de Natalia Serguéyevna. El padre, que está en Rusia, no se encontrará con sus hijas hasta 1923.

El tiempo pasa más deprisa de lo que la gente cree.

La familia no conoció la felicidad.

La guerra. A Natalia Serguéyevna —una activa, apasionada partidaria de la guerra— le afectó profundamente la derrota militar de Rusia, y sintió la revolución, y sus turbios torrentes, con gran dolor.

No hay duda de que en Rusia Natalia Serguéyevna se habría encontrado a sí misma. ¿Se habría encontrado a sí mismo Sávinkov? No. ¿Se habría encontrado a sí misma Nadezhda Teréntieva? No.

Aquí la suerte de Natalia Serguéyevna entronca con la gran tragedia de la intelectualidad rusa, de la intelectualidad revolucionaria.

Los mejores hombres de la Revolución rusa fueron víctimas de esta, cayeron jóvenes, anónimos, tras haber quebrado los cimientos del trono; aportaron tanta sangre joven que en el momento de la revolución su partido se quedó sin tuerzas, sin hombres, para conducir a Rusia tras sus pasos.

La grieta por la que se quebró el tiempo no solo de Rusia sino del mundo entero —donde a un lado se encuentra todo el humanismo del siglo XIX, su capacidad de sacrificio, su clima moral, su arte y literatura, y al otro se encuentra Hiroshima, la sangrienta guerra y los campos de concentración, las torturas medievales y la descomposición de las almas, la traición como cualidad moral—, esta grieta dibuja el pavoroso signo de un Estado totalitario.

La vida de Klímova, su destino están grabados en la memoria de los hombres porque esta vida y este destino son la grieta por la que se quebró el

tiempo.

El destino de Klímova es inmortalidad y símbolo.

La vida corriente deja tras de sí menos rastro que la vida de un activista clandestino, premeditadamente agazapada, expresamente oculta tras nombres falsos y ropas ajenas.

En alguna parte se escribe esta crónica, que a veces sale a la superficie como la *Carta antes de la ejecución,* como las memorias, como la nota sobre algo muy importante.

Así son todos los relatos sobre Klímova. Que no son pocos en este mundo. Natalia Serguéyevna dejó bastantes rastros de su vida. Lo que pasa es que todas estas notas no se han reunido en un único códice de la memoria.

Este relato es un palimpsesto que conserva en sí todos sus secretos. Un relato es un motivo para la magia, es un objeto de brujería, una cosa viva, aún no muerta, que ha visto al héroe. Es posible que este objeto esté en un museo, que sea una reliquia; o que esté en la calle: una casa, una plaza; o en una casa: un cuadro, una fotografía, una carta…

El arte de escribir un relato es una búsqueda, y a la confusa conciencia del cerebro ha de llegar el olor de un chal, de una bufanda, de un pañuelo perdido por el héroe o la heroína.

El relato es la tablilla y no la paleografía. El relato no existe. Cuenta el objeto, la cosa. Incluso en un libro, en una revista, lo insólito debe ser el aspecto material del texto: el papel, la caligrafía, los artículos escritos al lado.

Yo he tenido en mis manos las cartas de Natalia Klímova escritas en la cárcel y las cartas de los últimos años de su vida escritas desde Italia, Suiza, Francia. Las cartas por sí mismas ya son un relato, la mencionada tablilla con un argumento acabado, riguroso y lleno de alarma.

Yo he tenido en mis manos las cartas de Natalia Klímova después de la sangrienta escoba de hierro de los años treinta, cuando se expurgaba, se destruía hasta el nombre de la persona, hasta su recuerdo; no es mucho lo que ha quedado en este mundo de las cartas manuscritas de Klímova. Pero

estas cartas existen y, como ninguna otra cosa en el mundo, aportan los rasgos más nítidos. Son las cartas de Petersburgo, las escritas desde la prisión Novínskaya, las escritas en el extranjero, las que escribió después de la huida a su madrastra-tía, a sus hermanos y hermanas pequeños, a su padre. Menos mal que a principios de siglo el papel de correos se hacía con ropa: el papel no se ha vuelto amarillo ni la tinta ha perdido el color.

La muerte del padre de Natalia Serguéyevna, que se produjo en un momento crucial de su vida, durante la investigación sobre el caso de la explosión en la isla Aptekarski, le salvó la vida a Klímova, pues ningún juez se habría arriesgado a condenar a muerte a una hija cuyo padre ha muerto tras entregar su súplica.

La tragedia de la casa de Riazán acercó a Natasha a su madrastra, unió a ambas mujeres con un vínculo de sangre; las cartas de Natasha se tornan en extremo entrañables.

Aumenta su atención hacia las tareas domésticas.

Hacia los niños, a quienes narra cuentos sobre las diversas flores que crecen en las cimas de las cumbres más altas. Para los niños escribió el relato de *La flor roja*. Tenía fuerzas para todo. En las cartas que dirigió a los niños desde la cárcel, aparece todo un programa educativo para el alma infantil, aunque sin ánimo alguno de aleccionar o instruir.

El modelado de la persona es uno de los temas preferidos de Natalia Serguéyevna.

En las cartas hay fragmentos más brillantes que la *Carta antes de la ejecución*. Estamos ante una enorme fuerza vital, ante alguien que resuelve problemas sin dudar sobre si el camino elegido es correcto o no.

Los puntos suspensivos eran el signo preferido de Natalia Serguéyevna Klímova. Hay claramente muchos más puntos suspensivos de los admitidos normalmente en el lenguaje literario ruso. Los puntos suspensivos de Natasha no solo ocultaban una insinuación, un misterio, un pensamiento. Era una manera de hablar. Klímova sabía convertir los puntos suspensivos en algo extremadamente elocuente y empleaba este signo con mucha frecuencia. Puntos suspensivos de esperanza, de crítica. Puntos suspensivos de argumentos, de discusiones. Los puntos suspensivos son un medio para las descripciones burlescas, amenazadoras.

En las cartas de los últimos años, los puntos suspensivos han desaparecido.

La letra se torna más insegura. Los puntos y las comas están como siempre en su sitio, pero los puntos suspensivos han desaparecido por completo. Todo ya está claro sin ellos. Los cálculos sobre la cotización del franco no necesitan de puntos suspensivos.

Las cartas dirigidas a los niños están llenas de descripciones de la naturaleza, y uno nota que no se trata de una reflexión libresca sobre la filosofía del sentido de las cosas, sino una manera de comunicarse desde la niñez con el viento, la montaña, el río.

Hay una carta magnífica sobre la gimnasia y los bailes.

Las cartas dirigidas a los niños tienen en cuenta, claro está, la capacidad infantil de entender las cosas, así como la censura de la prisión.

Klímova sabe comunicar también lo que ocurre en las celdas de castigo. Natalia Serguéyevna las visitaba a menudo, siempre por la misma razón que se da en todas las cárceles: para salir en defensa de los derechos de los presos. I. Kajóvskaya, que coincide con Klímova en Petersburgo y en Moscú, —en las celdas de la cárcel, por supuesto—, se extiende en sus escritos al respecto.

I. Kajóvskaya escribe como en la celda individual de la cárcel de tránsito de Petersburgo «Natasha Klímova taconeaba todo género de bailes bajo el son rítmico de los grilletes».

«Picaba en la pared los versos de Bálmont:

Quien quiere que las sombras
se esfumen y se apaguen,
quien no desea que regrese
ni se eternice la tristeza,
ha de ayudarse a sí mismo
y arrojar con mano orgullosa
lo inútil lejos.

Y la persona que, picando la pared, mandaba los versos de Bálmont en respuesta a mis lamentos era alguien condenado a perpetuidad. Medio año

antes había vivido la ejecución de las personas más cercanas a ella, había sobrevivido a la prisión de Pedro y Pablo y a la condena a muerte».

Bálmont era el poeta preferido de Natalia Serguéyevna. Era un «modernista», y Natalia Serguéyevna era sensible al «arte cargado de modernismo», aunque no fuesen estas sus palabras.

Desde la cárcel les escribió a los niños una carta entera sobre Bálmont. La naturaleza de Natalia Serguéyevna necesitaba de una justificación lógica e inmediata de sus sentimientos. «Mezcla de sentimientos y filosofía» llamaba a esta cualidad del carácter de Natalia Serguéyevna su hermano Misha.

La presencia de Bálmont significa que el gusto literario de Natalia Serguéyevna, al igual que toda su vida, recorrió las fronteras más avanzadas de la modernidad poética. Y si Bálmont satisfizo las esperanzas de Klímova, entonces nos basta con la vida de Klímova para justificar la existencia del propio Bálmont, la obra de Bálmont. Klímova se preocupaba extraordinariamente de la poesía en sus cartas y hacía lo posible para que la colección de poemas *Seamos como el sol* estuviera siempre a su lado.

Si en los versos de Bálmont había algún motivo o melodía capaz de hacer vibrar las cuerdas de un instrumento tan sensible como el alma de Klímova, entonces Bálmont ya estaba justificado. Se diría que era más fácil que sintonizara con Gorki, con su Anunciador de la tormenta, o con Nekrásov… Pues no. El poeta preferido de Klímova era Bálmont.

El motivo de Blok que nos habla de la mísera y tormentosa Rusia también se mostraba poderoso en Klímova, sobre todo durante sus años de soledad en el extranjero.

Natalia Serguéyevna no se imaginaba fuera de Rusia, sin Rusia y no entregada a Rusia. La añoranza de la naturaleza rusa, de los rusos, de su casa de Riazán, la nostalgia en su forma más pura se manifestaba en sus cartas escritas desde el extranjero con gran intensidad y, como siempre, con pasión y lógica.

Y hay otra carta terrible. Natalia Serguéyevna, que soporta con toda su alma la separación, sin dejar de pensar un solo momento en su patria, repitiendo su nombre como un conjuro, de pronto se queda pensativa y lanza unas palabras que nada tienen que ver con una racionalista, con una

volteriana, una heredera del agnosticismo del siglo XIX; Natalia Serguéyevna escribe alarmada, envuelta en el presentimiento de que nunca más verá su país.

¿Qué ha quedado, pues, de esta vida apasionada? Solo la medalla de oro de la escuela que lleva en el bolsillo del chaquetón de presidiaría la hija mayor de Natalia Serguéyevna Klímova.

No soy el único que sigue las huellas de Klímova. Conmigo está su hija mayor, y cuando encontramos la casa que buscamos, la mujer entra y yo me quedo en la calle, o, tras entrar siguiendo sus pasos, me escondo en alguna parte junto a la pared, me fundo con la cortina de la ventana.

La he visto recién nacida, he recordado como las poderosas y fuertes manos de su madre, capaces de llevar las pesadas bombas de dinamita destinadas a matar a Stolipin, abrazaban con ansiosa ternura el diminuto cuerpo de su primera criatura. A la niña la llamarán Natasha, la madre le pondrá su propio nombre, para condenar a su hija a la gesta heroica, para que siga el camino de su madre, para que esta voz de la sangre, esta llamada del destino retumbe el resto de su vida, para que aquella que llevará el nombre de su madre durante toda su vida responda a esta voz materna que la llama por su nombre.

Tenía seis años cuando murió su madre.

En 1934 visitamos a Nadezhda Teréntieva, revolucionaria maximalista y compañera de causa de Natalia Serguéyevna Klímova en su primer y sonado proceso, el de la isla Aptekarski.

«¡No se parece a su madre, no se parece!», le gritaba Teréntieva a la nueva Natasha, a la hija, una muchacha de cabellos claros, en nada parecida a su morena madre.

Teréntieva no supo ver la fuerza materna, no adivinó, no percibió la enorme fuerza vital que necesitó la hija de Klímova para superar unas pruebas mucho más duras que las que a su madre le había tocado experimentar en el fuego y la tormenta.

Visitamos a Nikítina, participante en la fuga de las trece mujeres, leímos dos de sus libros sobre aquellos hechos.

Estuvimos en el Museo de la Revolución; en la sala de los años noventa había dos fotografías. Natalia Klímova y Mijaíl Sokolov. «Mándame la foto donde estoy con el jersey blanco y el abrigo echado sobre los hombros, me la piden muchos, y si no está (Misha me dijo que se había perdido), la de la escuela. Me la piden muchos».

Estas líneas entrañables son de la primera carta que Natalia Serguéyevna mandó tras la fuga.

Corre el año cuarenta y siete y de nuevo estamos juntos en el pasaje de Sívtsev Vrázhek.

El chaquetón aún conserva el rastro de un caro perfume, el olor casi imperceptible de las caballerizas de Kazajstán.

Se trataba de cierto olor primigenio, un olor del que procedían los aromas de la tierra, el olor de la humillación y la arrogancia, el olor de la miseria y el lujo.

En el campo de trabajo, en la estepa de Kazajstán, la mujer se encariñó de los caballos por su libertad, por la soltura del rebaño, que, no se sabe por qué, nunca intentaba pisotear, destruir, magullar, borrar de la faz de la tierra a nadie. La mujer del chaquetón de presidiaria, la hija de Klímova, comprendió tarde que poseía un don asombroso: el de merecer la confianza de animales y aves. Siendo una mujer de ciudad, descubrió la entrega de perros, gatos, gansos y palomas. La última mirada de un perro pastor en Kazajstán al separarse de él fue también algo parecido a un Rubicón, cierto puente quemado en su vida; la mujer entraba de noche en la cuadra y oía la vida de los caballos, una vida libre, a diferencia de la de los hombres que rodeaban a la mujer, con sus intereses, con su lenguaje, con su vida. Más tarde, en Moscú, en el hipódromo, la mujer intentó un nuevo encuentro con los caballos. Le aguardaba una decepción. Los caballos de carreras, enjaezados, con sus cintas, sus gorros, poseídos por su apasionante misión, se parecían más a hombres que a animales. La mujer dejó de verse con los caballos.

Pero todo esto vino después, porque entonces el chaquetón aún conservaba el casi imperceptible olor a caballeriza del campo de trabajo de Kazajstán.

¿Y antes qué había pasado? El pez de la familia de los salmónidos regresó al arroyo que lo vio nacer, para arrancarse la piel contra las rocas ribereñas, hasta sangrar por sus costados heridos. «Me encantaba bailar, este es mi pecado ante la tenebrosa Moscú del treinta y siete». Regresó para vivir en la tierra en la que había vivido su madre, alcanzar las costas de Rusia a bordo del barco al que Natalia Klímova había llegado tarde. El pez de la familia de los salmónidos no escucha las advertencias, la voz interior es más fuerte, más poderosa.

La abominable vida cotidiana de los años treinta: la traición de los mejores amigos, la desconfianza, la sospecha, la ira y la envidia. La mujer comprendió entonces, para el resto de su vida, que no hay nada peor que el pecado, que el pecado de la desconfianza, y juró… Aunque antes de jurar nada, la detuvieron.

Detuvieron a su padre y este desapareció en los sótanos de los campos, sótanos resbaladizos de tanta sangre y «sin derecho a correspondencia[56]». El padre tenía un cáncer de garganta; después del arresto no podía vivir mucho. Pero cuando se intentaba recabar alguna información, la respuesta siempre era que había muerto en 1942. Aquella fabulosa propiedad anticancerígena, la milagrosa capacidad antitumoral del campo de trabajo, no atrajo la atención de la ciencia médica internacional. Una broma siniestra, como no hubo pocas entonces. Durante muchos años, dos mujeres buscarán siquiera una huella del padre y marido y no encontrarán nada.

Diez años de campos de trabajo, inacabables trabajos comunes, manos y pies congelados: hasta el fin de sus días, el agua fría le provocaba un gran dolor en las manos. Las mortales nevascas, cuando crees que un instante más y dejarás de vivir. Las manos anónimas que te sujetan en la nevasca, te acompañan hasta el barracón, te friegan el cuerpo, te hacen entrar en calor y te devuelven la vida. ¿De quién son estas manos anónimas, anónimas como los terroristas de los años jóvenes de Natalia Klímova?

Rebaños de caballos. Caballos de los campos de Kazajstán, más libres que los hombres, con su peculiar existencia, y aquella mujer de ciudad que poseía el extraño don de que los animales y las aves confiaran en ella. Porque los animales son más sensibles a los hombres que estos entre sí, intuyen mejor las cualidades de los hombres. Los animales y las aves se

mostraban confiados ante la hija de Natasha Klímova: mostraban justamente el sentimiento que tanto les falta a los humanos.

En 1947, cuando a sus espaldas quedaban la instrucción del caso y diez años de campos, las pruebas no habían hecho más que empezar. El mecanismo encargado de triturar, de matar, parecía eterno. Aquellos que resistían, que llegaban con vida al final de la condena, eran condenados a nuevos vagabundeos, a nuevos e inacabables tormentos. Esta falta de esperanza, este sentirse condenado a la injusticia es la aurora oscurecida por la sangre del día de mañana.

Una espesa, pesada y dorada cabellera. ¿Qué le espera? La injusticia, un inacabable vagabundeo por el país, cambios de residencia, nuevos lugares de trabajo. Después de salir en libertad, después del campo, su primer trabajo fue como sirvienta de cierto jefe del campo: un cerdo al que había que lavar, cuidar, o si no… de nuevo la sierra, a talar árboles en el bosque. Y en esas que llega la salvación: un empleo de cobradora. El papeleo del empadronamiento, las ciudades y los distritos cerrados, el pasaporte con el estigma, un pasaporte-insulto…

Cuántas fronteras le quedaban aún por atravesar, cuántos puentes por quemar…

Pero fue en 1947 cuando la joven mujer comprendió y sintió por primera vez que no había venido al mundo para glorificar el nombre de su madre, que su destino no era un epílogo, no era la conclusión de una vida ajena, por próxima y grande que esta hubiera sido.

Que ella tenía su propio destino. Y que el camino para confirmar este destino propio no había hecho más que empezar. Que ella era tan representante de su época y de su tiempo como su madre.

Que conservar la fe en el hombre, con su experiencia personal, con su vida, era una proeza no menor que la obra de la madre.

He pensado a menudo por qué el todopoderoso, el omnipotente mecanismo de los campos no aplastó el alma de la hija de Klímova, no hizo añicos su conciencia. Y he hallado esta respuesta: para pervertir, para exterminar, para aplastar a un hombre en el campo hace falta estar bien preparado.

La descomposición era un proceso, y un proceso largo, de muchos años. El campo es el final, el epílogo.

Ea vida en la emigración protegió a la hija de Klímova. Aunque también es cierto que los emigrantes no se portaban en los interrogatorios del treinta y siete mejor que los «locales». La salvaron las tradiciones de su familia. Y el único efecto de aquella enorme fuerza vital, que superará incluso la prueba de cuidar al cerdo del amo, será el de olvidarse de llorar para el resto de sus días.

No solo no perderá la fe en los hombres, sino que convertirá en norma sagrada de su vida el restablecimiento de esta fe, la demostración constante de esta fe en los hombres: «Creer de antemano que cualquier persona es buena. Lo único que se debe demostrar es lo contrario».

Entre el odio, la desconfianza, la envidia y la ira, su voz limpia se hará notar poderosamente.

—La operación fue muy grave: piedras en el hígado. Corría el año 1952, el año más duro, el peor año de mi vida. Y, tumbada en la mesa del quirófano, pensaba… Estas operaciones, las de piedras en el hígado, no se hacen con anestesia general. En este tipo de operaciones la anestesia general da un cien por cien de muertes. De manera que me la hicieron con anestesia local, y yo solo pensaba en una cosa. Tengo que dejar de padecer, dejar de vivir, es tan fácil, basta con aflojar algo la fuerza de voluntad y saltaré la línea, se abrirá la puerta hacia el no ser… ¿Para qué vivir? ¿Para qué resucitar de nuevo en 1937? ¿En 1938, 1939, 1940, 1941, 1942, 1943, 1944, 1945, 1946, 1947, 1948, 1949, 1950, 1951 de toda esta vida mía, tan horrorosa?

»La operación seguía y, a pesar de oír cada palabra pronunciada, me esforzaba por pensar en lo mío, y desde alguna parte de mi interior, de lo más profundo de mi ser ascendía un hililllo de voluntad, de vida. Este hilo se hacía cada vez más poderoso, y de pronto sentí que podía respirar mejor. La operación había terminado.

»En 1953 murió Stalin y empezó una nueva vida, con nuevas esperanzas, una vida viva, con vivas esperanzas.

»Mi resurrección se produjo en mi cita con marzo de 1953. Al resucitar en la mesa de operaciones estaba segura de que hacía falta vivir. Y resucité.

Estamos en Sívtsev Vrázhek, esperamos que respondan a nuestra llamada. Sale la dueña de la casa haciendo repicar su tacones, lleva una bata blanca cerrada, un gorrito blanco que ciñe unos cabellos blancos bien arreglados. La mujer observa al recién llegado sin prisas, con sus ojos grandes, hermosos, oscuros y penetrantes.

Yo estaba de pie, fundiéndome con la cortina de la ventana, con una pesada y polvorienta cortina. Yo, que conocía el pasado y veía el futuro. Ya había estado en un campo, yo mismo era un lobo y podía calibrar las artes de un lobo. Entendía algo de la manera de obrar de los lobos.

Y mi corazón se alarmó, no sentí miedo, sino alarma: vi el día de mañana de esta mujer de baja estatura y de cabellos claros, la hija de Natasha Klímova. Vi su mañana y mi corazón se llenó de dolor.

—Sí, he oído hablar de aquella fuga. Eran tiempos románticos. Y también he leído la *Carta antes de la ejecución*. ¡Dios santo! Como todos los intelectuales de Rusia… Lo recuerdo, me acuerdo de todo. Pero una cosa son los sueños románticos y otra, perdóneme usted, la vida. La vida es otra cosa. ¿Cuántos años pasó usted en los campos?

—Diez.

—Ya ve. Puedo ayudarle, en recuerdo de su madre. Pero no estoy en la Luna, como ve. Soy un habitante de la Tierra. Puede que alguno de sus parientes tenga algún objeto de oro, no sé, un anillo o algo parecido…

—Solo tengo una medalla, la medalla de la escuela de mi madre. No tengo ningún anillo.

—Lástima que no tenga usted un anillo. Las medallas sirven para hacer coronas de oro. Como sabrá, soy médico y protésico. Al oro yo le doy enseguida algún uso.

—Tiene usted que marcharse —le susurré.

—Lo que tengo que hacer es vivir —dijo con voz firme la hija de Natasha Klímova—. Aquí la tiene… —y del bolsillo de su chaquetón de presidiaría sacó algo envuelto en un trapo.

1966

Junto al estribo

El hombre era viejo, de largos brazos, fuerte. En su juventud había sufrido un trauma moral; lo condenaron a diez años por sabotaje y lo mandaron al norte de los Urales a construir la fábrica de papel de Víshera. Resultó que el país necesitaba de sus conocimientos de ingeniero: no lo mandaron a cavar tierra, sino a dirigir la construcción. Estaba a la cabeza de una de las tres zonas, a la par que los demás ingenieros presos: Mordujái-Boltovski y Budzko. A Piotr Petróvich Budzko no lo encerraron por sabotaje. Era un borracho, y lo condenaron por el artículo 109. A los de arriba un preso común les resultaba incluso más cómodo; para sus compañeros, en cambio, Budzko pasaba por ser un auténtico condenado del 58 punto 7.

El ingeniero quería que lo mandaran a Kolimá. Berzin[57], el director de la Vishjimz[58], dejaba el cargo, se iba a las minas de oro y estaba reuniendo a los suyos. Pues en Kolimá esperaban encontrar ríos de miel y una casi inmediata liberación sin cumplimiento de la pena. Pokrovski había hecho la petición y no comprendía por qué aceptaban a Budzko y a él no, y, torturado ante la falta de noticias, decidió concertar una cita con el propio Berzin.

Pasados treinta y cinco años, he recogido el relato de Pokrovski.

Pokrovski guardó esta historia, el tono del relato, durante toda su vida de gran ingeniero ruso.

—Nuestro jefe era un gran demócrata.

—¿Un demócrata?

—Pues sí, ¿sabe usted lo difícil que es que te reciba un alto mando? ¿Un director del trust, un secretario regional del partido? Todas esas anotaciones del secretario: ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Adonde? ¿Quién dices que eres?

»Aquí, en cambio, tú, un ser sin derecho alguno, un preso, de pronto te ves como si nada con una autoridad tan alta, además militar. Y por si fuera poco, con aquella biografía: el caso Lockhart[59], su trabajo con Dzerzhinski[60]. Es fantástico.

—¿Como si fuera a ver al general gobernador?

—Eso mismo. Puedo decirle, sin esconderlo, sin avergonzarme, que algo he hecho por mi país, por Rusia. Y en mi campo soy conocido en todo el mundo, eso creo. Mi especialidad es el aprovisionamiento de agua. Mi apellido es Pokrovski, ¿le suena?

—Pues no.

—Bueno, tiene gracia. Un argumento de Chéjov, o, como dicen ahora, un modelo. Un modelo chejoviano del relato *El pasajero de primera*. Bueno, dejemos de lado quién es usted y quién soy yo. Comencé mi carrera de ingeniero tras mi arresto, en la cárcel, cuando me acusaron de sabotaje y me condenaron a diez años de campos.

»Pertenezco a la segunda oleada de los procesos por sabotaje. La primera, la de Shajti, aún llegamos a condenarla públicamente, pudimos mostrar nuestra indignación. Nos tocó la segunda oleada: el año treinta. Fui a parar a los campos en la primavera del treinta y uno. ¿Qué fue el proceso de Shajti[61]? Una tontería. Una fase de prueba, un ensayo para la población y los cuadros, para sus nuevos inventos, cuyos fines se vieron con toda claridad en el treinta y siete. Pero entonces, en el treinta, diez años era una condena apabullante. ¿Tantos años, por qué? Era de una arbitrariedad demoledora.

»De modo que ya estoy en Víshera, construyo alguna obra, levanto… Y puedo ser recibido por el más alto de los jefes.

»Berzin no tenía hora de visita. Cada día le llevaban el caballo a la oficina, un caballo de montar corriente, aunque a veces iba en coche. Y mientras se subía a la silla, el jefe trataba con cualquiera de los presos. Diez personas al día, sin burocracia alguna, ya fuera un hampón, uno de alguna secta o un intelectual ruso. Aunque lo cierto es que ni los hampones ni ningún religioso se dirigían a Berzin con sus reclamaciones. Un turno de visitas sobre la marcha. El primer día no lo conseguí; yo era el undécimo y,

tras hablar con diez hombres, Berzin arreó el caballo y salió al galope hacia la obra.

»Quise dirigirme a él en el trabajo, pero los compañeros me lo desaconsejaron, no fuera a echar a perder el asunto. El reglamento es el reglamento. Diez personas al día, mientras el jefe se sube al caballo. Al día siguiente llegué antes y me tocó. Le pedí que me llevara con él a Kolimá.

»Me acuerdo de cada palabra de aquella conversación.

»—¿Quién eres tú? —Berzin apartó con la mano el morro del caballo para oírme mejor.

»—El ingeniero Pokrovski, ciudadano jefe. Trabajo de responsable de zona en la Vishjimz. Construyo el cuerpo central.

»—¿Qué quieres?

»—Que me lleve con usted a Kolimá.

»—¿Cuántos años tienes de condena?

»—Diez, ciudadano jefe.

»—¿Diez? No te voy a llevar. Si fueran tres, o cinco como mucho, sería otro cantar. Pero con diez… Eso quiere decir que algo hay… Algo habrás hecho.

»—Le juro que no.

»—Bueno. Tomaré nota. ¿Tu apellido? Pokrovski. Me lo apunto. Ya te dirán algo.

»Berzin arreó el caballo. No me llevaron a Kolimá. Me concedieron la condicional en la misma obra y seguí la corriente hasta mar abierto. He trabajado en todas partes. Pero mejor que en Víshera, que con Berzin, en ninguna. Era la única construcción donde todo se hacía a su tiempo, y si se incumplían los plazos, Berzin daba una orden y todo el mundo salía hasta de debajo de las piedras. Los ingenieros (¡presos, imagínese!) tenían derecho a retener al personal en el lugar de trabajo para así superar la norma. Todos recibíamos premios, nos proponían reducciones de pena. Entonces no se llevaba el recuento de las jornadas trabajadas.

»Y los de arriba nos decían: «Trabajad con toda vuestra alma, porque al que trabaje mal lo mandarán… al Norte». Y señalaban con la mano corriente abajo por el río Víshera. Pero yo me quedé sin saber cómo era el Norte.

Yo conocía a Berzin. De Víshera. En Kolimá, donde Berzin murió, ya no lo vi; a Kolimá tardaron en llevarme.

El general Groves[62] hablaba con total desdén de los científicos del proyecto Manhattan. Y expresaba su desprecio sin vergüenza alguna. Bastaba con el dossier de Robert Oppenheimer. En sus memorias, Groves justificaba su deseo de que lo ascendieran a general antes de ser nombrado jefe del proyecto Manhattan y lo explicaba del modo siguiente: «A menudo he tenido ocasión de observar que los símbolos del poder y los rangos ejercen una influencia mucho más poderosa sobre los científicos que sobre los militares».

Berzin trataba con total desprecio a los ingenieros. A todos aquellos saboteadores: Mordujái-Boltovski, Pokrovski, Budzko. A los ingenieros presos que construían el complejo de Víshera. «¡Cumpliremos los plazos! ¡Carteles murales! ¡El plan!» Por toda aquella gente, el jefe no sentía otra cosa que desprecio. Para sentir asombro, para una actitud filosófica de sorpresa, para sentirse sorprendido ante lo insondable, lo ilimitado de la humillación humana, de la descomposición del hombre, Berzin sencillamente no tenía tiempo. La poderosa fuerza que lo había convertido en jefe conocía a los hombres mejor que él.

Los héroes de los primeros procesos de sabotaje —los ingenieros Boyárshinov, Inozémtsev, Dolgov, Miller, Findikaki— trabajaban con toda su alma para conseguir su ración, trabajaban con la vaga esperanza de que se les propusiera para una reducción de la pena.

Entonces aún no se computaban las jornadas de trabajo, pero ya estaba claro que para manejar con comodidad la conciencia humana hacía falta alguna escala gástrica.

Berzin se hizo cargo de las obras del complejo de Víshera en el año 1928. Se marchó de Víshera a Kolimá a finales de 1931.

A mí, que estuve en Víshera desde abril de 1929 hasta octubre de 1931, me tocó vivir y ver los frutos de lo que hizo Berzin.

El piloto personal de Berzin (que volaba en hidroplano) era el preso Volodia Guintse, un piloto moscovita condenado a tres años por sabotaje en

la aviación. La proximidad con el mando alimentaba en Guintse la esperanza de salir libre antes de tiempo, y Berzin, con todo su desprecio hacia los hombres, lo comprendía bien.

En sus viajes, Berzin siempre dormía donde fuera, en casa de algún mando, por supuesto, pero sin preocuparse de su seguridad, sin escolta. La experiencia le decía que entre los rusos no hay complot que no sea descubierto, traicionado; siempre habría algún soplón que informaría gustoso de cualquier indicio, por nimio que fuera, de una conspiración. Los soplones solían ser excomunistas, saboteadores, o bien intelectuales de estirpe o hampones de cuna. Siempre aparecería alguien con la denuncia. Duerma tranquilo, jefe. Berzin dominaba a la perfección esta otra cara de la vida de los campos, dormía tranquilo, se movía y volaba sin miedo alguno, y lo mataron cuando le llegó la hora, lo liquidaron sus propios jefes.

El Norte con el que espantaban al joven Pokrovski, aquel Norte existía, y de qué modo. El Norte empezaba a hacer acopio de fuerzas, a tomar impulso. El Norte, su dirección, se encontraba en Ust-Uls, en la desembocadura del Uls en el Víshera; allí donde ahora han encontrado diamantes. Berzin también los buscó, pero no dio con ellos. En el Norte se talaba el bosque, el trabajo más duro para el preso en Víshera. Las trochas de Kolimá, el pico en las canteras de Kolimá, el trabajo a sesenta grados bajo cero, todo eso estaba aún por llegar. No fue poco lo que hizo Víshera para que Kolimá pudiera existir. Víshera son los años veinte, finales de los veinte.

En el Norte, en los sectores forestales de Pela y Mika, Vaya y Vetrianka, cuando «arreaban» a los presos (porque a los presos no los conducen, sino que los «arrean», como reza el diccionario oficial), estos exigían que se les atara las manos a la espalda, para que a los escoltas no les diera por matarlos en el camino «por intento de fuga». «Átenme las manos y entonces iré. Levanten acta del traslado». Y aquellos a los que no se les ocurría implorar al mando que les ataran las manos, aquellos corrían un peligro mortal. Los «muertos por intento de fuga» eran muchísimos entonces.

En una de las secciones del campo, los hampones se quedaban con todos los paquetes de los no comunes. El jefe del campo no pudo contenerse y mató a tiros a tres hampones. Mandó colocar los cadáveres en

sus ataúdes en el cuerpo de guardia. Los muertos permanecieron ahí tres días y tres noches. Los robos cesaron, y al jefe lo echaron del campo, lo trasladaron a alguna parte.

Los arrestos, la instrucción de causas por alguna provocación, los interrogatorios dentro del campo, las investigaciones estaban a la orden del día. Una tercera parte de los presos, un contingente enorme, eran chekistas castigados por faltas cometidas en el servicio, y, tras llegar hasta Berzin en una «etapa» especial, pasaron al instante a ocupar cargos de investigadores. Ninguno de los exchekistas trabajaba en destinos que no fueran de su especialidad. Al coronel Ushakov, jefe del departamento de investigación del Dalstrói —un hombre que sobrevivió sin problemas a Berzin—, lo habían condenado a tres años por el artículo 109, acusado de extralimitarse en sus funciones. Ushakov cumplió su condena en un año, se quedó al servicio de Berzin y se marchó con él a construir Kolimá. No fueron pocos los hombres encerrados «por culpa de Ushakov», en aplicación de las medidas encaminadas a evitar el delito: detención preventiva… Ushakov no era «político», es verdad. Su tarea consistía en investigar, en perseguir las fugas. Era jefe de los departamentos disciplinarios, también lo fue en Kolimá; su firma aparece debajo de los «Derechos de los *ze-ka*», derechos que mejor sería denominar «Normas de reclusión de los presos». El reglamento tenía dos partes: 1. Deberes: el recluso debe, el recluso no debe. Y 2. Derechos: el derecho a la queja, el derecho a escribir cartas, el derecho a dormir poco, el derecho a comer poco.

En su juventud, Ushakov fue agente del Departamento Criminal de Moscú; cometió un error, le endosaron tres años y lo mandaron a Víshera.

Zhigálov, Uspenski y Pesniakévich llevaban un importante caso en el campo contra el jefe de la sección tercera (en Bereznikí). El caso —sobornos y cuentas falsas— acabó en nada gracias a la firmeza de algunos detenidos, que se pasaron sometidos a instrucción, a constantes amenazas, unos tres o cuatro meses en las celdas de castigo, en la cárcel del campo.

En Víshera no era raro que a una condena se le añadiera otra. Condenas así les endosaron a Lazarenko, a Glujariov.

Entonces por las fugas no te añadían penas; lo que hacían era encerrarte en una celda de aislamiento con el suelo de hierro, un castigo que en

invierno, para un hombre desnudo, solo en ropa interior, era mortal.

Allí fui arrestado dos veces por las autoridades locales; dos veces me mandaron bajo escolta especial del campo de Bereznikí a Vizhaíja, y dos veces fui sometido a instrucción e interrogado.

Aquellas celdas de aislamiento infundían pavor a los presos experimentados. Los fugados, los hampones, imploraban a Nesterov, comandante de la primera sección, que no los encerrara en aquellas celdas. Nunca más lo harían, nunca más intentarían fugarse. Y el comandante Nesterov les enseñaba su peludo puño y les decía:

—Bien, elige: ¡un sopapo o a la sombra!

—¡Un leño!

Nesterov alzaba el brazo y el fugitivo caía al suelo Eliminado, cubierto de sangre.

En abril de 1929, en nuestra «etapa», los escoltas emborracharon a la dentista Zoya Vasílievna, condenada mediante el artículo 58 por el caso de «El Don apacible[63]», y cada noche la violaban en grupo. En la misma «etapa» se encontraba Záyats, que era miembro de una secta. El hombre se negaba a levantarse para el recuento. En cada recuento un escolta lo tundía a patadas. Un día di un paso al frente de la formación y protesté; aquella misma noche me echaron al frío helado del exterior, me desnudaron y estuve fuera, en la nieve, todo el tiempo que quiso la escolta. Eso ocurría en abril de 1929.

Durante el verano de 1930, en el campo de Bereznikí se juntó un grupo de unos trescientos presos inscritos que, gracias al artículo 458, iban a ser dados de baja por enfermedad. Los iban a poner en libertad por motivos de salud. Era gente exclusivamente del Norte, cubierta de oscuras manchas azules, con contracturas producidas por el escorbuto, con muñones producidos por las congelaciones. Los que se autolesionaban no conseguían la libertad por el artículo 458; los hombres que se amputaban alguna parte del cuerpo se quedaban en los campos hasta el fin de su condena o hasta que les llegaba la muerte.

Stúkov, el jefe de la sección del campo, decidió que la gente tenía que pasear con fines higiénicos, pero todos los presos de tránsito se negaban a

salir de paseo: no fuera a ser que te curaras y te mandaran de nuevo al Norte.

Sí, a Pokrovski no lo espantaban en vano con mandado al Norte. En el verano de 1929 vi por primera vez una «etapa» del Norte, una larga y polvorienta serpiente, visible desde muy lejos, que se deslizaba monte abajo. Luego, de entre el polvo, resplandecían las bayonetas, después los ojos. Allí los dientes no brillaban, se habían caído por el escorbuto. Bocas macilentas, secas, gorros grises como los que llevaban en Solovkí, gorros con orejeras de paño, chaquetones de paño y pantalones también de paño. Recordé aquella hilera durante el resto de mi vida.

¿Acaso esto no ocurría en tiempos de Berzin, junto a cuyo estribo temblaba como una hoja el ingeniero Pokrovski?

Es este un pavoroso rasgo del carácter ruso: el humillante servilismo, la veneración ante cualquier mando del campo. El ingeniero Pokrovski no era más que uno de los miles de hombres dispuestos a caer de rodillas, a lamer la mano del gran jefe.

La espalda de aquel ingeniero, un intelectual, no se dobló del todo.

—¿Qué es eso que *tanto* le gustó de Vizhaíja?

—¿Cómo? Nos dejaban lavar la ropa en el río. Después de la cárcel, después de la «etapa», era una gran cosa. Añada a eso la confianza. Una confianza asombrosa en nosotros. Lavábamos la ropa allí mismo, en el río, en la orilla, y los soldados de la escolta nos veían y no nos disparaban. ¿Se da cuenta? ¡Nos veían y no nos disparaban!

—El río en el que se bañaban está dentro de la zona de protección, dentro del cinturón cercado por las torres de vigilancia dispuestas en la taiga. ¿Qué arriesgaba Berzin con dejarles lavar la ropa? Y tras el anillo de las torres había otro cerco, el de los secretos de la taiga, con sus patrullas, sus operativos. Además de las patrullas de control volantes que se vigilaban las unas a las otras.

—Ya-a-a…

—¿Sabe usted cuál fue la frase con la que me despidió Víshera, su Víshera y la mía, cuando me liberaron el otoño del treinta y uno? Por entonces usted ya estaba lavando su ropa en el río.

—¿Cuál?

—«Hasta luego. Esto ha sido un pequeño viaje de trabajo, ahora le espera uno más grande».

La leyenda de Berzin tiene su origen en una historia aparentemente exótica —¡la «conspiración de Lockhart», Lenin, Dzerzhinski!—, se alimenta de su trágico final —Berzin fue fusilado por Yezhov y Stalin en el treinta y ocho— y crece teñida ricamente por las exageraciones.

En el caso Lockhart, toda la gente en Rusia debía elegir, lanzar la moneda: cara o cruz. Berzin decidió entregar, vender a Lockhart. Actos como este se deben a menudo a la casualidad: esa noche uno ha dormido mal, la orquesta de viento ha tocado demasiado fuerte en el parque. O el emisario de Lockhart tenía algo en la cara que producía repugnancia. ¿O aquel oficial zarista veía en su acto una prueba contundente que confirmaba su entrega a un poder que aún había de nacer?

Berzin era el más común de los jefes de campo, un entregado ejecutor de la voluntad de quienes lo mandaban. Conservaba consigo, en su destino de Kolimá, a todos los cuadros de la OGPU[64] de Leningrado de los tiempos del caso Kírov. A aquellos hombres los mandaron a Kolimá como si se tratara de un simple cambio de destino, y en su nuevo puesto conservaron el grado, los complementos y todo lo demás. F. Medved, el jefe de la sección de Leningrado de la OGPU, era en Kolimá el jefe de la Dirección Minera e Industrial del Sur, y fue fusilado por el caso Berzin, justo después de este, a quien llamaron a Moscú e hicieron bajar del tren en Alexándrov[65].

Ni Medved, ni Berzin, ni Yezhov, ni Berman, ni Prokófiev eran personas realmente capaces, ni siquiera destacaban en nada.

La fama se la dio el uniforme, el título, los distintivos militares, el cargo.

Berzin también mataba en 1936 siguiendo las órdenes que le llegaban desde arriba. El periódico *Kolimá Soviética* venía repleto de noticias, de artículos sobre los procesos, de llamamientos a mantenerse alerta, de discursos de arrepentimiento, de soflamas apelando a la crueldad y a las solucionas más despiadadas.

A lo largo del año treinta y seis y del treinta y siete era el propio Berzin quien pronunciaba tales discursos, en los que constantemente,

cobardemente, se esforzaba por que no se le escapara nada, por no olvidarse de nada. También en 1936 hubo en Kolimá fusilamientos de enemigos del pueblo.

Uno de los principios básicos de los asesinatos en los tiempos de Stalin era que una promoción de servidores del partido debía ser exterminada por la siguiente. Y esta, a su vez, caía por obra de la nueva, la tercera promoción de asesinos.

No sabría decir quién salía ganando en todo esto, ni en la conducta de quién se podía confiar para tamaña obra, ni cuál era el mecanismo. Tampoco me parece relevante.

A Berzin lo arrestaron en diciembre de 1937. Y murió tras matar para el mismo Stalin.

No es difícil desentrañar la leyenda de Berzin, basta con echar una ojeada a los periódicos de aquel tiempo, ¡del treinta y seis!, ¡del año treinta y seis! Y del treinta y siete, claro. Los viajes a la Serpantínnaya, la cárcel de instrucción de la Administración de Minas del Norte, donde el coronel Garanin llevó a cabo fusilamientos en masa en el año 1938, se inauguraron en tiempos de Berzin.

Cuesta más entender esto otro. ¿Por qué el talento no halla en sí la fuerza interior, la firmeza moral necesarias para tenerse respeto a uno mismo y no caer postrado ante un uniforme, ante un cargo?

¿Por qué un escultor de talento modela con entusiasmo, entrega y veneración a un jefe del gulag? ¿Qué es lo que atrae tan poderosamente al artista del jefe del gulag? Es cierto que también Ovidio Nasón fue jefe de un gulag. Pero Ovidio Nasón no pasó a la posteridad por sus alabanzas al gulag.

Aceptemos que un artista, un escultor, un poeta, un compositor, tal vez llevado por una ilusión, atraído y arrebatado por un arranque de inspiración, pueda crear una sinfonía interesándose tan solo por el torrente de colores, el río de sonidos. Pero ¿por qué este torrente nace de la figura de un jefe del gulag?

¿Por qué un científico traza sus fórmulas sobre una pizarra ante este mismo jefe del gulag y se siente inspirado en sus más materiales investigaciones técnicas justamente por esta figura? ¿Por qué el científico

experimenta la misma entrega hacia cualquier jefe de campo? Solo porque este es un jefe.

Los científicos, los ingenieros y los escritores, los intelectuales atrapados por unas cadenas están dispuestos a humillarse ante cualquier cretino semianalfabeto.

«No me hunda, mi jefe», le decía en mi presencia al responsable local de la OGPU en el año treinta un preso, el administrador de una sección del campo. El apellido de aquel administrador era Osipenko. Pues bien, hasta el diecisiete el tal Osipenko había sido secretario del metropolita Pitirim, un asiduo de las bacanales de Rasputin.

¡Pero qué Osipenko! Todos aquellos Ramzin, Ochkin, Boyárshinov se comportaban igual…

Hubo un tal Maisuradze —operador de cine «en libertad»— que hizo carrera en el campo junto a Berzin, hasta llegar al cargo de jefe del URO [66]. Maisuradze sabía muy bien qué era encontrarse «junto al estribo».

—Sí, estamos en el infierno —decía Maisuradze—. Estamos en el otro mundo. En libertad éramos los últimos. Aquí seremos los primeros. Y cualquier Iván Ivánovich tendrá que contar con esto.

Iván Ivánovich es como se llama a los intelectuales en la jerga del hampa.

Durante muchos años pensé que todo esto era la cara oscura de la Rusia ancestral, algo que se perdía en la insondable profundidad del alma rusa.

Pero en las memorias de Groves sobre la bomba atómica descubrí que esta veneración esclava en el trato con el General también se daba, y no en menor medida, en el mundo de los científicos, de la ciencia.

¿Qué es el arte? ¿La ciencia? ¿Ennoblecen al hombre? No, no y no. No es del arte, no es de la ciencia de donde el hombre extrae sus escasísimas cualidades positivas. Es otra cosa lo que les proporciona a los seres humanos su fuerza moral, no es su profesión ni su talento.

Me he pasado la vida observando el espíritu servil, rastrero y humillado de la intelectualidad; de las demás capas de la población más vale ni hablar.

En mi primera juventud, a los canallas yo les decía a la cara que eran unos canallas. De mayor he seguido observando lo mismo. Nada ha cambiado tras mis maldiciones. Solo he cambiado yo, que me he vuelto más

precavido, más miedoso. Yo conozco el secreto de este misterio de los hombres que se hallan «junto al estribo». Es uno de los secretos que me llevaré conmigo a la tumba. No lo contaré. Lo sé y no lo contaré.

En Kolimá yo tenía un buen amigo, Moiséi Moiséyevich Kuznetsov. La verdad es que amigo es mucho decir…, allí no hay amistad. Kuznetsov era una persona por la que sentía respeto. Era un herrero del campo. Trabajé con él en la fragua. Kuznetsov me contó la fábula de cómo —aún en los tiempos del zar Nicolás, por supuesto— tres *panes*[67] estuvieron dando latigazos tres días y tres noches seguidas a un desdichado mujik bielorruso, y el mujik lloraba y no paraba de gritar: «¡Cómo, y yo sin comer!»

¿A cuento de qué viene esta fábula? Pues a cuento de nada. Es una fábula y nada más.

1967

Khan Guiréi

Alexandr Alexándrovich Tamarin-Meretski no era Tamarin ni tampoco Meretski. Era el príncipe tártaro Khan Guiréi, un general del séquito del zar Nicolás II. Cuando en el verano de 1917 el general Kornílov se disponía a atacar Petrogrado, Khan Guiréi era el jefe del estado mayor de la División Salvaje, una de las unidades cosacas más fieles al zar. Kornílov no llegó a Petrogrado y Khan Guiréi se quedó sin misión que cumplir. Más tarde, llamado por el general Brusílov, quien puso a prueba su conciencia de oficial, Khan Guiréi ingresó en el Ejército Rojo y tuvo que enfrentarse a sus antiguos compañeros. Había desaparecido el Khan Guiréi y nacía el comandante de caballería Tamarin, al mando de un cuerpo de caballería: tres rombos según la escala comparativa de los títulos militares de la época. Tamarin participó con este rango en la guerra civil y, acabada esta, dirigió personalmente las operaciones emprendidas contra los *basmachí*[68], contra Enver Pasha. Los rebeldes fueron derrotados y dispersados, pero Enver Pasha logró escabullirse de entre los dedos de los jinetes rojos en las arenas de Asia central, desapareció en alguna parte de Bujará y reapareció en las fronteras soviéticas, para al final morir abatido en un intercambio de disparos fortuito entre patrullas. Así acabó la vida de Enver Pasha, un jefe militar de talento, activista político que en su momento declaró la yihad, la guerra santa, a la Rusia soviética.

Tamarin encabezaba la operación de exterminio de los *basmachí*, y cuando se supo que Enver Pasha había huido, que se había escabullido y estaba desaparecido, se abrió una investigación sobre el caso Tamarin. El militar intentó demostrar su inocencia explicando por qué había fracasado la captura de Enver. Pero Enver era una figura demasiado destacada. Desmovilizaron a Tamarin y el príncipe se quedó sin futuro y sin presente.

La esposa de Tamarin murió, pero su anciana madre seguía viva y con buena salud, como también su hermana. Tamarin, que había confiado en Brusílov, se sentía responsable de su familia.

El interés que desde siempre había sentido Tamarin por la literatura, incluso por la poesía contemporánea, su afición y buen gusto le dieron al exgeneral la posibilidad de ganarse la vida en el ámbito de la literatura. Alexandr Alexándrovich publicó varios artículos panorámicos en la *Komsomólskaya Pravda*. Trabajos que firmaba como A. A. Meretski.

Las aguas de las inundaciones acaban encauzándose entre las márgenes. Pero en algún lugar se siguen revisando fichas, en otro se registran paquetes y algún que otro papel, antes de coserlo a su expediente, se lleva a comprobar.

Tamarin fue detenido. Esta vez la investigación se llevó a cabo de manera totalmente oficial: tres años de campos de concentración por no arrepentirse. De haber aceptado su crimen, el veredicto no habría sido tan duro.

En 1928 solo había un campo de concentración en Rusia: el USLON[69]. La Cuarta Sección de los Campos de Solovkí de Régimen Especial se inauguró más tarde, en el curso alto del río Víshera, a cien kilómetros de Solikamsk, cerca de la aldea de Vizhaíja.

Tamarin viajó a los Urales en una etapa de presos a bordo de un vagón del tipo Stolipin, mientras le daba vueltas a un plan, a un proyecto muy importante, de grandes vuelos. El vagón en el que conducen a Alexandr Alexándrovich al Norte es un vagón del tipo Stolipin de los últimos modelos. La enorme carga que recayó sobre el parque de vagones, las malas reparaciones, todo ello dio lugar a que los Stolipin empezaran a morir, a desmoronarse. Unas veces descarrilaban en algún lugar y se convertían en habitáculo de los ferroviarios; otras, decrépitos ya, los daban de baja para finalmente hacerlos desaparecer. El nuevo Gobierno no tenía ningún interés en renovar el parque de vagones del tipo Stolipin.

Era conocida la «corbata de Stolipin», la horca. Las «aldeas de Stolipin». La «reforma agraria de Stolipin» entró a formar parte de la historia. Pero sobre los vagones Stolipin todo el mundo dice con total

ingenuidad que son los vagones penitenciarios, vagones con rejas, especialmente diseñados para trasladar presos.

En realidad los últimos vagones Stolipin, fabricados en 1905, el Estado los acabó de gastar durante la guerra civil. Hace tiempo que no quedan vagones con este nombre. Ahora llaman Stolipin a cualquier vagón con rejas.

En cambio, el auténtico vagón Stolipin, modelo 1905, era un vagón cerrado con una pequeña rendija situada en el centro de la pared y que cubría una tupida celosía de hierro, una puerta herméticamente cerrada y un estrecho pasillo para el convoy que ocupaba por los otros tres lados del vagón. Pero qué más le daba el vagón Stolipin al recluso Tamarin.

Alexandr Alexándrovich Tamarin no solo era general de caballería. Tamarin era jardinero, floricultor. Sí, Tamarin soñaba con dedicarse un día a cultivar rosas, como Horacio, como Suvórov. Un general de pelo blanco con unas tijeras de jardinero en las manos que corta para sus invitados un oloroso ramo de «estrellas de Tamarin», una variedad especial de rosas, merecedora del primer premio en la Exposición Internacional de La Haya. U otra variedad: la «híbrida de Tamarin», una belleza del Norte, la Venus de Petersburgo.

Tamarin soñaba con esta idea desde la infancia: cultivar rosas, un sueño clásico de todos los militares jubilados, de todos los presidentes, de todos los ministros habidos en la historia universal.

Ya en el cuerpo de cadetes, antes de conciliar el sueño, el Khan Guiréi se veía o bien como el general Suvórov atravesando el Puente del Diablo, o bien como Suvórov con unas tijeras en medio de su jardín en la aldea de Konchánskoye. Bueno, no. Konchánskoye es el lugar al que fue desterrado Suvórov. En cambio el Khan Guiréi, agotado por sus hazañas en honor del dios Marte, cultivaría rosas sencillamente porque le habría llegado la hora, se habría cumplido el plazo. Después de las rosas ya no viene ningún dios Marte.

Este tímido sueño creció y creció, hasta convertirse en una pasión. Y cuando se convirtió en una pasión, Tamarin comprendió que para cultivar rosas hay que conocer la tierra, no solo la poesía de Virgilio. De modo imperceptible, el floricultor se convirtió en horticultor, en jardinero. Khan

Guiréi absorbía aquellos conocimientos con prontitud, aprendía bromeando. Tamarin nunca escatimó tiempo para cualquier experimento de floricultura. No le importaba el tiempo consumido en la lectura de un manual más sobre el cultivo de plantas, sobre horticultura.

¡Eso mismo, flores y versos! El plateado latín llamaba a los versos de los poetas de aquella época. Pero lo principal era Virgilio y las rosas. Aunque puede que no fuera Virgilio, sino Horacio. Solo Dios sabía por qué Dante había elegido a Virgilio como guía en el infierno. ¿Seguro que es un buen símbolo? ¿El poeta de las delicias rurales es un guía de fiar en el infierno?

Tamarin alcanzó a recibir una respuesta a este interrogante.

Pero antes del cultivo de rosas llegó la revolución de febrero, la División Salvaje, la guerra civil y el campo de concentración en los Urales del Norte. Tamarin decidió hacer una nueva apuesta en el juego de su vida.

Las flores que Tamarin cultivaba en el campo de concentración, en el koljós de Víshera, se llevaban a las exposiciones de Sverdlovsk y allí gozaban de gran fama. Tamarin comprendió que en el Norte las flores eran su camino hacia la libertad. Desde entonces un anciano afeitado al cero, cubierto con un chaquetón caucasiano remendado, colocaba cada día una rosa fresca sobre la mesa de Eduard Petróvich Berzin, director de la Fábrica Química de Víshera, jefe de los campos de Víshera.

Berzin también había oído algo de Horacio y del cultivo de rosas. El instituto de clásicas ofrecía este género de conocimientos. Y, lo más importante, Berzin confiaba por entero en los gustos de Alexandr Alexándrovich Tamarin, el viejo general zarista que cada día colocaba una rosa fresca sobre la mesa del joven chekista. El gesto no estaba mal. Y obligaba a mostrarse agradecido.

Berzin, él también un antiguo oficial zarista, a los veinticuatro años había apostado su vida, en el caso Lockhart, a la carta del poder soviético. Berzin comprendía a Tamarin. Aquello no era lástima, sino un destino compartido, algo que los unía a ambos por largo tiempo. Berzin comprendía que solo el azar lo había colocado a él en el despacho del director del Dalstrói y a Tamarin en el huerto del campo con su pala. Eran dos personas que habían recibido la misma educación y vivido idéntica catástrofe. No

hubo en la vida de Berzin nada que tuviera que ver con el espionaje ni con el contraespionaje hasta que apareció Lockhart y la necesidad de escoger.

A los veinticuatro años la vida parece infinita. La persona no cree en la muerte. No hace mucho, en una máquina cibernética se calculó la edad media de los traidores en la historia universal, desde Hamilton hasta Wallenrod. Veinticuatro años. Al parecer hasta en eso Berzin fue un hombre de su tiempo… Ayudante de regimiento, teniente Berzin… Pintor aficionado, conocedor de la escuela de Barbizon. Esteta, como todos los chekistas de la época. Aunque lo cierto es que por entonces aún no era chekista. El caso Lockhart fue el precio que tuvo que pagar para lograr el título, la cuota de ingreso en el partido de Berzin.

Yo llegué en abril y en verano me presenté a Tamarin, me trasladé a la otra orilla del río con un pase especial. Tamarin vivía junto al invernadero. Un cuartucho con techo de cristal como los invernáculos, un pesado y agobiante olor a flores, el olor de la tierra húmeda, pepinos de invernadero y plantones y más plantones… Alexandr Alexándrovich se aburría sin un contertulio. Ninguno de los vecinos de litera de Tamarin, ninguno de sus ayudantes o de los jefes sabía distinguir a los acmeístas de los imaginistas.

Al poco empezó la epidemia de la «reconversión». Los correccionales pasaron a depender de la OGPU, y los nuevos jefes, rigiéndose por nuevas leyes, se dirigieron a los cuatro puntos cardinales de la tierra abriendo nuevas administraciones de campos, una tras otra. El país se cubrió de una tupida red de campos de concentración, a los que por entonces cambiaron el nombre por el de campos «de trabajo correccional».

Recuerdo un gran mitin ante los presos durante el verano de 1929 en la administración de la UVLON[70], en Víshera. Después del informe del sustituto de Berzin, el chekista de castigo Teplov, sobre los nuevos planes del poder soviético, sobre las nuevas perspectivas en los campos, Piotr Peshin, un funcionario del partido de Sverdlovsk, preguntó:

—Dígame, ciudadano jefe, ¿en qué se distinguen los campos de trabajo correccional de los de concentración?

Teplov repitió con voz sonora y satisfecha la pregunta, para añadir:

—¿Es esa su pregunta?

—Sí, justamente esa —dijo Peshin.

—No se distinguen en nada —pronunció con voz sonora Teplov.

—No me ha entendido, ciudadano jefe.

—Sí que le he entendido. —Y Teplov dirigió su mirada o bien más arriba, o bien más abajo de Peshin, sin reaccionar en modo alguno a las señales del preso, que quería hacerle otra pregunta.

La marea de las «reconversiones» me llevó a Bereznikí, a la estación Usólskaya, tal como se llamaba entonces.

Pero antes aún, la noche de mi partida, Tamarin vino al campo, al cuarto regimiento, donde me hallaba yo, para despedirse. Resultó que no era a mí a quien se llevaban, sino que trasladaban a Tamarin con una escolta especial a Moscú.

—Le felicito, Alexandr Alexándrovich. Será para revisarle la condena, para ponerlo en libertad.

Tamarin estaba sin afeitar. Le crecía tanto la barba que cuando servía al zar en la corte tenía que rasurarse dos veces al día. En el campo lo hacía una sola vez.

—No se trata ni de ponerme en libertad ni de revisarme la condena. Me queda un año de los tres. ¡No me diga que se cree usted que alguien revisa las condenas! Lo mismo da que se trate de la fiscalía de vigilancia penitenciaria o de cualquier otra organización. Yo no he presentado ninguna solicitud. Soy viejo. Quiero quedarme a vivir aquí, en el Norte. Aquí se está bien. Antes, de joven, no conocía el Norte. A mi madre le gusta este sitio. A mi hermana también. Querría acabar mis días aquí. Y ahora va y aparece esta escolta especial.

—A mí me mandan de expedición mañana, a abrir la estación de Bereznikí, a echar la primera palada en la construcción principal del segundo plan quinquenal… No podemos viajar juntos.

—No, yo llevo escolta especial.

Nos despedimos y al día siguiente nos subieron a una «balsa» y la «balsa» navegó hasta Dediújino, hasta Lenva, donde encerraron en un viejo almacén la primera partida de presos, aquellos que levantarían sobre sus espaldas, con su propia sangre, los edificios de las instalaciones químicas de Bereznikí.

En los tiempos de Berzin, en los campos había mucho escorbuto, y no solo en el terrible Norte, desde donde, de vez en cuando, regresaban a rastras, cual polvorienta serpiente, descendiendo de las montañas, las etapas de presos extenuados por el trabajo. En la administración nos solían amenazar con mandarnos al Norte, cosa que también hacían en Bereznikí. El Norte era Ust-Uls y Kutim, donde ahora han encontrado diamantes. También antes se buscaban diamantes, pero los emisarios de Berzin no tuvieron suerte. Y además un campo con escorbuto, con palizas, con golpes sobre la marcha, con asesinatos impunes, un campo así no suscitaba la confianza de la población local. No fue hasta más tarde cuando la suerte de las familias deportadas por la colectivización, de los kulaks expulsados de Kubán, arrojados a la nieve y a la muerte en los bosques de los Urales, permitió intuir que el país se preparaba para una gran sangría.

Ea cárcel de tránsito se ubicaba en el mismo barracón donde nos habían instalado a nosotros, o, mejor dicho, en una parte del barracón, en el piso de arriba.

Un escolta acababa de introducir en el barracón a un hombre con dos maletas y un desgastado chaquetón caucasiano… Aquella espalda me sonaba.

—¿Alexandr Alexándrovich?

Nos abrazamos. Tamarin estaba sucio pero contento, mucho más contento que en Vizhaíja, durante nuestro último encuentro. Y enseguida comprendí por qué.

—¿Le han revisado la condena?

—Sí que me la han revisado. Tenía tres y ahora me han echado diez, la pena capital pero conmutada por diez años, ¡de modo que ya estoy de vuelta! ¡De regreso a Víshera!

—¿Y de qué se alegra?

—¿Cómo? Sigo vivo, y esto es lo principal según mi filosofía. Tengo sesenta y cinco años. De todos modos ya no viviré hasta el final de la condena. En cambio, se acabaron las dudas. Le pediré a Berzin que me deje morir en el koljós, en mi luminosa habitación con techo de cristal. Después de la condena podía pedir cualquier lugar, pero lo cierto es que no le he echado poco empeño para arrancarles el permiso de regreso, para poder

volver. En cuanto a la condena… Los años son una bobada. Que sea un lugar de trabajo grande o pequeño, esa es toda la diferencia. Ahora descansaré, pasaré aquí la noche, y mañana a Víshera.

En cuanto a las causas, ah las causas…, claro que las hay. Todo tiene una explicación.

En el extranjero aparecieron las memorias de Enver. En las propias memorias no se decía ni una palabra de Tamarin, pero el prólogo del libro lo había escrito el antiguo ayudante de Enver. El ayudante escribió que Enver había logrado escapar solo gracias a la colaboración de Tamarin, a quien Enver, según el ayudante, conocía, y que ambos eran amigos y se carteaban ya desde los tiempos en que el Khan Guiréi servía en la corte del zar. Después esta correspondencia había continuado. Y la investigación, por supuesto, estableció que si no hubieran matado a Enver en la frontera, Tamarin, que era un musulmán encubierto, habría tenido que encabezar la yihad y colocar Moscú y Petrogrado a los pies de Enver. Este estilo de redactar las causas floreció en todo su ampuloso y sangriento color en los años treinta. Pero la «escuela», la caligrafía era la misma.

Pero Berzin estaba familiarizado con la caligrafía de los provocadores y no se creyó ni una sola palabra de la nueva investigación sobre el caso Tamarin. Berzin había leído las memorias de Lockhart, los artículos de Lockhart sobre su caso, el de Berzin. Eso había ocurrido en 1918. En esos artículos-memorias, el letón aparecía como un aliado de Lockhart, como un espía inglés, no soviético. Tamarin tuvo el puesto en la granja garantizado a perpetuidad. Las promesas de los jefes son siempre frágiles, pero de todos modos más sólidas que la perpetuidad, como lo demuestra el tiempo.

Tamarin se dispuso a prepararse para un trabajo al que no quería dedicarse al principio, tras la «revisión» de su caso. Y aunque, como antes, el viejo agrónomo con su chaquetón caucasiano colocaba cada día sobre la mesa de Berzin una rosa fresca de Víshera, una orquídea de Víshera, Tamarin no solo tenía rosas en la cabeza.

La primera condena de tres años había terminado, pero él ya ni pensaba en ella. El destino necesita de una víctima sangrienta, y la víctima hay que ofrecerla. Murió la madre de Tamarin, una vieja caucasiana enorme y alegre a la que le encantaba el Norte; la anciana quería animar a su hijo, quería

creer en su afición, en el camino que había emprendido, en su incierto camino. Cuando estuvo claro que la nueva condena era de diez años, la vieja se murió. Se murió rápido, en una semana. A ella le encantaba el Norte, pero su corazón no pudo soportarlo. Quedó la hermana. Era más joven que Alexandr Alexándrovich, pero también una anciana de pelo blanco. La hermana trabajaba de mecanógrafa en las oficinas de la Vishjimz, sin dejar de creer en su hermano, en su buena fortuna, en su suerte.

En 1931 Berzin asumió un nuevo e importante destino, el de director del Dalstrói en Kolimá. Era un cargo que a Berzin le permitía reunir en su persona el poder supremo en un territorio lejano —una octava parte de la Unión Soviética—, el mando del partido, el mando político, soviético, militar, sindical, y así sucesivamente.

La prospección geológica —las expediciones de Bilibin y de Tsaregradski— dio unos resultados espléndidos. Las reservas de oro eran de gran riqueza, solo faltaba resolver un pequeño detalle: cómo extraer este oro a una temperatura de sesenta grados bajo cero.

Que en Kolimá hay oro es algo que se sabe desde hace trescientos años. Pero ningún zar se decidió a extraer este oro por medio de trabajos forzados, con mano de obra carcelaria, con esclavos; solo Stalin decidió dar este paso… Después del primer año, después de Belomorkanal, de Visitera, se llegó a la conclusión de que con el hombre se podía hacer de todo, su humillación no tenía límites, como tampoco los tenía su resistencia física. Resultó que era posible inventar toda una escala para merecer el segundo plato en las comidas: la ración de producción, la de choque y la estajanovista, que es como en el año treinta y siete se denominó la ración máxima de los presos de Kolimá, o «soldados de Kolimá», como los llamaban entonces en los periódicos. Para esta empresa aurífera, para esta tarea de colonización del territorio, y más tarde para el exterminio físico de los enemigos del pueblo, se buscaba a un hombre. Y no encontraron a nadie mejor que Berzin. Berzin trataba con total desprecio a los hombres; no con odio, sino con desprecio.

Berzin, convertido en el primer jefe de Kolimá que, con mucho, acumulaba más poder que el general gobernador de Siberia Oriental —Iván

Pestel, el padre del Pestel dekabrista—, se llevó consigo a Tamarin como responsable de agricultura, con la misión de experimentar, demostrar y ensalzar su obra. Se creó un conjunto de granjas agrícolas del tipo de las de Víshera, al principio en torno a Vladivostok y luego cerca de Elguén.

Las explotaciones agrícolas de apoyo construidas en Elguén, en el centro de Kolimá, fueron un obstinado capricho tanto de Berzin como de Tamarin.

Berzin consideraba que el futuro centro de Kolimá no era la marítima Magadán, sino el valle de Taskán. Magadán era solo un puerto.

En el valle de Taskán había apenas un poco más de tierra que entre las rocas desnudas de todo el territorio de Kolimá.

Allí se creó un sovjós[71], y en aquella granja estatal, con el fin de demostrar lo indemostrable, se dilapidaron millones. La patata no quería madurar. Se cultivaba en invernaderos, se plantaba, como la col, en inacabables jornadas de «choque», en sábados «rojos» de tipo carcelario, obligando a trabajar allí a los presos, a cultivar aquellos plantones «para ellos». ¡«Para ellos»! No trabajé pocas veces en aquellos sábados «rojos»…

Al cabo de un año la Kolimá de los campos de concentración dio su primer oro, y en 1935 Berzin recibió la orden de Lenin. Alexandr Alexándrovich obtuvo la rehabilitación, se le eximió de la condena. Para entonces su hermana también había muerto, pero Alexandr Alexándrovich aún seguía dando guerra. Escribía artículos en revistas, aunque en esta ocasión no sobre la joven poesía del komsomol, sino sobre sus experimentos agrícolas. Alexandr Alexándrovich creó una variedad de col, la «híbrido de Tamarin», bastante singular, del Norte, una variedad se diría que como las de Michurin[72]. Treinta y dos toneladas por hectárea. ¡Una col, no una rosa! En las fotografías la col parece una rosa enorme, con un capullo enorme, impresionante. ¡El «melón-calabaza de Tamarin», con un peso de cuarenta kilos! ¡La patata de la variedad Tamarin!

Alexandr Alexándrovich encabezó en Kolimá la sección de cultivo de plantas de la Academia de Ciencias del Extremo Norte.

Tamarin hacía informes para la Academia de Ciencias Agrícolas, viajaba a Moscú, se daba prisa.

Las alarmas del año treinta y cinco, la sangre del treinta y cinco, los torrentes de presos, donde había muchos amigos y conocidos de Berzin, espantaban, alarmaban a Tamarin. Berzin intervenía en los mítines, estigmatizaba, desenmascaraba y condenaba a todo género de saboteadores y espías entre sus subordinados, por ser elementos «que se habían infiltrado en sus filas», hasta el día en que él mismo se convirtió en «saboteador y espía».

Una comisión tras otra investigaba el reino creado por Berzin, interrogaba, reclamaba su presencia…

Tamarin sentía hasta qué punto era inestable, insegura su posición. Pues a Tamarin le habían retirado la condena «con el restablecimiento de todos sus derechos» ese mismo año, el año treinta y cinco.

Tamarin obtuvo el derecho de viajar a Kolimá como contratado libre, como especialista en agricultura del Norte, como el Michurin del Extremo Oriente, como el mago del Extremo Oriente. Firmó el contrato en Moscú en 1935.

El éxito de las cosechas de hortalizas en los campos cercanos a Vladivostok era considerable. La mano de obra de reclusos, gratuita, ilimitada en los campos de tránsito del Dalstrói, hacía milagros. Los agrónomos escogidos entre las etapas de presos, animados por las promesas de una liberación anticipada gracias a la redención del trabajo, trabajaban sin descanso, realizando todo género de experimentos. Entonces aún no se perseguía por los fracasos. Se buscaba el éxito febrilmente. Pero todo esto pasaba en el continente, en tierra firme, en el Extremo Oriente, no en el Extremo Norte. Aunque también allí se empezaron a llevar a cabo experimentos: en el valle de Taskán, en Elguén, en Seimchán, en la costa cercana a Magadán.

Pero aquello no era la libertad para la que Tamarin se había preparado tan escrupulosamente, con tan ilimitada humillación, destreza y cuidado. Desde el continente seguían llegando presos a Magadán, etapa tras etapa. El mundo creado por Berzin para Tamarin se desmoronaba, se hacía añicos. Muchos responsables de los tiempos de Kírov y también anteriores a este habían hallado en Berzin como quien dice un servicio en la reserva. Así E Medved, jefe de la OGPU de Leningrado en la época del asesinato de

Kírov, era con Berzin el jefe del GPU del Sur. En el primer caso, GP significa «estatal-político», mientras que en el segundo significa solamente «minero industrial»; tales eran los divertimentos lingüísticos a los que se dedicaban los servidores de los «órganos».

Llegó el año treinta y seis, con sus fusilamientos, con sus desenmascaramientos, con sus arrepentidos. Y tras el treinta y seis, el treinta y siete.

En Kolimá se dieron muchos «procesos», pero Stalin no tenía bastante con estas víctimas locales. Había que echar en las fauces de Moloch una víctima más relevante.

En noviembre del treinta y siete, Berzin fue llamado a Moscú con motivo de su permiso de descanso anual. Se nombró director del Dalstrói a Pávlov. Berzin presentó el nuevo jefe a la dirección del partido del Dalstrói. No había tiempo de viajar con Pávlov a los yacimientos para la transmisión de poderes, Moscú apremiaba.

Antes de partir, Berzin ayudó a Tamarin a conseguir un permiso «para el continente». Alexandr Alexándrovich, servidor del Dalstrói con dos años de estancia, aún no se había ganado ningún permiso. Este fue el último favor que le hizo el director del Dalstrói al general Khan Guiréi.

Viajaron en el mismo vagón. Berzin estaba como siempre malhumorado. En los alrededores de Moscú, en Alexándrov, una helada y tormentosa noche de diciembre, Berzin salió al andén. Y ya no regresó al vagón. El tren llegó a Moscú sin Berzin. Tamarin, tras pasar varios días de verdadera libertad —por primera vez en los últimos veinte años—, trató de averiguar qué le había ocurrido a su jefe y protector durante tantos años. En una de sus visitas a la representación del Dalstrói, Tamarin descubrió que también él había sido expulsado «del sistema», expulsado en ausencia y a perpetuidad.

Tamarin decidió probar suerte una vez más. En aquellos años, cualquier declaración, queja o solicitud era una manera de atraer la atención hacia el demandante, un riesgo mortal. Pero Tamarin era viejo. Y no quería esperar. Sí, se había vuelto viejo y no quería, no podía esperar. Se dirigió por escrito a la Administración del Dalstrói solicitando que lo retornaran a su lugar de

trabajo en Kolimá. Y recibió una negativa: a la Kolimá posterior a Berzin no le hacían falta especialistas como él.

Corría el mes de marzo del año treinta y ocho, todas las prisiones de tránsito del país estaban abarrotadas de presos. El sentido de la respuesta era este: aquí si te traen será bajo escolta.

Esta fue la última huella que Khan Guiréi, el jardinero y general, dejó en este mundo.

Las suertes de Berzin y Tamarin son muy afines. Ambos sirvieron a la fuerza y obedecieron a esta fuerza. Creían en la fuerza. Y la fuerza los engañó.

A Berzin nunca le perdonaron el asunto Lockhart, no lo olvidaron. En Occidente los biógrafos creyeron que Berzin había sido un fiel participante del complot inglés. Ni Lenin ni Dzerzhinski, que habían conocido los detalles del caso, estaban vivos. Y cuando llegó el momento, Stalin mató a Berzin. Cerca de los secretos de Estado hace demasiado calor para los hombres, incluso para individuos de una sangre tan fría como la de Berzin.

[1967]

La oración vespertina

En el año treinta empezó esta moda: vender ingenieros. El campo sacaba buenos réditos de la venta bajo mano de quienes disponían de conocimientos técnicos. El campo recibía el presupuesto íntegro, de este se descontaba la alimentación del preso, la ropa, la escolta, el aparato de instrucción, incluso los gastos de mantenimiento del gulag, la Administración Central de los Campos. Después de descontar todos los gastos comunales, quedaba una suma respetable. Esta cantidad no llegaba en modo alguno a las manos del detenido o a su cuenta corriente. No. La suma formaba parte de los beneficios del Estado, y el detenido recibía unas primas del todo arbitrarias, primas que a veces le alcanzaban para un paquete de tabaco Pushka, a veces para varios. Las autoridades del campo solicitaban hábilmente de Moscú permiso para pagar determinado porcentaje del salario, por pequeño que fuera, y entregar esta cantidad de dinero al detenido. Pero Moscú no concedía tales permisos, y a los ingenieros se les pagaba de modo arbitrario. Al igual que a los tractoristas o a los carpinteros, por cierto. Por alguna razón, el Gobierno temía crear siquiera la ilusión de un salario, de modo que lo convertía en un premio, llamando premio a este salario.

Entre los primeros ingenieros presos vendidos por el campo a una construcción, en nuestra sección estaba Víktor Petróvich Findikaki, mi vecino en el barracón.

Víktor Petróvich Findikaki, condenado a cinco años por el artículo 58, puntos 7 y 11, era el primer ingeniero ruso que había montado —esto sucedía en Ucrania— una fábrica de laminado de metales no ferrosos. Sus trabajos en esa especialidad eran bien conocidos por los técnicos rusos, y cuando a Víktor Petróvich su nuevo dueño, el Bereznikíijimstrói[73], le

propuso redactar un manual de su especialidad, Víktor Petróvich se puso manos a la obra con entusiasmo; sin embargo, pronto sus ánimos decayeron, y me costó mucho averiguar las razones de su disgusto.

Víktor Petróvich me explicó sin asomo de humor que en el manual que estaba escribiendo aparecía la palabra «perjudica» y se había visto obligado a tacharla y sustituirla por «entorpece[74]». Ahora el resultado estaba en manos de los superiores.

Las autoridades no pusieron objeciones a las correcciones de Víktor Petróvich, y este conservó su cargo de ingeniero.

Una bobada, claro. Pero para Víktor Petróvich era un asunto serio, una cuestión de principios, y ahora explicaré por qué.

Víktor Petróvich era un hombre «roto», como dicen los hampones y los jefes de los campos. En su proceso ayudó a los instructores, participó en los careos; lo amedrentaron, lo tumbaron y finalmente lo pisotearon. Y al parecer no solo en sentido figurado. Víktor Petróvich pasó por varias «cadenas», como las empezarían a llamar en todas partes pasados cuatro o cinco años.

Pável Petróvich Miller, el jefe del campo de producción, conocía a Findikaki de la cárcel. Y aunque Miller soportó tanto las cadenas como los golpes y fue condenado a diez años, por alguna razón se mostraba indiferente en cuanto a la conducta de Víktor Petróvich. Si bien el propio Víktor Petróvich sufría horrores por su traición. Por aquellos casos de sabotaje hubo muchos fusilamientos. A pequeña escala, pero entonces ya se fusilaba. Trajeron al campo al condenado por el caso de Shajti Boyárshinov, y este también charló al parecer amistosamente con Findikaki.

La conciencia de cierto hundimiento, de un completo fracaso moral acompañó a Findikaki durante bastante tiempo. Víktor Petróvich (su litera en el barracón se encontraba junto a la mía) no quería ni oír hablar de trabajar en un cargo para enchufados, en algún destino privilegiado, de jefe de brigada o de grupo, o de ayudante del mismo Pável Petróvich Miller.

Findikaki era una persona fuerte físicamente, no muy alto y ancho de hombros. Recuerdo que a Miller le asombró un poco que Findikaki le pidiera ingresar en la brigada de los cargadores de la fábrica de sosa. Esta brigada tenía sus movimientos limitados, se la podía llamar a la fábrica a

cualquier hora del día para cargar o descargar los vagones. La rapidez en el trabajo era algo que, ante la amenaza de una penalización ferroviaria, la administración de la fábrica de sosa valoraba mucho. Miller le aconsejó al ingeniero que hablara con el jefe de la brigada de los cargadores. Yudin, el jefe de la brigada, que vivía en el mismo barracón, soltó una carcajada al oír la petición de Findikaki. A Yudin, que era un capo innato, no le gustaba la gente fina, ni los ingenieros ni los científicos en general. Pero, cediendo a los deseos de Miller, admitió a Findikaki en su brigada.

Desde entonces rara vez veía yo a Findikaki, aunque durmiéramos el uno al lado del otro.

Pasó cierto tiempo y un día en el Jimstrói[75] necesitaron un esclavo inteligente, un esclavo sabio. Necesitaban un cerebro técnico. Era un trabajo para Findikaki. Pero Víktor Petróvich rechazó el ofrecimiento: «No, no quiero regresar a un mundo donde cada palabra me resulta odiosa, cada término técnico se parece al argot de los soplones, al léxico de los traidores». Miller se encogió de hombros, y Findikaki siguió trabajando de cargador.

Pero pronto Findikaki se calmó, poco a poco el drama judicial se fue suavizando. Llegaron al campo otros ingenieros, también «rotos». Y en ellos se empezó a fijar Víktor Petróvich. Esta gente vivía, no se moría ni por su propia vergüenza ni por el desprecio de quienes los rodeaban. Y tampoco les hacían ningún boicot, era gente como cualquiera otra. Y Víktor Petróvich empezó a lamentar un poco su caprichosa decisión, su chiquillada.

Salió otra plaza de ingeniero, para la construcción, y Miller —era él quien tramitaba las peticiones dirigidas al jefe— rechazó a varios ingenieros recién llegados. Se lo propuso de nuevo a Víktor Petróvich, que en esta ocasión accedió. La designación suscitó una protesta enérgica, desaforada, por parte del brigada de los cargadores: «Para no sé qué trabajo de oficina me quitan a mi mejor trabajador. No, Pável Petróvich. Se han roto las reglas. Llegaré hasta Berzin, os voy a desenmascarar a todos».

Y en efecto, a Miller se le abrió un expediente acusándolo de sabotaje, pero afortunadamente alguien de la vieja dirección amonestó al jefe de la brigada de cargadores.

Y Víktor Petróvich regresó a su trabajo de ingeniero.

Como antes, volvimos a conciliar el sueño juntos: nuestros colchones se tocaban. Y de nuevo escuché a Findikaki farfullando antes de dormirse, como si recitara una oración: «La vida es una mierda. Una mierda». Cinco años.

Ni el tono ni el texto del conjuro de Víktor Petróvich se alteraron.

[1967]

Borís Yuzhanin

Un día de otoño del año treinta llegó una etapa de presos: el vagón de ganado número cuarenta de cierto convoy que se dirigía al norte, al norte, al norte. Por entonces todas las vías iban repletas. El ferrocarril apenas se las arreglaba para trasladar a los kulaks desterrados; con sus mujeres e hijos, aquellos oriundos de Kubán eran deportados al Norte, donde serían arrojados en medio de la espesa taiga de los Urales. Ya al cabo de un año había que mandar comisiones a las explotaciones forestales de Cherdín. Los colonos morían uno tras otro y el plan de producción forestal peligraba. Pero todo esto vino después, porque entonces los «desposeídos[76]» aún se secaban con sus típicas toallas ucranianas de vivos colores, se lavaban, alegrándose unos y no alegrándose otros del descanso, de verse detenidos. El tren estaba parado, cedía el paso —¿a quién?— a los trenes de presos. Estos sabían que al llegar los pondrían bajo la protección de los fusiles, y que entonces cada uno intentaría espabilarse, luchar por su destino, por «romper su suerte». En cambio los campesinos de Kubán no sabían qué muerte les esperaba, ni dónde ni cuándo. A estos los mandaban en vagones de ganado con estufas. También los convoyes de presos estaban formados por vagones de ganado. Había pocos vagones Stolipin de verdad, con calefacción, y para las etapas de presos se empezaron a preparar, a encargar a las fábricas vagones corrientes, llamados en otro tiempo «de segunda clase». A estos vagones de presos seguían llamándolos Stolipin por la misma razón por la que en Kolimá a la parte central de Rusia la llaman «continente», aunque Kolimá no sea una isla sino una región de la península de Chukotka; sin embargo, el léxico de Sajalín, el viaje únicamente en barco, los muchos días de travesía por mar creaban la ilusión de una isla. En lo psicológico no era ninguna ilusión. Kolimá es una isla. De

ella se regresa al «continente», a la «tierra grande». Y el continente, así como la tierra grande, pertenece al diccionario de la cotidianidad: tanto al léxico periodístico como al libresco.

De la misma manera, el vagón carcelario con sus rejas había conservado el sobrenombre de Stolipin. Aunque el vagón carcelario, edición de 1907, no se le pareciera en nada.

Pues bien, en la lista del vagón número cuarenta había treinta y seis reclusos. ¡La norma! El convoy marchaba sin sobrecarga. En la lista para la escolta, escrita a mano, había un apartado para la «especialidad», y cierta nota atrajo la atención del administrativo. ¡«Blusa azul»! ¿Qué especialidad era esa? No era un tornero, un contable, un animador cultural, sino un «blusa azul». Era evidente que con esta respuesta al cuestionario del campo, a la pregunta carcelaria, el preso quería subrayar algo importante. O atraer la atención de alguien.

La lista era como sigue.

Borís Semiónovich Gurévich (Yuzhanin), art. S. E. (lítero[77]: «sospecha de espionaje»), condena: tres años —una condena increíble incluso para aquellos tiempos—, año de nacimiento: 1900 (¡coincidiendo con el comienzo del siglo!), especialidad: «blusa azul».

A Gurévich lo condujeron a la oficina del campo. Un hombre moreno, cabezón, con el pelo cortado y la piel sucia. Unos anteojos rotos, sin cristales, montados en la nariz. Y atados con un cordel al cuello. No tenía ni camisa ni camiseta, tampoco ropa interior. Solo unos estrechos pantalones azules de algodón sin botones, de otra persona sin duda, el resultado evidente de un trueque. Lo habían desplumado los hampones, por supuesto. Se habrían jugado unas prendas ajenas, los trapos de algún «bulto[78]». Unos pies descalzos y sucios con las uñas largas y una sonrisa lastimera y confiada en la cara, en sus grandes ojos marrones, que yo conocía tan bien. Era Borís Yuzhanin, el famoso director de la famosa «La blusa azul», cuyo quinto aniversario se celebró en el teatro Bolshói. Yuzhanin se sentaba entonces no lejos de mí, rodeado de una multitud de miembros del movimiento «La blusa azul»: Tretiakov, Mayakovski, Foregger, Yutkévich, Tenin y Kirsánov. Los autores y colaboradores de la revista *La blusa azul*

parecían beber cada una de las palabras que pronunciaba su jefe y líder Borís Yuzhanin.

Y había dónde beber: Yuzhanin no paraba de hablar, siempre tratando de convencer de algo y de orientar hacia aquí o hacia allá.

Hoy «La blusa azul» ha caído en el olvido. Pero a principios de los años veinte se habían depositado en ella grandes esperanzas. Y no solo en lo que se refiere a las nuevas formas teatrales que traía al mundo la revolución de octubre, una revolución que iba camino de convertirse en mundial.

Los miembros de «La blusa azul» no consideraban lo bastante de izquierdas ni siquiera a Meyerhold, y no solo proponían nuevas formas en las actividades teatrales de *El periódico vivo,* como llamaba a *La blusa azul* Yuzhanin, sino en toda la filosofía de la vida.

La blusa azul, según idea del líder del movimiento, era como una orden. La estética, puesta al servicio de la revolución, también daba lugar a victorias éticas.

En los primeros números del nuevo almanaque literario de la revista *La blusa azul* (y salieron muchísimos en cinco o seis años) los autores, por célebres que fueran (Mayakovski, Tretiakov, Yutkévich) en ningún caso firmaban.

La única firma que aparecía era la del redactor Borís Yuzhanin. Los honorarios que se ingresaban en las arcas de *La blusa azul* se destinaban a desarrollar el movimiento. *La blusa azul,* según idea de Borís Yuzhanin, no debía convertirse en algo profesional. Cada institución, cada fábrica o taller debía tener sus grupos. Grupos artísticos de aficionados.

Los textos de los blusas azules exigían melodías sencillas y conocidas. Y no necesitaban de ninguna voz especial. Pero si aparecía una buena voz, si había talento, mejor que mejor. Y este conjunto *blusa azul* se convertía en un grupo ejemplar. Estos grupos se convertían en profesionales, pero de manera temporal, según Yuzhanin.

Yuzhanin propugnaba la negación del viejo arte teatral. Criticaba duramente el Teatro Artístico y el Mali, los principios mismos de su manera de trabajar.

Los teatros tardaron mucho en adaptarse al nuevo poder. Yuzhanin habló en nombre de este, prometiendo un arte nuevo.

En este arte nuevo se otorgaba una importancia especial al teatro de la razón, al teatro de la consigna, al teatro político.

«La blusa azul» se oponía decididamente al teatro de los sentimientos. Todo lo que se llamaba el «teatro de Brecht», Yuzhanin ya lo había descubierto y puesto en escena. La cuestión es que, tras hallar por la vía empírica toda una serie de principios nuevos, Yuzhanin no los supo teorizar, desarrollar y ofrecer a los foros internacionales. Esta tarea la realizó Brecht: ¡honor y loa a su tarea!

La primera *blusa azul* apareció en escena en un club de aficionados, del komsomol, en 1921. Al cabo de cinco años en Rusia había cuatrocientos grupos. A modo de base principal, para que hiciera representaciones las veinticuatro horas del día, a *La blusa azul* le concedieron el teatro Chat noir, en la plaza Strasnaya, el mismo que derruyeron en 1967.

La bandera negra aún colgaba en el edificio vecino, el club de los anarquistas de la Tverskaya, donde no hacía mucho habían actuado Mámont-Dalski, Judas Grossman-Roschin, Dmitri Fúrmanov y demás apóstoles del anarquismo. El cualificado periodista Yaroslav Gamza participó en la polémica sobre los caminos y los destinos del nuevo teatro soviético, sobre las nuevas formas teatrales.

Los grupos centrales eran ocho y tenían nombres como: «Ejemplar», «Modélico», «De choque», «Fundamental»; así se llamaban, y Yuzhanin se preocupaba de que hubiera igualdad entre todos ellos.

En 1923 ingresó en *La blusa azul* como grupo independiente el teatro de Foregger.

Y no obstante, a pesar de todo este crecimiento, a pesar de todo este movimiento, tanto en profundidad como en expansión, a *La blusa azul* le faltaba algo.

La incorporación del teatro de Foregger constituyó la última victoria de *La blusa azul*.

De pronto se vio claro que *La blusa azul* no tenía nada más que decir, que las «izquierdas teatrales» se inclinaban más hacia el teatro de Meyerhold, el teatro de la revolución, el teatro de cámara. Estos centros habían conservado sus energías, su inventiva, así como sus cuadros, mucho más cualificados que los grupos «ejemplares» de Yuzhanin. Borís Trenin y

Klavdia Kornéyeva, que más tarde se pasaron al «Teatro para niños», son los únicos nombres nacidos en *La blusa azul*. Yutkévich se decantó por el cine. Tretiakov y Kirsánov, por el «Nuevo Lef[79]». Incluso el compositor de *La blusa azul*, Konstantín Lístov, traicionó a *El periódico vivo*.

También se vio claro que los teatros académicos, tras recuperarse de la conmoción, se habían mostrado de acuerdo, quizá demasiado de acuerdo, en servir al nuevo poder.

Los espectadores regresaron a las salas en cuyo telón aparecía una gaviota, mientras la juventud soñaba con acceder como fuera a los estudios de las viejas escuelas teatrales.

Ya no había sitio para *La blusa azul*. Y de algún modo se vio claro que todo esto era un bluf, un espejismo. Que el arte tiene sus propias vías y que estas están firmemente trazadas.

Pero esto ocurría al final, porque al principio fue un completo triunfo. A escena salían unos actores vestidos con blusas azules y empezaban el espectáculo con una *entrée* triunfal. Todas estas paradas inaugurales eran siempre iguales, como los desfiles deportivos antes de la retransmisión radiofónica de un partido de fútbol:

> *Somos los* blusas azules,
> *somos sindicalistas.*
> *No somos ruiseñores-acordeones,*
> *sino solo tornillos*
> *de la gran fundición,*
> *de una familia obrera*
> *soldada en su unión.*

S. M. Tretiakov, el miembro del Lef, era un maestro en el arte de los «tornillos y las fundiciones». El redactor de *La blusa azul* también escribió varios oratorios, sketches y escenas.

Después de la parada se interpretaban varias escenas. Los actores, sin maquillaje, en «ropa de prosa», o, como lo llamarán más tarde, «sin vestuario», no eran más que aplicaciones, símbolos. La parada terminaba con este broche final:

Os hemos cantado
lo que hemos sabido,
os hemos cantado lo que hemos podido.
Y si os hemos sido de provecho
sin duda hemos logrado nuestro fin.

Este mundo gris de los editoriales de prensa trasladados al argot teatral tuvo un éxito inusitado. Era el nuevo arte del proletariado.

La blusa azul viajó a Alemania. Dos colectivos encabezados por el mismo Yuzhanin. Eso era en el año veinticuatro, creo. Actuaron en los clubes obreros de la república de Weimar. Allí Yuzhanin se encontró con Brecht, al que dejó perplejo por la novedad de sus ideas. Que lo dejó perplejo es algo que dijo en estos términos el propio Yuzhanin. Se vio con Brecht tan a menudo como era posible en aquellos tiempos llenos de sospechas y de vigilancia mutua.

El primer viaje de los «trabajadores de choque» al extranjero, un viaje alrededor del mundo, se produjo en 1933. Entonces para cada «hombre de choque» había un comisario político.

Con Yuzhanin también viajaron no pocos comisarios políticos. Maria Fiódorovna Andréyeva[80] era quien organizaba aquellos viajes.

Después de Alemania, *La blusa azul* viajó a Suiza y, sin caber en sí de contento por tantos triunfos, regresó a la patria.

Al cabo de unos años Yuzhanin llevó a Alemania otros dos colectivos de los *blusas azules,* a aquellos que no habían participado en el primer viaje.

Igual éxito. De nuevo se suceden los encuentros con Brecht. Regreso a Moscú. Los grupos se preparan para viajar a Norteamérica, a Japón.

Yuzhanin tenía una particularidad que entorpecía su papel de líder del movimiento: era mal orador. No sabía prepararse una intervención, derrotar a los adversarios en una discusión o en un informe. Precisamente en aquella época, cuando tales discusiones estaban de moda y se sucedían las reuniones, las disputas. Y, a pesar de ello, no quería desempeñar un papel secundario, retirarse a la sombra, quedar a un lado.

La lucha tras las bambalinas exigía gran ingenio y mucha energía. Y Yuzhanin carecía de estas cualidades. Yuzhanin era poeta, no político. Un poeta dogmático, un poeta fanático de su tarea como *blusa azul.*

Tenía ante mí a un individuo sucio y harapiento. Sus pies sucios y descalzos no paraban quietos: Borís Yuzhanin se apoyaba ora en un pie ora en el otro.

—¿Algún hampón? —le pregunté señalando con la cabeza sus hombros desnudos.

—Sí. Aunque así estoy mejor, me siento más ligero. Me he puesto moreno durante el viaje.

En las altas esferas ya se estaban preparando las disposiciones y las órdenes relativas a los *blusas azules:* reducirles las partidas, retirarles las dotaciones. Hasta al teatro Chat noir le aparecieron pretendientes. La parte teórica de los manifiestos redactados por los *blusas azules* se tornaba cada vez más pálida.

Yuzhanin no condujo, no supo conducir su teatro hacia la revolución mundial. Por lo demás, a mediados de los años veinte, incluso esta perspectiva se había difuminado.

¡El amor a las ideas de los *blusas azules*! Lo cual se reveló insuficiente. El amor significa responsabilidad, discusiones en la sección del soviet de Moscú, notas explicativas, tormentas en vasos de agua, entrevistas con actores que pierden su sueldo. Esta es la cuestión básica: ¿qué era *La blusa azul*, una organización profesional o un grupo de aficionados?

El ideólogo y dirigente de *La blusa azul* cortó todos estos nudos con un solo golpe de espada.

Borís Yuzhanin decidió huir al extranjero.

Pero aquel chiquillo fracasó en su empeño. Entregó todo su dinero a cierto marino en Batum, y el marino lo condujo directamente a la OGPU. Yuzhanin estuvo poco tiempo en prisión.

La instrucción de su caso en Moscú le dio al héroe una nueva forma teatral: el lítero «S. E.» —«sospecha de espionaje»— y tres años de campos

de concentración.

«Lo que vi en el extranjero no se parecía en nada a lo que escribían los diarios. Se me quitaron las ganas de ser un periódico oral. Quise vivir una vida de verdad».

Trabé amistad con Yuzhanin. Pude hacerle una serie de favores, en lo que se refiere a la ropa y al baño, pero pronto lo llamaron de la administración, a Vizhaíja, donde estaba el centro del USLON, para que trabajara en su especialidad.

El ideólogo y fundador del movimiento de los *blusas azules* se convirtió en el responsable de *La blusa azul* en los campos de concentración de Víshera, del periódico vivo de los presos. ¡Impresionante final!

Para *La blusa azul* del campo escribí yo, en colaboración con Borís Yuzhanin, varios sketches, oratorios y cuplés.

Yuzhanin se convirtió en el redactor de la revista *La nueva Víshera*. En la biblioteca de Leningrado se pueden encontrar ejemplares de esa revista.

El nombre de Yuzhanin quedará para la posteridad. Gran invento el de Gutenberg, aun cuando la máquina tipográfica haya sido sustituida por el mimeógrafo.

Uno de los principios de *La blusa azul* era el empleo de cualquier texto, de cualquier argumento.

Si son de provecho, tanto la letra como la música pueden ser de cualquier autor. Aquí no hay robos literarios. Aquí el plagio es ley.

En el año treinta y uno se llevaron a Yuzhanin a Moscú. ¿Una revisión de la causa? Quién sabe.

Yuzhanin se pasó unos cuantos años en Alexándrovo, o sea que no debieron de revisarle mucho la causa.

En el cincuenta y siete me enteré por casualidad de que Yuzhanin seguía vivo; el Moscú de los años veinte no podía ni ignorarlo ni olvidarlo.

Le escribí una carta, le propuse que les hablara de *La blusa azul* a los moscovitas de finales de los cincuenta. Mi propuesta provocó una violenta protesta del redactor jefe de la revista: no había oído hablar en su vida de *La blusa azul*. No tuve ocasión de confirmar mi ofrecimiento y me maldije a mí mismo por mi precipitación. Luego me puse enfermo, de modo que mi carta del cincuenta y siete para Yuzhanin se quedó en el cajón de mi mesa.

[1967]

La visita de mister Popp

Mister Popp era el subdirector de la empresa norteamericana Nitrogen, que instalaba los gasómetros en el Bereznikjimstrói.

El encargo era considerable, el trabajo marchaba bien y el subdirector consideró necesario asistir personalmente a la entrega de la obra. En Berezniki trabajaban diferentes empresas. Aquello era una «Internacional Capitalista», como la llamaba M. Granovski, el jefe de la construcción. Los alemanes montaban las calderas Hanomag. Las máquinas de vapor eran de la casa inglesa Brown-Boveri; las calderas, de Babcock Wilcox, y los gasómetros, norteamericanos.

A los alemanes las cosas no les iban demasiado bien; a todo esto lo llamaron luego sabotaje. A los ingleses en la central eléctrica tampoco. También a esto lo llamaron más tarde sabotaje.

Yo entonces trabajaba en la central eléctrica, en la central termoeléctrica, y recuerdo bien la llegada del ingeniero jefe de la Babcock Wilcox, mister Holmes. Era una persona muy joven, de unos treinta años. Granovski, el jefe del Jimstrói, recibió a Holmes en la estación; pero Holmes no se dirigió al hotel, sino que fue directamente a ver las calderas, la instalación. Uno de los operarios ingleses le quitó a Holmes el abrigo y le puso el traje de faena, y Holmes se pasó tres horas en la caldera escuchando las explicaciones del operario. Por la tarde se celebró una reunión. De todos los ingenieros, mister Holmes era el más joven. A todos los informes, a todas las observaciones, mister Holmes respondía con unas breves palabras que el traductor traducía de este modo: «A mister Holmes esto no le preocupa». Y no obstante, mister Holmes se pasó en el complejo industrial dos semanas; la caldera se puso en marcha y funcionó al ochenta por ciento

de su potencia teórica. Granovski firmó el acta y mister Holmes regresó en avión a Londres.

Pasados unos meses, la potencia de la caldera descendió y, para estudiar el problema, se llamó a un especialista del país: Leonid Konstantínovich Ramzin. Protagonista de un proceso muy sonado, Ramzin, como correspondía a su condición, aún no había recobrado la libertad, ni lo habían condecorado con la orden de Lenin, ni había recibido todavía el premio Stalin. Todo esto vendría más tarde; Ramzin lo sabía, y en la estación eléctrica se movía con desenvoltura. No vino solo, sino con un tipo de aspecto muy llamativo, y se marchó también con la misma compañía. Ramzin no se metió en la caldera, como sí había hecho mister Holmes, sino que se quedó en el despacho de Kapseller, director técnico de la estación e igualmente un deportado, condenado en las minas de Kizel por sabotaje.

El director nominal de la central termoeléctrica era un tal Ráchev, exdirector rojo. No era un mal tipo y nunca se metía en cuestiones que no dominaba. Yo trabajaba en la oficina de economía del trabajo de la central y durante muchos años llevé conmigo una carta de los caldereros dirigida a Ráchev. En esa carta, en la que los caldereros se quejaban de sus muchas necesidades, aparecía la resolución dictada por Ráchev, una orden tan típica como sincera: «Al responsable de la central termoeléctrica. Ruego que se esclarezca el asunto y que a ser posible se rechace la petición».

Ramzin dio unos cuantos consejos prácticos, pero valoró en muy poco el trabajo de mister Holmes.

Mister Holmes no aparecía en la central eléctrica en compañía de Granovski, el jefe de la obra, sino de su sustituto, el ingeniero jefe Chistiakov.

Nada hay más dogmático en el mundo que la etiqueta diplomática, donde la forma es propiamente el contenido. Se trata de un dogma que envenena la vida, que obliga a las personas de acción a gastar su tiempo en elaborar las normas apropiadas para una relación de mutuo respeto, en la que se honren las costumbres del lugar o el rango de las partes, algo que históricamente no tiene nada de cómico y que en esencia resulta inmortal. Por eso Granovski, que tenía todo el tiempo libre del mundo, no

consideraba apropiado acompañar por la obra al ingeniero jefe de la empresa. Otra cosa habría sido si se hubiera presentado el mismísimo amo.

A mister Holmes lo acompañaba por la obra el ingeniero jefe Chistiakov, un tipo voluminoso y pesado, lo que en las novelas se llama «todo un señor». Chistiakov tenía en la oficina del complejo un despacho enorme frente al de Granovski, y allí se pasaba sus buenos ratos encerrado con la joven correo de la oficina.

Yo entonces era joven y no entendía aquella ley fisiológica que respondía a la pregunta de por qué los altos jefes viven, además de con sus mujeres, con las correos, las taquígrafas y las secretarias. A menudo tenía que tratar con Chistiakov, y no pocas veces solté mil maldiciones ante aquella puerta cerrada.

Vivía yo en el hotel que se hallaba junto a la fábrica de sosa, en una de cuyas habitaciones Konstatín Paustovski garabateaba su novela Kara-Bugaz. A juzgar por lo que Paustovski ha contado sobre aquel tiempo —los años treinta y treinta y uno—, el escritor no vio ni por asomo lo esencial, la atmósfera que teñía durante aquellos años todo el país, toda la historia de nuestra sociedad.

Allí, a la vista de Paustovski, se estaba poniendo en práctica un gran experimento para descomponer las almas humanas, práctica que luego se extendió a todo el país y que se trocó en sangre en el año treinta y siete. Justamente allí y entonces se experimentó el nuevo sistema de campos: la autodefensa, la «reconversión», las raciones acordes al rendimiento, el cálculo de los días trabajados en función de los resultados del trabajo. Un sistema que llegó a su esplendor en el Belomorkanal y quebró en el Moskanal, donde aún hoy se encuentran huesos humanos en las fosas comunes.

En Bereznikí el experimento lo llevaba a cabo Berzin. No el propio Berzin, claro está. Berzin fue siempre un fiel ejecutor de las ideas ajenas, sangrientas o no, daba igual. Pero el director de la Vishjimz —y también constructor del primer plan quinquenal— fue Berzin. En el campo tenía bajo su mando a Filípov, y el campo de Víshera, del que formaban parte tanto Bereznikí como Solikamsk, con sus minas de potasio, era enorme.

Solo en Bereznikí había de tres a cuatro mil hombres trabajando en la construcción del Bereznikjimstrói. Obreros del primer plan quinquenal.

Fue justamente aquí donde se resolvió la cuestión del ser o no ser de los campos, después de comprobar su rendimiento sobre la base del rublo, de los salarios. Después de la experiencia de Víshera —un éxito, en opinión de las autoridades—, los campos se extendieron por toda la Unión Soviética, y no hubo región que no tuviera uno, ni había obra donde no trabajaran presos. Justamente después de Víshera, el volumen de los campos en el país alcanzó la cifra de los doce millones de hombres. Justamente Víshera simbolizó el nuevo curso emprendido en los lugares de reclusión. Los correccionales pasaron a depender del NKVD y sus hombres se pusieron manos a la obra, hazaña cantada por poetas, dramaturgos y cineastas.

Eso fue lo que no vio Paustovski, enfrascado como estaba en su Kara-Bugaz.

A finales del treinta y uno yo compartía habitación en el hotel con el ingeniero Levin. Trabajaba en el Bereznikjimstrói como traductor del alemán y acompañaba a un ingeniero extranjero. Cuando le pregunté por qué él, un ingeniero químico de formación, trabajaba como simple traductor por trescientos rublos al mes, Levin me dijo:

—Es verdad, pero así es mejor. Responsabilidad cero. Como si quieren aplazar diez veces la puesta en marcha o encerrar a cien personas, a mí qué más me da. Yo soy el traductor. Además, trabajo poco, tengo todo el tiempo libre que quiero. Y lo empleo con gran provecho.

Levin sonrió. También yo sonreí.

—¿No lo ha comprendido?

—No.

—¿No se ha fijado usted en que regreso al amanecer?

—No, no me he fijado.

—No es usted muy observador. Me dedico a un trabajo del que saco bastante provecho.

—¿De qué se trata?

—Juego a las cartas.

—¿A las cartas?

—Sí. Al póquer.

—¿Con extranjeros?

—¿Por qué con extranjeros? Con ellos no sacaría nada, salvo una nueva causa.

—¿O sea que con los nuestros?

—Pues claro. Esto está lleno de solteros. Y las apuestas son altas. De modo que dinero no me falta, doy gracias a mi padre por enseñarme a jugar bien al póquer. ¿Quiere usted probar? Le enseño en un tris.

—No, se lo agradezco.

He metido a Levin por casualidad en este relato sobre mister Popp, relato que no hay manera de empezar.

A la empresa Nitrogen el montaje le marchaba a la perfección, era un encargo de gran envergadura y el subdirector viajó en persona a Rusia. M. Granovski, el jefe del Bereznikjimstrói, fue informado a su tiempo y en mil ocasiones más de la llegada de mister Popp. Como creía, a tenor del protocolo diplomático, que él, M. Granovski, un viejo miembro del partido y jefe de la construcción de la empresa más importante del primer plan quinquenal, estaba por encima del dueño de la empresa norteamericana, decidió no recibir personalmente a mister Popp en la estación de Usolie (más tarde la estación recibirá el nombre de Bereznikí). No sería digno de él. Lo que haría sería verse con él en la oficina, en su despacho.

M. Granovski sabía que mister Popp viajaba en un tren especial —con una locomotora y un vagón propios—; al jefe de la construcción le habían comunicado con tres días de antelación la hora de la llegada del tren a la estación de Usolie, gracias a un telegrama enviado desde Moscú.

El ritual del encuentro se elaboró con anticipación: al huésped se le ofrecería el automóvil personal del jefe de la construcción, y el chófer lo conduciría al hotel para extranjeros, donde desde hacía ya tres días el responsable del hotel, el destacado miembro del partido Tsiplakov, reservaba para el huésped de allende los mares la mejor habitación de aquel establecimiento para extranjeros. Después del aseo y el almuerzo, mister Popp debía ser llevado a la oficina, tras lo cual habría de iniciarse la parte técnica del encuentro, calculada esta minuto a minuto.

El tren especial con el huésped de allende los mares debía llegar a las nueve de la mañana, y ya el día anterior el chófer personal de Granovski fue

llamado, instruido y cubierto repetidamente de improperios.

—¿Que le parece, ciudadano jefe, si me planto con el coche en la estación por la noche y duermo allí mismo? —decía preocupado el conductor.

—De ninguna manera. Hay que enseñarle que aquí las cosas se hacen al minuto. El tren silba, reduce la marcha, y en eso llegas tú a la estación. Solo así ha de ser.

—De acuerdo, ciudadano jefe.

Extenuado por los repetidos ensayos —el coche viajó diez veces de vacío a la estación, calculando el chófer la velocidad, midiendo el tiempo —, la noche antes de la llegada de mister Popp, el chófer de M. Granovski se durmió y en sueños vio un juicio… ¿O los juicios aún no se soñaban en el año treinta y uno?

El responsable de guardia en el garaje —con él el jefe de la construcción no había tenido ninguna charla confidencial— despertó al chófer cuando llamaron de la estación, y el chófer, tras poner el coche en marcha, salió volando a recibir a mister Popp.

Granovski era un hombre eficiente. Llegó aquel día a su despacho a las seis, tuvo dos reuniones, echó tres rapapolvos. Cuando oía el menor ruido abajo, apartaba las cortinas y miraba por la ventana hacia el camino. El huésped de allende los mares no aparecía.

A las nueve y media el jefe de guardia llamó de la estación preguntando por el jefe de la construcción. Granovski tomó el auricular y oyó una voz sorda con un pronunciado acento extranjero. La voz expresó su asombro por el mal recibimiento dispensado a mister Popp. No había coche. Mister Popp reclamaba que lo recogiera un coche.

Granovski montó en cólera. Bajando la escalera de dos en dos peldaños y respirando pesadamente, corrió hacia el garaje.

—Su chófer ha salido a las siete y media, ciudadano jefe.

—¿Cómo que a las siete y media?

Pero en eso se oyó la bocina del automóvil. El chófer, con una sonrisilla ebria, atravesó el umbral del garaje.

—¡A ver, tal y cual!, ¿cómo es que…?

Y el chófer le explicó lo siguiente. A las siete treinta llegó el expreso de Moscú. En él regresaba con su familia de sus vacaciones el jefe del departamento financiero de la obra Grozovski, que reclamó el coche de Granovski, como hacía siempre. El chófer intentó explicarle lo de mister Popp. Pero Grozovski decidió que todo aquello era un error, que no sabía nada del asunto, y le ordenó al chófer que se dirigiera de inmediato a la estación. El chófer se dirigió a la estación. Pensó que lo del extranjero se había suspendido y que, además, ahora Granovski, luego Grozovski, la cosa es que no sabía a quién obedecer, hasta le empezó a dar vueltas la cabeza. Luego se dirigieron a Churtán, un nuevo poblado situado a cuatro kilómetros, donde tenía su nueva casa Grozovski; el chófer lo ayudó a trasladar las cosas, seguidamente los dueños le invitaron a un trago…

—Luego ya hablaremos sobre quién es más importante, si Grozovski o Granovski. De momento, arreando a la estación.

El chófer salió volando hacia la estación; aún no habían dado las diez. El estado de ánimo de mister Popp no era lo que se dice bueno.

El chófer llevó en una exhalación a mister Popp al hotel para extranjeros. Mister Popp se instaló en su habitación, se lavó, se mudó y recobró la calma.

Quien andaba ahora preocupado era Tsiplakov, el comandante del hotel para extranjeros; así se llamaba entonces ese cargo: ni director, ni responsable, sino comandante. No sabría decir si el cargo salía más a cuenta que, por ejemplo, el de «director de una garita fluvial», lo único cierto era que precisamente así se denominaba el cargo.

El secretario de mister Popp apareció en el umbral de la habitación.

—Mister Popp pide que le traigan el desayuno.

El comandante del hotel tomó del bufet dos grandes bombones sin envoltorio, dos panecillos con mermelada y dos con salchichón, lo colocó todo en una bandeja y, tras añadir dos vasos de té, bastante aguado, la llevó a la habitación de mister Popp.

El secretario sacó de vuelta la bandeja y la colocó sobre la mesilla que se hallaba junto a la puerta de la habitación:

—Mister Popp no va a tomar este desayuno.

Tsiplakov corrió a informar a su superior. Pero Granovski ya estaba al tanto de todo, lo habían informado por teléfono.

—¡¿Qué haces, maldita perra sarnosa?! —rugía Granovski—. No es a mí a quien deshonras, sino a todo nuestro Estado. Firma tu dimisión. ¡A trabajar! ¡A la cantera! ¡A darle a la pala! ¡Saboteadores! ¡Canallas! ¡Fiaré que os pudráis en los campos!

Tsiplakov, un hombre de cabello cano, mientras esperaba que el jefe soltara todos sus improperios, pensaba: «Seguro que lo hace».

Ya era hora de pasar a la parte profesional de la visita, y aquí Granovski se tranquilizó un poco. La empresa trabajaba bien en la construcción. Se habían instalado gasómetros en Solikamsk, al igual que en Berezniki. Mister Popp también visitaría sin falta Solikamsk. A eso había venido, lo cual no quería decir en absoluto que estuviera disgustado. No lo estaba, no. Más bien estaba sorprendido. Pero todo eso no eran más que tonterías.

Granovski se dirigió a la obra con mister Popp, lo hizo en persona, dejando de lado todas sus consideraciones diplomáticas, postergando todas las reuniones y encuentros.

Granovski acompañó a mister Popp a Solikamsk y regresó con él.

Se firmaron todos los protocolos y mister Popp, satisfecho de la visita, se dispuso a regresar a casa, a Norteamérica.

—Me ha sobrado tiempo —dijo mister Popp dirigiéndose a Granovski —. Habré economizado unas dos semanas gracias al buen trabajo de nuestros… —el huésped se quedó callado—, de sus hombres. El Kama es un río espléndido. Quisiera viajar en barco Kama abajo hasta Perm, o incluso hasta Nizhni Nóvgorod. ¿Es posible?

—Pues claro —dijo Granovski.

—¿Podría fletar un barco?

—No, aquí tenemos otro régimen, mister Popp.

—¿Y comprarlo?

—Tampoco lo puede comprar.

—Bueno, si no se puede comprar un barco de pasajeros (lo entiendo, puede alterar la circulación en esta arteria fluvial), entonces a lo mejor una barcaza, ¿no? Como esta chaika —y mister Popp señaló un remolcador que pasaba ante las ventanas del despacho del jefe de la obra.

—No, tampoco puede ser un remolcador. Le ruego que me comprenda…

—Claro, he oído muchas cosas… Aunque comprar sería lo más sencillo. Lo dejo en Perm. Y se lo regalo.

—No, mister Popp; aquí no se aceptan regalos de ese género.

—¿Qué hacemos entonces? La verdad es que todo esto es absurdo. Estamos en verano, hace un tiempo espléndido. Este es uno de los mejores ríos del mundo; porque este es el auténtico Volga, lo he leído. Y para acabar, está el tiempo. Tengo tiempo. Pero no puedo irme. Consulte con Moscú.

—¡Dice usted Moscú! Moscú está lejos —citó llevado por la costumbre Granovski.

—Pues decida usted. Soy su invitado. Se hará como usted diga.

Granovski pidió media hora para reflexionar; llamó a su despacho a Mirónov, jefe de la compañía naviera, y a Ozols, responsable del sector operativo de la OGPU. Granovski les comunicó los deseos de mister Popp.

Por Bereznikí pasaban entonces dos barcos de pasajeros: el Ural Rojo y el Tataria Roja. El trayecto era Cherdín-Perm. Mirónov informó que el Krasni Ural navegaba río abajo, se encontraba cerca de Perm, y era del todo imposible que llegara pronto. Río arriba, el Tataria Roja estaba cerca de Cherdín.

—Si se lo manda a toda máquina de vuelta (¡en eso nos pueden ayudar tus muchachos, Ozols!) y si se lo arrea sin hacer paradas, mañana durante el día el Tataria Roja puede estar en el puerto de Bereznikí. Y mister Popp puede marcharse.

—Pues andando al centro de comunicaciones —se dirigió Granovski a Ozols—, y apriétales las clavijas a los tuyos. Que uno de tus hombres se suba al barco para impedir cualquier pérdida de tiempo y que no se detengan para nada. Di que es un tema de Estado.

Ozols se puso en contacto con Ánnov, con el puerto de Cherdín. El Tataria Roja había zarpado de Cherdín.

—¡Arreando!

—¡Esto está hecho!

El jefe de la obra visitó a mister Popp en su habitación del hotel —el comandante ya era otro— y lo informó de que al día siguiente a las dos el barco de pasajeros tendría el honor de recibir a su invitado en cubierta.

—No —dijo mister Popp—. Dígame la hora exacta, para no perder el tiempo en la orilla.

—Entonces a las cinco. A las cuatro mando el coche a recoger sus cosas.

A las cinco Granovski, mister Popp y su secretario llegaron al embarcadero. El barco no estaba.

Granovski le pidió excusas, se ausentó y salió corriendo al centro de comunicaciones de la OGPU.

—Si aún no ha pasado ni por Icher.

Granovski soltó un gemido. Quedaban unas buenas dos horas.

—¿Qué le parece si regresamos al hotel y volvemos cuando llegue el barco? Podemos ir a tomar algo —propuso Granovski.

—A de-sa-yu-nar, quiere usted decir —soltó elocuente mister Popp—. No, mil gracias. Hace un día magnífico. Brilla el sol. Y este cielo… Esperaremos junto a la orilla.

Granovski se quedó en el embarcadero con los huéspedes. Mientras sonreía y charlaba, miraba hacia el cabo de aguas arriba, por donde de un momento a otro debía aparecer el barco.

Entretanto, los hombres de Ozols y el propio jefe local mantenían ocupadas todas las líneas telefónicas y esperaban, esperaban, esperaban…

A las ocho de la noche el Tataria Roja emergió por el saliente y se acercó lentamente al embarcadero. Granovski, entre sonrisas y agradecimientos, se despidió de sus invitados. También mister Popp le dio las gracias, aunque sin sonrisa alguna.

El barco se acercó. Y entonces surgió la inesperada dificultad, otro contratiempo que casi se lleva a la tumba a Granovski, enfermo del corazón, una dificultad que únicamente se superó gracias a la experiencia y a la operatividad del jefe local de los órganos, Ozols.

Resultó que el barco iba lleno, estaba repleto de pasajeros. Los trayectos eran escasos; la cantidad de viajeros, incontable, y todas las cubiertas, todos los camarotes, hasta la sala de máquinas, estaban a rebosar. En el Tataria

Roja no había sitio para mister Popp. No solo estaban vendidos todos los billetes de los camarotes, sino que en cada uno de ellos viajaban de vacaciones hacia Perm secretarios del partido, jefes de taller y directores de empresas de importancia gubernamental.

Granovski creyó que perdía el conocimiento. Pero Ozols tenía mucha experiencia en asuntos de este tipo.

Ozols subió a la cubierta superior del Tataria Roja con cuatro de sus muchachos, con sus armas y sus uniformes.

—¡Todos fuera! ¡Sacad vuestras cosas!

—¡Pero si tenemos billete! ¡Billete hasta Perm!

—¡Al diablo tú y tus billetes! Todos abajo, a la bodega. Os doy tres minutos para pensarlo.

—El convoy viajará con vosotros hasta Perm. Las aclaraciones, durante el camino.

Al cabo de cinco minutos la cubierta superior quedó limpia y mister Popp, el subdirector de la empresa Nitrogen, subió a bordo del Tataria Roja.

[1967]

La ardilla

El bosque rodeaba la ciudad, penetraba en la ciudad. Bastaba con trasladarse a otro árbol para estar dentro de la ciudad, en el bulevar, ya fuera del bosque.

Los pinos y los abetos, los arces y los álamos, los olmos y los abedules eran los mismos, ya rodearan un claro del bosque o la plaza de «La lucha contra la especulación», nombre que hacía muy poco habían dado a la plaza del mercado de la ciudad.

Cuando la ardilla miraba de lejos la ciudad, le parecía que la habían cortado con un cuchillo verde, con un rayo verde por la mitad, que el bulevar era un río verde por el que se podía nadar y alcanzar otro bosque verde y eterno como aquel en el cual vivía la ardilla. Que la piedra acabaría pronto.

Y la ardilla se decidió.

La ardilla saltaba de álamo en álamo, de abedul en abedul con precisión y calma. Pero los álamos y los abedules no se acababan, sino que la introducían cada vez más en oscuros desfiladeros, en los claros de piedra rodeados de arbustos bajos y árboles solitarios. Las ramas del abedul eran más elásticas que las del álamo, pero esto la ardilla ya lo sabía.

Al poco la ardilla se dio cuenta de que no había escogido un buen camino, que el bosque no se espesaba, sino que era cada vez más ralo. Pero ya era tarde para volver atrás.

Había que atravesar aquella plaza gris, muerta, y tras ella estaba otra vez el bosque. Pero ya ladraban los perros y los viandantes alzaban las cabezas.

El bosque de pinaza era un lugar seguro, ofrecía la protección de los pinos y de los sedosos abetos. El susurro de las hojas de los álamos era

traidor. La rama de abedul era más fuerte, más larga, y el elástico cuerpo del animalillo determinaba con su propio balanceo el límite hasta el que podía resistir la rama. La ardilla se soltaba y salía volando por el aire, medio pájaro, medio animal terrestre. Los árboles le habían enseñado a la ardilla el cielo y el vuelo. Tras soltarse de la rama, abriendo las zarpas de sus cuatro patas, la ardilla volaba, buscando un punto de apoyo más sólido y seguro que el aire.

La ardilla se parecía de veras a un pájaro, era como un gavilán amarillo que sobrevuela el bosque. Cómo envidiaba la ardilla al gavilán con su vuelo ultraterreno. Pero la ardilla no era un pájaro. La llamada de la tierra, el peso de la tierra: la ardilla sentía su colosal peso a cada instante, en cuanto comenzaban a debilitársele los músculos y a doblarse la rama bajo su cuerpo. Había que reunir fuerzas, invocar desde alguna parte del interior de su cuerpo nuevas energías para saltar de nuevo sobre una rama, o si no caería al suelo y ya no se alzaría nunca más hacia las verdes coronas.

Entornando sus rasgados ojos, la ardilla saltaba agarrándose de las ramas; no se daba cuenta de que mientras medía el salto, la gente corría tras ella.

En las calles de la ciudad empezó a agolparse la muchedumbre.

Era una tranquila ciudad de provincias que se levantaba con el sol, con el canto de los gallos. El río la atravesaba con tanta calma que a veces la corriente se detenía del todo y el agua incluso corría hacia atrás.

En la ciudad había dos diversiones. La primera eran los incendios, los globos de alarma sobre la torre de incendios, el rugido de los carros de bomberos retumbando sobre el empedrado de las calles y los equipos de bomberos: caballos bayos de manchas grises y caballos moros del color de cada una de las tres unidades. Participar en los incendios era cosa de los más intrépidos; el espectáculo era para el resto. Todo el mundo asistía a aquel ejercicio de valor; todos los que podían andar, tras agarrar a los niños y dejar en casa solo a los paralíticos y los invidentes, se dirigían «al incendio».

El segundo espectáculo popular era la caza de la ardilla: una diversión clásica de los habitantes.

Las ardillas atravesaban la ciudad, lo hacían a menudo, pero de noche, cuando la ciudad dormía.

Una tercera diversión había sido la revolución: en la ciudad habían matado a los burgueses, fusilado rehenes, cavado zanjas, entregado fusiles y mandado a la muerte a jóvenes soldados. Pero ninguna revolución del mundo podía ahogar la afición a practicar la tradicional diversión popular.

Entre la multitud cada uno quería ser el primero en acertar con una piedra a la ardilla, en matar al animal. En ser el que disparara con más puntería, en ser el mejor con el tirachinas —la bíblica honda—, disparado por la mano de Goliat contra el diminuto cuerpo de David. Los goliats corrían tras la ardilla entre silbidos y gritos, golpeándose los unos con los otros en su sed de matar.

Entre ellos se encontraba el campesino que había llevado al mercado medio saco de centeno y calculaba que podría cambiar aquel grano por un piano de cola o por espejos —los espejos, aquel año de gran mortandad, iban baratos—; el presidente del comité revolucionario de los talleres ferroviarios de la ciudad, llegado al mercado para cazar a los «hombres del saco», los vendedores ilegales; así como el contable de los Almacenes del Estado, el hortelano Zúyev, famoso ya desde los tiempos del zar, y un comandante militar del Ejército Rojo con sus pantalones de montar color frambuesa, y es que el frente se encontraba a tan solo unas cien verstas.

Las mujeres de la ciudad se hallaban junto a las cercas, pegadas a las portezuelas o mirando por las ventanas, y azuzaban a los varones, levantaban en brazos a los niños para que las criaturas pudieran ver la cacería y aprendieran a cazar…

Los chiquillos, a los que no les estaba permitido perseguir por su cuenta a las ardillas —con los mayores ya bastaba—, recogían piedras y palos para que el animal no escapara.

—Tome, buen hombre, dele.

Y el buen hombre lanzaba la piedra y la muchedumbre aullaba y la persecución proseguía.

Por los bulevares de la ciudad corrían tras el rojizo animalillo todos los amigos de la ciudad: unos hombres sudados, con la cara encendida, embargados por una ardiente sed de matar.

La ardilla se afanaba, pues había adivinado hacía rato el sentido de aquel rugido, de aquella pasión.

Había que bajar, encaramarse a un árbol, escoger la rama, medir el salto, columpiarse y volar…

La ardilla observaba a la gente, y esta a la ardilla. La gente seguía su carrera, su vuelo, aquella muchedumbre de expertos y avezados asesinos…

Los de más edad, los veteranos de batallas provinciales, de diversiones, cacerías y combates ni siquiera soñaban con alcanzar a los más jóvenes. Algo más lejos, moviéndose tras la multitud, los asesinos más experimentados daban consejos sabios, consejos razonados, consejos importantes a aquellos que podían correr, cazar, matar. Ellos ya no podían correr, ya no podían cazar a la ardilla. Se lo impedía la falta de aire, la grasa, la gordura. Pero tenían una gran experiencia, y los hombres daban consejos de por qué lado atacar para cortarle el paso a la ardilla.

La multitud crecía; ahora los viejos habían dividido el gentío en regimientos, en ejércitos. La mitad se dirigió a preparar una emboscada en una maniobra envolvente.

La ardilla vio a la gente que salía corriendo de un callejón antes de que ellos la vieran a ella, y lo comprendió todo. Había que bajar del árbol, correr diez pasos y allí estarían de nuevo los árboles del bulevar, y entonces la ardilla les enseñaría lo que es bueno a estos perros, a estos héroes.

La ardilla saltó al suelo y, a pesar de que a su encuentro volaron piedras y palos, corrió directamente contra la multitud. Tras escabullirse por entre estos palos, por entre la gente —«¡dale! ¡dale! ¡no la dejes respirar!»—, la ardilla miró atrás. La ciudad le daba alcance. Una piedra le dio en un costado, la ardilla cayó, pero se levantó de nuevo y echó a correr. La ardilla alcanzó un árbol, la salvación, y se encaramó por el tronco, para llegar a una rama, la rama de un pino.

—¡Es inmortal, la maldita!

—¡Ahora habrá que rodearla junto al río, en los rápidos!

Pero no hizo falta rodearla. La ardilla apenas podía arrastrarse por la rama, algo que sus perseguidores descubrieron al instante; después se pusieron a aullar.

La ardilla se balanceó sobre la rama, tensó por última vez sus músculos y cayó directamente sobre la aullante y rugiente jauría.

Entre la multitud se produjo un movimiento parecido al de una olla que echa a hervir, y luego, como cuando la olla se aparta del fuego, el movimiento se calmó y la gente empezó a retirarse del lugar cubierto de hierba donde yacía la ardilla.

La multitud empezó a disolverse con rapidez, pues cada cual tenía sus cosas que hacer en la ciudad y en la vida. Pero ninguno se marchó a casa sin echar un vistazo a la ardilla muerta, sin convencerse con sus propios ojos de que la cacería había tenido éxito y que habían cumplido con su deber.

Me abrí paso entre el gentío cada vez más escaso, pues también yo había jaleado la aventura, había matado. También yo tenía derecho, como todos los demás, como toda la ciudad, como las demás clases y partidos…

Miré el cuerpecito amarillo de la ardilla, la sangre coagulada en sus labios, su hocico y sus ojos que miraban serenos el cielo azul de nuestra tranquila ciudad.

1966

La cascada

En julio, cuando la temperatura alcanza durante el día los cuarenta grados Celsius —el equilibrio térmico de la continental Kolimá—, la pesada fuerza de las repentinas lluvias hace emerger en los claros del bosque, espantando a los hombres, unas setas de un tamaño descomunal cubiertas de una piel resbaladiza, parecida a la de las serpientes, y, como la de los reptiles, teñida de abigarrados colores rojos, azules, amarillos… Estas repentinas lluvias son para la taiga, el bosque, las rocas, los musgos y liquenes apenas un alivio pasajero. La naturaleza ni siquiera contaba con esta lluvia fertilizante, vivificadora y benéfica. La lluvia pone al descubierto todas las fuerzas ocultas de la naturaleza, y los sombreros de las setas se llenan de jugos hasta alcanzar el medio metro de diámetro. Se trata de unas setas espantosas, monstruosamente grandes. La lluvia trae consigo únicamente un alivio pasajero: en los profundos desfiladeros se mantiene el invernal y eterno hielo. Las setas, con su joven fuerza micológica, están reñidas con el hielo. Y ninguna lluvia, ningún torrente de agua espanta estas aluminosas superficies heladas. El hielo cubre con su espesor la roca del curso del río. Se convierte en algo parecido al cemento de la pista de despegue de un aeropuerto… Y por el curso del torrente, por esta pista de despegue, acelerando su movimiento, su carrera, vuela el agua acumulada en los lechos montañosos durante los largos días de lluvia, uniéndose con la nieve derretida, una nieve que, convertida en agua, es llamada al cielo, al vuelo…

El agua turbulenta corre, se precipita de las cumbres montañosas por los desfiladeros, alcanza los cursos de los ríos, donde el duelo entre el sol y el hielo ha llegado a su fin, el hielo se ha deshecho. En los arroyos el hielo aún no se ha fundido. Pero la capa de hielo de tres metros no es obstáculo para

el arroyo. El agua corre directamente al río por esta helada pista de despegue. El torrente parece de aluminio bajo el cielo azul, como el opaco pero luminoso y ligero aluminio. El torrente coge carrerilla por el pulido y brillante hielo. Coge carrerilla y salta al aire. Hace ya tiempo que el arroyo, desde que ha comenzado su carrera en las cumbres rocosas, se cree un avión y su único deseo es elevarse sobre el río.

A toda velocidad, con la forma de un cigarro, el arroyo de aluminio alza el vuelo, salta desde el precipicio al aire. Eres el esclavo Nikitka[81], que inventó las alas, que inventó las alas de las aves. Eres Tatlin el Volador[82], quien confió a la madera los secretos del ala del pájaro. Eres Lilienthal[83]…

El torrente salta tras coger carrerilla, ya no puede dejar de saltar, las olas que lo alcanzan lo estrechan al llegar al precipicio.

Salta al aire y choca contra él. Resulta que el aire tiene la fuerza de una roca, una resistencia pétrea; solo a primera vista y de lejos el aire parece un «medio» sacado de un manual, un medio libre donde se puede respirar, moverse, vivir y volar.

Se ve a las claras como el cristalino chorro golpea contra el muro azul del aire, un muro sólido, un muro aéreo. Golpea y se rompe en mil pedazos: en gotas, en chispas, precipitándose impotente al abismo desde una altura de diez metros.

Resulta que la fuerza gigantesca de las aguas acumuladas en los desfiladeros y aceleradas en su caída, capaz de hacer pedazos las riberas rocosas, de arrancar árboles con sus raíces y lanzarlos al torrente, de hacer temblar y demoler rocas, de arrancarlo todo a su paso según la ley de las aguas primaverales, resulta que la fuerza de este torrente no puede con la quietud del aire, del mismo aire que tan fácilmente logramos respirar, un aire que tan transparente y dócil parece, dócil hasta la inmovilidad, y que se diría el símbolo mismo de la libertad. Este aire resulta que tiene unas fuerzas inertes con las que no puede competir ni roca ni agua alguna.

Las chispas y las gotas se vuelven a unir, caen de nuevo para estrellarse otra vez y alcanzar entre gemidos y rugidos el curso del torrente, hasta los enormes cantos rodados, pulidos por los siglos, los milenios…

El arroyo se arrastra hasta el curso del río por mil torrentes, entre los cantos, las rocas y las piedrecitas que las gotas, los chorros e hilillos de las aguas amansadas temen siquiera hacer temblar. El arroyo roto, domado, se sumerge callado y sigiloso en el río, delimitando su claro semicírculo en las aguas oscuras del río en movimiento. El río no hace caso de este torrente Tatlin-Volador, de este arroyo-Lilienthal. El río no tiene tiempo de esperar. Aunque también es cierto que el río cede algo el paso, dejando sitio a las aguas claras del derrotado torrente, y se puede ver como se alzan de lo hondo hacia el claro semicírculo, asomándose al torrente, los tímalos de las montañas. Los tímalos se mantienen en el oscuro río junto al luminoso semicírculo de agua, en la desembocadura del afluente. Aquí siempre se pesca bien.

1966

Dominando el fuego

He presenciado un incendio. De niño corrí por las calles de una ciudad de madera incendiada y recordaré toda la vida las calles resplandecientes e iluminadas en pleno día, como si a la ciudad no le bastara con la luz del sol y ella misma pidiera más fuego. La alarma en un día sin viento, con un cielo ardiente, de un azul claro y abrasador. La fuerza se acumulaba en el propio fuego, en las propias llamas crecientes. No soplaba nada de viento, pero las casas de la ciudad rugían, temblando con todo su cuerpo, y arrojaban tablones ardiendo sobre los tejados de las casas de un lado a otro de la calle.

Dentro, uno simplemente se sentía seco, caliente e iluminado por la luz, y yo de niño atravesé sin dificultad ni temor aquellas calles, que tras dejarme pasar vivo ardieron por completo al instante. Se había quemado toda la parte opuesta al río, y solo gracias a este se salvó la parte principal de la ciudad.

También de mayor he experimentado esta sensación de quietud en el apogeo de un incendio. He visto no pocos incendios forestales. He pasado por encima del musgo caliente, azul y esponjoso, requemado como una tela y de un metro de espesor. Me he abierto camino por un bosque de alerces tumbados por un incendio. No era el viento lo que había arrancado los alerces de raíz hasta tumbarlos, sino el fuego.

El fuego era como una tempestad, él mismo engendraba la tempestad y tumbaba los árboles, dejaba una perpetua huella negra en la taiga. Para morir exhausto en la orilla de algún riachuelo.

Por la hierba seca corría una llama brillante y amarilla. La hierba oscilaba, se agitaba como si corriera por allí una serpiente. Pero en Kolimá no hay serpientes.

La llama amarilla se encaramaba a un árbol, al tronco de un alerce, y, tras cobrar fuerza, el fuego rugía y hacía temblar el tronco.

Aquellos estremecimientos de los árboles, sus agónicos temblores, eran en todas partes idénticos. Más de una vez he contemplado la máscara hipocrática de un árbol.

La lluvia estuvo cayendo sobre el hospital tres días seguidos, por esta razón pensaba yo en el incendio, recordaba el fuego. La lluvia habría salvado la ciudad. El agua es más poderosa que el fuego.

Los enfermos convalecientes iban a recoger bayas y setas al otro lado del río; había allí un mar de arándanos azules, vaccinios, un sinfín de setas enormes, resbaladizas y de todos los colores, con unos sombreros pegajosos y fríos. Las setas parecían seres fríos, seres vivos de sangre fría, como serpientes, cualquier cosa menos setas. Las setas del lugar no se encuadraban en las clasificaciones habituales de las ciencias naturales y tenían el aspecto de unos especímenes más cercanos a la clase de los anfibios, de los reptiles…

Las setas aparecían tarde, tras las lluvias, y no todos los años, pero si aparecían, rodeaban cada tienda. Inundaban todos los bosques, todo el monte bajo.

Íbamos en busca de estas criaturas silvestres cada día.

Hoy hacía frío, soplaba un viento helado, pero la lluvia había cesado, por entre las nubes rasgadas asomaba el pálido cielo otoñal y estaba claro que hoy ya no llovería.

Se podía, se tenía que ir a por setas. Después de la lluvia venía la cosecha. Los tres nos trasladábamos al otro lado del río en el pequeño bote, y así lo hacíamos cada mañana. El agua crecía, corría algo más rápido de lo acostumbrado. Las olas se veían más oscuras que nunca.

Safónov señaló con el dedo el agua, señaló hacia la parte alta de la corriente, y los tres comprendimos lo que quería decir.

—Tendremos tiempo. Hay un montón de setas —dijo Veriguin.

—No vamos a regresar ahora —añadí.

—Hagamos una cosa —dijo Safónov—: hacia las cuatro, frente a aquella montaña toca el sol; a esa hora hemos de estar de vuelta en la orilla. La barca la amarraremos más arriba…

Nos separamos, cada uno por su lado: cada uno tenía sus lugares preferidos para recoger setas.

Pero desde los primeros pasos por el bosque comprendí que no hacía falta tener prisa, que a mis pies tenía el reino de las setas. Los sombreros de los agáricos eran del tamaño de la palma de una mano, de modo que no tardaría en llenar los dos grandes cestos.

Saqué los cestos al claro que había junto al camino trazado por el tractor, para poderlos encontrar enseguida, y me marché con las manos libres hacia delante, para ver aunque solo fuera un momento qué setas habían crecido en los mejores rincones, en unos lugares en los que yo ya había reparado hacía tiempo.

Me interné en el bosque y mi alma de recolector de setas quedó conmocionada: por todas partes se veían enormes boletos, separados los unos de los otros, más altos que la hierba, más grandes que los arbustos de vaccinio, unos boletos duros, turgentes, frescos, fuera de lo común…

Avivadas por el agua de lluvia, las setas se habían hecho enormes, con unos sombreros de hasta medio metro, y asomaban allí donde miraras, y todas estaban tan sanas, tan frescas, tan duras que no se podía tomar más que una decisión: regresar al lugar, arrojar sobre la hierba lo que había recogido, y regresar al hospital con aquella milagrosa cosecha a cuestas.

Y así lo hice.

Para todo eso hacía falta tiempo, pero yo calculé que recorrería el sendero en media hora.

Descendí del alto, aparté los arbustos: el agua fría había cubierto en varios metros el sendero. Este había desaparecido bajo el agua mientras yo recogía setas.

El bosque susurraba, el agua no paraba de subir. El bosque rumoreaba cada vez más. Me encaramé al alto y seguí hacia la derecha rodeando la montaña, en dirección al lugar de encuentro. No tiré las setas, dos pesados cestos atados con una toalla colgaban de mis hombros.

Arriba me acerqué al bosque donde debía encontrarse la barca. El bosque estaba todo cubierto de agua y el nivel crecía sin parar.

Alcancé la orilla, un otero.

El río rugía arrancando los árboles y arrojándolos al torrente. Del bosque al que habíamos llegado en barca por la mañana no quedaba ni un arbusto; el agua había descalzado los árboles y ahora la corriente los arrancaba y se los llevaba con la fuerza descomunal de aquella agua musculosa, de aquel río que más que un río parecía un luchador. La otra orilla era rocosa y el río hacía de las suyas en la derecha, en la mía, en la orilla de los alerces.

El riachuelo que vadeamos por la mañana hacía rato que se había convertido en un monstruo.

Anochecía, y comprendí que debía dirigirme a oscuras hacia las montañas y esperar allí el alba, lejos de aquella agua helada y enloquecida.

Calado hasta los huesos, hundiéndome a cada instante en el agua, salté en la oscuridad de terrón en terrón hasta arrastrar los cestos al pie del monte.

La noche otoñal era negra, sin estrellas, fría; el sordo rugido del río no me dejaba distinguir posibles voces, aunque oír alguna voz era inútil.

En el collado de pronto brilló una luz y tardé en comprender que no se trataba de una estrella nocturna sino de una hoguera. ¿La hoguera de unos geólogos? ¿De unos pescadores? ¿O serían segadores? Me dirigí hacia el fuego tras dejar los dos cestos más grandes junto a un gran árbol —ya los recogería al amanecer— y me llevé conmigo el pequeño.

Las distancias en la taiga son engañosas: una isba, una roca, el bosque, un río o el mar pueden hallarse inesperadamente cerca o sorprendentemente lejos.

La decisión de si ponerme a andar o no era muy simple. Si había un fuego, había que dirigirse a él sin pensarlo. Aquel fuego era una nueva fuerza de peso aquella noche. Una fuerza salvadora.

Me dispuse a andar como pudiera, aunque fuese a tientas, porque si había un fuego en la noche es que había gente, había vida, había salvación. Avancé por el collado sin perder el fuego de vista y al cabo de media hora, tras rodear una enorme roca, de pronto descubrí la hoguera justo frente a mí, en alto, sobre un pequeño espacio rocoso. La hoguera se encontraba delante de una tienda, tan baja como la roca. En torno a la hoguera había unos hombres sentados que no me prestaron ni la más mínima atención. No

les pregunté qué hacían allí, simplemente me acerqué a la hoguera para entrar en calor.

Tras desenrollar un trapo sucio, un viejo segador me acercó en silencio un pedazo de sal y al poco el agua del puchero silbó, saltó y se cubrió de espuma blanca y de calor.

Me comí mi insípida y milagrosa seta, la regué con agua cruda hervida y entré algo en calor. Me quedé dormido junto a la hoguera y, lentamente, en silencio, se acercó el amanecer. Llegado el nuevo día me dirigí hacia la orilla sin darles las gracias a los segadores por su asilo. Los dos cestos junto al árbol se veían a una versta de distancia.

El agua había menguado.

Eché a nadar por el bosque agarrándome a los árboles que habían sobrevivido pero que tenían las ramas rotas, la corteza arrancada.

Avancé por las piedras, pisando a veces los montones de arena del bosque.

La hierba, que aún tendría tiempo de crecer tras la tormenta, se había escondido en la arena, en la piedra, agarrándose a la corteza de los árboles.

Me acerqué a la orilla. Sí, esto era la orilla, una orilla nueva y la vacilante línea de inundación.

El río corría, seguía aún crecido por la lluvia, pero se notaba que el caudal menguaba.

Lejos, muy lejos, en la otra orilla, como si fuera la otra orilla de la vida, vi unas figuras humanas que agitaban los brazos. Vi la barca. Yo también agité los brazos; me entendieron, me habían reconocido. Habían subido la barca a golpe de pértiga hasta unos dos kilómetros río arriba del lugar donde yo me encontraba. Safónov y Veriguin atracaron algo más abajo. Safónov me alargó la ración del día, seiscientos gramos de pan, pero yo no tenía ganas de comer.

Arrastré mis dos cestos con las milagrosas setas. La lluvia y el haber acarreado las setas por el bosque, chocando con los árboles en la noche, habían transformado el contenido en un amasijo: en los cestas solo se amontonaban trozos de setas.

—¿Los tiramos o qué?

—No, qué dices…

—Los nuestros los tiramos ayer. Casi no conseguimos cruzar con la barca. Y de ti pensamos eso —dijo con voz firme Safónov—, que echarían más en falta la barca que a ti.

—Yo valgo bien poco —comenté.

—Pues por eso. Al jefe no le importamos mucho ninguno de nosotros, en cambio la barca… ¿Hice bien?

—Sí.

—Sube —dijo Safónov— y recoge los malditos cestos.

Nos alejamos de la orilla para emprender la travesía: una frágil barquita por el turbulento y aún tempestuoso río.

En el hospital me recibieron sin ponerme objeciones pero también sin muestras de alegría. Safónov tenía razón en preocuparse sobre todo por la barca.

Almorcé, cené y desayuné, y nuevamente almorcé y cené, me comí las raciones de los dos días, y el sueño empezó a invadirme. Entré en calor.

Coloqué sobre el fuego una cazuelita con agua. Un agua amansada sobre un fuego domado. Pronto el agua de la cazuela rezongó y rompió a hervir. Pero yo ya dormía.

1966

La resurrección del alerce

Somos supersticiosos. Pedimos milagros. Nos inventamos símbolos y con ellos vivimos.

Un hombre en el Extremo Norte busca una salida para su sensibilidad no destruida, no envenenada tras sus largos años en Kolimá. Y manda por correo aéreo un paquete: no libros ni fotografías, sino una rama de alerce, una rama muerta de naturaleza viva.

El extraño regalo —una rama reseca, batida por los vientos de los aviones, aplastada, quebrada en el vagón correo, una rama de un marrón claro, dura, huesuda de un árbol del Norte— lo ponen en agua.

Llenan un bote de conservas con agua del grifo de Moscú, un agua malvada, llena de cloro, desinfectada, que por sí sola es perfectamente capaz de secar todo lo vivo: el agua muerta de las cañerías moscovitas.

Los alerces son más serios que las flores. En la habitación hay flores, flores de brillantes colores. Aquí se colocan ramos de cerezo aliso, ramos de lilas que se ponen en agua caliente, cuyas ramas se machacan y se sumergen en agua hirviendo.

El alerce está en agua fría, algo tibia. El alerce había vivido más cerca de Chórnaya Rechka[84] que todas esas flores, que todas esas ramas de cerezo, de lilas…

Esto lo sabe muy bien la mujer de la casa. También el alerce.

Obedeciendo a la ardiente voluntad del hombre, la rama reúne todas sus fuerzas físicas y espirituales, pues es imposible que la rama resucite solamente con las fuerzas físicas: el calor de Moscú, el agua clorada, el impasible bote de vidrio. En la rama se despiertan otras fuerzas, unas fuerzas secretas.

Pasan tres días y tres noches, y a la mujer la despierta un extraño olor, un aroma vagamente parecido a la trementina, débil, delicado, nuevo. En la recia y leñosa piel se han abierto paso, han brotado a la luz unas nuevas agujas, jóvenes, vivas, agujas frescas de pinocha.

El alerce está vivo, el alerce es inmortal; este milagro de la resurrección es imposible que no sea cierto, pues el alerce se colocó en el bote con agua en el aniversario de la muerte en Kolimá del marido del ama de casa, un poeta.

Incluso este recuerdo del hombre muerto participa del retorno a la vida, de la resurrección del alerce.

El delicado olor y el verde cegador son principios decisivos de la vida. Son débiles pero vivientes, resucitados por una misteriosa fuerza espiritual, ocultos en la rama pero que se han mostrado a la luz.

El olor del alerce era débil pero claro, y ninguna fuerza en el mundo podría borrar aquel aroma, apagar el color y la luz del verde.

Cuántos años, zarandeado por los vientos, por las heladas, girando tras el correr del sol, el alerce, cada primavera, había extendido hacia el cielo sus jóvenes hojas verdes.

¿Cuántos años? Cien. Doscientos. Seiscientos. El alerce de Daúr alcanza la edad adulta a los trescientos años.

¡Trescientos años! El alerce cuya rama, cuya ramita respiraba en la mesa de Moscú era del tiempo de Natalia Sheremétieva-Dolgorúkova[85] y podría evocar su amarga suerte: los reveses de la vida, la fidelidad y la firmeza, la integridad moral, los sufrimientos físicos, morales, que en nada se distinguían de los tormentos del treinta y siete, contenían la misma naturaleza feroz del Norte —que odia al hombre, mortal por los peligros de las avenidas primaverales de las aguas y por las ventiscas invernales—, las denuncias, la brutal arbitrariedad de los mandos, las muertes, los descuartizamientos, el tormento de la rueda al que se vio sometido el esposo, el hermano, el hijo, el padre, todos denunciándose, traicionándose los unos a los otros…

¿Acaso no es este el eterno tema ruso?

Después de la retórica del moralista Tolstói y de los furibundos sermones de Dostoievski, vinieron nuevas guerras, revoluciones, Hiroshima

y los campos de concentración, denuncias, fusilamientos.

El alerce trocó las escalas del tiempo, echó en cara al hombre su desmemoria, le recordó lo inolvidable.

El alerce que había visto la muerte de Natalia Dolgorúkova y que vio millones de cadáveres —inmortales en la eterna congelación de Kolimá—, que vio la muerte del poeta ruso, el alerce vive en alguna parte del Norte, para ver, para gritar que nada ha cambiado en Rusia: ni la suerte de los hombres, ni el odio humano, ni su indiferencia. Natalia Sheremétieva lo apuntó todo, lo escribió con su fuerza llena de tristeza y con su fe. El alerce cuya rama había revivido en la mesa moscovita ya estaba vivo cuando Sheremétieva viajaba hacia su funesto destino en Beriózov, por una senda muy parecida a la que va a Magadán, más allá del mar de Ojotsk.

El alerce destilaba, eso mismo, destilaba un olor a savia. El olor se transmutaba en color y no había fronteras entre ambos.

El alerce respiraba en la casa moscovita para traer a la memoria de los hombres su deber de hombres, para que los hombres no olvidaran los millones de cadáveres, los millones de hombres caídos en Kolimá.

El débil e insistente olor era la voz de los muertos.

Y era justamente en nombre de estos difuntos que el alerce se atrevía a respirar, hablar, vivir.

Para aquella resurrección hacía falta fuerza y fe. No bastaba con meter la rama en el agua, ni mucho menos. Yo también puse un día una rama de alerce en agua: la rama se secó, se convirtió en algo inanimado, se hizo frágil y quebradiza, la vida la abandonó. La rama se marchó a la nada, no resucitó. Pero el alerce en la casa del poeta revivió en un bote con agua.

Sí, hay ramas de lilas, ramas de cerezo, y hay romanzas sensibleras; el alerce no es un buen motivo, no es un tema para una romanza.

El alerce es un árbol muy serio. Es el árbol que nos da a conocer el bien y el mal, ¡no es un manzano, ni un abedul!; el árbol que se encontraba en el paraíso terrenal antes de verse expulsados de él Adán y Eva.

El alerce es el árbol de Kolimá, el árbol de los campos de concentración.

En Kolimá los pájaros no cantan. Las flores de Kolimá —brillantes, presurosas, burdas— no tienen olor. Un corto verano —con un aire frío, sin

vida—, un calor seco y el frío de la noche.

En Kolimá solo huele la uva espina, el escaramujo de la montaña, con sus flores de rubíes. No huelen ni el rosado y rudo muguete, ni las enormes violetas, ni el fibroso enebro, ni el eternamente verde *stlánik*.

Solo el alerce invade los bosques con su vago olor a trementina. Al principio se diría que se trata de un olor a descomposición, de un olor a muerto. Pero si uno presta atención, si inspira hondamente este olor, comprenderá que es el olor de la vida, el olor de la resistencia al Norte, el olor de la victoria.

Por lo demás, en Kolimá los difuntos no huelen: están demasiado consumidos, desangrados, y además se conservan congelados entre los hielos perpetuos.

No, el alerce no es un árbol bueno para las romanzas, sobre esta rama no hay modo de cantar, de componer una romanza. Aquí las palabras tienen otra hondura, calan en otras profundidades de los sentimientos humanos.

El hombre manda por avión desde Kolimá una rama de alerce. No la envía con el propósito de que lo recuerden a él. Ni en memoria de su suerte. Sino en recuerdo de los millones de seres asesinados, torturados hasta la muerte, que se apilan en las fosas comunes al norte de Magadán.

Para ayudar a recordar a los demás, a descargar de su alma esta pesada carga: ver algo así, hallar el valor de no contarlo y no obstante recordarlo. El hombre y su mujer adoptaron una niña —la hija presa de una madre muerta en el hospital— para, a su propio entender, a su manera, tomar sobre sí alguna obligación, cumplir algún deber personal.

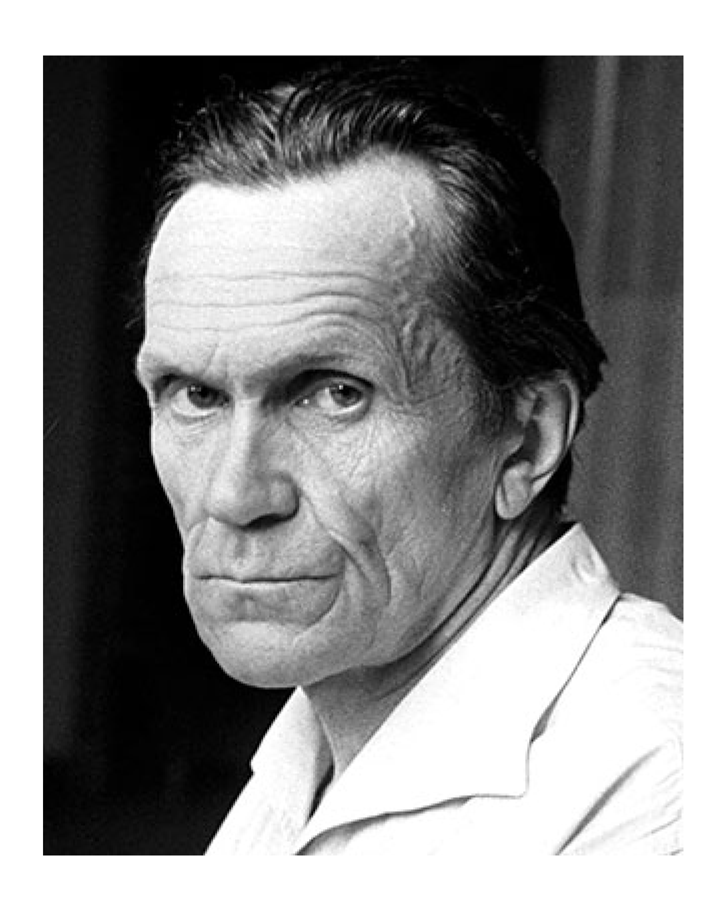
Para ayudar a los compañeros, a aquellos que han quedado con vida tras los campos de concentración del Extremo Oriente…

Mandar la recia y flexible rama a Moscú.

Al enviar la rama el hombre no comprendía, no sabía, no pensaba que en Moscú le iban a devolver la vida a la rama y que esta, resucitada, olería a Kolimá, florecería en una calle de Moscú, que el alerce mostraría su fuerza, su inmortalidad —pues los seiscientos años que vive el alerce son para el hombre prácticamente la inmortalidad—, que alguien en Moscú tocaría con sus manos la rugosa, sufrida y recia rama, la miraría, vería su verde

cegador, su resurgimiento, su resurrección, e iría a inspirar su olor no como el recuerdo del pasado, sino como una nueva vida.

1966



VARLAM SHALÁMOV (Vólogda 1907-Moscú 1982), hijo de un pope, viajó en 1924 a Moscú donde, tras trabajar en una fábrica, inició estudios de derecho. En 1929 fue detenido y condenado a tres años de campo de trabajo en la región de los Urales por difundir el testamento de Lenin, crítico con la brutalidad de Stalin. En 1932 regresó a Moscú; allí trabajó en revistas y escribió poemas y relatos. En 1937 fue detenido de nuevo y condenado a cinco años de trabajos forzados en la región de Kolimá, en Siberia. En 1943 volvió a ser acusado de propaganda antisoviética y fue sentenciado a permanecer en Siberia diez años más. Durante su cautiverio, Shalámov realizó unos cursos de enfermería. Gracias a su trabajo como practicante logró sobrevivir hasta ser liberado en 1953. Fue rehabilitado en 1956. La primera edición en ruso de Relatos de Kolimá, su obra cumbre, apareció en Londres en 1978. Autor de una extensa obra poética, ensayística y autobiográfica, Shalámov es una de las figuras esenciales de la literatura del siglo XX.

Notas

[1] Muchos cuentos rusos concluyen con un banquete en que el narrador no logra llevarse a la boca ni los manjares ni el vino que llenan la mesa, mostrando así lo quimérico del relato. Nota del traductor. En adelante solo se señalarán las que no lo sean. <<

[2] Importante centro urbano en Kazajstán, al norte de Tashkent y fronterizo con Kirguizia. <<

[3] Semión Konstantínovich Timoshenko (1895-1970), militar soviético de extracción campesina, nombrado mariscal en 1940. Fue la mano derecha de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[4] Andréi Vishinski (1883-1954), fiscal general de la URSS, fue uno de los máximos organizadores de las grandes purgas entre 1936 y 1938. Más tarde se dedicó a la carrera diplomática. Murió en Nueva York, siendo delegado en la ONU del régimen soviético. <<

[5] Se refiere a las fosas comunes. <<

[6] Antón Semiónovich Makárenko (1888-1939), pedagogo y escritor soviético que organizó colonias penitenciarias para jóvenes. Escribió el *Poema pedagógico*, obra en la que narra su experiencia y expone su sistema de educación basado en la responsabilidad del recluso. <<

[7] Centro creado por las autoridades soviéticas para los extranjeros y miembros de la Internacional Comunista. Muchos soviéticos que frecuentaban el club fueron represaliados por relacionarse con extranjeros. <<

[8] Abreviatura del organismo que administraba las obras y construcciones (*stroiki*), es decir, los campos del Extremo (*dalni*) Oriente. **<<**

[9] Complejo de Chukotka. <<

[10] Las MTS, literalmente Estación de Máquinas y Tractores, eran una especie de talleres que constituyeron los primeros pasos en la mecanización del campo. <<

[11] Medida de peso rusa, equivalente a algo más de dieciséis kilogramos. <<

[12] Kalinin Mijaíl Ivánovich (1875-1946), por entonces presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS, cargo sin poder real, pero al que se dirigían las peticiones. <<

[13] Abreviatura de *zaklivchonni*, «recluso», «preso». <<

[14] Veinticinco años de condena y cinco de privación de derechos. <<

[15] Juego de palabras entre *utroba*, «entrañas», y *grob*, «ataúd». **<<**

[16] *Solid oil*, lubricante sólido. <<

[17] Ciudad de Ucrania occidental. <<

[18] Néstor Majnó (1889-1934), guerrillero campesino ucraniano. Nacionalista, anarquista y antisemita, luchó contra la intervención extranjera en Ucrania, luego contra los blancos y finalmente contra el Ejército Rojo. <<

[19] Carro tirado por caballos al que se acoplaba una ametralladora, muy empleado por los cosacos en los ataques por sorpresa. <<

[20] Jefe de una unidad cosaca y, por extensión, de cualquier grupo guerrillero. <<

[21] Yákov Slaschov (1885-1929), militar ruso, general del ejército zarista; en 1919-1920 comandó la defensa de Crimea contra el Ejército Rojo, por lo que recibió el sobrenombre de Slaschov-Krimski. <<

[22] Ciudad de la región ucraniana de Zaporozhie en la que nació Néstor Majnó, históricamente territorio de los cosacos zaporogos, que simboliza la libertad sin fronteras del cosaco y su desprecio de la muerte, la suya y, sobre todo, la de los demás. <<

[23] Igor Kurchátov (1903-1960), físico soviético, padre de la bomba atómica soviética. Fue el fundador y primer director del Instituto de Energía Atómica de la URSS desde 1943 hasta su muerte. <<

[24] Lend-Lease, la ayuda norteamericana. F.l Lend-Lease Act aprobado en 1941 permitió abastecer de material a los aliados, entre ellos a los soviéticos, durante la Segunda Guerra Mundial, que recibieron a modo de préstamo armamento, maquinaria y otros artículos. <<

[25] James Vicent Forrestal (1892-1949), banquero y político norteamericano. Fue el primer secretario de Defensa de los Estados Unidos, cargo que ocupó entre 1947 y 1949. Fue el promotor de los portaviones como arma para contrarrestar el poderío militar soviético y se declaró contrario a la creación del Estado de Israel. Las confusas circunstancias de su suicidio dieron pábulo a diversas teorías conspirativas. <<

[26] *Mi ne rabí. Rabí ne mi*: una de las primeras consignas soviéticas procedente del primer libro de lectura soviético (1919); con ella los analfabetos y los niños daban sus primeros pasos cuando aprendían a leer y escribir. <<

[27] En ruso *Korol* significa «rey». <<

[28] «Tierra y libertad», organización populista y revolucionaria del siglo XIX. <<

[29] Diminutivos de Alexandr. <<

[30] Personaje central de la comedia *El inspector* de Nikolái Gógol. Jlestakov es un pícaro que, confundido con un inspector, llega a creerse que lo es y finalmente se jacta de ello. <<

[31] Medicamento para tratar el alcoholismo. <<

[32] Pasta de harina que se arranca (*rvat* significa «arrancar») de la masa y se echa a hervir para acompañar muchos platos. <<

[33] *Almazni* significa «de diamantes, diamantino». **<<**

[34] Yefim Borísovich Krivitski e Iliá Petróvich Zaslavski figuraban como testigos en el caso de Varlam Shalámov, del que llevó la instrucción el investigador operativo Fiódorov en mayo de 1943. Según declaraciones de los testigos, Shalámov «expresaba descaradas consideraciones contrarrevolucionarias contra los dirigentes del partido y el jefe supremo de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética…» (caso 9646). *(Nota de I.P. Sirotínskaya)*. **<<**

[35] Responsable de cualquier grupo, sea un pueblo o una celda, elegido entre sus miembros. <<

[36] *Spokoini* significa «tranquilo». **<<**

[37] Siglas de *Russkaya Osvoboditelnayct Armiya*, es decir, el Ejército Ruso de Salvación. <<

[38] Los condenados por actividades contrarrevolucionarias trotskistas. <<

[39] Los condenados por hacer propaganda contrarrevolucionaria. <<

[40] Los condenados por hacer propaganda antisoviética. <<

[41] Los condenados por actividades contrarrevolucionarias. <<

[42] Semión Babayevski (1909-2000), escritor soviético, Premio Stalin en 1949, 1950 y 1951; símbolo de la mediocridad. **<<**

[43] Mijaíl Kedrov (1878-1941), dirigente soviético. Tras participar activamente en la guerra civil, ocupó diversos cargos en los órganos represivos. Fue fusilado por orden de Beria. <<

[44] Personaje de la novela *Los demonios* de Fiódor Dostoievski, que enarbola el ideal más extremo de aquellos que no se detienen ante nada para alcanzar sus «nobles» fines. <<

[45] Se refiere a la Comisión Extraordinaria Panrusa, las fuerzas del Ministerio de Interior encargadas de eliminar la contrarrevolución y a sus aliados. <<

[46] Nikolái Yezhov (1895-1940), responsable de los órganos de Interior y del gulag. <<

[47] En 1952, Shalámov —ya libre, pero aún deportado—, hizo llegar al poeta Borís Pasternak algunas de sus poesías. Y Pasternak le contestó, reacción valiente e insólita para aquellos tiempos. Shalámov hizo el largo viaje que narra en el relato para recoger aquella carta. <<

[48] Piotr Stolipin (1862-1911), hombre de Estado ruso. Artífice de la reforma agraria de 1906. Víctima de un atentado. <<

[49] Sofía Peróvskaya (1854-1881), terrorista rusa, nieta de ministro e hija del gobernador de Petersburgo. Participó en el atentado que en 1881 acabó con la vida del emperador Alejandro II, acto por el que fue condenada a muerte y ejecutada. <<

[50] Semión Frank (1877-1950), filósofo religioso ruso que evolucionó del marxismo al cristianismo. Fue expulsado de la URSS en 1922. <<

[51] Guerman Lopatin (1845-1918), político y revolucionario populista ruso, miembro del Consejo General de la I Internacional Comunista. <<

[52] Leonid Ramzin (1887-1948), ingeniero soviético. Tras pasar varios años en reclusión, salió en libertad. Premio Stalin de 1943 por sus inventos en el campo de la industria. <<

[53] Borís Sávinkov (1879-1925), dirigente del Partido Social-Revolucionario, terrorista y escritor. Fue ajusticiado por los soviéticos. <<

[54] Evno Azef (1869-1918), revolucionario ruso, uno de los dirigentes del partido de los SR. Agente de la policía política zarista. <<

[55] Cursos superiores de ciencias para señoritas. <<

[56] Solo después de la muerte de Stalin se descubrirá que la condena a diez años «sin derecho a correspondencia» significaba en realidad un tiro en la nuca. <<

[57] Eduard Berzin (1894-1938) participó en las pesquisas sobre la conspiración de Lockhart en 1918. Entre otras actividades dirigió la construcción de la Fábrica Química de Víshera (donde Varlam Shalámov cumplió condena). En noviembre de 1931 lo mandaron a Kolimá y en diciembre de ese mismo año lo nombraron director del Dalstrói. Arrestado en diciembre de 1937, fue fusilado en agosto de 1938. <<

[58] Abreviatura de la Fábrica Química de Víshera. <<

[59] Robert Bruce Lockhart (1887-1970), diplomático británico, fue emisario oficioso de los aliados durante la Primera Guerra Mundial. En 1917 intentó convencer a los bolcheviques para que prosiguieran la guerra contra los alemanes. Ante la negativa de Lenin, organizó una serie de conspiraciones contra los bolcheviques, pero fue detenido y finalmente canjeado en 1918. <<

[60] Féliks Dzerzhinski (1877-1926), dirigente bolchevique, creador de la policía política, organizador de la Cheka en 1918. Murió de un ataque al corazón. <<

[61] Se refiere al juicio de 1928 contra especialistas saboteadores antisoviéticos que realizaban actos de sabotaje en la industria hullera de Donbass. <<

[62] Se refiere a la obra de L. R. Groves, *Now It Can Be Told: The Story of the Manhattan Project* [Ahora ya se puede contar: la historia del proyecto Manhattan]. <<

[63] Se arrestó a diversas personas acusadas de propalar el infundio de que la magna obra de Shólojov era un plagio, y el verdadero autor, un cosaco desaparecido en una de las purgas soviéticas. Sobre la dudosa autoría de la obra, por la que Shólojov recibió el Premio Nobel, se discute hasta hoy. **<<**

[64] Administración Unificada de la Política Estatal, denominación de la policía política entre los años 1922 y 1934. <<

[65] En las cercanías de Moscú. <<

[66] Siglas de *Uchotno-Raspredelítelni Otdel*: Sección de recuento y distribución de reclusos, es decir, de la administración de los campos. <<

[67] Modo de llamar a los señores polacos. <<

[68] Se trata de la forma plural de *basmach*, que es como llamaban los soviéticos a los autodenominados *mujahidines*, movimiento islámico de resistencia armada en Asia central. <<

[69] Siglas de *Upravlenie Solovétskij Lagueréi Osóbogo Nazanchenia*: Administración de Campos de Solovkí de Régimen Especial. **<<**

[70] Siglas de *Upravlenie Vísherskimi lagueriami osobogo naznachenia*: Administración de los Campos de Víshera de Régimen Especial. **<<**

[71] A diferencia de koljós, granja o empresa colectiva, el sovjós es una empresa soviética, es decir, estatal. <<

[72] I. V. Michurin (1855-1935), agrónomo soviético que, aplicando las teorías de la evolución y de la adaptación al medio, creó diversas variedades de cultivos. <<

[73] Complejo Químico de Berezniki. <<

[74] En ruso *vredit* quiere decir «perjudicar», pero también «sabotear», de ahí que Víktor Petróvich se vea obligado a sustituir esa palabra por *prepiátstvovat*, que únicamente significa «poner obstáculos, entorpecer».
<<

[75] Complejo Químico. <<

[76] En ruso *lishentsi* se refiere a las personas privadas de sus derechos civiles. En la época soviética, tal privación de derechos constituía una forma más de castigo. **<<**

[77] «Letra», que se refiere a los diferentes apartados del artículo, designados con diversas letras. <<

[78] Es decir, los guardianes o los presos bobos y obedientes e incluso los estúpidos intelectuales disidentes. <<

[79] *Novi Lef* (1927-1928), revista que resucitó por un año la publicación de la revista LEF (1923-1925), órgano del LEF (Frente de Izquierdas de las artes). <<

[80] Maria Andréyeva (1868-1953), actriz dramática, activista política, compañera de Maxim Gorki. En 1918 fue nombrada Comisaria de Teatros y Espectáculos de Petrogrado. <<

[81] Cuenta la leyenda que en tiempos de Iván el Terrible un esclavo llamado Nikita se construyó unas alas de madera y plumas de ave y, tras lanzarse desde un campanario, no solo voló cierta distancia sino incluso sobrevivió a la hazaña. El zar, sospechando que el tal Nikita no pudo volar sin la ayuda del diablo, lo mandó decapitar y arrojar su cuerpo a los cerdos. Luego, tras un exorcismo, mandó quemar las alas. Desde entonces el esclavo Nikita es considerado el padre de la aviación rusa. <<

[82] Vladímir Tatlin (1885-1953), pintor y escultor soviético próximo a los futuristas. A él debemos la maqueta del Palacio de los Soviets y la construcción de un aparato volador llamado *letatlin*, juego de palabras que funde *letat*, «volar», con el apellido del creador. **<<**

[83] Otto Lilienthal (1848-1896), ingeniero aeronáutico alemán. Experimentó diversos modelos de alas voladoras y planeadores de su invención. Murió víctima de la maldita gravedad. <<

[84] Uno de los destinos de Varlam Shalámov en el Norte. <<

[85] Natalia Borísovna Sheremétieva-Dolgorúkova (1714-1771), hija de B. N. Sheremétiev, esposa del príncipe I. A. Dolgorúkov, al que siguió en su destierro en Siberia en 1730. Son conocidas sus *Memorias* (1767). *(Nota de I. P. Sirotínskaya*.) **<<**